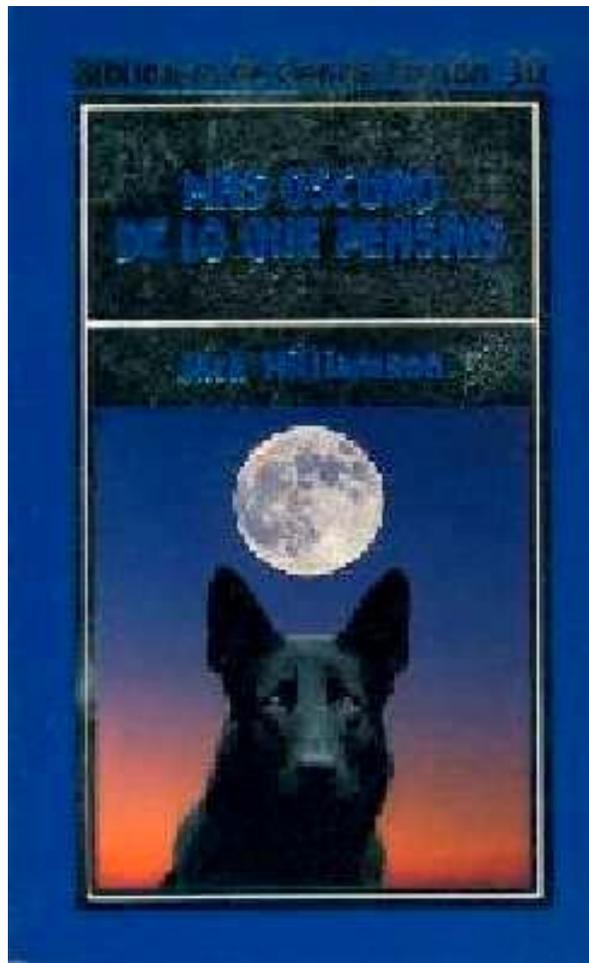


MÁS OSCURO DE LO QUE PENSÁIS



Jack Williamson



Jack Williamson

Título original: Darker than you think

Traducción: Fernando Barrejón

© 1940 Jack Williamson

© 1985 Ediciones Orbis, S.A.

ISBN: 84-7634-385-X

Edición digital de ñacsE

Enero de 2002

R4 07/02

CAPÍTULO I - La chica de las pieles blancas

Will Barbee esperaba ante el último edificio, de cristal y estuco, del nuevo aeropuerto municipal de Clarendon. Lleno de esperanza, escudriñaba el cielo plomizo, cuando ella se acercó.

De no ser por las húmedas ráfagas del viento del este, no había motivo para temblar de repente y apretar los dientes. La chica era tan limpia, tan fresca y tan bella como un frigorífico de líneas aerodinámicas. Además, tenía una cabellera esplendorosa, roja como el fuego. Y un rostro, blanco, dulce y serio a la vez, que confirmó la primera impresión que le había deslumbrado: aquella chica era un ser muy raro y maravilloso. Sus miradas se encontraron. Ella tenía la boca un poco grande, pero sonreía de un modo muy simpático.

Conteniendo la respiración, Barbee la observó con más atención. Efectivamente, sus risueños ojos eran verdes. Pero ¿porqué le habían producido como un temblor de inquietud? De pronto sintió hacia ella una atracción no menos ilógica. La vida había vuelto a Barbee ligeramente cínico con respecto a las mujeres y le gustaba creerse totalmente inmunizado en lo que a ellas concernía.

El traje de tela de gabardina verde era elegante y severo y había sido ingeniosamente escogido, con el fin de hacer resaltar el color de los ojos. Para defenderse del frío y del viento de aquella brumosa tarde de octubre, llevaba un abrigo corto de piel blanca. «De lobo ártico, pensó Barbee, tal vez albino.»

Pero lo que no se esperaba era el gatito.

La chica llevaba un bolso de piel de serpiente, abierto, por donde el gatito sacaba la cabeza, feliz de existir. Era un precioso gatito negro y llevaba una cinta de seda roja alrededor del cuello.

Delicioso cuadro, en verdad. Solamente parecía fuera de lugar el gato, que cerraba los ojos al espectáculo de luces que se acercaban en el cielo crepuscular. La chica de las pieles blancas no parecía de esas que dan grititos de placer ante estos animales. Daba la impresión de ser una elegante mujercita de negocios, que no tenía absolutamente nada que ver ni aun con el más delicioso de los gatos.

Pero ¿cómo era posible que ella le conociera? Clarendon no era una gran ciudad y los periodistas se mueven mucho. Una pelirroja como ésta no se olvida fácilmente. La miró otra vez para comprobar si su extraña mirada estaba realmente fija en él, y sí lo estaba.

- ¿Barbee? - le preguntó ella.

- Will Barbee, efectivamente; reportero de servicio de La Estrella de Clarendon.

Y más interesado que nunca, empezó a ampliar detalles sobre el particular. Acaso Barbee quisiera averiguar qué le había hecho temblar hacía un momento. De todas formas, lo que no quería era verla marcharse.

- Sí - continuó Barbee -, mi redactor-jefe quiere que mate dos pájaros de un tiro. En primer lugar, el coronel Walraven. Lleva veinte años sin ponerse el uniforme, pero le sigue gustando su grado y su tratamiento. Acaba de dejar un trabajo muy cómodo que tenía en las oficinas de Washington y vuelve a su pueblo para presentarse al Senado. Y, sin embargo, poca cosa tendrá que decir a los periodistas antes de haber visto a Preston Troy.

Ella seguía escuchando. El gatito bostezaba mientras se iluminaban los reflectores. Un grupito de amigos y familiares esperaba tras las barreras. El personal, vestido de blanco, se disponía a recibir al avión. Pero los fascinantes ojos verdes permanecían fijos sobre Barbee y la mágica voz murmuró:

- Y el otro pájaro que tiene usted que matar del mismo tiro ¿quién es?

- Nada menos - explicó Barbee - que el doctor Lamarck Mondrick, el factótum de la Fundación de Investigaciones Humanas de la Universidad. Se le espera esta noche a

bordo de un avión especial que viene de la costa oeste, en compañía de otros miembros de su expedición. Vuelven del desierto de Gobi, pero... seguramente está usted al corriente del asunto.

- No - dijo ella -. ¿Quiénes son? - algo había en la voz de la chica de la piel de lobo que aceleró el pulso de Barbee.

- Son arqueólogos - le explicó -. Hicieron excavaciones en Mongolia antes de la guerra. Cuando el armisticio de los japoneses hubo que hacer muchísimas gestiones para que pudieran volver allí. Sam Quain, el brazo derecho de Mondrick, cumplió no sé qué misión en China durante la guerra, y se sabía todos los trucos. Yo no sé con exactitud lo que han ido a buscar allí, pero debe de ser algo muy especial...

Ella pareció interesada y Barbee continuó.

-...Sí, son los chicos del pueblo que regresan esta noche después de dos años de aventuras con ejércitos, bandidos, tormentas de arena y escorpiones, en el último rincón de Mongolia. Existe la opinión de que lo que traen va a revolucionar el mundo de la arqueología.

- Y ¿qué será?

- Precisamente por eso estoy aquí; para descubrirlo.

Barbee la estudió, intrigado, con sus ojos grises. El gato negro parpadeaba feliz. No había nada en ella que justificara la inquietud que había sentido hace un momento. En sus ojos verdes permanecía la misma sonrisa reservada, impersonal, y él deseaba con toda su alma que no se fuera. Con el corazón acelerado le preguntó:

- ¿La conozco a usted?

- Soy de la competencia - contestó, y de repente le pareció más próxima, con una nota más cálida en la voz -. Sí, yo soy April Bell, de El Faro de Clarendon - le enseñó un pequeño carnet negro que llevaba escondido en la mano izquierda -. Y me han aconsejado que no me fíe de usted, Will Barbee.

- ¡Vaya! - sonrió él y, señalando con la cabeza la fachada de cristal del aeropuerto, añadió -: Pensaba que acababa usted de aterrizar y que estaba esperando otro avión con destino a Hollywood o Broadway. No me creo realmente que pertenezca a El Faro - miró su melena color de fuego, movió la cabeza y le dijo halagador -: ¡La habría visto más veces!

- Soy nueva. Tengo mi título de periodista desde este verano. El lunes pasado empecé en El Faro, y éste es mi primer reportaje. Debo ser una perfecta desconocida en Clarendon. Nací aquí, pero nos fuimos a California cuando yo era pequeñita - sus blancos dientes brillaron en su rostro bello e inocente -. Sí, soy nueva en el oficio y me gustaría infinitamente tener éxito en El Faro con un buen artículo sobre esa expedición de Mondrick. ¡Es todo tan enigmático y extraño! Es que yo en la escuela he aprendido tan poco que tengo miedo. ¿Le molestaría mucho, Barbee, que le preguntara algunas cosas? Desde luego que serán preguntas muy simples.

Barbee admiraba los dientes de la chica, dientes regulares y fuertes, blanquísimos, de esos que exhiben ciertas señoras despampanantes, capaces de triturar huesos crudos en los anuncios de crema dental. Y Barbee no pudo evitar imaginarse el fascinante espectáculo de April Bell masticando un hueso rojo de sangre.

- ¿De verdad que no le causaría molestias?

Barbee se tragó sus fantasías y volvió en sí. Sonrió a la chica. Comenzaba a comprender. Ella era novata en la profesión, carecía de experiencia en el juego del periodismo, pero era maligna como Lilith. El gatito era un accesorio destinado a completar el tierno cuadro de la femineidad indefensa, destinado a romper toda resistencia masculina que sus deliciosos ojos y su devastadora melena no hubieran podido reducir aún a su merced.

- Escuche, jovencita - le dijo tan severamente como pudo -. Somos de la competencia - y añadió con el mismo tono gruñón -: Por otra parte, no es posible que usted se llame verdaderamente campana de abril.

- Bueno, me llamo Susana, pero April quedará mucho mejor al pie de mi artículo sobre la expedición Mondrick... Si me hace el favor, a propósito de esa expedición, el doctor Mondrick debe ser alguien muy importante para que todos los periódicos quieran hablar de él.

- Sí, es un asunto interesante - dijo Barbee -. La expedición sólo consta de cuatro personas. Estoy seguro de que han visto muchos países. Sólo llegar al terreno de las excavaciones ya es una aventura. ¡Y poder regresar en una época como esta! Sam Quain tiene amigos chinos, seguramente le han ayudado.

La minúscula estilográfica de la chica de la piel de lobo corría sobre el papel. La graciosa agilidad de sus manos blancas le hizo pensar, curiosamente, en una criatura salvaje, desenfadada, indómita.

- Amigos chinos... - murmuraba ella, escribiendo interesadamente -. Y ¿usted no tiene, realmente, idea de lo que han descubierto?

- ¡Ni la menor idea! No. Es un secreto de la Fundación de Investigaciones Humanas, que ha telefonado esta tarde a La Estrella para contarnos lo del avión charter y de la hora. El de la Fundación solamente nos ha dicho que Mondrick tenía que darnos una noticia sensacional. Una gran e importante declaración científica. Él hubiera querido que vinieran fotógrafos y un colaborador científico, pero a La Estrella no le interesa mucho la ciencia si no es divertida. Conque aquí me tiene a mí, encargado a la vez del caso Walraven y de la expedición.

Mientras hablaba, Barbee intentaba acordarse del nombre del ser mitológico, fascinante y, seguramente, tan delicioso como April Bell. En el Mito, había tomado la desagradable costumbre de metamorfosarse a los hombres en bestias inmundas. Pero ¿cómo se llamaba?... ¿Circe?

Barbee estaba seguro de no haber pronunciado este nombre en voz alta e inteligible. Pero una palabra escapada distraídamente de los rojos labios de la chica, un destello de divertida malicia en su mirada, le dieron la fugaz impresión de que sí lo debía de haber pronunciado, aunque ni siquiera él sabía a ciencia cierta qué le había hecho pensar en aquella bruja.

Sí, él trataba de estar a la altura de las circunstancias. Había leído un poco a Freud y otro poco a Menninger, había hojeado La Rama Dorada de Frazer. Sabía que el simbolismo de este tipo de relatos folklóricos expresaba los miedos y esperanzas del hombre primitivo, y esta imagen mágica que acababa de surgir en su mente debía corresponder a alguna preocupación inconsciente. Exactamente lo que él deseaba ignorar.

Entonces se rió bruscamente y declaró:

- Mire, le diré todo lo que sepa, aunque es muy probable que me cueste el puesto cuando Preston Troy lea su artículo en El Faro. O ¿prefiere usted que se lo escriba yo mismo?

- Mí taquigrafía es excelente. Muchas gracias.

- Bien; vamos allá: el doctor Mondrick es un antropólogo de talla internacional, fue profesor en la Universidad de Clarendon hasta que dimitió hace ya diez años. La dimisión se la concedieron para permitirle dedicarse a su Fundación. No es especialista en un solo campo ni hombre de una sola dimensión.. Cualquiera de sus colaboradores se lo puede decir. Sencillamente, es uno de los primeros sabios contemporáneos en todo lo que respecta a conocimientos sobre el hombre. Es a la vez biólogo, sociólogo, arqueólogo y etnólogo. Parece conocer absolutamente todo lo tocante a su tema favorito: la Humanidad.

»Mondrick es el gran jefe de la Fundación. Es el que recauda fondos y los gasta, y apenas da publicidad a los trabajos que emprende. Ha dirigido tres expediciones al desierto de Gobi antes del armisticio. Y después del armisticio le ha faltado tiempo para volver otra vez. Las excavaciones están situadas en la región de Ala-Shan, en el sudeste del Gobi, que es el desierto más seco, más peligroso y ardiente que se pueda imaginar.

- ¡Oh, continúe! - dijo la chica con la pluma levantada sobre el minúsculo bloc -. ¿Y usted no tiene la menor idea de lo que buscan?

- ¡Ya le dije que no! En eso estamos empatados. Que gane el mejor - Barbee sonrió -. Sea lo que fuere, la búsqueda dura ya veinte años. En realidad, Mondrick organizó su Fundación para poder dedicarse a ello. Es la obra de su vida, ¡y la obra de la vida de un hombre como él debe ser muy importante!

El grupito de los que esperaban se agitó tras la barrera. Un niño señalaba el cielo.

- Las seis menos veinte - dijo Barbee -. Éste debe ser el avión de Mondrick, pues no hay ningún vuelo regular hasta las seis.

- ¿Ya? - dijo ella con los ojos brillantes y la respiración entrecortada, como el niño que levantaba el dedo al cielo. Pero ella miraba a Barbee, no a las nubes -. ¿Conoce usted a los otros, a los que acompañan a Mondrick?

Una ola de recuerdos retardó la respuesta de Barbee. Volvió a ver los tres rostros, antaño familiares, y el murmullo de la gente se convirtió en el eco obsesivo de voces conocidas que surgían de más allá de los años.

Asintió no sin tristeza:

- Sí, los conozco.

- ¡Ah! Pues dígame.

La clara voz de April Bell interrumpió su breve ensoñación. La chica esperaba pluma en ristre. Él sabía muy bien que no era posible pasar toda su documentación a una competidora de El Faro, pero el fuego de su cabellera y la oscura vehemencia de sus ojos extrañamente rasgados le hicieron cambiar de opinión.

- Los tres muchachos que volvieron a Mongolia con Mondrick en 1945 son Sam Quain, Nick Spivak y Rex Chittum. Son amigos míos de toda la vida. Empezamos juntos en la facultad en los tiempos en que Mondrick aún daba clases aquí. Durante dos años, Sam y yo vivimos en casa de Mondrick y, después, los cuatro nos alojamos juntos en una residencia del campus. Todos seguíamos las clases de Mondrick, y, después... Bueno, pero...

Barbee se interrumpió en balbuceos extraños. Un antiguo dolor resucitado le producía un nudo en la garganta.

- Continúe - dijo April, y el brillo de su sonrisa le hizo continuar.

- Mondrick había comenzado ya a reunir su equipo. Seguramente soñaba ya con la Fundación, aunque, de hecho, debió organizarla después de que me gradué yo. Sí, creo que él escogía a sus hombres para entrenarlos, para formarlos con vistas a la expedición al Gobi, ¡pero vaya usted a saber lo que han ido a buscar allí!

Algo le hizo tragar saliva dolorosamente.

- Sea lo que fuere - continuó -, nosotros seguimos todas sus clases de lo que él llamaba ciencias humanas. Le rendíamos un verdadero culto. Por su parte él nos proporcionaba becas, nos daba toda la ayuda posible y, en verano, nos llevaba en sus viajes de investigaciones sobre el terreno, a América Central o al Perú.

Los ojos de la chica de las pieles blancas tenían una penetración hipnotizante.

- ¿Y entonces, qué pasó, Barbee?

- De alguna manera se me dio de lado. Nunca he sabido exactamente por qué, pues tenía tanto interés como los demás. Adoraba ese trabajo y además sacaba mejores notas que Sam. Hubiera dado mi brazo derecho por seguir con ellos cuando Mondrick creó la Fundación y les llevó a la primera campaña de excavaciones en el desierto de Gobi.

- Y ¿qué sucedió? - preguntó ella implacable.

- Nunca lo he sabido a ciencia cierta... De pronto, Mondrick se puso contra mí. Nunca supe por qué. Al final de nuestro último año de estudios, Mondrick nos hizo análisis y comprobó nuestro grupo sanguíneo ante la nueva campaña de excavaciones. Un día me llamó a su laboratorio y me anunció que yo no partiría con los otros.

- Pero, ¿por qué? - preguntó ella con un suspiro -. ¿Por qué?

- No quiso decirlo... Claro, bien sabía él que para mí era un golpe terrible, pero no quiso darme explicaciones. Se le veía muy serio, como si la cosa le hubiera contrariado tanto como a mí, y me prometió ayudarme a encontrar un trabajo que me gustara. De esta forma comencé a trabajar en La Estrella de Clarendon.

- ¿Y sus amigos se fueron a Mongolia?

- Sí, ese mismo verano. Con la primera expedición de la Fundación Mondrick.

- Pero ustedes siguieron siendo amigos, ¿no?

- Sí, claro, seguimos tan amigos. Yo puedo guardar rencor al viejo por no decirme el motivo por el que prescindía de mí, pero nunca me peleé con Sam, Nick ni Rex. Ellos no han cambiado. Somos los de siempre cuando nos volvemos a juntar. No sé si Mondrick les ha dicho por qué me puso en la calle. A mí nunca me han hablado de ello.

Barbee miraba a lo lejos, más allá de la resplandeciente melena de la chica. El helado cielo de plomo vibró en ese momento con el retumbar de los motores de un avión que aún no se distinguía.

- No - continuó Barbee -. Ellos no han cambiado, pero está claro que la vida nos ha separado. Mondrick ha hecho de ellos especialistas en diferentes ciencias humanas para que pudieran servirle en sus misteriosas investigaciones en Ala-Shan. Y, ahora, ellos ya no tienen tiempo para mí... Pero, dígame, señorita Bell, ¿cómo ha sabido usted mi nombre?

- Tal vez sólo haya sido una corazonada.

Barbee volvió a sentir un escalofrío. Sabía que él mismo tenía lo que él llamaba olfato: una especie de percepción intuitiva de los acontecimientos y de los motivos de las cosas. No era ésta una facultad que él pudiera analizar o explicar, pero sabía que era habitual en él. Casi todos los reporteros estaban dotados de esta cualidad. Al menos él estaba persuadido de ello, aunque tenía la prudencia de negarlo en una época escéptica para todo, excepto para el materialismo más mecanicista.

Este oscuro sentido le había sido útil cuando hacía viajes científicos durante las vacaciones, antes de que Mondrick le apartara de su grupo. Gracias a él, había sido capaz de señalar el emplazamiento de algún yacimiento prehistórico, sencillamente porque, sin saber cómo, de pronto sabía dónde una horda de cazadores salvajes había preferido fijar su campamento o cavar la tumba de uno de los suyos caído frente al enemigo.

Sin embargo, en tiempo normal, este don le había producido más disgustos que ventajas. Por su causa, era demasiado sensible a todo lo que se pensaba y hacía a su alrededor. De esta inquietud resultaba un sentimiento de continua alerta. Excepto cuando estaba borracho - bebía demasiado y sabía que muchísimos periodistas hacían lo mismo - . La culpa debía ser de esta sensibilidad especial.

Tal intuición podría explicar perfectamente el breve escalofrío que le había recorrido cuando descubrió a April Bell, aunque ahora sus rasgados ojos y su pelo de fuego no tuvieran nada de alarmante. La forma de adivinar su nombre tampoco debía inquietarle ahora demasiado. No debía dejarse llevar demasiado lejos.

Barbee sonrió e intentó calmarse. Sin duda alguna, el jefe de la chica la habría instruido con respecto al artículo que le había encargado. Y tampoco cabía duda de que ella tenía la costumbre de infligir a la gente el suplicio de Tántalo, desplegando su irresistible mezcla personal de candor - grandes ojos abiertos - y de astucia.

- Barbee, por favor, dígame quiénes son éstos.

Y le indicó un grupito que salía en fila india del edificio situado tras las barreras metálicas. Un joven delgado gesticulaba animadamente y señalaba el cielo. Un niño pequeño gritaba que quería ver, y su mamá lo alzaba como podía. Detrás venía una mujer ciega, conducida por un enorme perro pastor.

- Pero si usted tiene tan buenas corazonadas, ¿por qué me lo pregunta?

La chica rió y explicó:

- Perdón, Barbee, bien es verdad que acabo de llegar, pero tengo algunos viejos amigos en Clarendon, y mi redactor jefe me advirtió que usted había trabajado con Mondrick. Esa gente está ahí seguramente para dar la bienvenida a los miembros de la expedición. Estoy segura que los conoce. ¿Se les puede hablar?

- Si quiere, sí. Sígame.

Ella le cogió del brazo. Hasta el contacto con las pieles electrizaba. Decididamente, April Bell le había cautivado. Se había creído poco sensible a las mujeres, pero... La condujo a través del vestíbulo hasta los teletipos, donde el empleado respondió a su pregunta:

- Está llegando, Barbee. Aterrizaje sin visibilidad.

Aún no se veía nada.

- Entonces, Barbee, ¿quiénes son éstos? - preguntó la chica.

- La señora del perro, que está sola de pie y con gafas negras, es la esposa del doctor Mondrick. Una mujer adorable, deliciosa. Y, aunque ciega, es una excelente pianista. Somos buenos amigos desde que Sam Quain y yo vivíamos en su casa cuando éramos estudiantes. Se la voy a presentar.

- De manera que ésta es Rowena Mondrick - murmuró ella -. ¡Y qué joyas más raras lleva!

Sorprendido, Barbee dirigió sus ojos a la señora Mondrick. Estaba muy erguida, muy sola, silenciosa, como fuera de lugar. Vestía de negro como siempre. Le bastó un momento para distinguir las joyas, pues las conocía muy bien. Con una sonrisa, se volvió a April Bell:

- ¿Se refiere a esas joyas de plata?

Ella asintió con la cabeza mirando fijamente la maravillosa peineta de plata que sujetaba los espesos cabellos de Rowena Mondrick, el broche de plata prendido a su vestido, los pesados brazaletes y los anillos con que se adornaba los dedos, jóvenes y blancos, que sujetaban al perro pastor. Todo era de plata, hasta el collar del perro estaba profusamente claveteado en plata.

- Sí, puede resultar extraño; sin embargo, a mí nunca me ha dado esa impresión, porque Rowena adora la plata. Ella dice que le gusta el contacto frío de ese metal. Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿No le gusta...?

- No - murmuró ella solemnemente -. No me gusta la plata. Perdón, he oído hablar mucho de Rowena Mondrick. Cuénteme algo.

- Creo que era enfermera de una clínica psiquiátrica en Glennhaven cuando conoció a Mondrick. Era una chica muy notable y debía estar muy bien. Mondrick la sacó de no sé qué desdichada historia de amor. No conozco más detalles. Y entonces ella se interesó por sus trabajos.

La joven no quitaba ojo a la señora Mondrick y escuchaba sin decir palabra.

- Ha seguido los cursos de su marido - continuó Barbee - y, actualmente, también ella es etnólogo. Le acompañó en sus expediciones hasta que perdió la vista. Después de esto se retiró y vive en Clarendon hará ya veinte años, con su música y algunos viejos amigos. No creo que participe ya en las investigaciones de su marido. Aquí la gente piensa que es un poco rara... Me imagino que debió ser terrible.

- Cuente, cuente.

- Creo que estaban en África Occidental. El doctor Mondrick buscaba pruebas de que el hombre moderno proviene de allá. Esto ocurrió mucho antes de que hicieran los

descubrimientos de Ala-Shan. Y Rowena aprovechó la ocasión para estudiar las sociedades secretas de hombres-leopardo y hombres-cocodrilo de Nigeria.

- ¡Hombres-leopardo! - los ojos verdes parecieron achicarse y hacerse más oscuros -.
¿Qué es eso?

- ¡Oh! Pertenecen a una religión secreta de caníbales. Se cree que tienen poder para transformarse en leopardos... Rowena estaba preparando un trabajo sobre la licantropía. La licantropía es una creencia, extendida entre las tribus primitivas, según la cual ciertos individuos pueden metamorfosearse en animales carnívoros.

- ¿De veras? Póngame al corriente.

- En general, se trata de los animales más terribles de la región. En los países nórdicos son los osos, en Amazonia, jaguares, en Europa, lobos, los campesinos franceses de la Edad Media vivieron bajo el terror del hombre-lobo, en África y en Asia son los leopardos o los tigres. Yo no termino de comprender cómo esta superstición ha podido extenderse tanto.

- Es muy interesante - y sonrió oblicuamente, con íntima satisfacción -. Pero, ¿qué le ocurrió a Rowena Mondrick?

- A ella no le gusta hablar de eso - Barbee bajó la voz por miedo a que le oyera la ciega -. Fue el doctor Mondrick quien me informó de todo el asunto un día, en su despacho, antes de nuestra separación.

- ¿Y qué le dijo?

- Estaban acampados en lo más remoto de Nigeria y creo que Rowena buscaba datos que le permitieran comparar a los hombres-leopardo de las sectas caníbales con los brujos de Lhota Naga, en Assam, y también con el espíritu de la sabana de algunas tribus americanas.

- ¡Ah!

- Sea lo que fuere, Rowena trató de ganarse la confianza de los indígenas y les hizo muchas preguntas sobre sus ritos. Según Mondrick, los porteadores se inquietaron y uno de los últimos previno al profesor y a la señora Mondrick contra los hombres-leopardo. Pero ella no hizo caso de nada, continuó sus investigaciones y llegó a un valle prohibido. Allí encontró objetos que interesaron a Mondrick, no me dijo qué clase de objetos, y decidieron trasladarse a ese valle. Entonces ocurrió todo.

- ¿Y cómo ocurrió?

- Estaban en el camino y era ya noche cerrada cuando una pantera negra cayó sobre Rowena desde lo alto de un árbol. Era una magnífica pantera de verdad, dijo Mondrick, no un indígena disfrazado con la piel del animal. Pero la coincidencia fue demasiado exacta para los porteadores nativos. Todos huyeron y la bestia hirió a Rowena antes de que los disparos de Mondrick consiguieran hacerla huir. Se le infectaron las heridas, como era de esperar, y creo que le faltó muy poco para morir antes de ingresar en el hospital donde la curaron. Ésta fue la última expedición que hicieron juntos, y él no ha vuelto a poner los pies en África. Creo que incluso ha renunciado a la idea de que el Homo sapiens tenga allí su origen. Después de esto, ¿no cree usted que es normal que Rowena sea rara? Este ataque por parte de una pantera resulta trágicamente irónico, ¿no cree?

En las facciones de April Bell había una expresión que le sorprendió y le horrorizó. Era una expresión de viva y cruel satisfacción. ¿O era el crepúsculo y la cruda luz del aeropuerto? La chica sonrió.

- Sí, resulta irónico - murmuró con ligereza, como si aquella desgracia de Rowena no le afectase lo más mínimo -. A veces la vida gasta bromas pesadas - y con mayor gravedad, añadió -: Debió ser un duro golpe para ella.

- Seguro. Sin embargo, no ha bastado para hundir a Rowena. ¿Sabe? Es una mujer verdaderamente encantadora. Nunca se queja. Tiene sentido del humor y se olvida uno en seguida de que es ciega.

Cogió el brazo de la chica, notó la suavidad de las pieles color de nieve. El gatito parpadeaba en el bolso de piel de serpiente.

- Vamos, pues - la animó -, estoy seguro de que Rowena le gustará.

Pero April Bell se resistió.

- No, Barbee - cuchicheó desesperadamente -, por favor... No, eso no, Barbee.

Pero él ya había gritado muy familiarmente:

- Rowena; soy Will Barbee. El periódico me ha enviado para hacer un reportaje sobre la llegada de la expedición de su marido, y me gustaría muchísimo que conociera usted a mi más reciente amiga, un pelirrojo deliciosa, la señorita April Bell.

La señora ciega se volvió de inmediato hacia la voz. A pesar de los sesenta años que tendría, la esposa de Mondrick conservaba una esbeltez juvenil. Barbee la había conocido siempre con el pelo blanco; pero ahora el color de su rostro, a causa del frío y la sorpresa, parecía el de una jovencita.

- Hola, Will - le gritó con voz musical, cálida de placer -, estoy deseando conocer a tus amigos - y cambiándose de mano la correa, tendió la derecha.

- Encantada, señorita Bell, encantada.

- Encantada - se limitó a responder April Bell con voz educadamente contenida y sin tomar la mano de la señora Mondrick.

Rojo de desconcierto, Barbee tiró de la peluda manga de April Bell. Pero ella se limitó a desasirse bruscamente. Tenía el rostro intensamente pálido y los labios, apretados y rojos, parecían una cicatriz. Los ojos, achicados y negros, estaban fijos en los gruesos brazaletes de plata de Rowena. Nerviosamente, Barbee quiso salvar la situación:

- Tenga cuidado con lo que dice - apunté con fingida ligereza -. La señorita Bell trabaja para El Faro y va a anotar en taquigrafía todo lo que usted diga.

La ciega sonrió, con gran alivio por parte de Barbee, como si no hubiera notado la extraña indelicadeza de April Bell. Y levantando la cabeza como para escuchar nuevamente el ruido del cielo, preguntó con ansiedad.

- ¿Aterrizan?

- Aún no - respondió Barbee -, pero ya les han anunciado.

- ¡Qué alegría cuando hayan aterrizado sanos y salvos! - le dijo Rowena inquieta -. ¡He estado tan intranquila desde que se fue Mark...! No se encontraba del todo bien. ¡Y además corre unos riesgos...! En el mundo hay cosas que mejor sería dejarlas y quedarse aquí - añadió con un suspiro -. Hice todo lo posible para que Mark no volviera a las excavaciones de Ala-Shan. Me daba miedo lo que pudiera encontrar.

April Bell escuchaba con interés Barbee se tranquilizó.

- ¿Miedo... usted? - dijo la joven periodista, y su bolígrafo se movió sobre el pequeño bloc -. ¿Y qué cree usted que ha descubierto su marido?

- ¡Nada! ¡Realmente nada!

- Dígame el qué. Será mejor, porque creo que lo he adivinado.

Pero la voz de April Bell se quebró en un alarido y casi se derrumbó hacia atrás. La cadena del perro se había deslizado de los dedos de la anciana ciega. En silencio, la enorme bestia había saltado en dirección a la chica, que temblaba de miedo. Barbee, en un intento desesperado, interpuso la pierna. Pero la fiera evitó el obstáculo enseñando los colmillos con aspecto feroz.

Barbee dio un salto para atrapar la cadena que arrastraba el perro pastor. La chica levantó los brazos al cielo instintivamente, blandiendo el bolso de piel de serpiente en un intento de protegerse. El perro saltó de nuevo, con las fauces abiertas para morder la blanca garganta. Pero el periodista consiguió sujetar la cadena.

- ¡Turco, aquí! - gritaba Rowena -. ¡Al suelo!

Obediente, sin un gruñido, sin ladrar ni quejarse, el enorme animal emprendió la retirada. Barbee colocó el extremo de la cadena entre los dedos de Rowena y ella tiró del perro hacia sí.

- Gracias, Will - dijo muy tranquila - Espero que Turco no haya hecho ningún daño a la señorita Bell. Dile, por favor, cuánto siento lo ocurrido.

Pero Will Barbee se dio cuenta de que ni siquiera había amonestado al perro.

Pálida y nerviosa, April Bell había huido al interior del edificio del aeropuerto.

- ¡Qué animal tan horrible! - dijo una mujer bajita de rostro anguloso, aspecto poco agraciado y voz aguda. Y volvió a insistir -: Recuerde, señora Mondrick, que ya le dije que no lo trajera aquí. Se está volviendo agresivo y terminará por hacer mucho daño a alguien.

Pero la señora Mondrick siguió acariciando la cabeza del perro. Con mano ágil cogió el largo collar y rozó suavemente los remaches de plata que lo adornaban. A Rowena, Barbee lo recordó en aquel mismo momento, siempre le gustó aquel metal.

- No, no, señora Ulford - dijo ella -. Turco ha sido adiestrado para guardarme y no quiero que me deje nunca. Nunca atacará a nadie, a menos que me amenace - y después volvió a escuchar la vibración del cielo -: ¿Pero cuándo se va a decidir a aterrizar ese avión?

Barbee se extrañó muchísimo de la actitud de Rowena, pues no había visto que April Bell hiciera ningún gesto de amenaza contra ella, y volvió al encuentro de la chica pelirroja. Ésta permanecía tras la puerta de cristal del edificio, violentamente alumbrado, y acariciaba al gatito negro mientras le hablaba suavemente:

- Tranquilízate, bonito mío. Ese perro antipático no nos quiere. Pero estando aquí no hay por qué temerle.

- Lo siento, señorita Bell - dijo Barbee torpemente -, pero no me imaginaba que pudiera suceder una cosa así...

- La culpa es mía, Barbee - y le sonrió con expresión de arrepentimiento -, no debí haberme aventurado tan cerca de ese horrible animal con Fifi en brazos - y sus ojos verdes centelleaban -. Le agradezco de corazón haber sujetado a ese antipático perro.

- Turco no se ha portado nunca así. La señora Mondrick querrá excusarse ante usted...

- ¿De verdad? - April Bell lanzó una mirada de reojo a la ciega, pero sus rasgados ojos permanecieron impasibles -. Dejemos el asunto - dijo con tono decidido -. El avión está aterrizando y quiero que me diga todo sobre aquellos otros que esperan.

Y señaló con la cabeza el grupito de personas que había tras la ciega. Todos miraban esperanzados la cortina de nubes iluminadas por el reflejo rosado y sucio de las luces de la ciudad.

- Muy bien - dijo Barbee satisfecho de desviar la atención de un asunto tan enojoso. Y explicó -: La mujer de la nariz puntiaguda que se ha acercado a Rowena es su enfermera, la señora Ulford. Está de enfermera, pero generalmente es ella la que se queja y la que está enferma, y Rowena la que la cuida.

- ¿Y los otros?

- ¿Ve usted a ese señor mayor que acaba de encender la pipa y que está tan nervioso? Es el viejo Ben Chittum, abuelo de Rex y su único pariente, vende periódicos por la calle, en Center Street, justo enfrente de La Estrella. Gracias a él pudo Rex terminar sus estudios hasta que Mondrick le proporcionó esta beca.

- ¿Y los otros?

- Aquel señor bajito con un abrigo enorme es el padre de Nick Spivak. Tiene una boutique en Brooklyn, en la Avenida Flatbush. Nick es hijo único. Ya no tiene acento, pero sigue pensando que sus padres son estupendos. Han estado muy preocupados desde que se fue la expedición. Me han escrito por lo menos una docena de cartas preguntándome si yo sabía algo de él. Han llegado en el avión de la mañana para recibir a Nick. Me imagino que él les habrá enviado un telegrama desde la costa. Los otros son casi todos amigos y gente de la Fundación. Está el profesor Fisher, del departamento de antropología de la Universidad. Y el doctor Bennet, que ha hecho las funciones de director de la Fundación...

- ¿Quién es esa rubia que le sonrío a usted? - preguntó April interrumpiéndole.

- Nora - dijo Barbee suavemente -. La mujer de Sam Quain.

La había conocido a la vez que Sam, en el guateque que organizaron con motivo de su matriculación en Clarendon hacía ya catorce años. Pero el tiempo no había disminuido el brillo de simpatía de sus ojos. La mujer sonriente que hoy esperaba a su esposo parecía aquella misma jovencita de antaño, emocionada y feliz por la atmósfera brillante de la Universidad.

Barbee se acercó a ella, acompañado de April Bell, teniendo cuidado de dar un gran rodeo para evitar al perro guardián de Rowena. Nora levantó una vez más los ojos al cielo y luego dio unos pasos hacia ellos, empujando a su pequeña Pat.

Patricia Quain acababa de cumplir cinco años bien aprovechados. Tenía los ojos azules de su madre y los mismos cabellos rubios de seda. Sin embargo, el rostro rosado y voluntarioso recordaba el mentón cuadrado de Sam. Tiraba para atrás mirando ávidamente al cielo sombrío.

- ¿Es verdad que papá está ahí arriba, en esta noche tan fría?

- Claro que sí, bonita. Pero ya no les puede pasar nada... ¿Crees que aterrizarán pronto, Will? ¡Ya no podemos esperar más! He cometido el error de buscar en un libro de Sam ese país de Ala-Shan, y desde entonces apenas si puedo dormir. ¡Es mucho tiempo dos años! Tengo miedo de que Pat no reconozca a su padre.

- Que sí, mamá. Claro que reconoceré a papá.

- Ahí están - dijo Barbee, distinguiendo de pronto el ruido de las ruedas del avión sobre la pista - Han aterrizado y ahora van a rodar hasta aquí.

Él continuaba cogido del brazo de la chica. Al fondo, el perrazo de Rowena Mondrick, junto a su dueña, no quitaba ojo ni a April ni al gatito de mirada azul.

- Nora, te presento a la señorita April Bell. Está haciendo sus primeras armas periodísticas en el consultorio sentimental de El Faro. Todo lo que cuentes lo podrá esgrimir contra ti.

- ¿De veras, Barbee?

April había protestado con una agradable risita. Pero, a pesar de todo cuando las dos miradas se cruzaron, Barbee se dio cuenta de que el fuego había estallado entre las dos mujeres. Fue algo así como el surtidor de chispas que salta cuando el duro metal entra en contacto con la piedra de afilar.

- Encantada de conocerla - dijeron las dos a coro con una sonrisa dulcísima, aunque las dos se detestaban ferozmente. Barbee lo sabía.

- Mamá, ¿puedo tocar el gatito? - dijo la pequeña Pat.

- ¡No, querida, por favor no!

Pero la rosada manita ya se había alargado. El gato cerró los ojos, gruñó, rasgó. Pat retrocedió hacia su madre con un sollozo mal disimulado.

- ¡Oh! Señora Quain... - susurró April Bell - ¡Cuánto lo siento!

- ¡Mala, no te quiero! - dijo Pat.

- ¡Mirad! - gritó el viejo Ben Chittum señalando con la punta de la pipa -. ¡Ahí los tenemos!

Los Spivak corrieron tras él.

- ¡Es Nick, mamá, nuestro Nick que vuelve de ese asqueroso desierto!

- ¡Vamos, mamá! - decía Pat -. Papá ha vuelto y yo le voy a reconocer.

Rowena Mondrick seguía al grupito jadeante, altiva y silenciosa. Parecía caminar sola, a pesar de la señora Ulford y el perro que la escoltaban. Barbee vio su rostro. Pero la mezcla de esperanza y miedo que lo ensombrecía le hizo retirar la mirada.

Él cerraba la marcha en compañía de April Bell.

- Fifi, eres muy malo. Me has echado a perder la entrevista. Barbee sintió deseos de seguir a Nora y explicarle que, después de todo, April Bell no era más que una desconocida. Sentía un gran cariño por Nora. A veces se preguntaba qué le habría

deparado la vida si hubiera sido él y no Sam Quain el que bailara con ella en aquel guateque de primer curso. Pero April le había vuelto a sonreír, aunque su voz sonó entristecida:

- Lo siento mucho, Barbee.

- No tiene importancia. Es sólo un gatito, ¿no?

La mirada de April era de nuevo verde oscura, extrañamente intensa, como si un temor secreto hubiera dilatado sus pupilas. Durante segundos, pareció como alerta, como si se dispusiera a jugar algún misterioso juego, difícil y peligroso. Decididamente, él no comprendía nada. Una principiante estaba claro que podía temblar ante su primer reportaje. Pero April Bell parecía, y mucho, demasiado competente como para mostrarse tan angustiada. Y, por otra parte, lo que él creía notar en ella no era simple timidez natural. No, era como una desesperación. Una desesperación mortal.

Pero ya, April volvía a mostrar su expresión habitual, sus colores normales. Volvió a colocar en su sitio la cinta del gato y sonrió abiertamente.

- Fifi - explicó - es de tía Ágata. Vivo en su casa ¿sabe? Y hoy se ha venido conmigo. Mi tía ha salido de compras con el coche y me ha dejado a Fifi. Hemos quedado en encontrarnos en la sala de espera. Perdona, voy a ver si ha llegado ya. Así podré desembarzarme de esta malvada bestezuela antes de que pueda montarme una escena.

Atravesó el edificio. Barbee la siguió con ojos intrigados. Hasta su flexible manera de andar le fascinaba. Tenía un no sé qué de salvaje, de indómito.

Y después, Barbee se reunió con Nora Quain y las demás personas que contemplaban la llegada del transporte en la penumbra. Se encontraba cansado. Sin duda había bebido más de la cuenta. Estaba a punto de estallar. Era muy normal sentirse alterado por una chica como April Bell. ¿Qué hombre habría resistido?

Nora Quain se tomó un tiempo antes de volverse a él y preguntarle:

- ¿Es importante esa chica?

- Acabo de conocerla... - Barbee vaciló sin saber qué pensar ni qué decir -. Es una chica... bueno... muy especial.

- No la dejes que te domine. Es...

Se paró, como buscando un apelativo para April Bell. Se le fue la sonrisa. Maquinalmente, acercó hacia sí a la pequeña Pat. No, no encontraba el apelativo.

- No, Will, no hay que... - dijo para terminar.

Y el ruido de los motores ahogó su voz.

CAPÍTULO II - Una extraña muerte

Dos hombres vestidos de blanco esperaban junto a la escalerilla de ruedas para atender a los pasajeros que habían de desembarcar. El enorme avión tenía un aspecto monstruoso y sombrío bajo los reflectores del aeropuerto. Se detuvo bastante lejos de los edificios. Los motores se apagaron al fin y un silencio impresionante se extendió por todo el ámbito.

- ¡Mark! - en el repentino silencio sonó el grito angustiado y sutil de la ciega esposa de Mondrick -. ¿Alguien ve a Mark?

El viejo Ben Chittum abrió la marcha agitando la pipa en un amplio gesto y lanzando gestos de bienvenida a su nieto. En vano. Papá y mamá Spivak corrían detrás, llamando a Nick, y estallaron en lágrimas al no verlo. Nora Quain había cogido a su niña del brazo y la apretaba medrosamente contra ella.

Rowena Mondrick permanecía lejos, detrás de ella, con su perro feroz y su asustada enfermera. Después de que April Bell se hubo ido, el perro se quedó tranquilo. Miró amistosamente a Barbee con sus dorados ojos y luego dejó de mirarle.

- El aparato se ha parado bastante lejos - dijo Barbee -. No sé por qué. Pero el doctor Mondrick y los demás supongo que estarán aquí en seguida.

- Gracias, Will - durante un instante le sonrió tras los cristales negros, con el rostro relajado y joven. Después volvió la angustiada palidez -. ¡Tengo tanto miedo por Mark!

- Lo comprendo. Sam Quain me habló de Ala-Shan; es un desierto que, en comparación con él, el Valle de la Muerte parece un fresco oasis. Ya sé que la salud del doctor Mondrick no es demasiado buena.

- No, Will, eso no es todo. Mark anda bien del corazón, aunque del asma empeora cada año. Sin embargo, aún está fuerte y no le da miedo el desierto. ¡No es eso ni mucho menos!

Tenía las manos aferradas a la cadena del perro y Barbee se dio cuenta de que temblaban. Tiró del perro. Con dedos ligeros recorrió los remaches de plata pulida del collar, como si el contacto frío del blanco metal le produjera cierto placer sensual.

- Mira - continuó -: yo trabajé con Mark hace ya tiempo, antes de haber visto demasiadas cosas - alzó la mano izquierda para taparse un instante las gafas negras y las vacías cicatrices que ocultaban -. Conozco su teoría y sé lo que Sam Quain ha descubierto para él bajo esa vieja tumba de Ala-Shan, cuando la última expedición de antes de la guerra. Por eso precisamente intenté persuadirle para que no volviera allí.

Bruscamente se volvió y escuchó.

- Pero, ¿dónde están, Will? - su voz sonaba aprensiva -. ¿Por qué no bajan ya?

- No sé - dijo Barbee, también preocupado -. No lo comprendo. El avión está ahí esperando. Han acercado la escalerilla y están abriendo la puerta, pero nadie sale. Mire, el doctor Bennet, de la Fundación, sube al aparato.

- Irá a ver qué pasa - sujetando bien y muy de cerca al perro, Rowena se volvió en dirección al aeropuerto y escuchó de nuevo -. ¿Dónde está esa chica, la que ha ahuyentado Turco?

- Está dentro - dijo Barbee -. Lamento lo que ha ocurrido. April es simpática. Yo esperaba que le gustase. De verdad, Rowena, no veo ninguna razón para que...

- Hay una razón - dijo la ciega endureciendo el rostro y poniéndose muy tiesa -, puesto que a Turco no le gusta. Y Turco sabe.

La señora Mondrick acariciaba la cabeza del perro.

El animal dirigía sus inteligentes ojos amarillos hacia el edificio, como vigilando el eventual retorno de April Bell.

- Pero, vamos a ver, Rowena - protestó Barbee -. ¿No cree usted que su confianza en Turco va demasiado lejos?

- Mark ha enseñado a Turco. Le ha enseñado a cuidar de mí. Y si ha atacado a esa mujer, es porque sabe que es mala... Recuerda esto, Will. Estoy completamente convencida de que ella será todo lo simpática que quieras... Pero Turco sabe.

Barbee retrocedió un paso. Se preguntaba si las garras del leopardo negro que le habían sacado los ojos, no le habrían tocado también el cerebro. Los temores de Rowena eran un poco exagerados. Sintió alivio al ver reaparecer la saltarina silueta del director de la Fundación.

- Ahí está Bennet - dijo -. Supongo que los otros bajarán tras él. Rowena salió a tomar aliento, y esperaron en silencio. Barbee esperaba. Se imaginaba ya el rostro bronceado de Sam Quain y sus ojos azules. También veía ante sí a Nick Spivak, moreno y delgado, con el ceño fruncido tras las gafas, a Rex Chittum, que a pesar de todas las becas que había obtenido, seguía dando la misma impresión de siempre: un hombretón ignorante que recordaba a Lil Abner, el gigante de los comics. Incluso Mondrick pasó por sus recuerdos, fuerte, pesado y calvo, con el mentón agresivo y los ojos llenos de sueños lejanos.

Pero, en persona, no terminaban de salir.

- ¿Dónde está Mark? - preguntó Rowena -. ¿Dónde están los otros?

- No los veo - dijo Barbee, que se esforzaba por disimular su inquietud -. Da la impresión de que Bennet hace todo lo posible para impedir que nadie suba a bordo. ¡Ah! Ahí está.

- ¡Doctor Bennet! - llamó Rowena -. ¿Por qué no sale Mark?

- Están todos sanos y salvos - respondió Bennet -. Se están preparando para salir del avión, pero me temo que habrá que esperar un poco.

- ¿Esperar? ¿Por qué?

- El doctor Mondrick quiere hacer una declaración sobre los resultados de la expedición. Creo que ha encontrado algo sumamente importante y él quiere dar publicidad al descubrimiento aquí mismo.

- No, no - dijo la señora Mondrick entre sollozos -, de ninguna manera. No debe hacerlo. ¡Ellos no se lo permitirán!

- Pero, vamos a ver - dijo Bennet, sorprendido -, realmente yo no veo el porqué de tanta historia sobre dar publicidad a los resultados de una expedición científica. Se lo aseguro, señora Mondrick, se equivoca usted al inquietarse de esa manera, suponiendo que exista algún peligro. El doctor parece anormalmente agitado, pero ignoro en absoluto por qué. Me ha pedido que haga venir a una patrulla de policía para proteger su persona y sus descubrimientos hasta que haya hecho su declaración.

Rowena se contentó con sacudir su orgullosa cabeza en signo de desprecio por la patrulla de policía.

- No se amargue usted, señora Mondrick. Su marido me ha dicho lo que hay que hacer, y yo me encargaré de todo. Voy a hacer lo necesario para que la prensa lo reciba después de que haya bajado del avión. Se cacheará a todos los periodistas para que no puedan llevar armas y habrá policías suficientes para impedir cualquier tentativa.

- Todo eso es inútil... Por favor, doctor Bennet, vuelva a decir a Mark que...

- Lo siento, señora Mondrick, el doctor ya me ha dicho lo que quiere y tenemos que tomar medidas en seguida. Me ha dicho que me dé prisa y tal vez sea peligroso esperar.

- Sí, es peligroso... Vaya.

Ensombrecido, el hombre de la Fundación se fue precipitadamente hacia el edificio. Barbee le siguió haciendo todo lo posible por mostrarse amable:

- Clarendon es una pequeña ciudad apacible, ¿no, doctor Bennet? ¿Qué clase de molestia cree usted que Mondrick teme tanto?

- No me pregunte - respondió Bennet con expresión de disgusto -, ni intente hacerse el listo. El doctor Mondrick no quiere que aquí haya rumores ni que los periodistas publiquen las tonterías que se imaginen. Ha dicho que el asunto es importante y quiere que el público sea correctamente informado. Los fotógrafos de Life y el corresponsal de la Associated Press deben haber llegado, y además voy a intentar traer a alguien de la radio. Así no habrá favoritismos. Estarán ustedes en iguales condiciones para empezar el mejor reportaje del año.

«Tal vez», pensó Barbee, pues tenía motivos para estar harto de conferencias de prensa, entrevistas concertadas y preparadas de antemano. Su consigna era esperar y ver. Al pasar por la sala de espera vio la resplandeciente cabellera de April Bell en una cabina telefónica. Por los alrededores no había nadie parecido a la tía Ágata, y se le ocurrió que debía permanecer atento, incluso con respecto a las mujeres.

Se tomó dos tazas de café en el bar. No entró en calor. El frío que sentía en su interior no era causado por el glacial viento del este. Helado aún, escuchó el ronco altavoz que anunciaba la llegada del avión de línea regular y salió corriendo para echar el guante a Walraven.

El aparato pasó por delante del avión donde aún permanecían Mondrick y sus compañeros y se detuvo casi delante del edificio. Bajaron dos o tres hombres de negocios y una pareja de recién casados. Y de pronto apareció Walraven bajando pesadamente por

la escalerilla. Con su altisonante voz de barítono iba contando a la azafata que mantenía excelentes relaciones en Washington.

Walraven se adelantó con aire majestuoso para posar ante el fotógrafo de La Estrella, pero cuando Barbee fue a entrevistarle se negó. Le confió, sin embargo, aunque rogándole que no lo publicara, que tenía pensado hablar largo y tendido con su amigo Preston Troy sobre la táctica que convenía seguir. Dijo a Barbee que no vacilara en pasar por su despacho para charlar y tomar unas copas, sí, sí, cuando quisiera, cualquier día, a cualquier hora, pero que, de momento, no podía hacerle ninguna declaración. Tras estas palabras, Walraven avanzó hasta las mismas barbas del fotógrafo de prensa y tomó un taxi.

Bien lo sabía Barbee: Preston Troy y no otro era quien dictaba a Walraven todas las tácticas y quien decidía qué declaraciones debían hacerse a la prensa. La verdad sobre Walraven, la fachada que presta a Troy para las reales ambiciones políticas de este último, constituiría una buena información, un excelente tema periodístico, pero no para La Estrella. Por lo tanto, Barbee dejó marchar al pálido Walraven y volvió al avión.

- ¡Ay, mamaíta, qué miedo!

La aguda vocecita de la pequeña Pat Quain se elevó del atribulado grupo que aún seguía esperando. Nora tenía a la chiquilla apretada contra sí y la pequeña continuó:

- ¿Qué le han hecho a mi papá?

- Tu papá está bien - dijo Nora -. Espera, bonita, que hay que esperar.

Ante la valla metálica se colocaron tres coches de la policía. Media docena de agentes escoltaban ya a los reporteros y fotógrafos de prensa que se dirigían al gran avión parado; otros dos contenían al inquieto grupo de parientes y amigos.

- Escuche, agente - dijo Rowena Mondrick -. Tiene que dejarme permanecer aquí. Mark es mi marido y está en peligro. Tengo que estar aquí para ayudarle.

- Lo siento, señora - dijo el sargento con la seriedad profesional que en tales casos se impone -. Somos nosotros los que nos encargamos de proteger a su marido. Aunque yo no veo razones para inquietarse. La Fundación nos ha pedido que prohibamos el paso a todo el mundo, excepto a la prensa y la radio. Aparte éstos, los demás deben retirarse. ¡Vamos, circulen todos!

- ¡No! - exclamó Rowena -. No, se lo ruego. Usted no puede comprender.

El sargento la tomó por el brazo.

- Lo Siento. Venga conmigo y no tenga miedo.

- Usted no sabe nada - insistió la dama ciega -. Ustedes no pueden hacer nada...

- Quédate, mamita, quédate, por favor - decía la pequeña Pat -. Quiero ver a papá, yo también quiero conocerle.

Pálida como su asustada hija, Nora se dirigió con ella hacia la sala de espera. Mamá Spivak estalló en sollozos sobre la espalda de Papá Spivak. El viejo Ben Chittum sacudió su negra pipa en las narices del otro policía, afirmando con fuerza.

- Escuche, señor agente. Hace ya dos años que estoy rezando para que mi hijo vuelva sano y salvo del desierto. Y los señores Spivak, mírelos, han gastado mucho más dinero del que se pueden permitir para venir en avión desde New York. ¡Señor agente...!

Barbee le tomó por el brazo:

- Será mejor esperar, Ben.

El anciano siguió a los otros con paso apresurado. Barbee enseñó su carnet de periodista y le registraron rápidamente. No, no llevaba armas ocultas. Se reunió, pues, con los reporteros agrupados bajo el ala del avión. Se puso al lado de April Bell. Debía haber devuelto el gato a la tía Ágata, pues llevaba cerrado el bolso negro de serpiente. La joven miraba la portezuela del avión, pálida y sin aliento, con gran intensidad. Pareció resucitar cuando se dio cuenta de la presencia de Barbee a su lado. Volvió bruscamente su hermosa cabeza. Durante una fracción de segundo, le pareció notar en ella la

desesperada tensión de un felino preparado para atacar. Después sonrió y sus rasgados ojos verdes volvieron a ser cálidos y alegres:

- Hola, colega - también su voz era cálida y amistosa -. Cualquiera diría que estamos presenciando un acontecimiento único. ¡Ahí llegan!

Sam Quain apareció el primero. Barbee se dio cuenta en seguida de que había cambiado. Su rostro de cuadrada mandíbula se había oscurecido y su pelo rubio era ahora casi blanco. Parecía cansado, había envejecido más de dos años. Seguramente se había afeitado a bordo, pero su traje caqui estaba sucio y desgastado.

Había en él, además, algo extraño.

Algo extraño que también había dejado su marca en los otros tres hombres que bajaban la escalerilla. Barbee se preguntó si estarían enfermos. El rostro grave y pesado del doctor Mondrick pendía pálido bajo el casco colonial. ¿Sería su antigua asma o era el corazón que no iba bien?

Barbee pensó que, aunque estuvieran enfermos, habrían podido sonreír en el momento de regresar triunfalmente a su país, con sus amigos, mujeres e hijos, después de realizar su gran obra. Por el contrario, estos hombres, hoscos y sucios, parecían acabados. Ninguno de ellos esbozó siquiera un saludo o una sonrisa para los que acudían a recibirles. Nick Spivak y Rex Chittum salieron del avión tras el viejo Mondrick. También ellos iban vestidos de caqui arrugado, comido por el sol. También ellos estaban flacos, sombríos y macilentos. Era seguro que Rex había oído las protestas del viejo Ben Chittum ante el policía, pero no hizo ni un gesto de respuesta.

Él y Nick iban doblados bajo el peso de la carga. Entre los dos llevaban una caja de madera, rectangular, pintada de verde, con asas de cuero. Un esmerado trabajo de algún artesano de cualquier remoto poblado, pensó Barbee. La caja estaba reforzada con abrazaderas de acero y un enorme candado sujetaba la cerradura forjada a mano. El peso hizo vacilar a los dos hombres.

- ¡Cuidado! - oyó gritar a Mondrick -. ¡No podemos perderlo!

Nerviosamente, el antropólogo de descarnadas mejillas se acercó para echarles una mano y restablecer el equilibrio de la caja. No dejó de vigilarles estrechamente hasta que los dos hombres cubrieron el último tramo. Incluso entonces, permaneció con la mano sobre la caja, haciendo señas para que la llevaran cerca de los periodistas que les esperaban.

Estaba claro que aquellos hombres tenían miedo.

El más mínimo gesto ponía en evidencia su terror.

No se trataba de vencedores que volvían para anunciar una nueva conquista. Parecían más bien viejos combatientes, serios y disciplinados, tropas escogidas que avanzaban serenamente hacia una batalla desesperada.

- Me pregunto... qué es lo que realmente han encontrado - murmuró April Bell.

- Sea lo que fuere el descubrimiento, no les ha hecho muy felices. Un fanático de la Biblia juraría que han caído en el infierno.

Barbee se dio cuenta de que Sam Quain le miraba.

Una extraña tensión le embargó en ese preciso instante y le impidió gritarle un saludo. Se contentó con agitar la mano. Sam hizo un ligero gesto con la cabeza. Sus sombríos rasgos traslucían desconfianza, hostilidad...

Mondrick se paró delante de los periodistas, bajo el ala del avión.

Estallaron relámpagos de magnesio en la bruma y el viento. Mientras los jóvenes exploradores llegaban junto a él con la caja verde, Mondrick se dejó fotografiar. A su lado, Barbee le observaba, mirando su rostro delgado, despiadadamente bañado por la luz de los flashes.

Mondrick, lo veía claramente, era un hombre acabado. Sam, Nick y Rex, estaban endurecidos. El miedo, cualquiera que fuera su origen, sólo había conseguido hacerles más duros, más resistentes, más silenciosos. Pero Mondrick estaba acabado. Sus gestos

cansados y vacilantes evidenciaban que sus nervios se hallaban al borde del colapso. En su rostro descompuesto se leía una terrible obsesión.

- Gracias, señores, por haber venido.

Era una voz baja, ronca, rota.

Con la mirada deslumbrada por los relámpagos de los flashes, Mondrick escrutaba las caras con visible temor. Después miró más lejos hacia los que continuaban esperando bajo la vigilancia de la policía. Seguramente vio a su esposa ciega, un poco separada de los demás, al lado de su feroz perro. Pero no dejó traslucir ninguna emoción. Después fijó su mirada en sus tres compañeros, como queriendo encontrar alivio en ellos.

- Su espera será recompensada, ya que - Barbee tuvo la impresión de que hablaba con apresuramiento, como desesperado, como si temiera que no le quedara tiempo para terminar su frase -... ya que nosotros tenemos algo que decir a toda la humanidad - volvió a tomar aliento -. Es un mensaje horrible, señores, algo que se ha tratado de enterrar, de disimular, de ocultar y de suprimir con fines infames.

Al decirlo, gesticuló con una nerviosa rigidez que traslucía su extremo estado de ansiedad.

- El mundo lo sabrá, el mundo lo debe saber, si es que aún no ha pasado el tiempo de revelarlo. Así pues, escuchen bien lo que voy a decirles y tengan la bondad, si pueden, de difundirlo. Y filmen las pruebas que hemos traído, para demostrar la verdad de lo que digo. Emitan por radio y publiquen lo que les voy a decir esta misma noche si es posible.

- Claro que sí - gritó un hombre de la radio agitando su micrófono -. Para eso estamos aquí. Voy a grabar en el magnetófono y me iré volando al estudio. A condición, claro está, de que su declaración sea políticamente correcta. Me imagino que usted querrá dar su opinión sobre la situación política de China, ¿no?

- Hemos visto gran parte de la guerra de China - respondió Mondrick solemnemente -. Pero no es de eso de lo que quiero hablar hoy. Lo que voy a decir es mucho más importante que todo lo que se pueda decir con respecto a las guerras, a todas las guerras, pues explica por qué se hacen las guerras. También explica un montón de cosas que el hombre no ha entendido nunca, y muchas otras que se nos ha enseñado a negar.

- Estupendo, pues - dijo el hombre de la radio preparando su material -. Diga, diga. Le escucho.

- Les voy a decir... - comenzó Mondrick.

Después tosió, volvió a respirar, tosió de nuevo, y continuó, cada vez más ronco:

- Les voy a hablar de un enemigo enmascarado, de un enemigo misterioso, de un clan secreto que conspira y espera, sin levantar sospecha, en medio de verdaderos seres humanos. Es un enemigo secreto, más temible que cualquier quinta columna que preparase la ruina de una nación. Les voy a hablar de la venida que se espera de un Mesías tenebroso, el Hijo de la Noche, cuya aparición entre los hombres verdaderos será señal de una revolución salvaje, horrible, increíble.

El hombre roto, cansado de muerte, respiró de nuevo dolorosamente.

- Prepárense ustedes para lo que les voy a revelar, señores. Es algo terrible. A ustedes les va a pasar como a mí: que al principio no se lo creerán. Es demasiado espantoso para que resulte verosímil. Pero lo tendrán que aceptar, como yo lo he aceptado, cuando vean los desagradables objetos que he traído de esas tumbas prehistóricas de Ala-Shan. Mis descubrimientos, o, mejor dicho, nuestros descubrimientos, dan la solución a muchísimos enigmas. ¿Se han preguntado alguna vez ustedes por qué existe el Mal?

En ese momento, su rostro era una dolorosa máscara de color plomizo.

- ¿Se han preguntado ustedes, señores...? - Mondrick sufrió un ahogo y se dobló. Consiguió volver a respirar normalmente y apoyó las manos en los costados. Por la cara se le extendió un ominoso color azulado. Tosió en el pañuelo. Se enjugó el rostro. Cuando volvió a tomar la palabra lo hizo en voz más alta.

Había tensión en el aire. Barbee vio al fotógrafo poner una nueva película en la cámara. El hombre de la radio maniobraba en el magnetófono. Los reporteros tomaban notas mecánicamente.

April Bell estaba de pie a su lado, e inmóvil como una estatua de hielo, blanca, apretando con ambas manos el bolso de serpiente. Tenía los ojos, aquellos ojos verdinegros, clavados en Mondrick, con una intensidad alucinante.

Con un gran esfuerzo consiguió éste recuperar el aliento y tomar la palabra una vez más.

- Yo era psiquiatra en Glenhaven. Tuve que renunciar a mi carrera de medicina porque la verdad que yo sospechaba demostraba el absurdo de todo lo que se me había enseñado. Se burlaba cruelmente de mis esfuerzos por curar la enajenación mental. Busqué las pruebas de mi error en otras ciencias. Pero estas pruebas no existían. Fui a estudiar al extranjero. Y terminé por aceptar una plaza de profesor en la Universidad de Clarendon. Probé con todas las ciencias: antropología, arqueología, etnología... Las investigaciones que hice cada vez me daban más pruebas de lo que yo me temía. Durante muchos años trabajé solo. En seguida comprenderán por qué me resultó difícil encontrar colaboradores. Después me ayudaría mi esposa, cuando compartí con ella el secreto. Tuvo que perder los ojos y atestiguar con este sacrificio que nuestros temores tenían fundamento. Pero, para terminar, tenía que encontrar hombres en los que yo pudiera confiar y tenía que prepararlos para compartir... - la voz del viejo se quebró de pronto en un sollozo. Con el rostro lívido se encorvó haciendo grandes esfuerzos por respirar. Sam Quain le sostuvo, evitando que se desplomara, hasta que pasó este momento de crisis.

- Perdón, señores, padezco estos ataques. Trataré de exponerles lo más rápido posible los preliminares que deben conocer para poder comprender. Tenemos una teoría que queremos demostrar con el fin de prevenir y armar a los hombres, a los verdaderos. Las pruebas que nos hacían falta no se podrían encontrar sino en las cenizas muertas del pasado. Pueden imaginarse fácilmente las dificultades de esa tarea. No tengo tiempo para enumerarlas. Los mongoles torgord saquearon nuestro campamento. Nos faltó poco para morir de sed, casi morimos de frío. Después nos echó la guerra, cuando acabábamos de descubrir los emplazamientos de las tumbas prehumanas.

Y señaló con la bota la caja verde custodiada por sus tres compañeros.

- Lo hemos traído. Está aquí.

Una vez más, Mondrick se enderezó, luchando por respirar, mirando con esfuerzo los rostros que había ante él. Barbee se encontró con su mirada, con sus ojos desconfiados, y en ellos leyó la lucha entre la urgencia de hablar, una urgencia mortal, y un miedo pánico. Comprendía la razón del interminable preámbulo. Sabía que Mondrick deseaba desesperadamente hablar, relatar el hecho desnudo y completo, pero también sabía que Mondrick se sentía frenado por un miedo horrible a no ser creído cuando hablara.

- Señores, no me juzguen todavía - articuló ronca y trabajosamente -. Les ruego me perdonen si todas estas precauciones no les parecen necesarias. Lo comprenderán cuando lo sepan todo. Y ahora que están ustedes más o menos preparados, les voy a decir con toda brutalidad lo que tengo que decir. Tengo que hacer mi declaración antes de que me impidan hacerlo, pues los que comprendan lo que estoy intentando decir, se encuentran en el mismo peligro. Yo les pido, no obstante, que sigan escuchándome, pues continúo, aunque tengo la esperanza... todavía confío en que entendiendo la verdad, difundiéndola tanto que no se la pueda sofocar matando, ya que haría falta matar a demasiada gente para conseguir... Creo que queda una posibilidad para destruir a los miembros secretos del Clan.

Una vez más Mondrick tomó aliento, encogido, temblando.

- Hace cien mil años...

Se ahogó. Se llevó las manos a la garganta, como esforzándose por abrir una vía a su aliento. De la boca le salió un ruido burbujeante. El rostro torturado y las manos se le pusieron azules. Se tambaleó y cayó entre los brazos de Sam Quain balbuceando palabras que no llegó a pronunciar. Barbee oyó murmurar a Quain:

- ¡No! Es imposible. Aquí no hay gatos.

April Bell continuaba inmóvil y sin el gatito. Pero, por otra parte, ¿por qué habían hablado de gatos? Tiritando bajo el helado viento del este, Barbee se volvió a mirar hacia Mondrick. Sam Quain y Nick Spivak habían tenido de espaldas al profesor. Quain se quitó la propia camisa para ponerla bajo la cabeza de Mondrick como almohada. Pero Barbee se dio cuenta de que Rex Chittum permanecía al lado de la caja pintada de verde, al acecho, como si lo que en ella había fuera más importante que la agonía del viejo explorador.

Porque Mondrick estaba agonizando. Sus manos se agitaron en el aire y después cayeron. Su rostro se relajó y se le extendió una palidez lívida. Tuvo unas sacudidas convulsivas y después quedó inmóvil. Se estaba ahogando tan exactamente como si le hubieran aplicado el garrote vil.

- Atrás, retrocedan - aullaba Sam Quain -, necesita aire.

Un flash disparó.

Los policías hicieron retroceder a los fotógrafos, pues el círculo era cada vez más estrecho y todos se acercaban para sacar el mejor cliché. Alguien pidió una ambulancia, pero Mondrick ya había dejado de existir.

- ¡Mark!

Barbee oyó el grito estridente. Vio a la ciega esposa de Mondrick separarse del grupo custodiado por la policía y correr, con el gigantesco perro al lado, hacia el lugar del suceso como si lo hubiera visto todo.

Uno de los policías intentó detenerla y cayó derribado por el perro. Se acercó al cuerpo de su marido, se arrodilló y le recorrió el rostro con los dedos. Sobre sus anillos y brazaletes de plata, la luz se reflejaba fríamente.

- Mark, querido mío, pobre ciego - dijo -. ¿Por qué no me has dejado venir con Turco para protegerte? ¿No te dabas cuenta de que se acercaban?

CAPÍTULO III - El lobo de jade

El cadáver, extendido sobre la pista de taxis, no respondió a aquel plañido y la ciega no añadió ni una palabra más. Conmovido, Barbee hizo señas a los demás periodistas para que retrocedieran. Le dolía la garganta y sentía trío en la espalda. En silencio, se acercó a Sam Quain. Quain, con los ojos puestos sobre el hombre muerto que yacía ante él, no decía nada. Tenía la carne de gallina bajo el jersey. Parecía no oír a los vociferantes periodistas. Ni se enteró cuando Barbee se quitó el abrigo para ponérselo sobre los hombros.

- Gracias, Will - logró decir al fin, sin ganas -. Supongo que debe hacer frío.

Y después, volviéndose hacia los periodistas, añadió:

- De aquí pueden sacar un buen artículo, señores - su voz era tranquila, seca, extrañamente lenta y opaca -. La muerte del doctor Lamarck Mondrick, el célebre antropólogo y explorador, y pongan cuidado en la ortografía. Revisen escrupulosamente si la ortografía es correcta. Él le daba mucha importancia a la c de Lamarck.

Barbee cogió a Sam por el brazo:

- ¿De qué ha muerto, Sam?

- El médico dirá que de muerte natural.

Tenía la voz inexpresiva y sin vida y Barbee notó que Sam se había cerrado en una postura inflexible. Sam continuó:

- Sí... venía sufriendo asma desde hace mucho tiempo. Allá en Ala-Shan me dijo que sabía perfectamente que tenía una enfermedad del corazón, que ya lo sabía antes de salir con la expedición. No fue un viaje de placer. No. Sobre todo para un hombre viejo y enfermo como él. Sencillamente, su vieja máquina no ha podido soportar este último ataque.

Barbee vio la forma sin vida extendida en el suelo, y la mujer de negro que lloraba en silencio a su lado.

- Dime, Sam, ¿qué es lo que intentaba decir el doctor Mondrick? Sam tragó saliva con esfuerzo. Retiró de Barbee su mirada azul y la dirigió al vacío, a la bruma. Después volvió a mirarle. Se encogió de hombros bajo el abrigo prestado. Parecía querer sacudirse todo el horror que se le había adherido al cuerpo como un vestido negro.

- Nada - respondió -. Nada en absoluto.

- ¡Eh, Quain! ¿No puedes decirnos de qué se trata? - preguntó un periodista. Sam permaneció silencioso, visiblemente incómodo. Él otro volvió a insistir -: Vamos, Sam Quain, cuenta. ¡No pretenderás que todo este montaje ha sido para nada!

Sam negó con la cabeza:

- Nada que merezca grandes titulares - respondió -. El doctor Mondrick estaba enfermo desde hacía tiempo y me temo que su magnífico cerebro también se ha visto dañado. Nadie puede dudar de la novedad y la originalidad de sus trabajos. Sin embargo, nosotros siempre hemos intentado persuadirle de que abandonara esa forma melodramática de publicar sus resultados.

- ¿Quiere decir que todo este asunto del descubrimiento en Mongolia no es más que una broma de mal gusto?

- Al contrario - explicó Sam Quain -. Es algo muy serio y muy importante. Sus teorías y las pruebas que nosotros hemos reunido en su apoyo, merecen la atención de cualquier antropólogo profesional... Los descubrimientos del doctor Mondrick son muy importantes. Nosotros, sin embargo, hemos hecho todo lo posible para que los publicara normalmente, en un informe destinado a los organismos competentes. Y es lo que nosotros haremos a su debido tiempo.

- Pero el viejo - dijo un fotógrafo - ha hecho alusión varias veces a alguien que quería impedirle hablar. Y luego, ¡zas! Se interrumpe en lo más interesante. Es muy raro todo esto, ¿no cree? ¿No será que tiene usted miedo, señor Quain?

- Claro que sí. Todos estamos un poco trastornados por lo que ha sucedido. Pero, ¿cómo encontrar una prueba de que el doctor Mondrick tenía un enemigo aquí? ¡No, aquí no había ningún enemigo! La muerte del doctor Mondrick no puede ser sino una trágica coincidencia, a lo sumo. Sin duda alguna, este ataque mortal ha sido provocado por su propia excitación.

- Sí, pero... - insistió el reportero de la radio -, ¿y el Hijo de la Noche? ¿Y el Mesías Tenebroso?

Sam intentó sonreír:

- El doctor leía novelas policíacas. Su Hijo de la Noche no es más que una figura poética, una manera de hablar. Creo que se trata de una personificación de la ignorancia humana. Tenía la costumbre de hablar en lenguaje figurado. Y quería comunicar sus resultados con cierto dramatismo sensacionalista... Miren, ahí tienen esa caja de madera, en ella está todo lo que hay que decir y saber. Me temo que el doctor Mondrick escogió un medio inadecuado de publicidad. Después de todo, ni siquiera la teoría de la evolución mereció la primera página de ningún periódico, ¿no es cierto? Sin embargo, para un especialista como el doctor Mondrick, cualquier dato relativo al origen de la humanidad es de una importancia incalculable. Pero, en realidad, estos temas no interesan al hombre de la calle. A menos que se les dramatice.

- ¡Vaya, hombre! - dijo el de la radio -. ¡Ahora resulta que me he pasado la tarde corriendo para nada! - y se fue. Llegó una ambulancia. A Barbee le pareció una suerte que la señora Mondrick no viera a los fotógrafos tomar sus últimas fotos.

- Y ¿cuáles son sus proyectos? - preguntó un hombre de perfil aguileño, vestido de negro, al que Barbee reconoció como «periodista científico». Pero, ¿qué querría decir con esto? La pregunta podía tener varios sentidos -. Y ¿cuándo van a celebrar esa conferencia de prensa interrumpida?

- De momento, no - dijo Sam -. Todos estamos de acuerdo en que el doctor hablaba muy apresuradamente. Mis colegas de la Fundación estarán conformes conmigo: lo que hemos traído de Ala-Shan debe ser examinado y estudiado totalmente y con mucho cuidado, muy minuciosamente, en nuestros laboratorios, con la ayuda de las notas y los documentos del doctor Mondrick, antes de publicar nada. La Fundación publicará una monografía cuando lo juzgue oportuno. Todo esto nos llevará seguramente un año. Un año, o dos tal vez.

- De todas formas - siguió el periodista científico -, yo tengo ya mi artículo. De momento, ya veo los titulares de los periódicos de la noche: La maldición prehistórica cae sobre el violador de tumbas.

- Publique lo que mejor le parezca. Nosotros, por ahora, no tenemos más declaraciones que hacer. A no ser que acepte, por favor, las más humildes excusas de la Fundación, en cuyo nombre le hablo, por esta trágica presentación de nuestros descubrimientos. Espero que sea usted generoso con la figura del doctor Mondrick. Verdaderamente era un gran hombre. Su obra, una vez publicada, le colocará entre los pocos sabios que han hecho progresar las ciencias humanas, junto a Freud y Darwin. Eso es lo que yo, y los demás, podemos decirle hoy.

Los fotógrafos dispararon sus flashes por última vez y empezaron a recoger el material. Desmontaron los micrófonos y enrollaron los cables. Los periodistas se dispersaron de mala gana.

Barbee buscó a April Bell y la vio de lejos entrar en la estación. Sin duda, iría a telefonar al redactor de servicio de su periódico. Él podía esperar hasta medianoche para publicar su artículo en la primera edición, por lo tanto aún le quedaba algo de tiempo para intentar esclarecer la muerte de Mondrick que él se obstinaba en encontrar misteriosa.

Marchó directamente hacia Sam Quain y le tomó la mano. Sam, que estaba desprevenido, lanzó un grito y a continuación intentó sonreír. Barbee le llevó detrás del avión

- ¿Qué es lo que pasa, Sam? Le has quitado importancia al asunto, pero no lo has hecho bien. Lo que decía el viejo Mondrick era verdad. Se os nota que estáis aterrorizados. Pero ¿de qué tenéis tanto miedo?

- Teníamos miedo de que pasara exactamente lo que ha pasado. Todos sabíamos que estaba enfermo. El avión tuvo que subir muy alto para atravesar un frente frío y la altura le ha debido afectar el corazón. Quería a toda costa hacer su declaración aquí y ahora, seguramente porque sabía que sus horas estaban contadas.

Barbee movió la cabeza:

- Es casi plausible. Sólo que los ataques de asma raramente son mortales y las crisis cardíacas no se pueden prever... Me resulta muy difícil creer que no temierais otra cosa muy distinta. Pero todos, ¡todos vosotros! ¡Vamos, Sam! - agarró a Quain del brazo -. ¿Es que no tienes confianza en mí? ¿Es que ya no eres mi amigo?

- No seas idiota, Will. No creo que el doctor Mondrick tuviera demasiada confianza en ti. Nunca me ha dicho por qué. Tenía confianza en muy poca gente. Pero nosotros, claro que seguimos siendo amigos... Ahora tengo que marcharme. Hay mucho que hacer. Tenemos que ocuparnos del entierro del doctor, cuidar de la caja, transportar a la

Fundación el resto del cargamento. A propósito, te devuelvo tu abrigo, te hace falta, hace mucho frío. Yo tengo uno en el avión. Tengo que marcharme. Perdona.

Barbee tomó el abrigo y dijo:

- Ve entonces a ver a Nora. Sabes que está ahí, que ha venido a esperarse con la pequeña Pat. El viejo Ben también está ahí para ver a Rex, y los Spivak han venido de Brooklyn a buscar a Nick. ¿Qué ocurre, Sam? ¿Es que no podéis disponer de un minuto para saludar a vuestra familia?

- Los veremos cuando podamos, Will... ¿O es que crees que no somos humanos? Hace dos años que no veo ni a mi mujer ni a mi hija, pero antes hay que ocuparse de la caja del doctor.

- Espera un segundo, Sam. Quiero hacerte una pregunta... - y Barbee convirtió su voz en un susurro -. ¿Qué tiene que ver un gato con el caso de la muerte de Mondrick?

- ¿Eeeeh, qué gato?

- Eso es lo que a mí me gustaría saber.

- Se lo oí murmurar mientras agonizaba. Pero yo no he visto ningún gato.

- Pero, ¿por qué, Sam? ¿Qué importancia tenía un gato?

- El asma del doctor era alérgica. Tenía alergia a los gatos. Los análisis lo demuestran. Era alérgico al pelo de los gatos. No podía entrar en ningún sitio donde hubiera gatos sin sufrir un ataque... Will, ¿has visto tú algún gato por aquí?

- Sí - respondió Barbee -: un gato negro, pequeño.

Sam se puso rígido.

April Bell salía de la estación. La luz jugaba con las llamas de su pelo. Era vivaz, fuerte y graciosa, como un felino merodeando por la jaula. Pero, ¿por qué le sugeriría aquella comparación? Sus cálidos ojos sombreados divisaron a Barbee y le lanzó una sonrisa.

- ¿Dónde? - preguntó Sam Quain con voz angustiada -. ¿Dónde estaba el gato negro?

Barbee contempló los grandes ojos de April Bell y algo le incitó a ocultar a Quain que era ella quien había traído al gato. Había algo en la muchacha que le conmovía, que le transformaba, que actuaba sobre él con una fuerza poderosa en la que él prefería no profundizar. Terminó por decir en alta voz, vagamente:

- Por algún rincón del edificio. Allí, delante de la parada de los aviones. No me he dado cuenta hacia dónde iba.

La mirada de Sam se cargó de sospechas. Quiso hablar, pero cerró la boca al darse cuenta de que April Bell se acercaba a ellos.

- ¿De manera que usted es mister Quain? - le abordó ella -. Precisamente, me gustaría hacerle una o dos preguntas para El Faro de Clarendon, si me lo permite, naturalmente. No. Una sola pregunta. ¿Qué es lo que tienen ustedes en esa gran caja verde? ¿Diamantes? ¿Los planos de una bomba atómica?

- Me temo que nada tan sensacional. Realmente, nada que pueda interesar a los lectores de periódicos. Nada que mereciera la pena recoger si estuviera tirado en la calle. Piezas de museo y fragmentos. Algunos huesos viejos. Objetos sin valor, rotos e inútiles, incluso antes de los albores de la humanidad.

Ella rió suavemente:

- Entonces, mister Quain, si su caja no tiene ningún valor, ¿Por qué...?

- Perdona - dijo Quain, y se marchó sin más. La chica intentó cogerle del brazo, pero él se desasíó y, sin volver la vista, se dirigió hacia los dos hombres que custodiaban la caja de madera verde. Quain dijo algo a uno de los policías y señaló con un gesto al grupito que seguía esperando. Al instante, Barbee, que continuaba junto a April Bell, vio al viejo Ben Chittum, a los Spivak y a Nora Quain acercarse al transporte. El viejo dio la mano a su nieto. Bajo las gafas, la señora Spivak sollozaba enternecida, entre los brazos de Nick, papá Spivak abrazaba a los dos juntos.

Sam Quain esperaba a Nora cerca de la caja pintada de verde. Abrazó a su mujer y tomó en brazos a Pat. La niña se reía. Cogió el pañuelo de su papá y se limpió las

lágrimas secas de los ojos. Nora quiso apartar a su marido de la caja, pero él se sentó encima del pesado fardo y montó a la pequeña sobre sus rodillas.

Mamá Spivak, abrazada a su hijo, empezó a lamentarse ruidosamente.

- Tal vez sea verdad lo que él ha dicho - deslizó April Bell al oído de Barbee -, pero eso no impide que todos ellos estuviesen dispuestos a dar su vida y la del viejo Mondrick por proteger la dichosa caja. Tendría gracia que les atacara - añadió.

- No creo - dijo Barbee.

Algo le volvió a hacer temblar. ¿Habría cogido frío mientras Quain tenía puesto su abrigo? Se alejó un poco de la chica. De repente, sintió que le desagradaba el contacto de aquellas pieles blancas y suaves. No podía olvidarse del gatito. Existía alguna posibilidad de que esta joven pelirroja fuera una asesina extremadamente hábil.

A Barbee no le gustaba aquella palabra.

Había visto bastantes criminales en las comisarías de policía, pero ninguno de ellos era tan lozano y hermoso como April Bell. Y, ahora, había muerto un hombre, abatido por unas moléculas procedentes de la piel de un gato con la misma precisión que si hubiera sido estrangulado por una cuerda. Y la responsable de la presencia de aquel gato era la esbelta pelirroja.

Vaya, el bolso negro de serpiente había desaparecido. La joven pareció seguir la mirada de Barbee.

- ¡Mi bolso! - gritaba palideciendo -. Lo he olvidado en algún sitio mientras preparaba mi artículo. Es de la tía Ágata. Tengo que encontrarlo. Dentro hay una herencia de familia. Un alfiler de jade blanco. ¿Me ayudará a buscarlo, Barbee?

Barbee la siguió. Buscaron en el lugar donde se había detenido la ambulancia, en las cabinas telefónicas, en la sala de espera. A Barbee no le sorprendió que la búsqueda resultase infructuosa. Por ningún lado se veía el bolso negro de serpiente. Sin embargo, April Bell parecía demasiado avispada y segura de sí misma como para ir perdiendo cosas por ahí. Por fin, April consultó su reloj de pulsera adornado con diamantes:

- Habrá que renunciar a él - suspiró sin evidenciar el menor signo de pena por la pérdida -. Gracias por ayudarme a buscarlo, pero, a lo mejor, ni siquiera lo he perdido. Seguramente se lo habrá llevado tía Ágata cuando le di a Fifi.

Barbee consiguió permanecer impassible. No creía en la existencia de la tía Ágata. Además se acordaba perfectamente de haber visto el bolso entre los dedos de la chica y de cómo ella lo estrujaba nerviosamente mientras el viejo Mondrick se debatía por los suelos. Pero no dijo nada.

- Gracias, Barbee. Ahora tengo que telefonar de nuevo a la redacción. Perdona que le deje plantado.

- Para saber toda la verdad, lea El Faro - dijo Barbee citando la divisa del diario -. Yo tengo tiempo hasta las doce. Voy a tratar de averiguar qué han traído en ese cofre de madera pintado de verde y por qué ha muerto el viejo Mondrick... ¿Nos volveremos a ver?

Esperó angustiado la respuesta de la chica, con la vista fija en las pieles blancas del abrigo. Deseaba con toda su alma volver a verla... Pero, ¿por qué su ansiedad? ¿Por temor de que realmente hubiera ella asesinado a Mondrick o porque en el fondo confiara en que no lo hubiera hecho? Sonrió un instante nerviosamente, esperando la respuesta, y lanzó un suspiro de alivio cuando ella le devolvió la sonrisa y le dijo:

- Si usted quiere, sí, Barbee - era una voz de terciopelo, un voz de claro de luna -. Pero ¿cuándo?

- ¿Cenamos juntos esta noche? - Barbee se esforzó por aparentar tranquilidad -. ¿Le viene bien a las nueve o es demasiado tarde? Antes quisiera descubrir qué van a hacer con su preciosa carga Sam y los demás. Y después tendré que escribir el artículo.

- Las nueve es buena hora. ¡Me encanta la noche!

- A las nueve, entonces. ¿Dónde quedamos?

April Bell sonrió ahora con una expresión sarcástica, arqueando las pintadas cejas.

- ¡Esta noche! - sonrió -. Nora va a pensar que ha perdido usted la cabeza.

- Y puede que sea verdad... ¡Ay que lío! Rowena Mondrick y yo somos buenos amigos, aunque entre su marido y yo no fueran bien las cosas. Sí, su muerte me ha afectado, pero Sam Quain se va a ocupar de todo. Y yo quisiera que cenara conmigo esta noche, April - y añadió en sus pensamientos: «Espero que me digas por qué trajiste al gatito negro y por qué creíste necesario inventarte a la tía Ágata y si tenías alguna razón para desear la muerte del doctor Mondrick.»

- ¡Si me da tiempo a arreglarme, sí! - sonrió entre un relampagueo de dientes -. Ahora me voy corriendo. Tengo que llamar al periódico y después pedir permiso a la tía Ágata.

Efectivamente se fue corriendo con toda la gracia de un animal salvaje. La vio llegar a la cabina telefónica. Asombrado de que una mujer hubiera podido conmoverle de tal modo. Su melodiosa voz aún le acariciaba los oídos. De repente, deseó no haber bebido tanto whisky y encontrarse en mejor forma. Veía el resplandor de las pieles blancas, allí, dentro de la cabina iluminada. Se estremeció de nuevo. Seguramente había cogido frío. Tenía que marcharse... si descubriera que ella había sido la asesina, ¿qué impresión le causaría?

Quain y sus compañeros habían cargado la caja verde en el coche del doctor Bennet. Nora y los otros emprendieron el camino de vuelta sin demasiada convicción. Mamá Spivak lloraba quedamente y papá Spivak intentaba consolarla.

- Tengo miedo, papá - decía mamá Spivak -. Ese objeto que han llevado a casa de Sam ya ha matado al doctor Mondrick y tengo miedo de que ahora mate a Sam y a Nora. Y, a lo peor, también se lleva a nuestro Nickie.

- Por favor mamá - decía papá Spivak intentando reír -, no seas tonta.

Vanas tentativas de fingir alegría.

Nora llevaba a la pequeña Pat. Tenía el rostro impasible. No vio a Barbee cuando pasó a su lado.

- No llores, mamá - le decía Pat.

El dolor que se reflejaba en la cara del viejo Ben Chittum conmovió a Barbee, que le gritó:

- ¡Venga conmigo, Ben, le llevaré a la ciudad en mi coche!

- Gracias, Will, voy bien así. No te preocupes por mí. Rex vendrá a verme cuando hayan dejado la caja bien guardada en casa de Sam. Estoy un poco desilusionado, pero ya se me pasará. A mí no me duran las penas.

Barbee se volvió a ver si April Bell aún estaba en el teléfono y a continuación puso en práctica una idea que se le acababa de ocurrir. Caminó con paso rápido hasta la enorme papelería que había detrás de los edificios del aeropuerto y empezó a buscar entre periódicos viejos, envolturas de caramelos, sombreros de paja rotos...

Le guiaba esa misma y rara intuición que le había permitido realizar tantos buenos reportajes, aquella intuición de origen desconocido que se trocaba en certeza y que, según Preston Troy, constituía el instrumento esencial de un buen periodista. El olfato de la información. Una vez habló con el doctor Glenn, y este estupendo psiquiatra le había dicho que esta clase de intuición no era más que razonamiento lógico del subconsciente. Esta explicación tan fácil, a Barbee sólo le había convencido a medias. Pero no por ello dejaba de confiar en sus intuiciones.

Bajo un roto sombrero de paja, encontró el bolso negro de serpiente.

De su interior sobresalían las puntas de una cinta roja.

Barbee abrió el bolso.

Dentro estaba el cuerpo flácido del gatito de la tía Ágata.

El lazo rojo había sido apretado con tal fuerza que casi había seccionado la cabeza del gato. Éste tenía la boca abierta, la lengua fuera, los ojos sanguinolentos, desorbitados. Estrangulado con mano maestra. El reportero se sintió atraído por una única gotita de sangre que le llevó a encontrar otra cosa.

Al apoyar el dedo en el cuerpo del animalito, notó algo duro. Era blanco y estaba clavado en la piel negra. Tiró con cuidado y lanzó un silbido cuando vio lo que era a la pálida luz del edificio. Era la alhaja que había perdido April Bell. El alfiler de jade blanco. Representaba un lobo pequeño en actitud de correr, y el ojo era de malaquita verde. Era una talla delicada y expresiva. El lobezno parecía tan esbelto y gracioso como April Bell. El broche estaba abierto y la dura punta de acero había sido clavada en el cuerpo del gatito. Cuando tiró, brotó una gota de sangre. La punta, se dijo, habrá debido atravesarle el corazón.

CAPÍTULO IV - La niña bruja

Barbee recordaba vagamente lo que había aprendido hacía ya tiempo, en clase del doctor Mondrick, sobre la teoría y la práctica de la magia entre los primitivos. Él, sin embargo, nunca había sido aficionado a las ciencias ocultas. Pero tampoco hacía falta saber mucho para darse cuenta de que el gato negro y el viejo profesor habían muerto al mismo tiempo y de la misma forma. Seguramente April Bell había matado al gato. Teniendo en cuenta que no se sabía a ciencia cierta hasta qué punto el doctor Mondrick había muerto de una crisis de alergia, ¿podría decirse que se trataba de un crimen premeditado? Barbee estaba convencido de que sí.

¿Y él qué debía hacer?

Su primer impulso fue llevar el bolso negro de serpiente, con su siniestro contenido, a casa de Sam Quain. Podía aprovechar la ocasión para averiguar qué contenía la famosa caja verde. Pero abandonó aquella idea. La brujería era sin duda un buen tema de estudio para especialistas como Mondrick, pero seguramente que a Sam Quain le haría reír. Se desternillaría de risa si le contara que había una elegante bruja moderna, de cejas dibujadas a lápiz y uñas pintadas, que practicaba su arte en una ciudad americana del siglo veinte. Por otra parte, se sentía un tanto molesto por la distante actitud de Sam, y además sentía una extraña aversión a comprometer a April Bell.

Después de todo, tal vez no hubiera sido ella la que había matado a Fifi. Cualquiera de los chiquillos que habían estado esperando por allí la llegada del avión era mucho más sospechoso. Pudiera ser que realmente existiera la tía Ágata. Si April se decidía a cenar con él, procuraría enterarse de estos particulares. De cualquier forma, él necesitaba disipar aquella incertidumbre.

Se decidió. Limpió la sangre del alfiler en el forro blanco del bolso y se guardó el lobo de jade blanco en el bolsillo. Después volvió a colocar el bolso negro bajo el sombrero. ¿Qué dirían los encargados de recoger la basura? Ya debían estar acostumbrados a estos pequeños misterios.

Soplaba un viento áspero. La noche, cargada de nubes, parecía aún más negra. April salió de la cabina con el rostro iluminado. Pero bien podía ser simplemente la emoción de publicar su primer artículo. Viéndola así, no se podía pensar que fuera una asesina. Pero, de todas formas, habría que descubrir por qué había traído el gato y lo había estrangulado y apuñalado para conseguir la muerte del doctor Mondrick por medio de la magia.

- ¿Qué, vamos? - le preguntó.

La chica tenía los ojos brillantes y una sonrisa de cálida camaradería.

- ¿Te llevo a la ciudad?

- Lo siento - dijo -. Tengo coche. La tía Ágata tenía una partida de bridge y ha vuelto en autobús.

- ¡Ah! ¿Y nuestra cita?

- He llamado a mi tía y me ha dicho que puedo salir.

- ¡Qué estupendo! ¿Y dónde vives?

- En las Arms of Troy. Apartamento 2C.

- ¡Estupendo!

Los lujosos apartamentos de ese nombre constituían uno de los negocios de Preston Troy y Barbee había escrito algún artículo sobre ellos en La Estrella. El apartamento más barato debía salir por unos doscientos dólares al mes como mínimo. Era demasiado para una periodista principiante. A menos, claro está, que la tía Ágata existiera y fuera rica.

- Pero podemos quedar en cualquier otro sitio... ¿Dónde vamos a ir?

- ¿A Monte Agudo? - propuso, aun a sabiendas de que este restaurante club de las afueras de la ciudad era carísimo para un periodista de La Estrella.

- Me encantaría - dijo ella.

La acompañó hasta su coche, bajo la violenta tempestad. Era un deportivo descapotable. Cuatro mil dólares en el mercado negro, pensó fastidiado. No había muchos aprendices de periodista que pudieran permitirse tales lujos. Confiaba en que también el coche perteneciera a la tía Ágata. Le abrió la puerta. Ella se acomodó, ágil y graciosa como el lobo del alfiler de jade blanco, y le cogió la mano, le tocó con sus fuertes y frescos dedos que le proporcionaron la misma emoción que escuchar su voz. Él refrenó los impulsos que sentía de besarla allí mismo. Podía estropearlo todo. Pero desde luego, homicida o inocente, April Bell era fascinante.

- Hasta luego - dijo ella -, a las nueve, más o menos.

Barbee llegó al periódico en su destartalado coche de antes de la guerra. Ocupó su sitio en la gran sala de redacción de La Estrella y se puso a mecanografiar sus artículos. Mientras escribía se alegró de que el moderno lenguaje periodístico utilizara un estilo tan objetivo y estereotipado.

El doctor Lamarck Mondrick, famoso antropólogo y fundador de la Fundación de Investigaciones Humanas, que acababa de regresar después de dos años de excavaciones en yacimientos prehistóricos del lejano desierto de Ala-Shan, falleció súbitamente ayer tarde, al llegar al aeropuerto municipal, cuando iniciaba una conferencia de prensa en la que pretendía dar cuenta del resultado de sus investigaciones.

Tal era el hecho escueto.

Rellenó el artículo con datos de archivo sobre la carrera del difunto. Una nota necrológica normal no dejaba lugar para mencionar a April Bell ni el cadáver de un gato negro en el fondo de una papelera.

El hábito le hizo bajar hasta su viejo coche, pero en vano buscó bajo el volante. Se le había olvidado comprar la botella de costumbre. Había pasado por delante del Mint Bar y no se había parado a tomar una copa ni a comprar una botella. ¿Es que April Bell le estaba quitando sus malas costumbres?

Su apartamento, dos habitaciones pequeñas y sórdidas, cocina y cuarto de baño, se encontraba en un destartalado inmueble de Bread Street.

Los alrededores no tenían nada de lujosos. Estaba demasiado cerca de las fábricas, pero el alquiler era barato y a la casera le daba igual que bebiera demasiado o no. Se bañó y se afeitó. De repente, se descubrió a sí mismo silbando despreocupadamente y buscando una camisa limpia y un traje no demasiado apolillado para ir a Monte Agudo. Tal vez April Bell fuera lo que le hacía falta a él. A las ocho cuarenta y dos minutos exactamente, sonó el timbre del teléfono en el interior del apartamento. Volvió a abrir. Corrió. ¿Y si, de repente, April hubiera decidido no salir con él?

- ¿Will? - era una voz de mujer, forzada, tensa, bajo una apariencia de calma -. Quiero hablarte.

No era April Bell y se sintió aliviado. Era la voz distinguida y amable de la señora Mondrick.

- ¿Puedes venir a verme, Will? - preguntó -. Ven en coche, lo más rápidamente que puedas.

- Ahora mismo no puedo, Rowena - dijo disgustado -, estoy dispuesto a ayudarla en todo lo que le haga falta y facilitarle las cosas. Iré mañana por la mañana o tal vez esta misma noche, pero un poco más tarde. Es que ahora mismo tengo una cita y no puedo dejarla...

- ¡Oh! - este ¡oh! fue como un grito de dolor -... ¿Con esa chica, Bell?

- Sí, con April Bell.

- Will, ¿quién es?

- ¡Ah! Es una periodista que empieza ahora. Trabaja en el periódico de la noche. No la había visto nunca. Parece que a Turco no le cayó bien, pero yo la encuentro muy simpática.

- No es posible... Will, anula la cita. O aplázala hasta después que nos hayamos visto, ¿quieres? Por favor...

- Lo siento mucho... Pero, de verdad, Rowena, me es imposible... Ya sé que a usted no le gusta esa chica. Y su perro la odia. Pero yo la encuentro muy interesante.

- De eso estoy segura, Will... Es cierto que a mí no me gusta, pero es por una razón que me gustaría exponerte cuando tengas un minuto para escucharme. Así pues, te ruego que vengas cuanto antes.

- Lo siento, Rowena, pero iré cuando pueda.

- ¡Ten mucho cuidado, Will, cuídate! Ten cuidado con ella esta noche, Will. Esa mujer quiere hacerte daño.

- ¿Hacerme daño? ¿Cómo?

- Ven mañana aquí y te explicaré.

- Explíqueme, por favor... - pero ya había colgado. ¿Qué había querido decir?

De vez en cuando, Rowena tenía unos caprichos extraños.

Pero ahora él iba al encuentro de April Bell.

El bar de Monte Agudo consistía en una estancia semicircular con las paredes de cristal. Estaba iluminado con una luz rojiza indirecta. Los asientos eran de cuero verde y tenían el respaldo demasiado inclinado hacia atrás para que resultaran muy cómodos. Producían una desagradable impresión: ¿estaban diseñados a propósito para que los clientes bebieran más? Cualquiera sabía.

- Me gustaría tomar un daikiri - dijo ella.

Barbee pidió dos.

Estaba tan cerca de ella que podía respirar su perfume. Se sentía tan borracho, sin haber empezado a beber, sólo del brillo de sus cabellos, de la oscura intensidad de sus ojos verdes, del cálido encanto de su sonrisa, del hálito vital que exhalaba su perfecto cuerpo bajo el atrevido vestido verde, que olvidó el plan de acción que llevaba preparado.

La caricia de su voz, un tanto grave, le hacía desear que no fuera una asesina, que no se pudiera ni sospechar tal cosa. Y, sin embargo, bien sabía que no podría sustraerse a tales pensamientos mientras no aclarase todo el asunto. Hasta entonces, no podría descansar. Ya antes, cuando cruzaban el río anchísimo por un puente interminable, él había intentado llevar a cabo cierto interrogatorio. Lo esencial, era el móvil. Si fuera cierto que ella no conocía a Mondrick, ni que hubiera oído hablar nunca de él, ni tenía ninguna razón para desearle mal alguno, entonces todo se convertiría en una especie de broma pesada. Incluso si la presencia accidental del gato en aquellos lugares hubiera provocado aquel ataque fatal, tan desdichada coincidencia no tenía por qué interesarle ni a él ni al fiscal.

Por otra parte, Barbee prefería no pensar en ello siquiera. Esta hermosa pelirroja, que le sonreía a través de las volutas azules del humo del tabaco, parecía ofrecerle mucho más que lo que un amargado periodista hubiera podido soñar. ¿O es que lo iba a tirar todo por tierra, ahora precisamente que lo tenía al alcance de la mano? No, ni mucho menos.

No quería encontrar los motivos. Se negó a imaginar qué móvil habría podido tener ella para desear la muerte de Mondrick. Y, sin embargo, se le presentó una bandada de nuevos enigmas sin resolver. ¿Quién sería ese enemigo secreto que había ido a esperar a Mondrick al aeropuerto? ¿Y si April Bell formaba parte de una conjura o de una conspiración desesperada? En este mundo febril de la posguerra, donde naciones, razas y filosofías opuestas luchaban entre sí para sobrevivir, donde los hombres de ciencia inventaban todos los días un nuevo instrumento de muerte más potente que los anteriores, no era nada difícil de imaginar.

Era perfectamente posible que Mondrick y su expedición, durante su viaje a través del teatro de la guerra de Asia, hubieran reunido documentos sobre la identidad y las finalidades de estos conspiradores. ¿Y si los hubieran traído en esa gran caja pintada de verde? Se habrían tomado precauciones extremas, pues ellos sabían perfectamente que existía un peligro y sabían cuál era, y habían tenido la intención de revelar lo que sabían. Sin embargo, Mondrick, antes incluso de que pudiera nombrar al enemigo, había caído fulminado.

April Bell le había matado. No podía seguir disimulándose. Monstruoso accidente u homicidio cuidadosamente premeditado, parecía que el gato negro que April Bell llevaba en el bolso negro había sido la causa de la muerte. Les sirvieron los daikiris. Los resplandecientes dientes de April brillaban a través del vaso. Allí estaba ella, cálida, real y próxima, y él intentaba desesperadamente sacudirse toda la fantasmagoría de sus sospechas. Después de todo, en un mundo que tenía infinitos medios para matar, desde el cuchillo al cianuro, parecía increíble que un asesino serio hubiera pensado emplear un polvillo que mana de la piel de un gato negro paseándolo por el trayecto de la futura víctima. ¡Caray! Ningún asesino sensato hubiera estrangulado al gatito con una cinta ni le hubiera clavado un alfiler en el corazón. No, a no ser que...

Barbee sacudió la cabeza y, con una sonrisita equívoca, levantó el brazo y brindó con April Bell. Después se puso a meditar sobre todas las improbables circunstancias que rodeaban los últimos momentos del doctor Mondrick y cada vez las encontró más desagradables. Sí, mejor sería dedicarse a pasar la velada lo más agradablemente posible en compañía de la chica más fascinante que había conocido en toda su vida.

¿Y si fuera una bruja?

O, mejor, ¿y si ella hubiera deseado verdaderamente la muerte de Mondrick y creyera que lo iba a conseguir estrangulando y apuñalando al pobrecito Fifi? Después de todo él no estaba muy satisfecho con la vida que llevaba. Ochenta horas semanales atado al duro banco de Prestan Troy, por un sueldo que apenas le llegaba para pagar el alquiler, la comida y el whisky, casi un litro al día. Si April Bell se declarara bruja y estuviera convencida de serlo, tal vez constituyera una evasión más atractiva. Se miraron mientras chocaban los vasos.

- ¿Por qué brindamos, Barbee?

Él se inclinó sobre la mesita octogonal:

- ¡Por nuestra velada! - dijo. Su proximidad se le subía a la cabeza. Le cortaba el aliento -. Por favor, April, quisiera conocer toda tu vida, toda. Los lugares donde has vivido, todo lo que has hecho, tu familia, tus amigos. Tus sueños y lo que te gusta para desayunar.

Sus rojos labios se curvaron formando una lenta sonrisa de gata.

- Deberías ser más razonable, Barbee. El misterio es el encanto de una mujer.

Incluso en ese crítico momento no pudo dejar de observar la fuerza y la blancura de sus dientes. Le recordaban una de las más raras historias de Edgar Allan Poe, aquella de un hombre que tenía la morbosa obsesión de arrancarle los dientes a su amada. «No, se dijo, tengo que pensar en otra cosa.» Y para cambiar de pensamiento levantó el vaso. Pero le tembló el pulso y el pálido liquido se le derramó entre los dedos.

- Demasiado misterio - dijo -. En realidad, me das miedo.

- ¿Sí...? Pero, realmente, Barbee, el que da miedo eres tú.

Barbee miró al suelo mientras bebía a pequeños tragos. Hasta esa noche había creído conocer bien a las mujeres, pero April Bell le desconcertaba.

- Mira, Barbee, he intentado crear una ilusión - su fría voz tenía un tono de burla y su risita secreta le hacía sentirse ridículo -. Me hace muy feliz que me tomes en serio. ¡No querrás que ahora destruya esa ilusión!

- Sí, April. Eso es exactamente lo que quiero.

- ¡Bueno! - asintió con la cabeza y un reflejo de fuego invadió sus cabellos -. Muy bien, Barbee, por ti voy a dejar caer mi velo.

Dejó el vaso y se inclinó hacia él, con los torneados brazos cruzados sobre la negra mesita. Las blancas curvas de su espalda y de su pecho le rozaron ligeramente. Le embargó el fresco perfume de su cuerpo, un perfume impalpable, natural, seco y puro. Se alegró de que ella se hubiera salvado de la cruzada de los fabricantes de jabón.

- En realidad, soy hija de labradores - le dijo -. Yo nací aquí, en las afueras de Clarendon. Mis padres tenían una vaquería junto al río cerca de la vía. En aquel tiempo tenía que andar casi dos kilómetros a pie todos los días para coger el autocar de la escuela - aquí lanzó un breve suspiro -. ¿Qué, te basta esto para destruir tus ilusiones?

- ¡Ni siquiera basta para arañar su superficie!

- Por favor, Will - suplicó dulcemente -. Me gustaría no decirte más cosas, por lo menos esta noche. La ilusión es la concha que me protege. Sin ella estaría sin defensa y nada atractiva, por supuesto. No me hagas romper la concha. A. lo mejor, sin ella, ya no te gusto.

- De eso no hay peligro. Me gustaría mucho que siguieras... Compréndelo, te sigo teniendo miedo.

La chica bebió lentamente un poco de su daikiri. Sus verdes ojos escrutaron el rostro de Barbee. Ya no sonreían. Frunció el ceño, y al momento volvió a sonreír con la misma expresión de cálida comprensión.

- Tengo que prevenirte de que lo demás es un poco triste.

- Puedo soportarlo. Quiero conocerte mejor y así me gustarás más.

- Eso espero. Vamos, pues... Mis padres no se entendían bien. La cosa no marchaba. Mi padre... Pero dejemos esto. Yo tenía nueve años cuando mi madre se marchó conmigo a California. Mi padre se quedó con los otros hijos. Para disimular estas cosas horribles me he construido mi ilusión.

Terminó el vaso.

- ¿Comprendes? No teníamos ni para comer. Mamá volvió a usar su nombre de soltera. Tuvo que trabajar mucho para seguir adelante. Hizo de todo: cocinera, vendedora, taquígrafa, camarera, extra de cine, etc. Al final le dieron algún papel de actriz de carácter. Pero su camino no ha sido precisamente de rosas. Vivía para mí y trató de educarme para que yo jugara al juego de la vida con un poco más de astucia que ella. Mamá tenía muy mala opinión de los hombres, y creo que con razón. Hizo todo lo que pudo por protegerme. De mí hizo... Llámalo una loba si quieres, y aquí estoy. Mamá consiguió que yo tuviera estudios y durante todos esos años se las arregló Dios sabe cómo para pagarlo todo. Incluso me dejó al morir algunos miles de dólares. Cuando se me acabe el dinero, sí hago lo que me enseñó... Bueno, esto es lo que hay, Will. Soy un animal de presa... Y ahora, ¿qué te parezco? ¿No te asusta la terrible verdad que hay tras mi pobre ilusión destruida?

- Como animal de presa, me pareces perfectamente equipada. Lo que deseo es que los reporteros de La Estrella seamos buenas presas para ti... Pero de lo que tengo miedo es de otra cosa.

Tuvo la impresión de que el cuerpo de la chica se ponía tenso. ¿Había achicado los ojos? Incluso su perfume sutil traslucía un mensaje: el del verdadero animal de presa al acecho, tras la mesita negra. La sonrisa de April no consiguió disipar esta impresión.

- Bueno, ¿de qué tienes miedo?

Barbee tragó lo que quedaba en su vaso. Sus dedos tamborilearon nerviosamente sobre la mesa. ¡Qué dedos tan grandes y peludos al lado de los de April Bell!

- April...

Se armó de valor y tomó aliento. Ella tenía el rostro blanco, impassible. Aún tenía los grandes ojos achicados, al acecho, como si supiera de antemano lo que él iba a decir.

- April - repitió -, es algo relacionado con lo que pasó en el aeropuerto - se inclinó sobre la mesita. Sintió un nuevo escalofrío. De repente su voz se volvió ruda. ¡La estaba acusando! -. Tú mataste al gatito negro. Vi su cadáver. Lo hiciste para provocar la muerte del doctor Mondrick.

Barbee se esperaba una violenta protesta. Se preparó para aguantar el contraataque. Esperaba de ella una expresión alocada de incompreensión, en caso de que algún joven asesino hubiera raptado y dado muerte al pobre Fifí. Pero se sintió absolutamente perdido cuando la chica se cubrió el rostro con las manos, los codos sobre la mesa, y empezó a sollozar quedamente. Observó su espléndida melena roja, se mordió las uñas. La desesperación y el dolor de la chica eran terriblemente auténticos. Y él no soportaba las lágrimas. De golpe, todas sus sospechas le parecieron absurdas, increíbles, fantásticas. Había sido un error incluso mencionar el gato de la tía Ágata.

- April - dijo -, yo no quería... Lo siento muchísimo...

- ¡De manera que lo sabes!

- Yo no sé nada. Todo esto es una pesadilla. Hay muchas cosas que no puedo creer o que no comprendo. Yo... no quería hacerte daño. Créeme, April, por favor. Yo te quiero... te quiero mucho... pero, claro, ya sabes cómo murió Mondrick...

- Sí, Will. Me has desenmascarado. Supongo que no merece la pena seguir tomándote el pelo. La verdad es difícil de decir y sé que te va a trastornar. Barbee, soy una bruja.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Lo que acabo de decir, simplemente. No te he contado el porqué de las peleas entre mis padres... No era posible. Pero la causa era ésta. Yo era una niña bruja y mi padre lo descubrió. Mi madre lo supo desde siempre, pero estaba de mi parte. Si no es por ella, él me hubiera matado. Por eso le dejamos.

CAPÍTULO V - Tras el velo

April Bell se apoyó en la mesita negra, en aquella mesa octogonal, y acercó su rostro tenso y pálido al de Barbee, entre la densa niebla de humo caliente y azul. Los clientes de Monte Agudo pagaban demasiado caro por venir a respirarlo. Su voz grave era audible y tenía sus grandes ojos fijos en los de Barbee, como para comprobar mejor el efecto producido.

En el fondo del estómago, Barbee sentía un no sé qué sordo y pesado, como si hubiera bebido un vaso grande de whisky puro y se hubiera quedado paralizado. Era como el anuncio del ardor que vendría a continuación. No se atrevía a hablar. No quería discutir lo que decía la chica. Pero tampoco podía aceptarlo.

- Mira - comenzó ella a explicarle -, mamá era la segunda mujer de mi padre. Era mucho más joven que él, parecía su hija. Yo sé que ella nunca le quiso. Jamás he llegado a comprender por qué se casó con él. Era una bestia odiosa. Y nunca tenía dinero. La verdad es que mi madre no cumplía los principios que a mi me enseñó... Pero mamá había estado enamorada de otro. Nunca me dijo su nombre. Puede que esto explique su matrimonio y sus opiniones sobre los hombres. Mi padre no hizo ningún esfuerzo para que ella le quisiera. Tal vez supiera que existía ese otro hombre y sospechase que yo no era su hija... Era un hombre muy rígido. Un producto típico de la tradición de Salem. Realmente, nunca fue pastor, porque no podía estar de acuerdo con ninguna secta, pero

tenía la costumbre de predicar su terrible fe por las esquinas, aquí en la ciudad, los sábados en las horas de mercado, en cualquier Sitio en donde se reuniesen algunos ociosos para escucharle. Se consideraba un hombre justo que quería defender al mundo contra el pecado. Lo que sucedía, en suma, es que era un hombre horriblemente cruel... Particularmente conmigo. Yo era una niña muy lista. Mi padre tenía otros hijos de su primer matrimonio, que no lo eran tanto. A los tres años empecé a leer. Yo entendía a la gente. No sé cómo, pero presentía las reacciones que iban a tener las personas y lo que iba a suceder. A mi padre no le gustaba que yo fuera más inteligente que mis hermanos y hermanas, de los que él estaba seguro que eran suyos. Además, creo que yo era muy guapa. Me lo decía mi madre. Sin duda alguna, estaba mimada y era vanidosa. Y hacía rabiar a los otros. Me peleaba sin cesar con mis hermanos mayores y mi madre se ponía de mi parte contra ellos y contra mi padre. Ellos hubieran querido ser más altos y guapos y yo, con mucha picardía, siempre daba con lo que más les molestaba. ¡Y con mi padre igual! Agitaba mi melena delante de él. Por entonces tenía el pelo más claro que ahora. Y mi madre me peinaba con bucles muy largos. Mamá y él tenían el pelo negro y ahora tengo casi la certeza de que aquel otro hombre, del que él sospechaba, debía ser pelirrojo. Pero en aquel entonces, todo lo que yo sabía era que mi color de pelo le volvía loco. Tenía yo cinco años la primera vez que me llamó niña bruja. Me arrancó de los brazos de mi madre y me dio de latigazos... Sí mi padre me odió siempre. Y sus hijos igual. Yo nunca he creído que fuera hija suya. Me detestaban porque yo era diferente. Porque era más guapa que las otras niñas y más lista que los demás muchachos. Porque sabía hacer cosas que ellos no sabían. Sí, porque yo ya era una bruja. Todos estaban predispuestos contra mí, excepto mi madre. Tenía que defenderme y devolver los golpes cuando me era posible. Supe de la existencia de las brujas gracias a la Biblia. Papá nos leía un capítulo antes de cada comida, y a continuación daba gracias que no terminaban nunca, y al fin podíamos comer. Yo hacía preguntas sobre lo que podían hacer las brujas. Mamá me dijo algunas cosas y yo aprendí otras más, muchísimas más, por boca de una vieja partera que vino a casa cuando mi hermana mayor dio a luz. Era una vieja muy rara. Cuando tuve siete años comencé a practicar lo que me había enseñado... Empecé por cosas pequeñas, como es normal en una niña. El primer incidente grave sucedió cuando tenía nueve años. Mi hermanastro Harry tenía un perro llamado Tige. No se por qué, pero Tige me odiaba. Si me acercaba a acariciarle, gruñía exactamente igual que el horrible perro de esa tal señora Mondrick. Otro signo, decía mi padre, otra señal de que yo era una niña bruja, enviada como castigo del cielo contra nuestra casa. Un día, Tige me mordió. Harry se burló de mí y me llamó pequeña bruja asquerosa. Iba a azuzarme a Tige. Al menos eso dijo. Tal vez sólo quisiera asustarme. Pero yo ya le había dicho que le iba a demostrar que era una bruja y que iba a lanzar un sortilegio contra su perro. Tenía que salirme lo mejor posible. Me acordaba perfectamente de todo lo que me había dicho la vieja partera. Compuse una cancioncilla de encantamiento y la canté mientras la familia rezaba. Arranqué pelusilla de la manta del perro y escupí encima. La quemé en la estufa de la cocina y esperé a que Tige muriera.

- Eras una niña. ¡Solamente una niña jugando!

- Al día siguiente, Tige cogió la rabia y mí padre tuvo que matarle.

- ¡Coincidencia!

- Tal vez... Pero yo creía en mi poder. Harry también creía. Y mi padre también cuando Harry se lo dijo. Mi madre estaba cosiendo. Corrí a buscar refugio a su lado. Papá me cogió y volvió a pegarme. Me hizo un daño horrible. Y me di cuenta de que había sido muy injusto conmigo. Mientras me pegaba yo le gritaba que me vengaría. Cuando me dejó empecé a maquinarme un buen plan. Me fui al establo y les arranqué pelos a las tres mejores vacas y al toro. Escupí en los pelos y los quemé con una cerilla. Después los enterré en el establo. Y compuse otro encantamiento. Una semana más tarde, aproximadamente, el toro cayó muerto.

- ¡Coincidencia! Una pura coincidencia, seguramente...

- El veterinario dijo que fue una sepsis hemorrágica. Las tres vacas también murieron y además el mejor caballo y dos terneras. Mi padre se acordó de mis amenazas y mi hermano Harry me había visto cavar en el establo. Harry contó lo que sabía. Mi padre me pegó bestialmente hasta que le confesé que yo había hecho cosas para matarle el ganado... ¡Qué noche tan horrible! Mi padre llevó a los otros niños a casa de mi hermana mayor para preservarlos de los efectos de la brujería y de la ira de Dios desatada contra la casa. Nos quedamos solas mi madre y yo. Mi padre me dijo que rezáramos hasta que yo sufriera el justo castigo por mi pecado: no lo olvidaré nunca. Mi madre lloraba, suplicaba, inventaba excusas para mí y suplicaba perdón. Me acuerdo que estaba de rodillas, sobre las tablas del suelo, delante de mi padre, como si se tratase de alguna divinidad ultrajada. Pero él no hacía caso de nada. Recorría a grandes zancadas aquella siniestra casa y aullaba preguntas y crueles acusaciones o leía pasajes de la Biblia al resplandor de una lámpara de petróleo que apestaba. Repetía el terrible pasaje de las escrituras: Mataras a la hechicera. Aquello duró toda la noche. Nos obligó a arrodillarnos y a rezar. Iba de un lado para otro y nos maldecía. Apartó a mi madre y la conjuró a no albergar a una niña bruja en su regazo. Después me arrastró y me volvió a pegar. Casi me mata. Después se puso a leer la Biblia otra vez: Matarás a la hechicera.

»Me hubiera matado. Mamá me arranco de sus garras. Le rompió una silla en la cabeza pero él no pareció ni enterarse. Me dejó tirada en el suelo y se fue a buscar su fusil de caza. Sabía que tenía la intención de matarme y yo canté un sortilegio para detenerle... Hizo efecto. Cayó en el momento en que iba a descolgar el fusil. Más tarde, el médico declaró que se trataba de una hemorragia cerebral. Le dijo que le vendría mejor no volverse a encolerizar. Y creo que no lo logró, porque el día que salió del hospital cayó muerto al saber que mi madre se había marchado a California conmigo. Jamás he sabido con certeza lo que pensaba mi madre. Sé que me quería. Creo que me hubiese perdonado las mayores barbaridades. Se contentó con hacerme jurar, cuando estuvimos lejos y seguras, que no volvería a hacer sortilegios. He mantenido mi palabra. Por lo menos hasta su muerte... Mamá era perfecta. Te habría gustado, Barbee. Verdaderamente, no se le podía pedir que tuviera confianza en su marido, ni en ningún otro hombre. Además hacía todo lo que podía por mí. Yo creo que, a medida que el tiempo pasaba, se fue olvidando de todo lo que había pasado aquí en Clarendon. Yo sé que ella deseaba olvidarlo. No quiso regresar jamás. Ni siquiera para ver a sus viejos amigos. Le hubiera afectado terriblemente saber lo que yo era, lo que soy en realidad... Mantuve mi promesa de no volver a hacer más sortilegios. Pero yo me daba cuenta, sin poderlo evitar, de que el poder despertaba en mí y cada vez se hacía mayor. Adivinaba lo que pensaba la gente a mi alrededor y lo que iba a pasar.

- Lo sé - dijo Barbee -. Se trata de lo que suele llamarse tener vista o tener olfato.

- Es algo más... Sucedian otras cosas muy distintas. Yo ya no hacía encantamientos, al menos a propósito. Pero sucedían cosas que yo no podía evitar. Allí, en la escuela, había una chica que no me gustaba nada. Era molesta, siempre estaba citando la Biblia y metiéndose en todo lo que hacían los demás, igual que mis hermanastras. Yo quería una beca para estudiar periodismo, pero se la dieron a ella. Yo sabía que había hecho trampas para conseguirla y no podía evitar mis deseos de que le pasara algo.

- Y ¿le pasó algo?

- Sí, le pasó algo... El día que tenía que recoger la beca se despertó enferma. De todas formas, intentó llegar al anfiteatro, pero se mareó en el camino. Apendicitis aguda. Fue lo que dijo el médico. Le faltó muy poco para morir... Si hubiera muerto... Sí, ya sé lo que vas a decir: otra coincidencia. Es lo que a mí me gustaría creer, Barbee, porque, realmente, yo no odiaba a esa chica. Pensé que me iba a volver loca. Incluso cuando los médicos dijeron que se curaría. Pero no fue sólo eso. Siguieron ocurriendo cosas igual de graves. Terminé por tener miedo de mí misma... Tú no puedes comprenderlo, Barbee. Yo

no hacía encantamientos conscientemente, pero el poder siempre actuaba en mí. Cuando se están produciendo constantemente toda clase de coincidencias en consonancia con los actos y los deseos de una persona determinada, creo que se sale del terreno de la coincidencia, ¿no te parece?

- Supongo que sí.

- Procura, por favor, ponerte en mi lugar. Yo no pedí ser bruja. Nací así.

- Escúchame, April. ¿Te molestará que te haga algunas preguntas más? Tal vez pueda ayudarte. Me gustaría.

- Pero, ahora que te he hablado, ¿qué importa todo?

- Aún hay cosas que tienen importancia para ti y para mí. ¿No has hablado de todo esto con alguien que pudiera comprenderte, un psiquiatra, es decir, un hombre de ciencia, como lo era el viejo Mondrick, por ejemplo?

- Tengo un amigo que está al tanto. Conoció a mi madre, y creo que la ayudó cuando las cosas iban mal. Hace ya dos años, consiguió persuadirme de que fuera a ver al doctor Glenn. ¿No conoces al doctor Archer Glenn, de Clarendon?

- Sí, conozco a Glenn. Le entrevisté cuando aún trabajaba con su padre. Hice un reportaje sobre Glenhaven. Dicen que es el mejor sanatorio psiquiátrico del país. Bien, ¿qué te dijo Glenn?

- El doctor Glenn no cree en la brujería... Intentó psicoanalizarme. Durante casi un año, pasé una hora diaria tendida en el diván de su consulta de Glenhaven, contándole todas mis cosas. Hice todo lo que pude por ayudarlo... A cuarenta dólares la hora. Se lo dije todo. Pero él no cree en la brujería.. Glenn cree a pies juntillas que todo lo que hay en el Universo puede explicarse como que dos y dos son cuatro. Si lanzas un maleficio sobre una cosa determinada y esperas durante tiempo suficiente, necesariamente a esa determinada cosa termina por ocurrirle algo. Esto es lo que él afirma. Empleaba demasiadas palabras para decirme que yo me engañaba conscientemente. Me creía un poco loca, paranoica. No quiere creer que yo sea bruja... Ni siquiera me creyó cuando le hice una prueba.

- ¿Qué prueba?

- Los perros me detestan. Ya sabes que Glenhaven está en el campo y los perros de la finca de al lado tenían la costumbre de venir corriendo hacia mí y ladrarme desde que bajaba del autobús. Un día me cansé y quise darle una lección al joven Glenn... Llevé un poco de cera de modelar. La mezclé con un poco de polvo del banco donde los perros tenían costumbre de ponerse. Con la cera y el polvo mezclados, modelé cinco perros. Canté un pequeño sortilegio, escupí encima y lo rompí en el suelo. Después le dije a Glenn que mirara por la ventana... Diez minutos después, los perros empezaron a perseguir a una perrita terrier. Me parece que estaba en celo. Atravesaron la carretera todos juntos y, justo en ese momento, apareció un coche a toda marcha. El conductor intentó esquivarlos. Pero no pudo y los atropelló. El coche derrapó y los cinco perros resultaron muertos.

- ¿Y qué dijo Glenn?

- Pareció encantado... La perrita era de un practicante que vivía enfrente y los perros hacían agujeros en su finca. A él no le gustan ni los perros ni los practicantes. Pero a pesar de todo sigue sin creer en las brujas. Según él, los perros murieron por no poder alcanzar a la perra y no por mi encantamiento. Siguió diciendo que en realidad yo no quería curarme de mi psicosis y que mientras yo no cambiara de actitud no haría ningún progreso. También me dijo que mi poder no era más que una ilusión de paranoica. Y esta hora me costó cuarenta dólares y yo continué el tratamiento. Barbee, ¿crees que tenía razón Glenn?

- Bueno - dijo él -...no tendría nada de extraño que tuvieras alguna tendencia a la locura después de todo lo que has debido sufrir.

- Yo sé que no estoy loca.

«Como todos los locos», se dijo Barbee. ¿Para qué añadir más? Necesitaba tiempo para pensar, para analizar esta extraña confesión, para comprobar todos estos increíbles detalles sin olvidar el hecho indiscutible de la muerte de Mondrick.

- ¿No quieres comer?

- ¡Oh, sí! - dijo ella -. Tengo un hambre de lobo.

- ¡Vamos, pues! - dijo Barbee -. Tomemos otro daikiri... Sí, ya sé. Es tarde, pero hay otra cosa que tengo que preguntarte... ¿Mataste tú al gato?

- Sí.

- ¿Y lo hiciste para provocar la muerte del doctor Mondrick?

- Bien muerto está.

- Por favor, April, ¿por qué querías matarle?

- Porque tenía miedo.

- Miedo ¿de qué? - preguntó él -. Me has dicho que ni siquiera le conocías. ¿En qué te iba a perjudicar? Yo sí que le tengo una vieja antipatía desde que me separó del círculo de sus alumnos cuando organizó su Fundación. Pero era inofensivo. Un hombre de ciencia que escarbaba la tierra para descubrir cosas.

- Sé bien lo que hacía - dijo ella -. Siempre he querido saber cosas de mí misma y de este extraño poder que existe en mí. Nunca he querido estudiar psicología porque siempre me ha parecido que los profesores se equivocan estúpidamente. Pero he leído casi todo lo que hay publicado sobre casos como el mío. ¿Sabías que el doctor Mondrick era una autoridad sobre todo lo que se refiere a la brujería? ¡Sí! Conocía la historia de todas las persecuciones de brujas y muchas otras cosas por el estilo. Había estudiado las religiones primitivas, y para él, esas creencias eran algo más que simples cuentos de hadas. La mitología griega, por ejemplo, con todas esas historias entre los dioses y las hijas de los hombres. Casi todos los héroes griegos tenían sangre inmortal en sus venas. Todos ellos poseían dones y poderes sobrenaturales. Pues bien, hace ya bastantes años, Mondrick escribió un estudio donde se analizaban estos mitos y se explicaban como recuerdos de conflictos y alianzas fortuitas entre dos razas: los hombres de Cro-magnon, de gran estatura, y los de Neanderthal, menos evolucionados. Esto es lo que sucedía en su primer estudio. Pero tú has asistido a sus clases, Barbee, y tienes que conocer la cantidad de cosas que le interesaban. Descubría tumbas, medía cráneos, juntaba trozos rotos de cerámica. Descifraba inscripciones antiguas. Buscaba lo que diferenciaba a las gentes de hoy, analizaba su sangre, medía sus reacciones, estudiaba sus sueños. Tenía el espíritu abierto a todo aquello que la mayoría de los sabios descartan por no concordar con sus erróneas ideas. Él era una autoridad en percepción extrasensorial y psicoquinesia mucho antes de que se inventaran esas dos palabras.

- Eso es cierto - dijo Barbee -. ¿Y qué?

- Mondrick era muy prudente en todo lo que publicaba. Escondía el verdadero sentido de lo que quería decir bajo términos científicos con el fin de no alarmar a demasiados lectores. Supongo que querría reunir todas las pruebas antes de hablar claramente. Y, en resumidas cuentas, hace ya doce años que no publicaba absolutamente nada. Incluso compró la tirada ya impresa de alguno de sus trabajos para quemarlos. Pero ya había escrito demasiado. Yo sabía muy bien de qué se ocupaba: Mondrick creía en la brujería.

- ¡Tonterías! - dijo Barbee -. Era un científico.

- Eso no le impedía creer en las brujas. Casi todos los que se consideran científicos rechazan las pruebas sin echarles siquiera una ojeada. Mondrick se ha pasado la vida buscando una explicación científica a la brujería. Se fue a Ala-Shan para encontrar pruebas. Y hoy me he dado perfecta cuenta por la forma en que ha ocurrido todo y por el miedo que he visto en la cara de sus ayudantes, de que había encontrado lo que buscaba.

- No, eso no.

- No me crees, Barbee... Casi nadie lo cree. Es nuestra mejor protección, pues nosotros somos los enemigos de la humanidad. Es comprensible que los hombres nos odien. Somos diferentes. Tenemos poderes innatos superiores a los que tiene el hombre y, ¡sin embargo son insuficientes! Mondrick trabajaba para desenmascaramos y para que el hombre pudiera destruirnos. Eso es lo que me ha asustado. Quizá hubiera inventado un test para descubrir a los brujos. Recuerdo que, hace ya años, publicó un estudio sobre los grupos sanguíneos y la introversión. Introvertido es una de las palabras científicas que él solía emplear para referirse disimuladamente a los brujos. ¿No me comprendes, Barbee? ¿No te das cuenta, Will, de que estoy defendiendo mi propia vida? ¿Puedes echarme en cara que yo emplee mis propias armas contra un enemigo tan astuto y tan poderoso como el viejo Mondrick? Porque él era mi enemigo, como lo era el estúpido hombre de las vacas, como lo son todos los hombres verdaderos. Ya sé que no se puede odiar a los hombres así como así, pero, Barbee, ¿tengo yo la culpa?

Las lágrimas escaparon de sus limpios ojos.

- Yo no puedo hacer nada, Barbee. La tragedia comenzó cuando la primera bruja fue perseguida con perros y lapidada por el primer hombre prehistórico. Y durará hasta que muera la última bruja. Siempre y en todas partes, los hombres han de obedecer el antiguo precepto bíblico: Matarás a la hechicera.

La hermosa joven se encogió de hombros en signo de impotencia y desencanto.

- Esto es lo que hay, Will. Querías romper la concha que me protegía. Mi forma de desempeñar el papel de mujer humana no te satisfizo, aunque bien es verdad que nunca pensé que lo representaría tan mal. Querías ver lo que había tras el velo. Pues bien, ya lo has visto. El viejo Mondrick era el cazador despiadado que utilizaba toda la maldad de la conciencia para cazarme, para destruirme a mí y a los míos. ¿Me odiarás por haber lanzado un pequeño sortilegio para salvarme? ¿Me despreciarás por haberlo conseguido?

- Los tuyos - dijo Barbee -. Entonces, ¿no estás sola?

- Estoy sola en el mundo.

- Mondrick ha hablado de un enemigo secreto. ¿Crees que se refería a los brujos?

- Desde luego.

- ¿Conoces a otros?

- No - contestó con una fracción de segundo de retraso. De repente, todo su cuerpo se estremeció y con la misma voz opaca añadió -: ¿Tienes que ser tú precisamente quien me persiga?

- Lo siento - dijo -. Pero ahora que me has dicho tantas cosas, tienes que continuar y contármelo todo. De lo contrario, me sería imposible juzgar... ¿Sabes lo que quería decir Mondrick cuando habló de ese jefe que debe venir, el Hijo de la Noche?

Durante un segundo le pareció distinguir una imperceptible sonrisa divertida, demasiado fugaz para estar seguro de que ella se estaba burlando de él.

- ¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Eso es todo?

- Una última pregunta antes de cenar. ¿Sabías a qué tenía alergia el doctor Mondrick?

- ¿Alergia...? Creo que eso tiene que ver con la fiebre del heno y la indigestión ¿no? Pues, no, Will. Yo no conocía personalmente a Mondrick, sólo sus trabajos. Me parece que nunca lo había visto hasta esta noche.

- Se acabó, gracias a Dios. Ha sido un interrogatorio muy duro. Perdóname, April, pero era absolutamente necesario que te preguntase todas estas cosas.

- Estás perdonado - dijo ella -. Y podemos dejar la cena. Te puedes marchar cuando quieras.

- ¡Pero si no quiero marcharme! Vamos, señorita, me ha prometido usted la velada. Además me has dicho que tenías un hambre de lobo y el cocinero de Monte Agudo es célebre por sus asados. Después de cenar podemos bailar o tal vez dar un paseo en coche a la luz de la luna. No querrás que me marche, ¿verdad?

- ¿Quieres decir, Barbee, que sigues queriendo estar conmigo a pesar de haber mirado tras mi velo?

- Si eres bruja, yo estoy completamente hechizado por tus sortilegios.

Ella se levantó y esbozó una sonrisa que, poco a poco, se hizo radiante.

- Gracias, Will - dijo, y le dejó coger su abrigo de pieles antes de pasar al restaurante -. Pero, por favor, aunque sólo sea por esta noche, ayúdame a olvidar que yo... Ayúdame a olvidar lo que soy.

- Haré todo lo posible, ángel mío.

CAPÍTULO VI - La carrera del lobo

Permanecieron en Monte Agudo hasta la hora de cenar. La cena fue exquisita. La orquesta tocaba para ellos dos solos. April Bell bailaba entre sus brazos con tal gracia indolente que Barbee no podía apartar su mente de la imagen de una extraña criatura salvaje. No hablaron de nada serio, sólo de la música y del vino, y ella se comportó como si no fuera nada más terrible que una fascinante pelirroja. Y a Barbee le pasó igual. Sin embargo, de vez en cuando, el brillo de sus dientes le traía a la memoria el alfiler de jade blanco. Sabía que era suyo y no se atrevía a devolvérselo. El misterio de sus ojos verdes le recordaba que el inquietante enigma de la muerte de Mondrick no estaba en absoluto resuelto, y que la confesión que acababa de escuchar no hacía sino añadir otro enigma a los ya existentes.

Barbee había tenido la intención de acompañarla a su casa, pero el deportivo descapotable, marrón claro, estaba aparcado detrás del restaurante. La acompañó hasta él, abrió la portezuela y, cuando ella iba a sentarse al volante, la cogió del brazo y la retuvo:

- April ¿sabes que... - no, no sabía muy bien lo que iba a decir, pero al ver el interés reflejado en los ojos de la chica continuó -...siento por ti algo que no acabo de entender? Un sentimiento raro... no sé explicarlo. Es algo así como si te conociera de siempre, como si te hubiese visto en algún sitio antes. Como si formaras parte de algo muy antiguo, muy importante, que nos pertenece a ambos. Me da la sensación de hacer despertar en mí algo que está dormido - ella se encogió de hombros -. Me gustaría poder decirte lo que siento, pero no encuentro palabras.

Ella sonrió en la oscuridad y su voz de terciopelo tarareó los compases de una canción que acababan de bailar: Quizá sea amor.

Sí, tal vez lo fuera.

Verdaderamente, hacía muchos años que Barbee no se sentía tan enamorado. Pero tras pasar revista a sus recuerdos, le pareció que el amor nunca le había producido una impresión tan violenta. Seguía teniendo miedo. Seguía temiendo, no a la chica de labios rojos que parecían hechos para besar ni tampoco a la bruja del siglo veinte que ella pretendía ser, sino más que nada, al sentimiento vago, extrañamente aterrador, que ella le suscitaba, al despertar de los sentidos, a la reminiscencia evanescente de casi recuerdos sepultados en él, trasfondo de sí mismo. No podía formularse en palabras. Pero ello no era obstáculo para que se sintiera profundamente conmovido.

- Hace frío - dijo él. No intentó besarla. De repente, casi brutalmente, la empujó dentro del coche y cerró la puerta.

- Gracias por esta maravillosa noche... te telefonearé mañana a las Arms of Troy.

- Buenas noches - dijo ella dulcemente.

Y se inclinó para poner en marcha el motor. Barbee la vio alejarse mientras jugueteaba con el lobo de jade blanco. No sabría decir por qué no se había decidido a devolvérselo. La violenta tempestad le azotaba el rostro y volvió de mala gana a su destartado automóvil.

El servicio fúnebre, muy sencillo, se celebró a las dos de la tarde del día siguiente.

Barbee acudió en representación de La Estrella.

El viento había vuelto a levantarse. El tiempo estaba húmedo y frío. No asistieron más que la viuda y algunos amigos íntimos de la Fundación y la Universidad.

Nick Spivak y Rex Chittum llevaban las cintas del féretro con semblante duro y aspecto hosco, y, cosa rara, Sam Quain brillaba por su ausencia. Barbee se acercó a Nora, que iba sola, no lejos del grupito formado por Rowena Mondrick, su enfermera y el terrible perro. Y le preguntó:

- ¿Qué le pasa a Sam? ¿Está enfermo? Pensé que vendría.

- Buenos días, Will - respondió Nora con una sonrisita.

Nora y él habían seguido entendiéndose bien pese a que Mondrick y Sam hubieran cambiado de actitud con él.

- No, se ha quedado en casa para custodiar la caja verde. ¿Tienes tú alguna idea de lo que hay dentro?

Will movió negativamente la cabeza. No, no se imaginaba lo que podría contener. Sin duda, Rowena Mondrick escuchó el sonido de sus voces, pues se volvió hacia ellos visiblemente inquieta...

- ¡Will Barbee! - llamó -. ¿Eres tú?

- Sí, Rowena - dijo él, y se dispuso a pronunciar algunas palabras de condolencia.

Pero ella no le dejó hablar.

- Tengo que verte, Will; espero que no sea demasiado tarde para ayudarte. ¿Puedes venir a casa a las cuatro, por ejemplo?

- Sí, a las cuatro iré, Rowena.

A las cuatro menos cinco se detenía ante el caserón de ladrillos rojos, llenos de rincones y recovecos, de University Avenue. La casa estaba mal cuidada. Hay que decir que la Fundación había absorbido la mayor parte de la fortuna personal de Mondrick. Las persianas estaban rotas, el polvo se acumulaba en todas partes. Llamó al timbre. Abrió Rowena.

- Gracias por haber venido - dijo.

Una vez sentado, contempló por un instante el salón, lúgubre y anticuado, que tan familiar le resultaba desde aquellos lejanos tiempos en que se había alojado con Sam Quain en casa del profesor. Flotaba un perfume tenue procedente de un ramo de rosas que yacía sobre el piano de cola. Leyó la tarjeta de visita: Sam Quain y Nora.

En el fondo de la antigua chimenea había una estufa de gas. Delante de ella reposaba Turco, el enorme perro pastor, mirando a Barbee con sus ojos amarillos.

- He mandado a miss Ulford a hacer algunos recados - dijo Rowena Mondrick - para que pudiéramos hablar...

- Debe usted saber, Rowena, que lamento muchísimo... - empezó a decir incomodo - ...parece una terrible ironía que el doctor haya muerto cuando ya tenía el éxito al alcance de la mano.

- No ha muerto - dijo Rowena -. Ha sido asesinado. Creo que tú lo sabes Will.

Barbee sintió un estremecimiento, no tenía la intención de hacer a nadie participe de sus sospechas y dudas, y menos antes de formarse una opinión definitiva sobre April Bell.

- ¡Ah! No lo sabía.

- Sí. Tú saliste anoche con April Bell.

- Sí cenamos juntos... Sé perfectamente que April Bell no le gusta a Turco. Pero yo encuentro en ella una distinción y un no sé qué que me gusta mucho.

- Ya sé. Lo que me temía... He hablado con Nora Quain y a ella tampoco le gusta. Ni a Turco. Ni a mí. Existe un motivo para que no nos guste y es necesario que lo sepas. Esa mujer es mala, Will. Es mala. Puede traerte disgustos, Will. Por lo tanto, quiero que me prometas no volver a verla.

- Pero, ¿por qué, Rowena...? Ya soy mayorcito, ¿no?

- Yo soy ciega, Will... Pero veo muchas cosas. He compartido el trabajo de mi marido desde que éramos jóvenes. Yo también he tomado parte en la terrible lucha, en esta lucha extraña y solitaria que él emprendió. Ahora él ha muerto, asesinado, de eso estoy convencida. Y tu encantadora amiga nueva, April Bell, debe ser el enemigo secreto que le asesino...

- No puede creer que ella lo haya hecho.

- Esa mujer ha matado a mi marido... Pero Mark está muerto y ya no se puede evitar. Ahora el que está en peligro eres tú.

Rowena se dirigió lentamente hacia Barbee tendiendo sus frágiles manos. Él se levantó y se las cogió sin decir nada.

- Por favor, Will, escucha lo que te digo...

- Pero, de verdad, Rowena, April es una chica muy agradable y yo no soy alérgico.

- April Bell no va a intentar matarte, Will. El peligro que te amenaza es otra cosa muy distinta de la muerte. Va a tratar de transformarte, de despertar en ti algo que no debe ser despertado... Es mala, Will. Veo el mal en ella, y sé que quiere apoderarse de ti para hacerte suyo y de los que son como ella. Más te valiera morir como ha muerto Mark antes de caminar por donde ella quiere llevarte... ¡Créeme, Will!

- No, Rowena, temo no poder creerla. Creo que su marido ha muerto de agotamiento y fatiga y que usted piensa demasiado.

- Escucha, vamos a unirnos, Sam, Nick, Rex y yo para terminar la interrumpida obra de Mark... ¿Verdad que no vas a volver a ver a April Bell?

- ¡Pero yo no puedo hacer eso, Rowena! Es encantadora y no puedo creer que esté mezclada en toda esa horrible historia. Eso no me impide compartir su dolor, Rowena. Creo que no puedo hacer gran cosa por usted, pensando usted lo que piensa, pero necesita ayuda. ¿Por qué no llama al doctor Glenn?

La ciega dio un paso atrás, indignada:

- Estoy perfectamente normal, ¿sabes, Will? No necesito un psiquiatra... Tú sí, me temo, que lo necesitarás antes de terminar con April Bell.

- Perdona, Rowena. Tengo que marcharme.

- No, Will, no...

Pero Will no escuchó el resto de la frase.

Volvió a la ciudad. Le costó mucho trabajo concentrarse en su tarea. No quiso tomarse en serio las advertencias de Rowena. Tenía intención de llamar al apartamento de April Bell, pero lo dejó para más tarde. Necesitaba verla y, sin embargo, la luz del día no había bastado para disipar las dudas que en él suscitaba la chica. Al final, cuando salió de la redacción ya era demasiado tarde para telefonarla.

Se detuvo en el bar de la esquina a tomar una copa. Y tomó más de una, sin contar la botella que se llevó al salir camino de su destaralado edificio de Bread Street. Tal vez una ducha caliente, además del alcohol, le ayudaría a ponerse en forma. Se estaba desnudando cuando volvió a encontrarse con el alfiler de jade blanco en su bolsillo. Permaneció un buen rato mirándolo y haciéndose preguntas...

El ojo de malaquita era del mismo color que los de April Bell cuando se ponía nerviosa y enfadada.

¡Ah! Y el abrigo era de lobo. ¿Qué significarían aquellos símbolos para April Bell? El doctor Glenn (hijo) debió encontrarla sumamente interesante como objeto de estudio. Lamentó no poder echar una ojeada a la historia clínica que le había hecho Glenn.

Se sobresaltó al sorprenderse a sí mismo queriendo desembarazarse de la desconcertante impresión que acababa de tener, pues le pareció que el animal de malaquita le había guiñado un ojo. Barbee estaba allí, medio dormido y medio desnudo, en su estrecho dormitorio, junto a la cómoda. ¿Le habría hipnotizado aquel extraño alfiler de lobo? Le costó aguantar las ganas de tirarlo bajo el mueble. Habría sido absurdo.

Estaba claro que April Bell le daba miedo. Siempre había temido a las mujeres, por lo menos un poco. Necesitaba dormir la borrachera del whisky. Ése era su fallo, como sin duda le habría hecho observar de haber estado allí. Si cedía al irracional impulso de tirar el lobo de jade blanco, ello equivaldría, sencillamente, a admitir que April Bell era lo que ella misma afirmaba ser. Y eso era inadmisibile.

Dejó cuidadosamente el alfiler en el fondo de un cajón, junto a un dedal, su viejo reloj de bolsillo, una pluma que ya no usaba y un montón de cuchillas de afeitar usadas. Sus inquietudes con respecto a April Bell eran más fáciles de esconder. No podía descartar la ínfima posibilidad que existía, ínfima, pero extremadamente turbadora, de que April Bell fuera verdaderamente una bruja.

Sin duda, era una criatura que había nacido ligeramente distinta de las demás, prefería decirlo así. Se acordaba de haber leído algo sobre las experiencias del profesor Rhine, de la Universidad de Duke. Muchos científicos de categoría habían comprobado que en ciertas personas la percepción del universo se efectúa por otros canales que no son los sentidos ordinarios. Se había demostrado que algunos individuos ejercen un control directo sobre el azar, sin intervención de factores físicos en algunos de ellos. En cambio, otros no. ¿Habría nacido April Bell con esa misma diferencia, pero en un grado superior?

¿La probabilidad? Se acordó de una conferencia que les había pronunciado Mondrick sobre dicha palabra, una vez en clase de antropología, curso 413 del plan de estudios. La probabilidad, había explicado el científico con los ojos brillantes, era el concepto clave de la ciencia moderna. Las leyes de la naturaleza, en eso insistió mucho, no eran absolutas, sino que habían sido establecidas como media estadística, de manera tal que su pisapapeles, que era un candil romano de tierra cocida, adornado con un bajorrelieve de una loba amamantando a los fundadores de Roma, que ese pisapapeles, que ese candil, no existía sino en virtud de la colisión fortuita de átomos en vibración. Por lo tanto, en cualquier momento existía la posibilidad, remota, pero real, de que aquella lámpara cayera a través de la mesa, ambas sólidas en apariencia.

Barbee no ignoraba que los físicos modernos interpretaban el universo entero en términos de probabilidad. La estabilidad de los átomos no era sino cuestión de probabilidad. Lo mismo ocurría con la inestabilidad, en la bomba atómica, por ejemplo. El control mental directo de la probabilidad abriría, con toda seguridad, perspectivas de poder, y las experiencias de Rhine parecían haber demostrado la existencia de tal control. Se preguntó con inquietud si April Bell no habría recibido, como don innato, único y terrible, este poder de gobernar mentalmente la posibilidad.

Es poco probable, se dijo.

Pero el viejo Mondrick había insistido mucho en que nada era completamente imposible dentro del universo de la estadística. Las imposibilidades más increíbles se convertían, simplemente, en increíblemente improbables. Llegado a este punto de reflexión, Barbee se encogió de hombros y se metió en la ducha. La física moderna, con su principio de indeterminación y su negación de todos los tranquilizadores conceptos de materia, tiempo y espacio, y con sus bombas atómicas y demás novedades, se le empezó a antojar tan inquietante como el sombrío enigma de la muerte de Mondrick. Mientras se duchaba, se preguntó qué significado habría tenido para Mondrick aquella lámpara de tierra cocida. ¿Qué recuerdo racial podía representar la leyenda de los dos héroes romanos a quienes una loba había servido de madre? Se secó con esfuerzo, se sirvió otro vaso hasta arriba y se metió en la cama a leer una revista. Pero su mente se negaba a toda distracción. ¿Por qué Mondrick y sus aterrorizados compañeros habían tomado todo lujo de precauciones en el aeropuerto y, sin embargo, no habían resultado suficientes? Sin duda, el peligro sobrepasaba los temores de aquellos cuatro hombres valerosos. ¿Acaso se trataba de algo más terrible que una exótica pelirroja?

Si April Bell era auténticamente una bruja, debía haber, lógicamente, otras más terribles y menos agradables para bailar con ellas, al menos. Debía haber hombres y

mujeres inmensamente ocupados en descubrir sus dones parapsicológicos innatos y en desarrollar técnicas científicas para controlar la probabilidad por medios mentales. Si esto fuera así, bien podrían estar organizándose y preparándose para la hora H, en que harían patente su poder, mientras esperaban la aparición del jefe anunciado, ese Hijo de la Noche, que dirigiría su revolución.

Cerró los ojos doloridos y trató de imaginarse al Mesías Negro que iba a venir. Tendría estatura elevada e impondría respeto. Lo vio erguido en medio de un círculo de rocas, terrible y negro, envuelto en una larga túnica con capucha. ¿Qué clase de persona sería? ¿Por qué April Bell había sonreído de aquella forma? Conteniendo la respiración, se atrevió a mirar bajo la capucha: una calavera calcinada le sonreía sardónicamente.

Se despertó de un salto. Pero su agitación no se debía al terror producido por la pesadilla, sino a otra cosa muy distinta. En el fondo del cráneo sentía un dolorcillo molesto. Para calmarlo se tomó un vaso más. Puso la radio y sonaron los compases de una música dulzona. La apagó. De repente, volvió a sentir un sueño terrible.

Le daba miedo dormirse.

¿Por qué tenía terror a estar en la cama?

Sentía un oscuro recelo creciente, como si adivinara que el vago malestar que le invadía se iba a convertir en una espantosa tortura cuando se durmiera. Pero no era sólo miedo lo que sentía. Mezclado al miedo sentía un miedo oscuro e indefinible, un anhelo impaciente de evadirse, triunfante y tembloroso, de todo lo que odiaba en la vida. Tampoco comprendía sus sentimientos con respecto a April Bell. Notaba, eso sí, que estos sentimientos estaban íntimamente ligados a aquel fuego sombrío y anhelante. Debería haber sentido horror hacia ella. Después de todo, si no era una bruja, como ella decía, estaba, y esto era lo más probable, loca de remate. De una forma o de otra, ella había causado indudablemente la muerte de Mondrick. Pero lo que le obsesionaba era el terror mezclado con curiosidad que le producía ese algo encadenado y terrible que ella liberaba en sus profundidades.

En vano intentó alejar a April de su mente. Ya era tarde para telefonarla. No estaba muy seguro de que deseara verla, aunque aquella parte oscura y terrible de sí mismo insistiera en hacerlo. Dio cuerda al despertador y se volvió a la cama. Tenía sueño. No podía aguantar más.

Y April Bell le llamó.

Su voz se elevó clara y nítida por encima del ruido de los coches. Era una campana de oro, más penetrante que una ocasional bocina o que el lejano rumor de un tranvía. Vibraba a través de la noche, en las olas de pura luz verde, como su mirada de malaquita. Después creyó verla, aunque no sabía cómo, al otro extremo de la ciudad.

Pero ya no tenía apariencia de mujer.

Su voz de terciopelo seguía siendo humana.

Sus rasgados ojos no habían cambiado. Conservaban el mismo resplandor e idéntica expresión altiva. Pero su abrigo de pieles formaba ahora parte integrante de su cuerpo, pues se había convertido en una loba esbelta, silenciosa y terrible. Pero su voz femenina le llamaba, nítida y clara en la noche:

- Ven, Barbie, te necesito.

Sentía a su alrededor el yeso resquebrajado, el sórdido yeso de su estrecha habitación. Percibía el infatigable tic-tac del despertador, el duro colchón de la cama y el olor a sulfuro de la cercana fábrica, que se respiraba siempre que abría la ventana. No, no estaba soñando, y, sin embargo, la voz era tan real que quiso responderle.

- Sí, April, mañana te llamaré por la mañana. Podemos ir otra vez a bailar.

Extrañamente, la loba pareció escucharle.

- Te necesito, Barbie - respondió la voz -, tenemos que hacer un trabajo juntos, y no admite demora. Ven. Date prisa. Voy a enseñarte cómo se cambia de piel.

- ¿Cambiar? Yo no quiero cambiar.

- No discutas... Me parece que tienes en tu poder el alfiler de jade que perdí.
- Sí, lo tengo - murmuró Barbee -. Lo encontré en el gato muerto.
- Bien; cógelo.

Embotado, sonámbulo, a tientas, Barbee medio soñó que se levantaba y que, al llegar a la cómoda, buscaba en el cajón el alfiler de jade. Se preguntó oscuramente cómo sabía que él tenía el alfiler. Lo encontró y se lo llevó a la cama, dejándose caer en ella pesadamente.

- Escúchame bien, Will - la voz que le hablaba vibraba a través del vacío negro que les separaba -. Escúchame, voy a decirte lo que tienes que hacer. Tienes que cambiar como yo. A ti te será más fácil, Will. Puedes correr como un lobo, seguir una pista como un lobo, seguir como un lobo. - Ahora parecía estar más próxima en la brumosa oscuridad -. Déjate llevar. Yo te ayudaré, Will. Will, eres un lobo, tu modelo es el alfiler de jade que tienes en la mano. Vamos, deja que tu cuerpo caiga detrás de ti... Déjalo flotar.

Vagamente, se preguntó cómo mediante el control mental de la probabilidad se podía metamorfosear un hombre en lobo, como ella decía, pero tenía la mente demasiado embotada y demasiado lenta para pensar en ello. Apretó el alfiler, esforzándose por obedecer, aunque sin saber cómo. Sintió una extraña y dolorosa corriente que le atravesaba el cuerpo. Era como si el cuerpo se le retorciera en una postura jamás adoptada hasta entonces, como si empezaran a funcionarle músculos que hasta entonces nunca hubiera usado. De pronto, un dolor repentino le arrojó a las tinieblas.

- Continúa, inténtalo de nuevo - la voz atravesaba las tinieblas que le envolvían -. Si abandonas ahora que estás a la mitad de la metamorfosis y sólo has cambiado a medias, puedes morir. Sigue adelante, Will, déjame ayudarte hasta que hayas pasado al otro lado y seas libre. Déjate llevar y sigue el modelo. Deja que tu cuerpo se transforme. Así, así... Ya flotas...

Y de repente, se sintió libre.

Las pesadas cadenas que había soportado desde que estaba en el mundo cayeron rotas de golpe. Saltó de la cama. Durante un instante, respiró los nauseabundos olores del pequeño apartamento: el intenso olor a whisky que se desprendía del vaso vacío, el olor a jabón del cuarto de baño, el olor a sudor de la ropa sucia. Sintió que era aquél un lugar demasiado cerrado. Necesitaba aire fresco.

Saltó hacia la ventana, arañó impacientemente en la falleba de la contraventana. Al fin se abrió y se dejó caer sobre el suelo húmedo y duro del descuidado jardincillo de la Sra. Sadowsky, y luego llegó a la calle que olía a aceite quemado, a goma caliente. Enderezó las orejas para captar la llamada de la loba blanca y se lanzó calle abajo al galope.

¡Libre, al fin libre!

Por fin ya no era prisionero de ese cuerpo bípedo y lento, torpe e insensible. Su antigua forma humana le parecía totalmente extraña, incluso monstruosa. Más valían, desde luego, cuatro patas ágiles que dos pies torpes. El velo que le embotaba los sentidos acababa de levantarse.

¡Libre, ágil, fuerte!

- Estoy aquí, Barbee - gritaba la voz a través de la dormida ciudad -, aquí en el campus. Por favor, date prisa.

Oyó la voz y se dirigía ya hacia el campus, cuando un impulso perverso le hizo regresar al Comercial Street y lanzarse hacia la estación y el campo que se extendía detrás. Necesitaba evitar las humaredas químicas de las fábricas, que cubrían la ciudad como una mortaja. También hubiera deseado explorar los límites de esa nueva existencia y del poder que ahora era suyo antes de abordar de frente a la loba blanca y esbelta. Galopó a su gusto por un barrio silencioso de almacenes de mercancías. Hizo un alto para husmear los embriagantes perfumes de especias y café que flotaban en el ambiente. Tropezó con un policía adormilado al doblar una esquina y se lanzó como una flecha por una oscura

callejuela adyacente. Sin duda alguna, el agente aprovecharía encantado la ocasión de utilizar su arma sobre un lobo gris y sin bozal.

Pero el policía se contentó con bostezar, siguió mirando al frente, tiró una colilla asquerosa y continuó la ronda arrastrando los pies. Barbee volvió a pasar delante de él, pero el otro pareció no verle. Entonces abandonó la calle de los mil olores, feliz, sin saber exactamente por qué.

Atravesó la estación, pasó ante una locomotora que olía muy mal, corrió a lo largo de la calzada, detrás de la vía, a fin de huir del vapor, de las cenizas, del metal blanco. Saltó a la cuneta y sintió la tierra vegetal, húmeda y fría bajo sus patas flexibles.

- Barbee, Barbee, ¿por qué no llegas?

Oyó la llamada de la loba, pero todavía no estaba dispuesto a contestar. La noche era fresca y la salobre brisa otoñal le limpiaba de todos los olores de los automóviles.

April le volvió a llamar. Él no contestó.

Le inundaba una clara y vibrante alegría. Un gozo que jamás había sentido. Levantó el hocico hacia la media luna que ascendía en el cielo y lanzó un aullido de puro placer. En algún sitio, tras un grupo de árboles negros, un perro empezó a ladrar frenéticamente. El lobo respiró el aire frío de la noche y percibió el fétido olor de su enemigo hereditario, lejano pero perfectamente identificable. Se le erizó el pelo. Él le enseñaría a no ladrar en su camino. Pero la voz de la loba volvió a hacerse oír:

- No pierdas el tiempo con un perro de lujo, Barbee. Tenemos enemigos más peligrosos esta noche. Te espero en el campus. ¡Te necesito, Barbee, pronto!

De mala gana, desanduvo el camino. El mundo de la noche seguía su curso. Los furiosos ladridos del perro fueron quedando atrás, cada vez más lejanos. Pronto pasaría por delante de The Arms of Troy, como Preston había tenido el valor de bautizar su residencia, situada al suroeste de Clarendon, sobre las colinas que dominaban el valle donde había instalado sus fábricas. La residencia estaba oscura a excepción de una linterna que se movía en la caballeriza, donde tal vez un criado curaba a un caballo enfermo.

En ese momento, April Bell le imploró:

- ¡Barbee, date prisa!

Y él volvió a galopar hacia la horrible ciudad, pestilente, alocada, hacia el metal en movimiento y el ruido. Un poco más tarde sintió en el viento el olor de la loba, limpio y claro, tan cargado de perfumes como un bosque de abetos. Le desapareció todo resentimiento y redobló el ardor de su carrera a lo largo de las calles vacías que le llevaban al campus.

En algún sitio, entre las casas oscuras, un perro ladró alarmado, pero no le hizo caso. El olor le guiaba y ella avanzaba hacia él a través de la hierba fresca y perfumada. En sus grandes ojos verdes, brillaba una luz de bienvenida.

- Llegas tarde, Barbee - dijo, y de repente se alejó de él -. Has perdido ya demasiado tiempo y tenemos enemigos contra los que luchar. ¡Vamos de una vez!

- ¿Enemigos? - en algún punto del camino que él acababa de recorrer, un perro había vuelto a ladrar, inquieto -. ¿Te refieres a éstos, a los perros?

- ¿Esos chuchos? No: nuestros enemigos son los hombres.

CAPÍTULO VII - La trampa del despacho

La loba blanca corría como una flecha, seguida de Barbee. No se había dado cuenta de lo tarde que era. Pronto amanecería. Las calles estaban desiertas. De vez en cuando algún automóvil.

- Detente, quiero saber dónde vamos.

Ella cruzó por delante justo de un coche que no pareció darse cuenta de su paso. Corría graciosamente, con ligereza felina. Se volvió hacia él con la lengua roja colgante y los colmillos relucientes:

- Vamos a hacer una visita a unos viejos amigos tuyos: Sam y Nora Quain.

- No podemos hacerles ningún daño - protestó él violentamente -. No pueden ser nuestros enemigos.

- Lo son puesto que son hombres. Pero éstos, además, son enemigos mortales a causa de la caja de madera que Quain y Mondrick han traído de Asia.

- Pero son amigos míos - insistió Barbee, angustiado -. ¿Qué hay dentro de la caja?

- Algo que para nosotros es mortal. No hemos averiguado más. La caja sigue en casa de Sam Quain, pero mañana la van a transportar a la Fundación, donde han desalojado el piso de arriba y han puesto guardias armados y defensas contra nosotros. Por eso tenemos que actuar ahora. Tenemos que entrar esta noche a inspeccionar y destruir todas las armas que hayan traído de las tumbas prehistóricas contra nosotros - Barbee se estremeció sin dejar de correr.

- ¿Qué clase de armas? ¿Con qué nos pueden hacer daño?

- Con plata - dijo ella -. Con una lámpara de plata, con una bala de plata. Pero el contenido de esa caja es, sin duda, más mortífero que la misma plata. Y la noche termina pronto.

Dejaron tras ellos la señal amarilla y atravesaron murallas de sórdidos olores. El mordisco sulfuroso de las humaredas que subían de las fábricas. El agujonazo de basuras quemadas en un vertedero, el lúpulo de una cervecería, el amargo hedor de una fábrica de conservas y los olores humanos que manaban de las viviendas silenciosas.

La loba abandonó la avenida principal y se encaminó hacia los terrenos de la Fundación, por detrás de la casita de Sam Quain. El césped, cubierto de hojas muertas, formaba un suave colchón para los pies de Barbee y la gama de olores que ascendía de ellas era tan cautivadora que casi olvidó el peligro que se cernía en el horizonte.

Los caminos aún olían a los estudiantes que habían pasado por allí durante el día. El cuerpo del hombre desprendía un olor rancio, muy diferente del perfume entrañable de la loba que corría a su lado. De la ventana del laboratorio de química salía un desagradable olor a ácido sulfhídrico y, del otro lado de la carretera, ascendía un agradable olor a estiércol del establo de la lechería modelo del departamento de agricultura.

El edificio de la Fundación era una torre de hormigón blanco, de nueve pisos de altura, situada en medio de los jardines y la arboleda. Barbee reflexionó sobre la obstinación y la perseverancia del viejo Mondrick y sus segundas intenciones. Había consagrado toda su vida de esfuerzos, pese a su edad y sus enfermedades, a construir esta ciudadela de aspecto hostil y a saquear las cunas de la humanidad para reunir sus tesoros arqueológicos y estudiarlos aquí.

Flotaba el olor a trementina y a aceite de linaza de una nueva pintura, mezclado a un ligero perfume amenazador que Barbee no logró identificar. En el último piso había luz. Se veía el arco azul de un soldador trabajando. Se oía el gemido de una sierra eléctrica y los golpes de un martillo.

- Están trabajando - dijo la loba -. Es terrible que hayamos tenido que castigar tan duramente al viejo Mondrick, pero no nos había dejado otra opción. Ahora, lo que temo es que le hayamos dejado actuar demasiado tiempo. Quain debe estar al corriente del riesgo que corre, ya que está transformando el piso de arriba en una verdadera fortaleza contra nosotros. Tenemos que atacar a la caja esta misma noche.

El collie del profesor Schinitzler se puso a ladrar.

- Pero ¿por qué? - preguntó Barbee -. Los hombres parece que ni nos ven, pero los perros se alborotan enseguida.

- Pocos hombres nos ven - dijo ella -. En realidad, ningún hombre verdadero puede vernos, al menos, eso creo. Pero los perros tienen un sentido especial y un oído particular

que les permite descubrirnos. El primer hombre que domesticó al primer perro debió ser un enemigo de nuestra raza tan astuto y peligroso como el viejo Mondrick o Sam Quain.

Llegaron al bungalow de Pine Street que Sam Quain había mandado construir para Nora el año que se casaron, y Barbee recordó que había estado allí el día de la inauguración y que se había emborrachado, quizá porque se sentía triste y taciturno. La loba le guió con toda precaución alrededor de la casa silenciosa y del garaje, con las orejas tías y las ventanas de la nariz inquietas y alerta. En el patio, en el montón de arena donde había estado jugando, reconoció el olor de la pequeña Pat.

De un salto, se plantó gruñendo frente a la loba blanca.

- No hay que hacerles daño - dijo -. No entiendo nada de esto y todo parece muy divertido. Pero esta gente, Sam, Nora y Pat, son amigos míos. Es cierto que Sam se ha portado de una forma muy rara desde que volvió, pero aun así son los mejores amigos que tengo.

- No creo que les tengamos que hacer ningún daño - respondió ella -. Son verdaderos humanos. No notarán nada. Ni siquiera se darán cuenta de que estamos aquí, a menos que nosotros así lo queramos. Lo que tenemos que hacer es descubrir el contenido de la caja y destruirlo.

- De acuerdo, mientras no les hagamos ningún daño.

Un cálido olor a perro le llenó la nariz. En el interior de la casa se oyó un ladrido agudo. La loba retrocedió horrorizada. Barbee tembló de miedo y sintió que su pelo gris se erizaba.

- Es Jiminy Cricket, el perrito de Pat - dijo él.

- Mañana estará muerto.

- ¡No! Le daría mucha pena a Pat.

Se abrió una puerta. Una bola de pelo blanco saltó al patio, ladrando furiosamente. La loba se apartó. El perro cargó sobre Barbee, que intentó rechazarlo, pero los dientecillos furiosos del animal se le hincaron en la pata y el dolor despertó en el lobo una ferocidad latente que borró en él toda consideración para con la pequeña Pat.

El enorme lobo dio un salto, sus poderosas mandíbulas atraparon la bolita peluda y la sacudió hasta que de ella no brotó ni un gemido. La dejó allí, encima del montón de arena, y se lamió la piel para quitarse el desagradable olor a perro que le había quedado.

- Yo no sabía que el perro estuviera ahí - dijo la loba -. Nora y la pequeña habían salido cuando esta tarde vine para ver a Sam. Debían haberse llevado al perro con ellas. No me gustan los perros. Han ayudado a los hombres a vencerlos desde hace mucho tiempo. Ahora hay que darse prisa, la noche casi se ha terminado.

- ¿Es peligroso el día?

- Se me olvidó advertirte. No trates nunca de transformarte de día. Ni tampoco te dejes sorprender por el alba. La luz hace daño. Puede incluso herirte. Y el sol es mortal.

- ¿Por qué? ¿Cómo es eso posible?

- Yo también me lo pregunté. Una vez hablé con uno de los nuestros que es un físico famoso, y me expuso su teoría. Parece verosímil. Pero mejor será que nos ocupemos ahora de esa caja.

Empujó la puerta y Barbee avanzó en cabeza por la casa oscura y caliente. El ambiente estaba cargado de olores. Olía a cocina, a desinfectante, a los cuerpos de Sam, Nora y la niña. Y también al perro. La fuerte respiración de Sam se elevaba al compás de la de Nora, más suave y regular, pero Pat se agitaba murmurando en sueños:

- Ven, Jiminy, ven.

La loba se acercó a la habitación de la niña, pero la criatura no se despertó y la loba volvió con Barbee.

- Sam está dormido - dijo, sonriendo con sus blancos colmillos -. Supongo que está agotado. Me alegro de que le hayas ajustado las cuentas al chuchito. Debían confiar en

que él les despertaría a tiempo. ¡Vamos a la caja verde! ¡Creo que la tienen en el despacho!

Barbee trotó hasta la puerta del despacho. Se levantó sobre las patas traseras para girar el pomo, pero la puerta no se abrió. Volvió a cuatro patas y miró a la loba blanca.

- Voy a buscar las llaves de Sam - dijo -, debe tenerlas en el bolsillo del pantalón.

- Espera, tonto - respondió ella, y le sujetó por la piel del cuello -. Le vas a despertar o vas a caer en una trampa. Las llaves deben estar enganchadas con un anillo de plata que nos mataría si lo tocáramos. El candado de la caja verde, desde luego, es de plata, porque lo he visto... Pero, por otra parte, tampoco tenemos necesidad de llaves... Escúchame bien. Veo que tengo que explicarte la ley de los cambios de estado. Con la condición de que Quain siga durmiendo, claro. Nuestro poder es raro y útil, pero tiene sus límites y sus condiciones. Si no los tienes en cuenta, puedes destruirte fácilmente.

Un crujido de la cama la hizo detenerse en seco. Barbee oyó hablar a Nora:

- Sam - preguntó -. Sam, ¿dónde estás?

Sin duda terminó por encontrarle a su lado, pues la cama volvió a crujir y Nora dijo en voz baja:

- Buenas noches, Sam.

Cuando las respiraciones volvieron a su cadencia normal, Barbee cuchicheó:

- ¿Cómo puede ser que no tengamos necesidad de las llaves?

- Luego lo verás - respondió la loba -. Primero tengo que explicarte un poco la teoría de nuestro estado libre.

- La plata - dijo él - y la luz del día.

- La teoría explica las dos cosas. Yo no sé lo bastante de física para entrar en la complejidad de todos los detalles de la teoría, pero mi amigo ha esclarecido sus puntos principales. Según él, el vínculo entre espíritu y materia es la probabilidad.

- ¡Ah! - exclamó Barbee, acordándose de las clases de Mondrick.

- Los seres vivos son algo más que simple materia: el espíritu es otra cosa, llámalo como quieras. Mi amigo físico lo llama campo de energía, por ejemplo, y dice que está creado por los átomos y los electrones del cuerpo pero que, sin embargo, controla las vibraciones de éste por medio de la probabilidad atómica... Mi amigo emplea un lenguaje más técnico, pero ésta es la idea general.

»Este haz de energía viva es alimentado por el cuerpo, que es quien lo genera fundamentalmente. Mi amigo es un sabio de lo más ortodoxo y nunca ha querido decirme si realmente el alma puede sobrevivir al cuerpo. Dice que no se puede asegurar nada al respecto... Entre nosotros, ese mecanismo vital es más fuerte que entre los verdaderos humanos: él mismo lo ha demostrado experimentalmente. Somos más flexibles y menos dependientes del cuerpo material. En estado libre, dice, separamos de nuestro cuerpo esa malla viva y nos servimos del vínculo de probabilidad para configurarnos en otros átomos, o donde nos parezca. Los átomos del aire son los más fáciles de gobernar, porque el oxígeno, nitrógeno y carbono son los mismos átomos que forman nuestro cuerpo.

- ¿Y eso explica los peligros? ¿La plata, la luz del día? No lo veo claro.

- Las vibraciones de la luz pueden dañar o destruir esa red mental o ectoplasma: producen una interferencia con nuestras propias vibraciones. En tiempo normal, la masa del cuerpo sirve de protección. Pero el aire transparente no protege en absoluto cuando se halla uno en estado libre. ¡Nunca te quedes hasta que se haga de día!

- No te preocupes - dijo Barbee, que temblaba sólo de pensar en ello -. Pero ¿y la plata?

- También es cosa de vibraciones - dijo la loba -. En general, la materia no es obstáculo para nosotros cuando estamos en estado libre. Por eso mismo no tenemos necesidad de las llaves de Sam Quain, aunque las puertas y los muros parecen reales, la madera es sobre todo oxígeno y carbono y podemos dominar la vibración de los átomos y

deslizarnos a través de ellos. Podemos utilizar como vehículo muchas materias más, pero la plata no, y es además muy peligrosa, y eso lo saben muy bien nuestros enemigos.

- Pero ¿cómo actúa?

De repente, se había acordado de las sortijas y brazaletes de Rowena y el pelo se le había erizado, mientras un terrible escalofrío le recorría el espinazo.

- Mi amigo me explicó por qué, pero no me acuerdo muy bien. En resumidas cuentas, es que la plata tiene una vibración inadecuada. No existe vínculo de probabilidad con ese metal... Por lo tanto, Will, la plata es un veneno para nosotros, no lo olvides. Las armas de plata pueden matarnos.

- Lo tendré en cuenta... Pero quisiera saber cómo se llama tu amigo el físico.

- ¿Tienes celos?

- Quiero saberlo, y también quiero saber cómo se llama ese Hijo de la Noche que esperáis.

- ¿Sí, Barbee? Ya lo sabrás cuando hayas pasado las pruebas. Ahora creo que has entendido lo que es nuestro estado libre y sus peligros. Pongamos manos a la obra antes de que despierte Quain.

Volvió a ponerse ante la puerta del despacho.

- Ahora voy a ayudarte a atravesarla. Sígueme.

Bajo la mirada verde de la loba, la mitad inferior de la puerta acababa de disolverse entre una bruma irreal. Un segundo después, Barbee aún pudo distinguir los goznes que la sujetaban, así como el mecanismo de la cerradura, igual que si los hubiera visto a través de rayos X. Después se disipó el metal y la loba atravesó la puerta.

Barbee la siguió, con una extraña sensación de ansiedad. Al atravesar la hoja de madera le pareció notar como cierta ligera resistencia, llegando al interior de la habitación. Se detuvo. La loba blanca se refugió a su lado.

En la habitación había algo mortal.

Husmeó el aire, tratando de localizar el peligro. El aire era denso y olía a papel, a tinta seca, a la cola que se deshacía en el lomo de los libros, a la naftalina de los armarios, al tabaco que Sam tenía en la mesa, a un ratón que antaño había anidado detrás de la librería. Pero el maléfico perfume que le atemorizaba procedía del cofre de madera, recubierto de metal, que había en el suelo.

Era un aroma intenso, húmedo, penetrante, como de algo que se hubiera estado pudriendo allí durante mucho tiempo. Era un olor que le llenaba de un enorme e inexplicable desánimo, pero que le evocaba ese ligero hedor indefinible que flotaba alrededor de la Fundación. La loba blanca estaba a su lado, rígida e inmóvil como una estatua, con los ojos llenos de odio y estupor.

- Ahí, en la caja, está lo que han sacado de las tumbas de Ala-Shan donde están enterrados los de nuestra especie, ahí está el arma que ya se utilizó en tiempos antiguos para destruir a los nuestros. Quain tiene el proyecto de volver a emplearla en breve plazo. Tenemos que destruirla, y tenemos que arreglárnoslas para hacerlo esta misma noche.

Barbee se sacudió.

- No me siento bien - dijo -. No puedo respirar. Este olor debe estar envenenado. Vámonos.

- No seas cobarde. Lo que hay ahí, dentro de esa caja, es mucho más peligroso que los perros, que la plata, que la luz del día. De estas cosas los nuestros no podrán defenderse. Si no lo destruimos, será el fin de nuestra especie.

- Tiene candado. Sam debe haber previsto que vendríamos.

La loba se había tumbado en el suelo y tenía los ojos fijos en la pared del cofre. Se acordó de las probabilidades. La madera adoptó una consistencia como de niebla, se vieron los herrajes que sujetaban las planchas y, al momento, también éstos se disolvieron, así como los pesados aros y la enorme cerradura. La loba gruñó feroz.

- Plata - dijo, y fue a refugiarse a su lado.

Bajo la madera que acababa de desaparecer se veía un forro de plata imposible de disolver. Los átomos de plata no tenían afinidad con el circuito mental. El fétido contenido de la caja de madera verde permanecía oculto.

- Tus viejos amigos son listos, Barbee. Yo sabía que la caja era pesada, pero lo que no llegué a adivinar es que estuviera forrada de plata. Ahora habría que buscar las llaves para abrir el candado. Si no lo conseguimos, tendremos que prender fuego a la casa o, por lo menos, intentarlo.

- ¡No! ¡Y menos mientras estén durmiendo!

- ¡Tu pobre Nora! ¿Cómo dejaste que Sam te la quitara...? El incendio es el último recurso, para el caso de que no pudiéramos soportar las vibraciones. Pero primero vamos a buscar las llaves.

Cruzaron la estancia en dirección a la puerta. Ya se oía el leve rumor de las respiraciones en el dormitorio, cuando, de repente, estalló un inmenso clamor. Parecía como si estuvieran sacudiendo la casa entera. La loba blanca dio un salto y se refugió tras el escritorio de Quain. Cuando pasó el susto, Barbee se dio cuenta de que era el timbre del teléfono.

- ¿Quién será el idiota que llama a estas horas? - preguntó la loba enseñando los colmillos.

Barbee escuchó otra vez el chirrido de la cama y, a continuación, la voz somnolienta de Sam. La silenciosa habitación le pareció de repente una trampa y sintió unos deseos frenéticos de huir. Un nuevo timbrado del teléfono y Sam se despertaría. Corrió hacia la puerta gritando a su compañera:

- ¡Vámonos de aquí!

Pero la loba se disponía ya a actuar. De un salto llegó a la mesa, se alzó sobre sus patas traseras, cogió el receptor y se lo acercó a la oreja:

- Escucha y no hables - ordenó a Barbee.

Se hizo el silencio. Se oía el tic-tac de un reloj. Barbee distinguió la voz de Sam murmurando algo y luego su respiración que recuperaba el ritmo del sueño. En la cocina se paró de pronto el motor de la nevera, pero desde el otro extremo del hilo una voz tenue llamaba desesperadamente.

- ¡Sam! - gritaba Rowena Mondrick -. ¡Sam Quain! ¿Me oyes?

Barbee escuchó al mismo tiempo un gemido procedente del dormitorio y la voz del auricular.

- ¡Ah! ¿Eres Nora? ¿Dónde está Sam? Tengo que prevenirle, se trata de Barbee. Díselo.

Salió un grito del auricular.

- ¿Oiga? ¡Sam! ¡Nora! ¿Por qué no contestáis?

Barbee temió que se hubiera oído desde el dormitorio. Sonó un ruido metálico cuando la vieja dama, asustada, colgó el auricular al otro lado del hilo.

Dejando el teléfono, la loba blanca volvió al lado de Barbee:

- Esta maldita viuda de Mondrick sabe demasiado de nosotros. Ha visto muchas cosas; por eso perdió la vista. Lo que ella sabe hace que el contenido de la caja se vuelva más peligroso aún. Ésa es otra cosa que tenemos que hacer, Barbee. Creo que lo primero que deberíamos hacer es suprimir a Rowena Mondrick antes de que hable con Sam Quain.

- No podemos atacar a una mujer vieja y ciega - protestó Barbee -. Y además Rowena es amiga mía.

- ¿Amiga tuya...? Aún te faltan muchas cosas que aprender, Barbee. Amiga... ¡Precisamente a quien va a traicionar es a ti!

Y se desplomó sobre la alfombra.

- April, April ¿qué te pasa?

- Hemos caído en una trampa - articuló la loba con dificultad -. Ya ves por qué tu viejo amigo Quain se ha acostado tranquilamente y ha dejado abierta la puerta trasera. La caja

verde es el cebo del anzuelo. Sabe perfectamente que no podemos apoderarnos de ella. Y esa cosa horrible que hay dentro nos da el golpe mortal.

Barbee casi había olvidado el hedor penetrante del cofre verde, que al principio le había parecido tan terriblemente insoportable. Levantó el hocico y respiró. Ahora parecía menos peligroso. Era casi agradable. Adormecido, aspiró de nuevo.

- No respire, Barbee... ¡Veneno! Quain lo ha puesto aquí para matarnos... Hay que dejarlo ahora y hacer una visita a tu amiga Rowena, si es que llegamos hasta allí.

Flácida e inmóvil, permaneció tendida en el suelo.

- ¡April! - gritó Barbee -. ¡April!

Pero la loba no se movió.

CAPITULO VIII - Noche de caza

Barbee se inclinó hacia la flácida forma de la loba blanca, extendiendo las cuatro patas para guardar equilibrio y no caer. Percibía el fuerte olor del objeto encerrado en el cofre verde. Era algo secreto y ancestral, más antiguo que toda la historia conocida, que había estado encerrado desde tiempo inmemorial en un túmulo funerario de Ala-Shan junto a las osamentas de los que habían muerto por sus efectos. También él iba a morir. El olor era dulce, perfumado... ¿Por qué - se preguntó -, por qué antes me pareció mortal este olor?

Aspiró profundamente.

Le apetecía tenderse a dormir al lado de la loba.

Se sentía mortalmente cansado y le parecía que ese olor antiquísimo y extraño aliviaría sus penas y la terrible fatiga de todo su cuerpo dolorido. Aspiró lenta y profundamente y se dispuso a dormir. Pero la loba blanca se agitó levemente y susurró:

- Déjame a mí, Barbee, y sal de aquí antes de que la caja te mate.

Estas palabras despertaron en él cierta conciencia del peligro en que se hallaba. A él le gustaba aquel singular perfume, pero a April Bell la estaba matando. Había que salir de allí y respirar aire puro. Después podría volver a aspirar el perfume y dormir. Con los dientes agarró a la loba por la laxa piel del lomo y, a duras penas, la remolcó hacia la abertura que ella misma había practicado en la puerta.

Llegado allí, la consternación se apoderó de su alma. Aflojó los dientes y soltó el cuerpo inerte de la loba. El camino estaba cortado. Las cerraduras y el panel habían reaparecido. Aquel apacible despacho había sido convertido en una trampa para cazarlos a ellos. Estaban encerrados. Débilmente, arremetió contra la puerta, pero ésta permaneció inamovible. Se esforzó por recordar las clases de Mondrick y la teoría del desconocido amigo de April. La materia estaba compuesta principalmente de vacío. Nada era absoluto. La única realidad era la probabilidad. La mente era una red de energía que podía actuar sobre los átomos y los electrones de la puerta y polarizar la probabilidad. Podía anular las vibraciones que convertían la puerta en una barrera infranqueable.

Siguió esforzándose, pero la puerta no desaparecía. La loba continuaba tendida a sus pies y él tuvo que hacer un gran esfuerzo para no derrumbarse a su lado. El olor dulzón del interior de la caja se expandía por el ámbito de la estancia. Respiraba pesadamente, con la lengua colgando. Aquel perfume ancestral pondría fin a todos sus sufrimientos y dolores.

Se oyó, imperceptiblemente, la voz de la loba:

- Mira la puerta. Abre la madera. Intentaré seguirte.

Volvió a esforzarse por disolver los paneles. Sólo las probabilidades eran reales. Lo sabía perfectamente, pero no eran más que palabras. La puerta permanecía sólida. La loba se estremeció. Barbee se dio cuenta de que ella intentaba ayudarle. Lentamente,

sintió que se despertaba en él un sentido nuevo de la extensión y un dominio sobre las cosas.

En la madera apareció un punto neblinoso. Sin saber cómo, consiguió agrandarlo. Repentinamente, la loba se estremeció y pareció quedarse rígida. La abertura era demasiado pequeña aún. Una bocanada más de perfume y... La abertura se agrandó. Cogió a la loba por el cuello y atravesó la puerta con ella.

Los efluvios de la caja verde quedaron a sus espaldas. Por un instante, Barbee sintió unos terribles deseos de volver atrás, pero al momento se produjo una reacción en él. Se dejó caer al suelo, sacudido por las náuseas. Muy lejos ya, en la habitación cerrada tras ellos, se oía hablar a la impaciente operadora a través del auricular que habían olvidado colgar. Luego sonó la voz de Nora hablando en sueños:

- Sam... ¡Sam!

Volvió a cruzar la cama. Sam se dio la vuelta, pero ni uno ni otro se despertaron. Barbee volvió a alzarse con sus cuatro patas, feliz de respirar el aire puro a grandes bocanadas. Al agacharse para coger a la loba blanca con las mandíbulas aspiró una bocanada del horrible olor que pasaba por debajo de la puerta y le inundaron las náuseas.

La levantó y se la echó a la espalda. Roto, agobiado por su peso, cruzó trabajosamente la cocina de Nora, que olía a limpio, y salió al jardín por la puerta abierta. Por fin, lejos de la trampa para hombres-lobo, se sintió seguro. Estaba temblando. Tenía el pelo hirsuto y sudoroso, pero no logró deshacerse plenamente de la angustia del recuerdo hasta que el frío sano de la noche no le hubo limpiado la respiración de aquel mortal efluvio.

Llevó a la loba blanca hasta el campus y la extendió en la hierba escarchada y crujiente. Por oriente nacía ya una palidez de plata. De las granjas llegaba el canto de los gallos. Un perro ladraba a la muerte. Se acercaba el peligro del alba. Y él no sabía qué hacer por April Bell.

Desesperado, se puso a lamerle el blanco pelo. Y el esbelto cuerpo se estremeció y luego se agitó, para su inmenso alivio, como si hubiera vuelto a respirar. Luego se enderezó titubeante sobre las patas. Resollaba con la lengua fuera. Su mirada estaba negra de terror.

- Gracias, Barbee - dijo al fin -, ha sido horrible. Si no me hubieras traído hasta aquí, ahora estaría muerta en la trampa que tan ingeniosamente ha preparado tu viejo amigo. Lo que hay en la caja es mucho más peligroso de lo que yo me imaginaba. Creo que ni siquiera podremos destruirlo. Pero lo que sí podemos hacer es castigar a los que pretenden utilizarlo hasta que vuelvan a enterrarlo en lo más recóndito de Ala-Shan.

- ¿Quieres castigar a Sam, a Nick y a Rex?

La loba blanca le miró maliciosamente:

- No olvides que ahora formas parte de la banda tenebrosa. Ya no puedes tener amigos humanos. Cualquiera de ellos, si supiera, te mataría y nos mataría sin vacilar. Hay que destruir a los enemigos del Hijo de la Noche, antes de morir. Pero Quain no es el primero de la lista. Ahora, a quien tenemos que atacar es a la viuda de Mondrick, antes de que ella le diga nada.

- ¡A Rowena no! - suplicó Barbee -. Para mí siempre ha sido una amiga sincera, incluso después de que Mondrick cambiara de actitud conmigo. ¡Qué buena, qué generosa siempre! ¡Es tan humana!

- Pero tú no eres humano, Barbee, no lo olvides. Y ella tampoco - añadió -; no lo creo. Por lo menos, no una verdadera humana. A mi parecer tiene un poco de nuestra sangre, lo necesario para resultarnos un poco peligrosa. Por eso hay que impedirle que hable.

- No. Yo no quiero hacerle daño.

- Tampoco te creas que va a ser fácil cazarla - dijo la loba blanca - Se sabe perfectamente todo lo que el viejo Mondrick le ha enseñado. Además, en África, ha visto un montón de cosas. ¿Te has fijado en toda la plata que lleva encima? Es contra

nosotros. Y también debe tener otras armas. Sin contar a ese asqueroso perro adiestrado por Mondrick. Será difícil acabar con ella, pero debemos intentarlo.

- Yo no.

- Sí, Barbee, tú harás lo que tengas que hacer porque eres lo que eres. Esta noche eres libre. Con tu cuerpo en la cama has dejado también todas tus inhibiciones habituales. Esta noche corres a mi lado como los de nuestra raza, hoy muerta, corrían antiguamente. Y nuestra presa es humana... Vamos, Barbee, antes de que amanezca.

La loba blanca echó a correr y cayeron, rotas, las débiles cadenas de escrúpulos humanos que aún retenían a Barbee. Corrió tras ella sobre el césped, sintiendo bajo sus zarpas el suave crujido de la escarcha, atento al menor murmullo y al menor olor de la ciudad dormida. Hasta el humo caliente del camión de la leche le pareció perfumado después de haber respirado la letal emanación de aquella cosa extraída de las antiguas tumbas del remoto desierto.

Por fin llegaron a University Avenue y al caserón de ladrillo rodeado de descuidado césped. Cuando vio el crespón negro en la puerta de entrada, Barbee se detuvo. Pero la loba blanca siguió corriendo y su fresco olor le disipó todas las dudas.

Su cuerpo humano reposaba lejos y sus ataduras de hombre estaban rotas. La loba estaba a su lado, viva, palpitante, irresistible. Ahora ambos pertenecían a la misma manada y eran conducidos por el Hijo de la Noche. Sentado uno junto al otro, esperaron a que la puerta se dispase ante ellos.

- Rowena no debe sufrir - cuchicheó, incómodo -. Siempre ha sido muy buena conmigo. Cuando venía a verla tocaba para mí en el piano melodías que ella misma improvisaba, que casi siempre eran extrañas y tristes, pero magníficas. Realmente, merece una muerte buena, sin dolor.

La loba blanca partió en primer lugar. Habían percibido ya el penetrante y aborrecido olor del perro. El pelo se les erizó en el lomo y la loba gruñó, con los ojos fijos en la puerta, sin contestarle. Barbee vio desaparecer la parte inferior de la puerta en una bruma irreal. Echó una rápida ojeada a aquella estancia que tan familiar le resultaba, con la gran caverna negra de la chimenea y la voluminosa masa oscura del piano de cola. Vio moverse vagas sombras y escuchó pasos apresurados sobre el entarimado. La llave giró y la puerta que se estaba haciendo invisible se abrió bruscamente.

La loba retrocedió.

De la casa se escapaba una vaharada de olores, los más próximos y reales que percibía hasta entonces. El olor fino y amargo del gas que ardía en la chimenea, el pesado perfume de las rosas que habían traído Sam y Nora Quain, el olor a jabón y naftalina de las ropas de Rowena Mondrick y el olor caliente y ácido de su cuerpo, que expresaba miedo. Y, por encima de todo, el hedor del perro.

Este último aroma no era tan terrible como el que emanaba del cofre que había en casa de Sam Quain. Sin embargo, le producía náuseas. Le dejaba helado de un terror más antiguo que la misma Humanidad. Y le llenaba de odio racial. El pelo se le puso de punta y arrugó el hocico enseñando los dientes. Juntó las patas, retuvo el aliento y se replegó sobre sí mismo para hacer frente al eterno enemigo.

Rowena Mondrick salió con el perro sujeto de la cadena. Se paró, mayestática, en su bata de seda negra, como una estatua grande y severa. La luz de una lámpara hacía brillar el broche de plata del cuello, el brazalete y los anillos, también de plata maciza. Pero además la luz producía destellos en la punta afilada de la daga que llevaba en la mano.

- Ayúdame - susurró la loba blanca -. Ayúdame a destruirla.

Aquella frágil y ciega mujer que llevaba una daga en la mano y en la otra la cadena de su perro, había sido amiga suya. Pero pertenecía a la especie humana y Barbee se agazapó junto a la loba blanca. Con el vientre pegado a la tierra, ambos avanzaron sobre su presa.

- Voy a intentar sujetarle el brazo - le dijo la loba al oído -. Tú sáltale a la garganta antes de que pueda servirse del puñal de plata.

Rowena Mondrick esperaba en el oscuro dintel de la puerta. Tras ella, lentamente, los paneles volvía a ser reales y sólidos. El perro gruñía y pugnaba por desasirse de la cadena, pero ella le retenía enérgicamente por el collar claveteado de plata. El rostro delgado y pálido de la ciega denotaba tristeza y ansiedad. Al contemplarla así, con la cabeza erguida, Barbee tuvo la desconcertante impresión de que los negros cristales de las gafas le veían, de que le estaban viendo a él.

Efectivamente:

- Wil Barbee - dijo la ciega -. Sabía el peligro que te amenazaba. Intenté prevenirte y armarte contra esta astuta bruja, pero no creí que tardaras tan poco tiempo en olvidar tu humanidad.

Barbee sintió que le invadía una espantosa vergüenza. Se volvió hacia April para lanzar un gemido, pero vio un gesto feroz de los blancos colmillos desenvainados y guardó medroso silencio.

- Estoy verdaderamente afligida - continuó pausadamente Rowena - porque hayas tenido que ser tú. Pero sé que has sucumbido a la sangre negra que hay en ti. Siempre confié en que lo superarías. No todos los que tienen sangre son brujos, Will. Yo lo sé muy bien. Pero creo que me he equivocado contigo... Sí, sé que estás aquí, Will - le pareció ver temblar la mano crispada en el puñal de plata que ella misma había tallado y mimado, pues anteriormente había sido un cuchillo de mesa - y sé lo que buscas... Sé muy bien lo que quieres... Pero a mí no se me puede matar fácilmente.

Pegada al suelo, la loba sonrió a Barbee y avanzó;

- ¿Listo? - preguntó al lobo gris -. Cuando le atrape el codo... ¡Adelante! ¡Por el Hijo de la Noche!

Saltó sin ruido. Su delgado cuerpo dibujó un rayo blanco en la sombra y sus relucientes colmillos atraparon el brazo de la ciega. Barbee, atento al puñal de plata, sintió de repente una negra oleada de salvajismo, una cálida sed de sangre roja y dulce.

- No, Will - gritó Rowena entre sollozos -. Tú no puedes hacer esto.

El lobo contuvo la respiración para saltar.

Pero Turco había lanzado un rugido de alarma. Rowena Mondrick soltó el collar y retrocedió apuñalando en el aire con el cuchillo de plata.

La loba dio un salto en el aire y esquivó el puñal. Pero los pesados brazaletes de la ciega la golpearon la cabeza. La loba cayó, temblando bajo el golpe que acababa de recibir, y el enorme perro aprovechó la ocasión para saltarle a la garganta. Ella se retorció, impotente, entre los colmillos del perro, y sus músculos se aflojaron con un gemido. Este gemido liberó a Barbee de la lástima que le quedaba por Rowena. Saltó con los colmillos desnudos sobre Turco y le desgarró el cuello, pero tropezó con los clavos de plata del collar. Al contacto con el frío metal, sintió un dolor paralizante. Retrocedió, sintiéndose enfermo por el horrible contacto.

- ¡No la sueltes! - gritaba Rowena.

Pero el perro ya había soltado a la loba para poderse defender del ataque de Barbee. April, maltrecha y vacilante, se apartó de la lucha.

- Vámonos, Barbee - dijo -. Esta mujer tiene demasiada sangre nuestra. Es más fuerte de lo que yo me esperaba. No podemos vencerlos a ella, a la plata y al perro juntos.

Y echó a correr por el césped.

Barbee la siguió como un rayo.

La ciega también les siguió con pasos rápidos, llena de confianza en sí misma. Terrible. Las luces de la calle se reflejaron, frías, sobre el broche y los brazaletes, y pálida sobre la hoja de plata que blandía en el aire:

- ¡Corre, Turco! - gritaba -. ¡Mátalos!

La loba blanca y el lobo gris huyeron juntos y llegaron a la calle desierta que conducía al silencioso campus. Barbee se sentía agitado y dolorido por la plata con que habían tropezado sus quijadas. Se daba cuenta de que el perro pastor le iba a alcanzar. Cada vez se oían más cerca sus ladridos salvajes y los gritos malvados de la vieja. Y se volvió para plantar cara por última vez.

Pero la loba blanca había tomado la iniciativa por su cuenta. Corrió hacia el perro y lo atrajo hacia sí. Turco se lanzó tras ella, que danzaba ante él, le hacía quiebros y se burlaba imitando sus ladridos. Así, astutamente, le condujo en dirección a la calzada de detrás del campus.

- ¡Cógelos y vuelve! - gritaba la vieja -. ¡Vuelve!

Barbee se sacudió e inició una maniobra de retirada. La loba y el perro habían desaparecido de su vista, pero aún flotaban sus olores. A lo lejos, aún resonaba el ladrido, pero ya expresaba desengaño y falta de ardor.

La ciega, obstinada, seguía corriendo detrás de Barbee.

Se distanció de ella una manzana de casas y se volvió para verla de lejos. La vieja llegó a una avenida que cruzaba la helada extensión de césped. Sin duda, los cristales negros ya no la guiaban, pues tropezó con el bordillo y cayó cuan larga era sobre el pavimento.

Barbee sintió un arranque de lástima. Esa caída imprevista debía haberla dejado maltrecha. Pero se levantó y reanudó la persecución. La claridad de las estrellas reverberaba en la punta del cuchillo y Barbee cambió de dirección lanzándose en pos de los mezclados olores de la loba y el perro. Volvió a pararse junto al semáforo de Center Street y vio que la ciega había quedado muy atrás. De pronto, apareció un automóvil solitario y Barbee se puso a correr como loco, huyendo del resplandor de los faros, que le resultaba insoportable. Se escondió como pudo en una bocacalle hasta que desapareció el coche. Cuando volvió a mirar atrás ya no pudo divisar a Rowena.

El lastimero ladrido del perro pastor se había apagado o era muy lejano. Ahora, el lobo gris se encontraba en el centro del fragor de las máquinas, entre silbidos del vapor y ritmos de acero en la estación. Consiguió sin embargo no perder la pista y la siguió hacia el este, a través de un dédalo de callejas, hasta la vía.

Olía a grasa de máquinas, a ceniza seca, a creosota, todo ello diluido en la acre humareda sulfúrica del carbón. Pero él no perdió la pista. De pronto, una enorme locomotora se lanzó sobre él.

Barbee se apartó, pero le envolvió una ráfaga de vapor que disipó todos los olores menos el del aceite recalentado y el del metal. Había perdido la pista.

Quiso volver sobre sus pasos para recobrarla. Aspiró con todas sus ganas, pero no encontró más que olor a metal caliente, a aceite quemado y a fuel-oil medio consumido, sobre un fondo de olores químicos que ascendían del paisaje industrial que atravesaban los trenes.

Levantó las orejas desesperado. El traqueteo de las locomotoras y los vagones se alejaba. Las fábricas producían un ruido metálico y rítmico. A lo lejos se anunció el silbato de un tren. Pero no oyó ningún ladrido ni la llamada de la loba.

Se volvió hacia el este y un agudo dolor le mordió los ojos. La cabeza le estallaba. Las chimeneas de las fábricas eran como largos dedos indicadores de que el día estaba amaneciendo. Había perdido a su loba blanca y la luz mortal le amenazaba. De repente se dio cuenta de que no sabía cómo volver a su casa y recobrar su cuerpo.

Caminaba sin norte entre los brillantes y fríos raíles, cuando, por detrás de las fábricas, se volvió a oír, desanimado, sin esperanza, el ladrido del perro. Se dirigió hacia el ladrido, protegiéndose de la claridad del alba en la sombra de un tren de mercancías.

Al fin distinguió a la loba blanca que corría lánguidamente hacia él. Había dado muchas vueltas para despistar al perro y debía estar fatigada. ¿O acaso la luz la debilitaba? El perro le ganaba terreno. El ladrido creció, se hizo más agudo, rápido y triunfante.

Barbee corrió hacia la loba.

- Descansa - le dijo -. Ahora voy a entretenerlo un poco yo.

No estaba muy seguro de poder hacerlo durante mucho tiempo, ya que el alba se insinuaba cada vez más claramente y todavía sentía el cuerpo vacilante y dolorido por el choque con la plata. Pero tenía que ayudar a la loba.

- No, Barbee - le dijo -. Ya es tarde; debemos permanecer juntos.

Corrió al lado de ella, tan cansado que ni siquiera se preguntó qué pretendía hacer. La luz aumentaba y Barbee contempló la extensión del río, en cuya espesura tal vez encontrara un poco de sombra donde guarecerse.

- ¡Por aquí, Barbee, no te separes de mí!

La loba seguía corriendo por la vía.

El perro rojizo les pisaba los talones. No parecía en absoluto agotado. La luz grisácea se reflejaba en su mortífero collar. Barbee huía, esforzándose por no separarse demasiado de la loba.

El río estaba cerca, negro. Respiró el putrefacto hedor de sus riberas fangosas y el perfume agrio de las hojas muertas. Más allá percibía el aroma rancio de la fábrica de transformación de basuras y el ácido y desagradable olor de los residuos químicos que contaminaban las oscuras aguas del río. El fuego blanco del día se hacía intolerable en el cielo. Le escocían los ojos y el cuerpo se le contraía bajo el efecto de la luz. Sombrío, seguía a su esbelta compañera. Por algún lugar, aún lejos, el tren silbó de nuevo.

Llegaron al puente y la loba, con paso seguro, sorteó los travesaños. Barbee se quedó atrás, poseído por un vago temor ancestral hacia el agua que corría bajo sus pies. El perrazo, aullando una vez más a la muerte, se les echaba ya encima. Temblando, procurando no mirar la negra superficie del agua, Barbee fue cruzando el puente como podía. Pero el perro le siguió, imperturbable. El lobo había cruzado la mitad del puente cuando los carriles empezaron a vibrar. Se oyó otro silbido del tren. El foco delantero de la locomotora brilló ferozmente en una curva de la vía, a menos de quinientos metros. Barbee galopó frenético.

La aparente apatía de la loba había desaparecido. Corría como una flecha, sin hacer un movimiento inútil. Parecía una sombra blanca volando sin mover el cuerpo. Galopaba detrás de ella, desesperadamente, a lo largo del acero vibrante y sonoro. El aire temblaba y el puente se movía. La loba llegó al extremo del puente y se sentó al lado de la vía, burlándose del perro. Él se tumbó a su lado, entre la polvareda que levantó el tren. Apenas si oyó el último alarido de terror del perro. La loba sonrió al contemplar las imperceptibles manchas que había dejado el perro en el agua del río y sacudió su pelaje de nieve.

- Se acabó Turco - dijo feliz -. Creo que, a su debido tiempo, nos ocuparemos igualmente de su dueña, a pesar de sus armas de plata y de su sangre negra.

Barbee tembló.

Bajaron el terraplén huyendo del oriente...

- ¡Pobre Rowena! - dijo -. Ya le hemos hecho bastante daño.

- Es la guerra, Will. Es una guerra entre especies, tan antigua como el mundo. Ya la perdimos una vez, y no podemos permitirnos otra derrota. Nada hay demasiado cruel para traidores mestizos como esa viuda negra. Ya no tenemos tiempo esta noche, pero por lo menos le hemos estropeado sus planes. No ha podido prevenir a Sam Quain... Ahora tenemos que volver ya... Buenas noches, Barbee.

Se quedó solo. La llama de luz crecía por el este y un terror frío se apoderó de él. ¿Cómo regresar? Lleno de incertidumbre, buscó su cuerpo, se esforzó por encontrarlo.

¿Cómo llegar hasta él?

Y, sin embargo, seguía teniendo conciencia de su cuerpo, que reposaba rígido y helado sobre la cama, en el pequeño apartamento de Bread Street. Como cuando se quiere salir

de un sueño, hizo torpes esfuerzos desordenados por regresar a ese despojo y volver a animarlo.

Al principio, sus intentos fueron torpes y débiles, como los primeros pasos de un niño. Sentía un intolerable dolor y el agotamiento de una facultad que no había empleado hasta entonces. El mismo sentimiento le empujó a perseverar, le estimuló. Sí seguía, sin duda, terminaría con el dolor. Lo intentó de nuevo. Una vez más sintió una sensación de metamorfosis, la impresión de algo que fluía... Y se volvió a encontrar sentado en el borde de la cama, intentando poner los pies en el suelo, con todo el cuerpo dolorido.

La habitación estaba fría y él, rígido y helado. Sentía una gran torpeza que le paralizaba los sentidos. Husmeó, intentando distinguir de nuevo toda la gama de olores que captaba el lobo gris, pero su tosco olfato humano permaneció insensible. Ni siquiera sintió el olor del whisky evaporado del vaso.

Llegó pesadamente hasta la ventana y alzó la persiana. La luz grisácea ahogaba la iluminación eléctrica de las calles. Se apartó de la ventana, como si la luz del día hubiese sido el terrible rostro de la Muerte.

¡Vaya pesadilla!

Se enjugó el sudor de miedo que perlaba su rostro. El colmillo derecho le palpitaba de dolor. Era el diente que había mordido los clavos de plata del collar de Turco. Si el ron le producía este tipo de resaca, era preferible seguir fiel al whisky. Y, en el futuro, sería conveniente beber menos.

Tenía la boca ardiente y seca. Con paso incierto llegó al cuarto de baño para lavarse los dientes y se sorprendió intentando coger el vaso torpemente con la mano izquierda. Se dio cuenta de que con la derecha seguía aferrado al broche de jade blanco de la tía Ágata.

¡Caramba! En el dorso de la mano tenía un largo arañazo rojo, en el sitio preciso en que Jiminy Cricket le había clavado sus dienteillos.

¡Todo era normal! No había que asustarse.

El viejo Mondrick lo explicaba siempre en sus lecciones de psicología de los sueños. Eran fenómenos del inconsciente y no eran tan extraordinarios ni tampoco tan instantáneos como los percibía el sujeto.

Seguramente que por pensar en lo que le había contado April Bell se había levantado en sueños y había rebuscado en la caja de puros de la cómoda el broche de jade blanco. Todo ello lógico y natural. Y seguramente debió de herirse la mano con una de las cuchillas de afeitar que había en la caja, o tal vez con el mismo alfiler del broche. Lo demás no eran sino interpretaciones subjetivas de un incidente sin importancia en las que se reflejaban sus miedos y sus deseos reprimidos.

La explicación era perfecta.

Suspiró aliviado, se enjugó la boca y alargó la mano hacia la botella de whisky... ¡puaf! Como en la pesadilla, la boca se le llenó del horrible sabor del pelo del perro.

Con mano firme volvió a colocar la botella en su sitio.

CAPÍTULO IX - Consecuencias de una pesadilla

Barbee quería olvidar aquella pesadilla.

Volvió a la cama temblando e intentó dormirse de nuevo. Le fue imposible. Los más mínimos detalles de la pesadilla se le presentaban obsesivamente en la memoria, horriblemente reales y verdaderos. Le era imposible liberarse de la sonrisa escarlata de la loba blanca, de la sensación de fragilidad que le produjeron las vértebras trituradas de Jiminy Cricket, del espectáculo de la viuda de Mondrick tropezando en el bordillo de la acera cuando le perseguía con un terrible cuchillo de plata en la mano.

Volvió a levantarse, bajó la persiana para protegerse de la cruel luz diurna, se puso mercurocromo en el arañazo de la mano, se afeitó meticulosamente y se tomó una aspirina.

Los sueños eran resultado lógico de causas normales y él no tenía ninguna necesidad de consultar al doctor Glenn para esclarecer esta pesadilla. La visible repulsión que Nora Quain y la señora Mondrick sentían por April Bell muy bien podía haberle metido en el subconsciente la idea de que la chica era una loba. Y su deseo de protestar indignadamente contra tal acusación, bastaba para explicar que se hubiera inventado para sí mismo el papel de lobo gris. Teniendo en cuenta, además, los extraños acontecimientos que habían rodeado el asesinato de Mondrick y la fatiga nerviosa de los últimos días, se comprendía claramente que tener una pesadilla era completamente normal. Y, sin embargo, este intento de explicar el sueño no le satisfacía del todo... Sí, tenía que telefonar a Rowena y asegurarse de que se hallaba en perfectas condiciones en su caserón de University Avenue, custodiada por el fiel Turco.

- No - le dijeron -. La señora Mondrick no está - era la señorita Rye, el ama de llaves -. ¿La señorita Ulford? No, tampoco está.

- ¿Cómo es que no están?

- La señorita Ulford se ha ido a ver a la pobre señora Mondrick.

- ¿Por qué, qué ha pasado?

- La pobre señora debió sentirse mal anoche... Seguramente por la impresión de la muerte de su marido. Ella siempre ha tenido crisis, ya sabe usted, desde que aquella fiera le arrancó los ojos en África.

- ¿Y qué ha sucedido?

- Se levantó por la noche y salió de la casa con ese asqueroso perro del que nunca quería separarse. Debía estar absolutamente convencida de que perseguía, ¿qué se yo?, a la misma fiera que le arrancó los ojos. En todo caso, había cogido uno de sus mayores cuchillos de mesa que ella misma había convertido en una especie de puñal. Menos mal que el perro ladró y la señorita Ulford se levantó y la siguió... Se conoce que el perro se debió escapar y la señora Mondrick salió tras él por las calles, ¡corriendo ciega! Dice la enfermera que debió recorrer toda la avenida hasta el final. No sé cómo pudo llegar hasta allí - visiblemente, la señora Rye disfrutaba contando todos los detalles -. La señorita Ulford quedó agotada de tanto correr, pero consiguió alcanzarla y la trajo a casa en un taxi. La pobre estaba destrozada y sangraba por todas partes, pues se había caído varias veces. Tenía el cuchillo bien agarrado y no permitió que se lo quitaran. Al fin conseguimos quitárselo de las manos y ella siguió gritando cosas raras de Turco, que estaba persiguiendo a no sé qué seres. Al perro no le han encontrado, y la señorita Ulford llamó a una ambulancia y me despertó para hacer el equipaje de la señora. Hace ya una hora que la llevamos. La pobre se resistió, y no podíamos con ella. A mí me daba miedo de que se suicidara. En fin, ahora está en Glenhaven.

- Creo que ya estuvo allí una temporada. ¿Por qué no quería volver ahora?

Barbee hizo lo posible porque la voz no delatase su ansiedad.

- La señora quería, por todos los medios, que la lleváramos a casa del Señor Quain. Tanto insistió que le llamé por teléfono, pero la telefonista me dijo que los Quain tenían el receptor descolgado. Los mozos de la ambulancia le dijeron que no se preocupara por nada, que ellos se encargarían de todo y que no se pusiera así. Y se la llevaron a Glenhaven...

Barbee no pudo responder.

- ¿Oiga? - gritó la señora Rye -. ¿Oiga?

Él no pudo articular palabra y la señora Rye, cansada de esperar, colgó.

Barbee tropezó, volvió a tropezar y por fin llegó al cuarto de baño, se llenó la boca de whisky y, antes de que le llegara a la garganta, lo escupió al lavabo. No volvería a tomar ni una sola gota de alcohol.

¡Qué excelente enfermera la señorita Ulford! ¡Qué buena idea la de llevar a su paciente al doctor Glenn! La tragedia del aeropuerto había sido un golpe demasiado duro para la señora Mondrick del que todavía no se había repuesto. Por otra parte, sus propios recelos sobre el equilibrio mental de la señora Mondrick habían contribuido a inspirarle aquella grotesca pesadilla. Decididamente, era preferible no examinar demasiado a fondo todas las coincidencias...

Solicitó el número de las Arms of Troy.

Ni siquiera podía enterarse si April Bell había regresado bien, después de haberse separado de él en la vía. Pero quería escuchar su voz, saber dónde estaba, qué hacía, excusarse por no haberla telefonado la noche anterior como había prometido. Citarla en algún sitio.

- Imposible - le respondió el conserje -. No podemos molestar a la señorita Bell.

No había nada que hacer.

Con el jefe de recepción tampoco:

- Lo siento, señor Barbee, pero realmente es imposible. La señorita Bell nos ha insistido mucho en que no la despertemos hasta el mediodía, excepto en caso de incendio o asesinato.

Para ser una periodista principiante, April no se levantaba demasiado temprano.

Barbee dejó un recado. Se vistió rápidamente, tomó un café en el restaurante de enfrente y se fue a la ciudad. Necesitaba ver gente a su alrededor. Gente humana. Quería oír las voces de siempre, el teclear de las máquinas de escribir, el rugido ensordecedor de las rotativas. Pasó por delante de La Estrella y preguntó por Rex al viejo Ben Chittum.

- No está bien - dijo el viejo, visiblemente inquieto -. Me parece que la muerte del doctor Mondrick le ha afectado mucho. Después del entierro apenas pudimos hablar, pues tenía que volver enseguida a la Fundación. ¡Con el tiempo que llevamos sin vernos! Pero, usted que entiende de eso, señor Barbee, ¿por qué los periódicos no han dicho nada de lo que pasó en el aeropuerto...? A mí me parece importante tratándose del doctor Mondrick, y habiendo muerto de esa manera. Y, sin embargo, no dicen casi nada. Sé que usted estuvo allí, y esa chica de El Faro también.

- ¡Ah, sí! Yo también pensaba que se merecía la primera página y les entregué un trabajo de seiscientas palabras. Ni siquiera he visto lo que han hecho con él. La emoción...

- Mire - dijo el vendedor de periódicos -. ¡Ni una palabra!

En el interior figuraba el anuncio del entierro, sin más.

- No lo entiendo...

Pero Barbee tenía problemas más graves y se fue a la redacción. Encima de su mesa había una hoja azul que le ordenaba presentarse a Preston Troy en cuanto llegara. La Estrella no era, en realidad, la principal empresa de Troy, que era dueño de Fábricas Troy, Sociedad Troy, Radio Troy, y del club de base-ball, que también llevaba su nombre. Pero el periódico era su creación preferida. Desde su despacho, instalado en el piso inmediatamente superior al de la redacción, solucionaba casi todos sus asuntos.

Cuando llegó Barbee estaba dictando a una secretaria alta y rubia (Troy era famoso por la belleza de sus secretarías). Era un hombre corpulento, pletórico, con una franja de cabellos rojos alrededor del cráneo. Lanzó a Barbee una mirada azul y penetrante y se pasó el puro a la otra extremidad de su enorme boca.

- Tráigame el expediente Walraven - dijo a la secretaria -. Adelante, Barbee. Grady dice que es usted un excelente reportero. Por lo tanto quiero brindarle la ocasión de publicar un artículo importante firmado por usted. Se trata de presentar la candidatura del coronel Walraven al Senado.

- Gracias, jefe - dijo Barbee sin ningún entusiasmo -. A propósito, veo que Grady no ha publicado mi artículo de ayer sobre la muerte de Mondrick.

- Le dije que no lo publicaran.

- ¿Y podría decirme por qué razón? A mi juicio, se merecía la primera página. Tenía interés humano, misterio... Era una noticia sensacional. El viejo Mondrick murió en el momento en que empezaba a contar lo que había descubierto en Asia y lo que traía en esa caja verde. Era un asunto verdaderamente interesante - Barbee hacía esfuerzos por mantenerse en calma -. Se lo aseguro, jefe... El forense ha dictaminado una muerte por causa natural, pero los compañeros del viejo se comportan de una manera muy extraña, como si no se lo creyesen. No revelan qué contiene la caja y da la impresión de que les da miedo hablar... ¿Comprende, jefe? Yo quisiera seguir adelante con este asunto y escribir un trabajo que hiciera hablar de Clarendon. Quisiera descubrir por qué Mondrick fue a Ala-Shan, y de qué tienen miedo todos. Y qué tienen oculto en esa caja.

Pero en los ojos de Troy se leía al mismo tiempo dureza y vacío.

- Es demasiado sensacionalista para La Estrella - dijo al fin -. No pensemos más en ello, Barbee. Vaya a trabajar en el asunto del coronel Walraven.

- ¡Demasiado sensacionalista, jefe! Si está usted cansado de decirnos que la sangre es el pan de cada día de La Estrella!

- He decidido que no publicaremos nada del asunto Mondrick. Por otra parte, ningún otro periódico habla del caso.

- Es que no puedo dejar de pensar en ello, jefe. Tengo que descubrir lo que guarda Sam Quain en esa caja. Me obsesiona. Sueño con ello.

- Muy bien, pues trabaje en ese asunto, pero por su cuenta, en su tiempo libre y bajo su propia responsabilidad. Pero de publicarlo en el periódico, ni hablar. Otra cosa, Barbee: recuerde que no es usted una pieza anatómica, le convendría dejar el alcohol - al decirlo, su rostro se suavizó y abrió el humidificador de puros -. ¿Quiere un cigarro, Barbee...? ¡Ah! Aquí está el expediente Walraven. Quiero una serie de artículos biográficos: la brillantez de Walraven desde su infancia, su heroísmo militar, las obras de caridad que hace en secreto, su feliz matrimonio, su vida familiar armónica, su vida pública en Washington y, en cambio, todo lo que pueda desagradar al lector, se lo calla y en paz.

«Entonces no podré hablar de casi nada», pensó Barbee.

Volvió a su sitio y se puso a hojear el expediente. Él sabía demasiadas cosas que no mencionaban los recortes de periódicos. Estaba el asunto del alcantarillado, el escándalo de los puentes y las carreteras y la razón por la que su primera mujer le había abandonado. Era difícil concentrarse en un quehacer tan odioso como revocar la fachada de un individuo semejante para que fuera elegido senador. De repente, Barbee se sorprendió admirando la figura de un lobo aullando a la luna que aparecía en la fotografía de un calendario, y se acordó de la soberana libertad y la terrible potencia de que había gozado durante el sueño.

¡Al diablo Walraven!

Barbee sintió de repente que tenía que reunir los hechos que le permitieran comprender la razón de los siguientes enigmas: la muerte de Mondrick, la crisis de locura de Rowena, la singular confesión de April Bell. Si no había hecho más que construir ideas delirantes a partir de coincidencias e ingestiones de whisky, al menos tenía que averiguarlo. Incluso era preferible volverse loco que seguir trabajando de periodista al dictado.

Metió el expediente Walraven en un cajón. Sacó el coche del aparcamiento y atravesó Center Street, en dirección a la Universidad. Aún no comprendía por qué el asunto Mondrick no encajaba en La Estrella. Hasta entonces a Preston Troy nunca algo le había parecido demasiado sensacionalista. De todas formas, descubriría lo que había en el cofre y se quedaría tranquilo.

Sam Quain debía haberlo trasladado del despacho al piso alto de la Fundación. ¿Para qué, si no, aquellos soldados y carpinteros? Y Barbee se dio cuenta, una vez más, que aceptaba los datos de su pesadilla como dinero contante y sonante.

Al llegar al semáforo, torció a la derecha, dejó Pine Street y paró frente al bungalow blanco de Sam Quain, que era exactamente igual al que había visto en el sueño. No faltaba ni el cubo mohoso ni la palita de Pat en el montón de arena del patio. Llamó y salió Nora.

- Hola, Will, pasa, pasa.

- ¿Está Sam? - olfateó el ambiente de la casa y sintió que el pánico se apoderaba de él sólo de pensar en el olor. Pero el único olor perceptible era agradable y procedía de un asado de la cocina -. Sí... quisiera ver a Sam para hacerle una nueva entrevista. Quisiera preguntarle detalles sobre la expedición a Ala-Shan y los descubrimientos que han hecho.

- Mejor que no, Will... Sam no quiere ni hablarme a mí. Yo no sé qué es lo que han traído de allí en esa misteriosa caja y no creo que él te lo enseñe. La ha tenido encerrada en su despacho durante cuarenta y ocho horas y anoche estaba soñando con ella cuando se despertó.

- ¿Ah, sí?

- Estaba soñando que alguien quería llevársela. Supongo que este asunto nos está alterando a todos, pues también yo he dormido muy mal. Me ha sucedido incluso... una cosa muy rara. Sí, esta mañana he encontrado el teléfono descolgado. Y estoy completamente segura de que anoche estaba bien puesto. Y Sam cerró la puerta con llave. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

- ¿Y dónde está ahora Sam?

- En la Fundación. Desde que volvió, tiene a su cargo un equipo de obreros que trabaja noche y día. Están haciendo instalaciones en los laboratorios. Cuando se despertó esta noche los llamó, y Nick y Rex vinieron a buscarlo con una furgoneta y se han llevado la caja. Ni siquiera le ha dado tiempo de desayunar... Sam me ha dicho que no me preocupe, pero no puedo evitarlo. Acaba de llamarme para decirme que no volverá esta noche... Me imagino que debe de haber sido un gran descubrimiento que los hará famosos cuando se publique... Pero yo no entiendo su manera de comportarse... Todos parecen tan asustados... Tal vez Rex te diga...

- ¿Me diga qué?

- Sam me ha dicho que no diga nada de nada. Yo sé que en ti si puedo confiar, Will, pero no te debería contar lo que te estoy contando. Por favor, Will, no digas nada en el periódico... ¡Qué miedo tengo! No sé qué debo hacer.

- No te preocupes, Nora. No diré ni una palabra en el periódico.

- Si realmente yo no sé nada; sólo que, después de marcharse, Sam mandó a Rex a recoger nuestro coche. Yo quería haberlo llevado al taller para que le revisaran los frenos, pero Sam tenía mucha prisa y me ha dicho por teléfono que Rex necesitaba el coche para ir a grabar esta tarde. Habla en la radio.

- ¿Sobre qué?

- ¡Ah, no sé! Lo único que me ha dicho Sam es que la Fundación ha comprado no sé cuántos minutos para emitir un programa especial mañana por la tarde. Me ha dicho que lo escuche, pero que no hable de ello. Espero que lo aprovecharán para explicar una parte de ese horrible misterio. Tú no dirás nada, ¿verdad, Will?

- Ni una palabra. Seré mudo como una tumba. Te lo juro, Nora... ¡Hola, Pat! Buenos días, ¿cómo estás...?

- Yo bien. Lo malo es Jiminy Criket. Anoche le mataron, al pobrecito.

- ¡Qué horror! ¿Qué pasó?

- Vinieron dos perros muy grandes, uno blanco y otro gris. Querían llevarse la caja de papá que está en el despacho y Jiminy no les dejó llevársela, pero el perro gris le mordió en el cuello y le mató.

- Eso dice Pat... De todas formas, el perrito ha muerto. Esta mañana lo hemos encontrado encima de un montón de arena. Exactamente donde dijo la niña cuando se despertó llorando. Yo creo, realmente, que le ha atropellado un coche, uno de esos

estudiantes que conducen como locos, y seguramente el pobrecito animal se arrastró hasta la arena para morir allí. Pat debe haberlo oído mientras dormía.

- ¡Que no, mamá! ¡Que ha sido ese perro gris con los dientes! ¡Que lo he visto yo! Y venía con otro perro blanco muy bonito, ¿verdad, mamá? ¿Es que papá no me cree?

- Sí, bonita... Cuando Pat lo ha contado esta mañana, Sam se ha puesto blanco. Ni siquiera ha ido a ver si Jiminy estaba en la arena. Y allí estaba el pobrecito, como en el sueño de Pat. Sam se fue disparado al despacho para ver si la caja estaba allí. Pero, Will, estás pálido, ¿te encuentras mal?

- Yo también he tenido un sueño muy raro - dijo -. Debe ser algo que he comido. Me parece que voy a pasar por la Fundación, tengo que hablar con Sam.

- No creo que te diga nada. Pero, si te enteras de algo, ¿me llamarás, Will? - le acompañó hasta la puerta -. Por favor, Will, tengo mucho miedo. ¡Y ni siquiera sé de qué!

CAPÍTULO X - El amigo de April Bell

El fuego del otoño resplandecía en los árboles del campus y en los terrenos colindantes a la Fundación de Investigaciones Humanas.

En lugar de la jovencita que esperaba encontrarse en Información, había un hombre de complexión robusta que, pese a no ser demasiado joven, llevaba la camiseta de la Universidad.

- Lo siento - le dijo -. La Biblioteca y el Museo están cerrados.

- No importa - respondió Barbee sonriendo amablemente -. Solamente vengo a ver al señor Quain.

- ¿El señor Quain? Está ocupado.

- Entonces, me gustaría hablar con el señor Spivak.

- ¿El señor Spivak? Está ocupado.

- En ese caso, con el señor Chittum.

- ¿El señor Chittum? Está ocupado. Nada de visitas.

«¡Caray! - se dijo Barbee -, tendré que repasar me el manual de cómo pasar a todas partes.»

Después vio a otros dos hombres maniobrando en el ascensor automático.

También ellos llevaban la camiseta de la Universidad. Se volvieron con demasiada diligencia para observarle y se les notaba un bulto sospechoso en la cadera derecha. Recordó que Sam Quain había contratado guardias para la Fundación. Escribió en una tarjeta: Sam, será mejor que me recibas un momento y los dos nos evitaremos disgustos. Después lanzó la tarjeta, acompañada de un dólar, al otro lado de la mesa.

- ¿Podría usted entregar esta nota al señor Quain, por favor?

Sin responder, el hombre de Información devolvió el billete a Barbee y recogió la tarjeta. Tenía aspecto de policía cansado y Barbee observó que también él tenía un bulto en la cadera. Estaba claro que Sam guardaba celosamente la caja.

Pasó un cuarto de hora de espera bajo la fría mirada del guardia. Después, Sam Quain salió bruscamente del ascensor, en mangas de camisa, con la cara dura y gris, sin afeitado.

- Por aquí, Will.

Había reconocido a Barbee, pero no mostró ningún signo de amistad. Le condujo a lo largo de un corredor hasta una habitación enteramente cubierta de mapas. El mobiliario era de metal. ¿Qué clase de documentación habrían reunido y analizado el viejo Mondrick y sus colaboradores?

- Mejor será que te ocupes de otra cosa - dijo Sam -, por tu propio bien, Will.

- ¿Por qué razón?

- Por favor, Will, no me hagas preguntas.

Barbee se apoyó en una esquina de la mesa.

- Escucha, Sam. Tú y yo somos amigos, o por lo menos, lo hemos sido. Por eso he venido aquí. Tú puedes explicarme ciertas cosas que yo debo saber. Tengo motivos.

- Yo no puedo explicarte nada.

- Oye, Sam, ¿qué iba a decir el viejo Mondrick en el momento de su muerte? ¿Qué es lo que habéis encontrado en Ala-Shan? ¿Qué es lo que guardáis en esa caja de madera...? ¿Y quién es el Hijo de la Noche?

Hizo una pausa, pero Quain guardó silencio.

- Más te vale contestarme, Sam. Recuerda que soy periodista y sé cómo manejar a las personas que se niegan a dar una información. Descubriré lo que me ocultas quieras o no.

- No sabes dónde te metes - dijo Sam -. ¿Es que no puedes dejarnos tranquilos ahora que todavía queda un resto de amistad entre nosotros? ¡Olvida por una vez que eres un cotilla profesional!

- No se trata de La Estrella. No lo entiendes... Esta información no le interesa al periódico. Soy yo el que necesito encontrar respuesta a cierto número de cuestiones, porque, si no, me voy a volver loco... Sé que tienes miedo a algo, Sam. ¿Por qué, en otro caso, tomasteis todas estas precauciones, que luego resultaron inútiles, por cierto, para proteger al viejo Mondrick en el aeropuerto? ¿Y por qué habéis transformado este edificio en una fortaleza, sino por miedo? ¿Qué peligro hay, Sam?

- Olvídalo, Will. No serías más feliz si lo supieras.

- Yo ya sé algunas cosas - dijo Barbee -. Las suficientes como para volverme casi loco. Sé que estáis en guerra contra... algo... Y eso me atañe... No sé exactamente por qué, pero quiero estar de vuestra parte, Sam...

- El mínimo detalle que tú supieras, podría perjudicarnos a los dos, Will... Por otra parte, me parece que te imaginas demasiadas cosas. Nora me decía que trabajabas en exceso y bebías demasiado. Se preocupa mucho por ti, Will, y me temo que con razón. Creo que lo que te hace falta es descansar - puso la mano sobre el teléfono -. Deberías retirarte unos días y curarte en salud antes de que caigas verdaderamente enfermo. Te lo voy a arreglar todo... No te preocupes por nada, no te costará ni un céntimo. Pero tienes que tomar el avión de Albuquerque esta tarde... La Fundación ha enviado un grupito de trabajo a Nuevo México para hacer excavaciones en las grutas. Se trata de investigar por qué el Homo sapiens estaba extinguido en el hemisferio occidental cuando llegaron los amerindios. Pero tú ni siquiera tienes que ocuparte de sus trabajos - una sonrisa de esperanza se dibujó en su rostro -. ¿Realmente no podrías ausentarte durante ocho días...? Voy a llamar a Troy para arreglar el asunto con el periódico. Incluso te encargará que le hagas un reportaje allí. Y te irás tranquilamente a tomar el sol y a hacer un poco de ejercicio. A ver si así te olvidas por completo del doctor Mondrick - de nuevo tendió la mano para descolgar el teléfono -. ¿Te podrías ir esta misma tarde si te reserváramos plaza?

Barbee negó con la cabeza.

- ¡A mí no se me compra, Sam! De eso nada... No sé por qué quieres hacerme desaparecer, pero a mí no se me quita de en medio de esta manera. No. Quiero quedarme aquí y ver la función que vais a representar. Que a mí, además, me parece una farsa.

Quain se levantó, gélido.

- El doctor Mondrick - dijo - decidió no confiar en ti, y de esto hace ya mucho tiempo. Nunca nos dijo por qué razón. Puede que seas una excelente persona y puede que no lo seas. Nosotros no podemos correr ningún riesgo... Lamento que no escojas la sensatez, Will. Yo no he querido comprarte, como tú mismo dices, pero tengo que advertirte: ¡no te metas en este asunto! ¡Déjalo, Will, apártate! Si tú no lo dejas por ti mismo, ya se encargará alguien de apartarte. Lo siento, Will, pero así están las cosas. Piénsalo bien, Will... Ahora tengo que dejarte - se levantó para abrir la puerta.

- Espera, Sam... Si pudieras darme aunque sólo fuera una razón convincente.

Pero Sam se había alejado sin añadir una sola palabra más.

Antes de meterse en su destartalado vehículo, Barbee se volvió para contemplar las ventanas del piso alto, detrás de las cuales, en su pesadilla, había visto la llama azul de los soldados, mientras los obreros de Quain preparaban realmente la cámara blindada para guardar la caja. El olor fétido había desaparecido, pero la perfecta consonancia entre el sueño y la realidad le puso los pelos de punta...

Tuvo un momento de pánico. Se metió en el coche y arrancó. Al llegar a la carretera nacional, ya se había calmado un poco. «¡Qué locura!» - se dijo -. Sin embargo, la imagen de Quain, en quien se mezclaban una desesperación contenida, una pesadumbre solemne y también el terror puro y simple, le había afectado profundamente.

Dio vueltas alrededor del campus hasta que se le agotó aquel espasmo de terror. Luego se dirigió al centro de la ciudad. Todavía no era hora de telefonear a April. Aún seguía trabajando para La Estrella y el expediente Walraven le esperaba en su mesa de trabajo, en la redacción. Le repugnaba el enojoso trabajo de rehabilitar a Walraven. Y de repente, sintió la imperiosa necesidad de visitar a Rowena Mondrick.

Se detuvo ante el edificio principal de tres pisos y ladrillos ocres. Dio la vuelta al pabellón y entró en una sala umbría y silenciosa, inmensa, austera, opulenta como la entrada de un banco. Era un templo consagrado al culto del gran Freud. Entregó su tarjeta a una chica instalada tras un pupitre de caoba, que parecía una sacerdotisa.

- Vengo a visitar a la señora Rowena Mondrick.

El rostro de la chica le recordó el retrato de una princesa egipcia que había visto una vez en el Museo. Tenía los ojos y pelo azules de puro negro, piel marfileña, cejas bajas, perfil interminable...

La deidad recorrió un fichero negro:

- Lo siento mucho, señor, pero el nombre de usted no está en la lista. Hoy es imposible visitar a la señora Mondrick. Si quiere volver otro día.

- ¿Quién es su médico?

- Ha sido ingresada esta mañana a las ocho y es una enferma del doctor Glenn.

- Entonces, anúnciame al doctor Glenn.

- Lo siento muchísimo, señor, pero el doctor Glenn no recibe nunca a nadie sin haber concertado una cita previamente.

- La señora Mondrick es amiga mía, ¿comprende? Sólo quería saber cómo está.

- El reglamento prohíbe dar cualquier información sobre nuestros enfermos. Sin embargo, la señora Mondrick se halla bajo la vigilancia personal del propio doctor Glenn. Por lo tanto, está perfectamente atendida... ¿Quiere solicitar autorización para visitarla?

- ¡No, gracias...!

Buenas palabras y nada más. Barbee se alegró de volver al aire libre. ¡Otro intento fallido! Quedaba April Bell. Casi era hora de llamarla. Le devolvería el lobo de jade blanco y trataría de descubrir si April Bell había tenido también algún sueño extraño.

De pronto vio a la señorita Ulford. Estaba sentada en un banco, en la parada del autobús. Aproximó el vehículo a la acera y la invitó a subir.

- Muchas gracias, señor Barbee - sonrió la enfermera, enseñando todos sus amarillentos dientes -. Acabo de perder el autobús y no sé a qué hora pasará otro... Tenía que haberle dicho a la señorita de recepción que me pidiera un taxi... Ya no sé ni lo que hago. Estoy nerviosísima por lo que le ha pasado a la pobre Rowena...

- ¿Cómo está?

- Psicosis aguda es lo que ha puesto el doctor Glenn en la ficha. Ella sigue histérica. No quería que me fuera, pero Glenn ha dicho que le dieran un calmante.

- ¿Y por qué...? ¿Qué es lo que tiene?

- Una obsesión y una idea fija, según dice Glenn.

- ¡Ah! ¿Y de qué tipo?

- Ya sabe cómo era ella, siempre con la plata. Glenn dice que es una obsesión. Y desde anoche está peor. Esta mañana le quitamos todas las joyas que llevaba encima, y la pobrecita, cuando se dio cuenta, se puso excitadísima. El doctor Glenn, para calmarla, me autorizó a buscarle sus cosas y volvérselas a poner. La señora Mondrick me lo agradeció vivamente y me ha dicho que la he salvado.

- Y esa idea fija, ¿en qué consiste? - preguntó Barbee.

- Yo no la comprendo. Quiere ver al señor Sam Quain por encima de todo, para decirle no sé qué. No piensa en otra cosa y no quiere entrar en razón. No quiere telefonarle. Tampoco quiere escribirle una carta. Ni siquiera confía en mí para llevarle la carta o transmitir el mensaje al señor Quain. Me ha suplicado que vaya a buscarle y le traiga personalmente. Me ha encargado que le diga que ella quería prevenirle. Pero le han prohibido las visitas... ¡Qué pena! ¡Pobre Rowena! ¡Ciega y encima todo esto, cuando apenas acaban de enterrar a su marido! Todavía está agitadísima. Nos ha pedido a todos que cuidemos a Turco, su perro, ya sabe usted. Y ahora quiere que se lo traigamos para que la proteja, ¡aquí en la clínica! El perro se escapó ayer y todavía no ha vuelto. El doctor Glenn le ha preguntado por qué necesita que la protejan y contra qué, pero ella no ha soltado prenda.

«Menos mal - pensó Barbee - que la señorita Ulford no puede adivinar lo que pienso.» La dejó ante la casa de University Avenue y volvió a la ciudad. Faltaba muy poco para las doce y mató el tiempo de espera hojeando el expediente Walraven.

Pero su impaciencia desapareció como por encanto en cuanto tuvo el teléfono en sus manos. Se negaba obstinadamente a admitir que April Bell pudiera ser más peligrosa que cualquier otra bella pelirroja. Sin embargo, aquello no le impedía tener miedo y no podía hacer nada por evitarlo. Volvió a colgar nuevamente el teléfono. Más valía esperar a estar más tranquilo. O mejor, en vez de telefonar, se presentaría personalmente sin avisar la visita. Quería ver qué cara ponía cuando le hablara del alfiler de jade blanco.

Era la hora de almorzar, pero no tenía hambre. Se paró en el Drugstore para tomar bicarbonato y en el Mint Bar para administrarse una dosis de bourbon. El licor le hizo reaccionar y partió rumbo al bufete del abogado de Walraven, con la esperanza de huir durante un breve intervalo de las dudas que le desgarraban, y acaso también para descubrir un nuevo punto de vista sobre el misterio de April Bell.

El político, de rostro aparentemente bonachón, se puso a contarle cosas terribles de sus adversarios y le ofreció una nueva dosis de whisky. Sin embargo, el excelente humor de que hacía gala se evaporó en el mismo instante en que Barbee aludió al asunto del alcantarillado. Ello le recordó una cita urgente que no podía cancelar.

- Perdóneme, muchas gracias - dijo. Y Barbee se vio otra vez, al cabo de un rato, sentado en su mesa de la redacción. Intentó trabajar, pero no podía pensar sino en la caja, vigilada ahora por hombres armados, en Rowena Mondrick y en sus ideas fijas. ¿Qué quería comunicar a Sam Quain? Un lobo de verde mirada le sonreía desde la cuartilla en blanco que había metido en la máquina de escribir.

«Es inútil seguir dándole vueltas al asunto», se dijo de repente. Guardó el expediente Walraven, se sacudió el miedo supersticioso y pasajero que le había inspirado April Bell y se puso a angustiarse por otra cosa muy distinta. A saber: si no habría dejado pasar demasiado tiempo sin dar señales de vida a la chica pelirroja.

Eran ya las dos de la tarde. Si verdaderamente era periodista de El Faro, tenía que haber salido hacía rato de casa. Saltó al coche y pasó por su apartamento de Bread Street para recoger el alfiler de jade blanco. Acto seguido se dirigió hacia las Arms of Troy, a donde llegó tras pagar una multa por exceso de velocidad. No se sorprendió demasiado cuando en el estacionamiento que había detrás del edificio descubrió el coche azul de Preston Troy. Una de las más despampanantes secretarías de Troy vivía justamente en el último piso. No se detuvo en la recepción; no quería dar tiempo a April Bell para inventarse un nuevo capítulo de la biografía de la tía Ágata. Lo único que quería

era depositar el alfiler de jade blanco en la mano de la bonita pelirroja y observar la expresión de sus verdes ojos. No esperó la llegada del ascensor, sino que subió directamente al segundo piso.

Tampoco se sorprendió demasiado al descubrir el voluminoso corpachón de Troy avanzando por el pasillo delante de él. La ex secretaria debe haber cambiado de apartamento, se dijo. Y se puso a leer los números: 2-A y 2-B; el próximo sería seguramente el 2-C...

Pero Troy se paró, sin verle, en la puerta del apartamento 2-C. Barbee se quedó con la boca abierta y la mirada perdida, observando. Aquel hombretón, vestido con un traje de cuadros de vivos colores y una corbata amarilla y roja, no llamó a la puerta ni tocó el timbre. Abrió con su propia llave. Y la puerta se volvió a cerrar tras él.

Tambaleándose, Barbee se metió en el ascensor y pulsó con rabia el botón de la planta baja. Se sentía como si le hubieran dado una coz en el estómago. A decir verdad, y él lo sabía muy bien, no tenía ningún derecho sobre April Bell. Ella le había dicho que, además de la tía Ágata, tenía viejos amigos. Y estaba muy claro que no podía mantener la vida que llevaba con sólo su paga del periódico. Pero no por eso dejó de sentirse enfermo.

CAPÍTULO XI - Los dientes del tigre

Barbee volvió a la redacción porque no tenía otra cosa que hacer. No quería volver a pensar en April Bell y buscó consuelo en dos remedios que ya en otras ocasiones habían demostrado su eficacia: el trabajo agotador y el whisky sin soda.

Así pues, volvió a coger el expediente Walraven y escribió un artículo sobre la juventud del Primer Ciudadano de Clarendon, guardando silencio sobre varios hechos vergonzosos. Luego asistió a una reunión electoral anti-Walraven, organizada por un grupo de ciudadanos indignados, y redactó para el periódico una nota informativa conforme a las normas dictadas por Grady según las indicaciones de Troy: los honorables ciudadanos indignados se convirtieron en una banda de pistoleros reclutados en los bajos fondos.

A Barbee le daba miedo entrar en su casa.

Intentó pensar en otra cosa. Vagó por la redacción hasta la salida de la tercera edición. Después perdió un poco más de tiempo en el bar con los compañeros.

Le daba un miedo terrible acostarse. Era más de medianoche cuando, muerto de cansancio y apestando a whisky, regresó a su lúgubre domicilio de Bread Street.

Detestaba el edificio entero y su apartamento en concreto. El descolorido empapelado y aquellos horrorosos muebles baratos. Odiaba su trabajo en La Estrella y se despreciaba por sus cínicos artículos sobre Walraven. Odiaba a April Bell y se detestaba a sí mismo.

¡Qué cansancio, qué soledad, qué amargura! ¡Cómo se compadecía de su propia suerte! Ya no podía seguir escribiendo mentiras por encargo de Troy. Sin embargo, también lo sabía, le faltaba la grandeza de alma necesaria para dejarlo todo. Había sido el doctor Mondrick, ya hacia tiempo, quien humillara su orgullo y destruyera su confianza en sí mismo, cuando le obligó brutalmente a interrumpir los estudios de antropología y ciencias humanas que su joven discípulo había iniciado ya.

El viejo Mondrick ni siquiera se había dignado darle la menor explicación. ¡Y se trataba de un científico...! Pero, en definitiva, no resolvía nada echando a otro la culpa de su fracaso. ¿Acaso el culpable no era él mismo? De todas formas, su existencia era un fracaso. La había malgastado estúpidamente y se sentía acabado, sin ningún porvenir y... temblaba de miedo ante la sola idea de meterse en la cama.

Deambuló un rato más entre el cuarto de baño y el dormitorio. Cogió de encima de la cómoda la botella de whisky y se la bebió hasta la última gota. A continuación, buscó uno

de sus viejos libros de texto y se leyó de cabo a rabo el capítulo dedicado a la licantropía, con la vaga esperanza de que encontraría una explicación a su sueño.

El autor se extendía con todo lujo de detalles en la creencia universal de que el hombre puede transformarse en diversos carnívoros peligrosos y enumeraba los siguientes monstruos resultantes: hombres-lobo, hombres-gato, hombres-leopardo y hombres-hiena. Los hombres-tigres de Malasia - leyó - son considerados invulnerables durante el proceso de su metamorfosis... Pero el escrupuloso lenguaje antropológico y la objetividad científica que afectaba el texto le dejaban una impresión de seca frialdad en comparación con el realismo de sus sueños. Le dolían los ojos. Dejó el libro y se metió en la cama.

- ¡Un hombre-tigre! ¡Esa metamorfosis sí que me gustaría!

Pensó con envidia en el machairodus reconstruido que había en el museo de la Universidad de Clarendon. El machairodus (de machaira, sable, y odons, dientes) pertenece al grupo de los felinos fósiles y posee colmillos como sables. Aquella misma mañana había visto a los alumnos de primero transportar un modelo que representaba a una de aquellas terribles fieras. Abstraído en estas ideas, se quedó dormitando y complaciéndose en el formidable poder de esa especie predatoria extinguida, regodeándose en cualquier detalle que recordase: sus garras feroces, el gesto terrible e inhumano de sus dientes en forma de sable. Y su obsesión de dormir se cambió en ardor.

Esta vez fue más sencillo. La metamorfosis se desarrolló casi sin dolor. Saltó de la cama sin ruido y se encontró prisionero en un espacio ridículo y sucio. Se volvió con curiosidad para contemplar su forma dormida entre las sábanas y vio un cuerpo enfermizo, débil, replegado sobre sí mismo, mortalmente pálido y silencioso.

Por un momento, se preguntó cómo era posible que esa forma, frágil y fea, hubiera servido de abrigo al esplendor salvaje de aquella sed de poder que sentía agitarse en él. Pero lo primero era librarse de aquel horrible olor a cerrado, de aquel olor dulzón y húmedo de la ropa sucia y los libros viejos, del tabaco frío y del whisky derramado entre aquellas asfixiantes paredes, demasiado estrechas para su magnífica estatura.

Se introdujo con dificultad en el pasillo, llegó a la puerta y tocó la llave. ¡Pero no necesitaba llave! Recordó las enseñanzas de April Bell.

No había nada absoluto en ningún sitio. Sólo existía la probabilidad. Su espíritu libre era un conjunto en movimiento, un nudo eterno de energía psíquica que actuaba sobre los átomos y los electrones mediante el vínculo de la probabilidad para utilizarlos como vehículo e instrumento de trabajo. Este ectoplasma permitía cabalgar en el viento y atravesar la madera y los metales ordinarios. Sólo había una única barrera: la plata, que era mortal.

Realizó un esfuerzo mental y la puerta se hizo bruma. El metal de la cerradura se desvaneció. Barbee se deslizó por la abertura y, cautelosamente, atravesó el vestíbulo, desde donde se oían las respiraciones de los demás inquilinos de la señora Sadowski.

La puerta de la calle no resistió más que la del apartamento. Un borracho tardío, de andar vacilante, le rozó al pasar, hipó y continuó su camino alegremente. El tigre prehistórico siguió su ruta, a través de los insoportables olores a goma quemada y colillas de cigarros. Llegó a las Arms of Troy.

Junto al estanque del parque, que tenía un cerco de hielo, se encontró con April Bell. Esta vez no tenía apariencia de loba, sino de mujer. Cuando la vio atravesar la puerta cerrada del edificio, comprendió que también ella había dejado atrás su verdadero cuerpo dormido. Estaba completamente desnuda y el pelo se le derramaba en ondas rojas sobre el blanco pecho.

- ¡Debes ser muy fuerte, Will, para poder tomar esta forma!

La admiración se transmitía en su cálida voz de terciopelo y danzaba en sus ojos límpidos. Se acercó hasta él. Su cuerpo esbelto era dulce y suave al contacto con la piel del tigre de épocas pretéritas. Le acarició detrás de las orejas y dijo:

- Me alegro muchísimo de que seas tan fuerte. Yo no siempre me encuentro en forma. Tu viejo amigo Quain casi me mata con la trampa de su despacho. ¿Sabes una cosa? Tenemos que hacer otro trabajo.

- ¡Yo no quiero hacer más!

- Yo tampoco. No obstante, acabo de descubrir que Rex Chittum ha salido de la ciudad en el coche de Sam Quain. Ha estado todo el día trabajando con Quain en la Fundación y ahora acabo de enterarme de que ha decidido hablar por la radio mañana. Me temo que tenga la intención de terminar el inacabado aviso que empezó el viejo Mondrick en el aeropuerto... ¡Tenemos que impedirlo, Will!

- ¡No, Rex no! ¡Rex es un excelente amigo de toda la vida!

Ella le acariciaba el cráneo con la punta de las uñas.

- Todos tus buenos y viejos amigos, Will, son humanos... Todos son enemigos del Hijo de la Noche, enemigos astutos, despiadados, poderosos. Quieren valerse de todos los medios científicos para descubrirnos y destruirnos. Nosotros tenemos que valernos de los pocos de que disponemos. ¿Lo entiendes, Will?

Él asintió, vencido por la lógica inexorable de la joven. La verdadera vida estaba en aquella nieve que crujía bajo sus enormes patas y en la dulce mano femenina que levantaba chispas de su pelaje amarillento. Aquel otro mundo en que había sido amigo de Rex Chittum ya no existía sino como pesadilla difusa, como recuerdo de amargo compromiso y frustración. Rugió de placer al sentirse libre y lleno de vital majestad en su forma de tigre prehistórico.

- Vamos, pues - dijo ella. Y él la dejó montar a horcajadas sobre su lomo.

No pesaba nada. La llevó a través del campus hasta la carretera que escalaba la montaña.

Dejaron atrás las casas dormidas en la oscuridad y galoparon por la carretera nacional. A su paso, un perro empezó a ladrar, impotente. La luna descendía en el cielo y la noche brillaba dura, claveteada con las estrellas de otoño. Pero Barbee distinguía perfectamente el menor peñasco o matorral, incluso el menor cable brillante tendido entre los postes del telégrafo.

- ¡Más aprisa, Will, más aprisa!

Las suaves piernas de April Bell ceñían el cuerpo del tigre prehistórico lanzado a la carrera. Ella se inclinaba hacia delante, rozando con sus senos el rayado lomo de la fiera. Su cabellera roja volaba al viento de la noche y le gritaba:

- ¡Tenemos que atraparlos antes de llegar al Monte Sardis!

Él alargó sus saltos cuanto pudo, feliz y orgulloso de su ilimitada potencia. Se sentía exultante y gozaba del saludable frío del aire libre, y del olor de la tierra fresca y viva y del cálido peso de la joven. ¡Esto era vida! April Bell le había despertado, le había arrancado de la muerte. Al recordar la otra forma, frágil y fea, que había dejado tras de sí en el cuartucho de Bread Street y que él había habitado, tembló de horror, pero no disminuyó la velocidad de su carrera.

- ¡Más deprisa! - gritaba April.

La llanura sombría y las primeras colinas se apartaron a su paso y parecieron huir como nubes arrastradas por la brisa. Pero incluso la potencia de un machairodus tiene sus límites. Cuando la carretera empezó a serpentear montaña arriba, le empezó a doler el pecho.

- Conozco la región - dijo Barbee -; el padre de Sam Quain tenía una casita por aquí. Yo venía con Sam a montar a caballo. Deben quedar unos treinta kilómetros y la cuesta es muy dura. Me temo que no vamos a llegar a tiempo.

- Pero la pendiente debe ser más difícil todavía para el coche de tu amigo - le dijo ella -. Y nosotros tenemos razones más que suficientes para alcanzarle en la cima del Monte Sardis, o, de lo contrario, debemos dejarle marchar sin tocarle un pelo.

- ¿Por qué?

- Pues porque nosotros no somos tan fuertes como nos sentimos cuando estamos en estado libre. Porque hemos dejado atrás nuestro cuerpo habitual y nuestro espíritu no puede nutrirse sino de la energía que encuentra fortuitamente en los átomos del aire, o de otras sustancias, gracias al encadenamiento de las probabilidades. Todo nuestro poder reside en este dominio de la probabilidad. Por eso debemos atacar esta noche.

Él sacudió la cabeza, impaciente por lo complicado de las explicaciones que ella le daba. Las laboriosas paradojas de la física matemática siempre le habían desconcertado. Y en estos precisos momentos le bastaba la potencia de tigre prehistórico que tenía a su disposición, y no le apetecía en absoluto ponerse a analizar la estructura atómica de dicha potencia.

- ¿Qué probabilidad? - preguntó.

- Creo que Rex Chittum no corre ningún peligro mientras circule por una carretera recta y plana... Quain debe haberle advertido y armado contra nosotros y las probabilidades de que le ocurra algún percance son demasiado escasas para que intentemos utilizarlas. ¡Más aprisa, pues! Tenemos que atraparlo en el Monte Sardis, ya que la probabilidad de que muera será mucho mayor desde el momento en que inicie el descenso. Yo lo presiento así y no suelo equivocarme. Rex tiene miedo e irá a demasiada velocidad, a pesar de todos los consejos que le haya dado Quain.

La joven iba abrazada al ancho lomo rayado del tigre.

- ¡Más deprisa! - gritaba -. Mataremos a Rex Chittum en el Monte Sardis.

Temblando, Barbee se lanzó como una centella por la negra cinta de la carretera. A ambos lados corría el paisaje, oscuro y veloz. Atravesaron un bosque de pinos que exhalaba un exquisito perfume de resina. La sola claridad de las estrellas le permitía distinguir cada rama, cada piña, cada aguja de los pinos.

A lo lejos, más allá del bosque de coníferas, se vio parpadear la luz roja del coche y volvió a desaparecer.

- Ya lo he visto, Barbee. ¡Vamos a por él!

Él se ciñó aún más a la carretera, cuyas cunetas corrieron veloces en dirección contraria. Le dolían los músculos, le ardían las plantas de los pies y los pulmones respiraban dolor, pero estaban alcanzando el coche, y en la última cuesta del Monte Sardis se acercaron a él hasta casi tocarlo.

Era el pequeño descapotable marrón claro que había comprado Nora durante la ausencia de Sam. La capota, que funcionaba mal, estaba recogida a pesar del frío de la noche. Doblado sobre el volante, cubierto con un amplio abrigo negro, Rex Chittum parecía horrorizado y aterido.

- Buen trabajo, Barbee - dijo la chica -. Sigue.

Y el tigre prehistórico se volvió para sonreírle con todo el resplandor de sus dientes mortales.

- Piensa en el pobre Ben Chittum, a sus años, vendiendo periódicos en la calle - dijo Will suavemente -. Rex es lo único que le queda en la vida. Ha trabajado en toda clase de oficios para que Rex pudiera ir a la Universidad. Cuando llegaron a Clarendon, venía vestido como un mendigo. Le vas a destrozar el corazón.

- Sigue corriendo, Barbee. Lo tenemos que hacer, porque somos lo que somos... Hemos de salvar a nuestra especie y proteger al Hijo de la Noche. Vamos, corre, Barbee - gritaba -, corre y sigue detrás de él. Sí, tenemos que aguantar el humo de la gasolina. Espera que tome la curva y acelere. Espera a que la probabilidad sea lo bastante fuerte. ¿No notas cómo aumenta? ¡Espera un poco más!

Su cuerpo esbelto se apretaba contra el del tigre prehistórico y le hundía los talones en los flancos agitados por el esfuerzo y la respiración.

- ¡Ahora! - gritó -. ¡Salta!

Barbee saltó, pero el coche había acelerado y sus garras extendidas cayeron sobre el asfalto y la grava, entre asfixiantes nubes de humo de gasolina

- ¡Cógelo! - gritaba April Bell -. ¡Cógelo ahora que la probabilidad es todavía favorable!

La fiebre de la caza ardía en él y disipó cualquier otro sentimiento. Saltó de nuevo. Sus garras arañaron el esmalte y resbalaron, pero consiguió agarrar el cuero del almohadillado. Su pata trasera topó con el parachoques. Así, acurrucado, permaneció agarrado al coche, que empezó a hacer bruscos movimientos.

- ¡Mátale! - gritó April Bell -. ¡Mátale mientras haya probabilidad!

Rex Chittum se volvió angustiado para mirar atrás. Bajo su enorme abrigo negro, temblaba de frío o tal vez por otra razón. No parecía ver los colmillos en forma de sable. Una sonrisa nerviosa iluminó su rostro huraño. Barbee le oyó pronunciar a media voz:

- ¡Ya está! Lo he conseguido. Sam decía que el peligro estaba...

- ¡Ahora! - susurró April Bell -. ¡Aprovecha ahora que no mira a la carretera!

Hubo un resplandor fulgurante de dientes-cuchillo que se abatieron, misericordiosos como la muerte. Rex Chittum había sido un amigo leal en aquel mundo brumoso y muerto que había dejado atrás. Barbee procuró no hacerle daño. La probabilidad le resultaba muy técnica y abstracta. Sin embargo, sentía los tejidos calientes y tiernos de la garganta humana que destrozaba con sus dientes. Olvidó las palabras pero sintió el sabor, dulce y salado a la vez, de la sangre que salía a borbotones, embriagando sus sentidos.

Las manos sin vida soltaron el volante. Barbee se dio cuenta de que el coche iba a mucha velocidad y que eso había aumentado las probabilidades que ahora le permitirían mantener a su presa entre las fauces. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto y patinaron en la grava, y el coche salió por la tangente de la curva cerrada.

Barbee se soltó del coche. Se retorció en el aire y cayó sobre sus patas con agilidad de gato, clavando las garras en el suelo. La chica saltó en el instante en que el coche se lanzaba al vacío y aterrizó en la roca desnuda junto al tigre prehistórico. Lanzó un grito de dolor y luego un suspiro.

- ¡Mira, Barbee!

El coche, con el motor aún funcionando y las ruedas girando en el vacío, parecía haber emprendido el vuelo. Dio tres bandazos en el espacio y tocó tierra unos cien metros más abajo. Se aplastó, se arrugó y finalmente se estrelló contra unas rocas quedando inmóvil.

- Ya sabía yo - dijo April Bell - que el vínculo de probabilidad era fuerte. Y no te preocupes por tus responsabilidades, Barbee. La policía nunca descubrirá que no ha sido el parabrisas lo que ha cortado la cabeza a Chittum, ¿comprendes? Ha sido la probabilidad la que ha permitido a tus dientes hacerlo.

Se sacudió hacia atrás la roja cabellera. Parecía sentirse mal, molesta por la luz plateada que se insinuaba por el oriente.

- Me siento mal - dijo -. La noche se está terminando. Querido mío, tienes que llevarme a casa.

Barbee se tumbó junto a un mojón de la carretera para que ella se pudiera montar en él. Y regresaron por la larga carretera oscura que bajaba a Clarendon. Al partir, April le había resultado ligera como una pluma, pero ahora pesaba como un plomo, y Barbee vacilaba y temblaba de frío bajo el viento helado.

El sabor caliente y dulzón de la sangre de Rex Chittum se le volvía amargura. Había desaparecido la euforia gozosa de hacía un momento. Sentía frío y una extraña fatiga, y temblaba al pensar que se aproximaba el día. Odiaba la estrecha y horrible prisión de su cuerpo tendido en la cama, pero era necesario reintegrarse a ella.

Se sacudió mientras avanzaba, vacilante, hacia el verdadero levante y April Bell gruñó. Barbee no conseguía expulsar por completo de su mente el recuerdo de los ojos de Rex Chittum, por los que había pasado una sombra de horror misterioso un momento antes de ser atacado, ni tampoco dejar de pensar en el terrible dolor que sufriría el viejo Ben.

Aquella mañana, Barbee se despertó tarde. El blanco resplandor del sol le hirió los ojos. Retrocedió asustado antes de recordar que la luz del día sólo era mortal en sus sueños. Se sentía rígido y dolorido, vagamente enfermo. ¿Qué le pasaba? El horror se apoderó de él cuando se incorporó en la cama.

Había vuelto a recordar la angustia que se leía, envuelta en sombras de muerte, en los ojos negros de Rex Chittum que, sin embargo, no le veían. También se apoderó de su mente el recuerdo espantoso de la sensación que le había producido la piel suave y los firmes tendones, el resistente cartílago y la laringe al ser desgarrados por sus dientes de sable. Medroso, deslizó una mirada oblicua por la estrecha habitación: afortunadamente no había huellas de ningún tigre prehistórico.

Vacilante todavía, se levantó con la cabeza entre las manos y se acercó hasta el cuarto de baño. Se duchó con el agua más caliente que pudo soportar y le desaparecieron algunos dolores. Luego se tomó una cucharadita de magnesia efervescente disuelta en un vaso de agua y sintió alivio en el estómago.

Sin embargo, al mirarse al espejo y verse la cara, se sobresaltó. Vio un rostro exangüe, como recosido, estirado, tenso, con los ojos hundidos y los párpados negruzcos y brillantes. Intentó sonreír, para ver si podía tomarse con humorismo su extraña situación, y sólo consiguió que sus descoloridos labios expresaran un temblor sardónico. ¡Qué rostro de enajenado!

Con mano trémula, movió el espejo de cuatro perras que estaba contemplando para ver si así corregía la deformación de que su rostro parecía ser objeto. Pero lo que vio le resultó mucho más desagradable todavía. Tenía la piel grisácea y la cara huesuda y demasiado larga... Tendría que tomar vitaminas y beber bastante menos. Y afeitarse, si es que conseguía no cortarse.

¡RIIIIIING, riiiiiiing...!

Sonó el teléfono justo en el momento en que estaba intentando afeitarse penosamente.

- ¿Will...? Soy Nora Quain - tenía la voz opaca, de ultratumba -. ¡Escucha, Will, fíjate qué horror! Me acaba de telefonar Sam desde la Fundación. Ha estado allí trabajando toda la noche. Me ha llamado para contarme lo que le ha pasado a Rex. Rex se fue ayer de viaje con nuestro coche, ¿te acuerdas? Conduciría a demasiada velocidad. Seguramente estaba nervioso, tal vez por la emisión de radio... El caso es que ha tenido un accidente. Si Dio tres vueltas de campana en el Monte Sardis. Rex ha muerto

Barbee soltó el auricular. Se tambaleo. Volvió a coger el teléfono y oyó a Nora que seguía dando explicaciones:

-...Horrible, sí. Murió instantáneamente. La policía se lo ha dicho a Sam. Decapitado en el accidente. Con el parabrisas, ¿sabes? Por la fuerza del choque. Lo ha dicho la policía. Es terrible, y en cierto sentido, la culpa es mía. El otro día te dije que los frenos no estaban bien, ¿te acuerdas? Y yo no me he acordado de decírselo. Es horrible.

«¡Si supieras lo verdaderamente horrible que es!», pensó Barbee. Hubiera querido aullar. Pero no se puede aullar con la garganta contraída. Cerró los ojos para protegerse de la cruel luz del día y, sobre la pantalla interior de sus párpados, vio el rostro de Rex...

El auricular seguía vibrando y Barbee volvió a escuchar:

-...Lo único que tenía - decía la voz acongojada de Nora -. Yo creo que tú eres su mejor amigo, Will. Llevaba ya dos años, ¿no?, esperando en su puesto de periódicos a que Rex volviera. Por fuerza tendrá que afectarle muchísimo. Y, sí, yo creo que eres tú el que debe decírselo, ¿no crees, Will?

Will tragó con dificultad.

- Bueno - contestó secamente -, iré a verle.

Colgó el teléfono, tropezó en el cuarto de baño, la botella de whisky casi se le cayó de las manos. Bebió a morro tres grandes tragos y se animó un poco. Le disminuyó el temblor de las manos, terminó de afeitarse y se fue a la ciudad a toda prisa.

El viejo Ben Chittum vivía en dos pequeñas habitaciones que constituían la trastienda de su puesto de periódicos. Lo tenía ya abierto cuando llegó Barbee. Le vio llegar y le dedicó una sonrisa:

- ¡Hola, Will! ¿Qué hay de nuevo?

- ¡Nada!

- ¿Tienes algo que hacer esta noche...? Te lo pregunto por Rex... Sí. No le he visto mucho desde que ha llegado. Creo que ya debe haber terminado el trabajo que tenía pendiente y estará deseando venir. A él siempre le ha gustado un guiso que yo le hago, de ternera con tostadas calientes y miel. Le gustaba desde que era un chiquillo. Me acuerdo que tú también venías de cuando en cuando a comer con él. De manera que, si puedes venir, ven, que serás bien recibido. Ahora me voy a llamar a Rex.

Barbee carraspeó ruidosamente:

- Eeemmm... Tengo malas noticias que darle, Ben.

- ¿De Rex? - preguntó el anciano.

- Sí.

- ¿Malas?

- Muy malas... Anoche, de madrugada, salió en coche por asuntos de la Fundación por la carretera del Monte Sardis. El coche se descontroló y no pudo hacerse con él. Rex resultó muerto... No sintió nada.

Barbee se apresuró a mirar a otro lado y se puso a temblar. Pero no pudo evitar oír las explicaciones del anciano:

- Yo tenía miedo. Desde que volvieron, ninguno tenía aspecto de estar bien. Intenté hablar con Rex, pero no quiso decirme nada. Tengo miedo, Will. Tengo miedo. Me parece que en las excavaciones del desierto han encontrado algo que debería haber permanecido bajo la tierra. ¿Te das cuenta? Hace mucho tiempo, antes de que se fueran, Rex me dijo que el doctor Mondrick buscaba el verdadero Jardín del Edén, de donde procede la raza humana. Y mucho me temo que lo haya encontrado, Will, y otras cosas que no debieran. Rex no es el último que va a morir...

Sacudió la cabeza y volvió a entrar con los brazos llenos de revistas.

- A Rex le ha gustado siempre mí estofado de ternera - continuó el viejo Ben -; sobre todo con tostadas calientes y miel. Te acuerdas, ¿verdad, Will? Desde que era pequeñito.

Destrozado por la pena cerró con llave el quiosco. Barbee le llevó al depósito de cadáveres. La ambulancia aún no había traído el cuerpo de Rex.

«Mejor - pensó Barbee -, mucho mejor.» Dejó a Ben Chittum en compañía de Parker, el sherif del condado, y, automáticamente, se fue al Mint Bar. Se tomó dos whiskies dobles, pero no consiguió atenuar el martilleo de las sienas. El día era demasiado luminoso y volvió a sentir el estómago revuelto. ¡Qué expresión de angustia, de horror y de incompreensión en la mirada de Rex! Cuando la recordaba, se apoderaban de él una tensión frenética y un terror insufrible.

Intentó combatir desesperadamente este sentimiento de terror. Procuró moverse con soltura. Hizo lo que pudo por sonreír con naturalidad en respuesta a una observación de otro cliente matinal del bar. Pero no tuvo éxito. El otro cliente, molesto, se cambió de taburete al otro extremo de la barra. Barbee vio que el barman le miraba un poco insistentemente. Pagó su consumición y salió a la dura luz del día.

Tenía temblores y sabía que no podría conducir. Dejó el coche donde estaba y tomó un taxi.

- A Arms of Troy.

La puerta de entrada, que April Bell atravesara en su sueño, estaba ahora abierta. Entró y subió la escalera antes de que el conserje le detuviera.

En el pomo de la puerta del apartamento 2-C había un cartel: No molestar. Pero él llamó con fuerza. «Si el jefe sigue ahí - se dijo -, peor para él, que se meta debajo de la cama.»

April estaba arrebatadoramente ágil y esbelta, vestida de verde mar, casi tan desnuda como en el sueño. Su cabellera cobriza, recién cepillada, se derramaba libremente por la espalda. Aún no se había pintado los labios. Se le iluminaron los labios cuando le vio:

- Will... Pasa, pasa.

Entró, satisfecho de no haber sido interceptado por el conserje, y se sentó en el sillón que ella le señaló al lado de la lámpara. El jefe no estaba. «A lo mejor - se dijo Barbee - es aquí donde suele sentarse a leer el periódico cuando viene. De todos modos, no es probable que April se interese por las revistas de negocios. Y allí, encima de la mesita, hay un ejemplar de Enterprise. ¿Se fumará ella los puros que hay en ese pesado estuche de oro que, además, me parece haber visto otras veces?»

Se sintió casi culpable y desvió la mirada. No había venido a discutir con ella. April se movía con su característica gracia felina y se sentó a su lado, en el diván. Era fácil imaginarla tal como había aparecido en el sueño: desnuda, blanca y hermosa, cabalgando el tigre prehistórico con la melena flotando al viento de la noche. De repente descubrió, no sin disgusto, que la gracia de sus movimientos disimulaba apenas una ligerísima cojera.

- ¿De manera, Barbee, que por fin has venido? Ya me preguntaba por qué razón no habías dado señales de vida.

April Bell tenía las manos apretadas contra los muslos para disimular el temblor. Le hubiera gustado pedirle otro whisky, pero ya había bebido demasiados y no parecían calmarle. Se levantó bruscamente y, con paso inseguro, fue a sentarse al otro lado del diván. Los grandes ojos de la joven siguieron sus evoluciones, brillando con malicioso interés.

- April - comenzó a decir él con voz ronca -, la otra noche, en Monte Agudo, me dijiste que eras una bruja.

Ella sonrió inocentemente antes de contestar:

- Eso pasa cuando me invitan a demasiados daikiris.

Barbee tenía toda su atención concentrada en apretar las manos para que no se le notara el temblor.

- Esta noche - continuó - he tenido un sueño... Es difícil de contar... He tenido un sueño - repitió - en el que yo era un tigre. Soñé que estabas conmigo, y juntos, en el sueño, hemos matado a Rex Chittum, en la carretera del Monte Sardis.

- ¿Quién es Rex Chittum? - preguntó con mirada inocente, arqueando las cejas pintadas a lápiz -. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo; es uno de tus amigos, de los que han traído esa misteriosa caja de los confines de Asia.

- He soñado que le matábamos - repitió Barbee. Pero luego gritó -: ¡Y HA MUERTO!

- ¡Qué curioso! Sin embargo, no es del todo inhabitual. Recuerdo que yo soñé con mi abuelo la misma noche que murió - su voz era cordial, aterciopelada y musical. No obstante, en cierto momento, Barbee pareció advertir en ella una burla secreta -. Sí, en el Monte Sardis. Hay una curva malísima. Deberían arreglarla. Por cierto, me ha dicho el portero que me telefoneaste ayer por la mañana. Siento mucho haber estado todavía en cama.

Barbee respiró con dificultad. Le hubiera gustado clavar los dedos en aquellas espaldas satinadas y sacudir a la chica hasta que confesara la verdad... ¿O acaso era él quien se imaginaba que la joven se estaba burlando? Se sintió helado de terror, de aquel terror que ella le inspiraba. ¿O era el terror algún monstruo oscuro de su propio interior? Se levantó, haciendo lo posible por disimular su temblor.

- ¡Ah! - dijo -. Te he traído algo, April.

Los grandes ojos de la chica lanzaron un fulgor fugaz. Hizo luego como si no se diera cuenta del temblor de sus dedos mientras buscaba el alfiler de jade por los bolsillos de la gabardina. Barbee no quitó los ojos de los de April Bell cuando dejó caer el alfiler en su mano tendida.

- ¡Oh, Barbee! - La sorpresa se convirtió en placer -. ¡Barbee! ¡Es el alfiler que había perdido, el que me regaló mi tía Ágata! Es un recuerdo de familia. ¡Qué contenta estoy de haberlo recuperado...! Pero, ¿dónde lo has encontrado?

- En tu bolso. El que perdiste. Estaba clavado en el corazón del gatito muerto...

- ¡Qué cosas más terribles me dices! ¡Qué macabro estas! Verdaderamente hoy tienes algo morboso, Barbee... No tienes buen aspecto. ¡Me temo que bebes demasiado, Barbee!

Él agachó la cabeza, dispuesto a darse por vencido en aquel juego...

- Y tu tía Ágata, ¿dónde está hoy?

- Se ha marchado... Dice que el invierno en Clarendon le sienta muy mal para su sinusitis. Se ha ido a California. La acompañé al avión ayer tarde.

Barbee se contentó con hacer un gesto de adiós. Había perdido la partida. Al ponerse de pie le temblaron las piernas y la chica corrió a ayudarlo:

- De verdad, Barbee; ¿no crees que deberías ver a un médico...? Mira, yo conozco al doctor Glenn. Ha tratado con mucho éxito a muchos alcoh... Quiero decir, a personas que bebían un poquito más de la cuenta.

- ¡No te muerdas la lengua! Llámame alcohólico si quieres. Lo soy... Tal vez tengas razón y eso lo explique todo. Tal vez tenga que ir a consultar a Glenn.

- Pero no te vayas tan pronto... No te habrás enfadado. Es sólo un consejo de amiga... Ven a la cocina... Déjame prepararte una taza de café y unos huevos fritos. El café te sentará bien.

- ¡No! Me voy.

La chica debió percatarse de la mirada de odio que lanzó a la revista y al estuche de oro.

- De todos modos, coge un cigarro. Los tengo para mis amigos.

Con sus felinos movimientos de siempre, aunque con una levísima cojera, se había acercado a la mesita y le acercó la caja de puros, que, según él, debía ser de Troy.

- ¿Estás herida?

- Sí, me he torcido un tobillo.

- ¿Cómo ha sido?

- Tropecé en la escalera al volver del aeropuerto, cuando fui a despedir a mi tía Ágata. No tiene importancia. Coge un cigarrillo.

Lo verdaderamente importante era que la mano de Barbee seguía temblando por encima de los puros sin acertar a coger ninguno. Finalmente, ella misma le escogió un Perfecto, oscuro y fuerte y se lo puso entre los dedos. Él balbuceó las gracias y se fue temblando hacia la salida.

A pesar de todo, había conseguido leer el monograma que había grabado en el estuche de oro. Eran las iniciales de P. T. y el puro, largo y negro, era de la misma marca que aquel que le ofreciera su jefe en la oficina de La Estrella.

Al salir se volvió hacia ella.

April le miraba conteniendo la respiración. Acaso el resplandor verde de sus ojos solamente significara compasión; sin embargo, él creyó leer en ellos cierta malicia. La chica sonrió levemente y le llamó con un gritito:

- ¡Espera, Barbee, espera, por favor!

No esperó. No habría soportado ni la compasión, ni la malicia. Aquel mundo gris de dudas, de debilidad y dolor le resultaba insoportable y suspiró, anhelando recuperar el terrible poder del tigre prehistórico.

Salió dando un portazo, tiró el puro y lo destrozó con el tacón. No se encontraba nada bien, pero se rehizo y caminó a buen paso hacia la escalera. No tenía por qué sentirse dolorido. Troy podría ser el padre de April, pero veinte millones podían muy bien compensar los veinte años de diferencia. Por otra parte, Troy la conocía desde mucho antes que él.

Descendió la escalera envuelto en una nube de dolor. Ahora daba igual que le viera el portero. Tal vez ella tuviera razón. Acaso debiera ir a ver a Glenn.

Sí, decididamente, tenía que ver a Glenn.

No le gustaban esa clase de instituciones.

Pero Glenhaven era la mejor que había en su especialidad. Era muy conocida. El joven doctor Archer Glenn, igual que su padre, era considerado como un pionero de la psiquiatría. Life había dedicado tres páginas enteras a describir sus métodos terapéuticos cuando el doctor estaba movilizado en la marina durante la guerra, y había señalado el interés de sus investigadores sobre la nueva técnica de la narcosis.

Barbee sabía que, al igual que su padre, Archer Glenn era un materialista convencido. Glenn padre había sido amigo del famoso Houdini, y su pasatiempo favorito de toda la vida había sido demostrar que todos los médiums, hipnotizadores y astrólogos eran indefectiblemente unos impostores. Glenn hijo no había abandonado el tema, y también aquí continuaba la obra de su padre. Barbee había asistido al ciclo de conferencias en que Archer Glenn denunciaba todas las manifestaciones pseudoreligiosas fundadas sobre una explicación pseudocientífica de lo sobrenatural.

Para Glenn, el Espíritu, el Alma, eran estricta y exclusivamente función del cuerpo. ¿Dónde podía encontrar un aliado mejor?

CAPÍTULO XIII - Un infierno privado

Llegó al lugar donde había dejado el coche. El paseo al aire libre había disipado la bruma alcohólica que le flotaba en el interior del cráneo y le había calmado el dolor de estómago. Tomó la carretera nueva, atravesó el puente donde el día antes había estado a punto de estrellarse contra un camión y, por último, puso rumbo a Glenhaven. Sobre las frondas amarillas y rojas del otoño, los edificios de Glenhaven resultaban aproximadamente tan alegres como una cárcel. Barbee intentó no estremecerse y desechar la vieja fobia que tenía a los sanatorios psiquiátricos. «Esas fortalezas grises - se dijo - son las ciudadelas de la Cordura asediadas por los terrores desconocidos del Alma.»

Aparcó el coche detrás del edificio principal. Por la abertura del seto vio caminar rígidamente a un paciente, entre dos enfermeras de falda blanca. ¡Pero si no era un hombre! No. Era una mujer: era Rowena Mondrick...

- ¡Mi perro! - decía -. ¡Mi perro! ¿Es que no me van a dejar ver a mi Turco?

- Sí, claro que podrá venir a verla, señora Mondrick; lo malo es que no es posible. Ya le hemos dicho que el pobre animal ha muerto. ¿Lo ha olvidado usted?

- No me lo creo... No puedo creerlo, y necesito a Turco aquí. Por favor, telefonee a la señorita Ulford de mi parte y dígame que ponga anuncios en los periódicos ofreciendo una buena recompensa.

- No serviría de nada, señora Mondrick. Ya le he dicho que ayer por la mañana un pescador encontró el cuerpo de su perro en el río, cerca del puente del ferrocarril. Llevó a la comisaría de policía el collar con remaches de plata. Yo misma se lo dije anoche.

- ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo... Lo olvidé. ¡Es que necesito tanto a Turco, para que me avise y me cuide! ¡Le necesito para que me defienda de los que quieren matarme en la oscuridad!

- No se inquiete, señora Mondrick... Ya verá cómo no viene nadie.

- ¡Y yo le digo que sí vendrán! - gritó la ciega -. ¡Ustedes qué saben! ¡Ni siquiera les verán venir! Ustedes ni se enterarán cuando vengan... Hace mucho tiempo que avisé a mi marido y le puse en guardia contra todos esos terribles peligros. Y, sin embargo, yo me resistía a creer en ellos. No podía creer en todo aquello que yo misma sabía, hasta que le han matado. Y ahora sé que van a venir. Ni las paredes ni ninguna muralla pueden

detenerles; para ellos no hay barreras, excepto la plata. Y ustedes me han quitado casi toda la plata que traía.

- Pero ya tiene usted sus collares y sus brazaletes. Y además aquí no corre usted ningún peligro.

- Ya han intentado matarme una vez. Me salvó el pobre Turco. Pero ha muerto y sé que van a volver. Quieren impedirme que avise a Sam Quain. Eso es lo que quieren. Y yo tengo que avisarle. Es absolutamente imprescindible. Por favor, enfermera, telefonee al señor Quain a la Fundación de Investigaciones Humanas y dígame que venga aquí a verme.

- Lo siento muchísimo, señora Mondrick, pero ya sabe usted que no puedo telefonarle. El doctor Glenn dice que no debe usted ver a nadie hasta que se ponga un poquito mejor. Haga usted un esfuerzo. Tranquilícese un poco y verá cómo se pone bien y la dejan recibir visitas.

- Pero es que no queda tiempo, se lo aseguro. Tengo miedo de que esta misma noche vuelvan para matarme. Es necesario que hable con Sam. Por favor, ¿no podría usted misma acompañarme a la Fundación?

- Ya conoce el reglamento y sabe que no podemos.

- Sam le pagará lo que usted diga. Además, tendrá mucho gusto en dar al doctor toda clase de explicaciones, pues lo que le tengo que decir le salvará la vida... Llame a un taxi, o pida un coche prestado, o róbelo.

- Nos gustaría ayudarla, señora Mondrick. ¿Quiere que enviemos un mensaje al señor Quain?

- Un mensaje no serviría de nada...

- ¿Por qué no, señora Mondrick? ¿Cuál es el peligro que la amenaza?

- Un hombre en el que él tiene confianza...

Esas palabras frenaron a Barbee, que estaba a punto de intervenir. Sintió como si de la noche brotara la sombra de algo terrible. No habría podido hablar. El terror le había dejado mudo. Fue retrocediendo sobre el césped húmedo y aún tuvo tiempo de oír muy a su pesar:

-...Un hombre a quien él considera amigo suyo...

- Ya hemos andado bastante, señora Mondrick. Es hora de volver. Está usted cansada y tiene que dormir la siesta. Si sigue queriendo hablar con el señor Quain, creo que esta tarde el doctor le autorizará para telefonarle.

- No. No es eso. Por teléfono, no.

- ¿Y por qué no? ¿Es que él no tiene teléfono?

- Y todos nuestros enemigos también tienen teléfono. Todos esos monstruos que pretenden hacerse pasar por seres humanos. Cuando hablo por teléfono, lo escuchan, e interceptan las cartas que escribo. Turco estaba adiestrado para descubrirlos, pero ahora ha muerto. Y el pobre Mark también. No tengo en quién confiar excepto Sam Quain.

- También puede confiar en nosotros, pero hay que volver.

- Ahora voy.

Rowena se volvió como obedeciendo en silencio. Pero aprovechando que las dos enfermeras estaban desprevenidas, les dio un empujón, se soltó de ellas y echó a correr.

- ¡Señora Mondrick, no haga eso! ¡Deténgase!

Al principio les sacó ventaja y Barbee pensó que llegaría a los árboles que crecían junto al río, pero no había tenido en cuenta su ceguera. Apenas había recorrido diez o doce metros, tropezó en una manga de riego y cayó de bruces.

Las dos enfermeras la ayudaron a ponerse en pie y, tranquila pero firmemente, la obligaron a caminar hacia el edificio. Barbee había pensado salir corriendo. La locura de Rowena concordaba demasiado exactamente con sus propias pesadillas y le aterraba ver en ella, bajo su aparente demencia, un designio frío, frenético y coherente.

- Buenos días, ¿qué desea usted? - le dijo una de las enfermeras sin soltar a Rowena.

- He dejado el coche ahí abajo y estoy buscando al doctor Glenn.

- Vuelva a cruzar el seto, por favor. Encontrará un camino que rodea el edificio y llega a la puerta principal.

Barbee casi no se enteró de la explicación, pues estaba ocupado en observar a Rowena Mondrick. Se había puesto rígida al oír la voz de Barbee y permanecía inmóvil entre las dos enfermeras, como paralizada de terror. Había perdido las gafas negras al caerse y se le veían las órbitas vacías, terribles, que transformaban su rostro blanco en una máscara horrenda.

- ¡Es Will Barbee!

Pero él no tenía ya ningún deseo de dirigirle la palabra. Ya había oído bastante. Sabía que cualquier cosa que ella le dijera sólo serviría para enredarle aún más en aquella negra malla de dudas monstruosas. Sólo de verla allí, ante él, sentía que el terror le dominaba. Sin embargo, no pudo contenerse y soltó un torrente de preguntas:

- Dígame, Rowena, ¿qué es lo que hay que decir a Sam? ¿De qué quiere prevenirle? ¿Por qué la atacó un leopardo en Nigeria? ¿Qué clase de leopardo era? ¿Qué buscaba allí el doctor Mondrick y después en Ala-Shan? ¿Qué han traído el doctor y Sam en la caja verde? ¿Quién querría asesinarles?

Ella retrocedió, bamboleando la espantosa cabeza.

- Cállese, por favor - dijo una de las enfermeras -, no moleste a nuestros pacientes. Si realmente quiere ver al doctor Glenn pase por la puerta principal y pregunte por él a la recepcionista. Y, si no quiere verle, haga el favor de salir de la propiedad.

Dieron media vuelta y se fueron las tres.

Pero, sin poderlo evitar, Barbee corrió tras ellas, gritando furioso:

- ¿Quiénes son esos enemigos misteriosos? ¿Quiénes son los asesinos nocturnos? ¿Quién quiere hacer daño a Sam Quain?

- ¿De verdad que no lo sabes, Will Barbee? No te conoces a ti mismo.

De repente, Barbee no pudo articular palabra.

- Será mejor que no siga, señor - dijo la enfermera -. Máchese.

Y desaparecieron...

En la recepción, la simpática sacerdotisa del antiguo Egipto dejó los auriculares con una sonrisa de bienvenida:

- Buenos días, señor Barbee. ¿Le puedo servir en algo?

Con dificultad, Barbee le explicó que quería ver al doctor Glenn.

- Sigue ocupado. Si ha venido a interesarse por la señora Mondrick, creo que reacciona muy bien al tratamiento. Pero aún no puede verla. El doctor no quiere que reciba visitas.

- Acabo de verla - dijo Barbee -. Y no sé si reacciona tan bien como usted dice. De todos modos, tengo que ver al doctor Glenn. Es para que me vea a mí.

- ¿Y no le gustaría ver al doctor Banzel? Es especialista en diagnósticos. ¿O al doctor Dilthey? Cualquiera de los dos. Estoy segura que...

- ¡No! No quiero. Dígame al doctor Glenn que yo he ayudado a una loba blanca a matar al perro de la señora Mondrick y creo que tendrá tiempo de recibirme.

La belleza exótica de alargado cráneo se volvió con gracia, metió una ficha en una ranura y susurró unas palabras ininteligibles en el receptor que llevaba sujeto al cuello. Luego volvió a dirigirse a Barbee:

- El doctor Glenn le recibirá enseguida. Espere un segundo a que la señorita Graulitz venga a recogerle, por favor.

La señorita Graulitz era una mujer musculosa de rostro caballuno y ojos vidriosos. Barbee la siguió por un silencioso pasillo interminable y entraron en un pequeño despacho.

Con una voz de cuerno inglés que intentaba infructuosamente disimular, la enfermera empezó a hacerle una serie de preguntas: quién pagaría su cuenta, qué enfermedades había tenido en su vida y qué cantidad de alcohol bebía a diario. Anotaba sus respuestas

en una tarjeta. Después le hizo firmar y él ni siquiera intentó leer lo que firmaba. Acababa de terminar cuando la puerta se abrió. La tremenda enfermera se levantó de un salto y dijo con la máxima dulzura que le fue posible:

- El doctor Glenn le va a ver.

El famoso psiquiatra era un hombre alto, guapo, de abundante cabello negro y rizado y ojos castaños. Sonrió cordialmente y tendió a Barbee una mano bien cuidada. Barbee tuvo la desconcertante impresión de encontrarse ante una persona a quien había conocido muy bien en otra época y a quien ahora, en cambio, le costaba reconocer. Cierto era que había asistido a conferencias suyas para redactar una reseña en el periódico. «Debía ser eso», se dijo. Y, sin embargo, no acababa de quedarse convencido, porque le persistía la sensación de que se trataba de algo mucho más antiguo e íntimo.

- Buenos días, señor Barbee, pase, por favor...

Barbee se sentó en silencio. Se sentía nervioso.

Glenn se dejó caer sobre otra butaca y golpeó un cigarrillo en la uña. Parecía competente, tranquilizador, seguro de sí mismo. «Es curioso - pensaba - que antes no me haya producido esta impresión, que no le haya reconocido como ahora cuando fui a sus conferencias.»

- ¿Un cigarrillo? - ofreció Glenn -. Vamos a ver, ¿qué es lo que no marcha?

Barbee hizo acopio de valor y dijo:

- Brujería.

Glenn ni se inmutó.

- O he sido embrujado o estoy a punto de volverme loco - explicó Barbee.

- Cuénteme, pues.

- Todo empezó el lunes por la noche, en el aeropuerto - al principio, le resultó difícil hablar, pero pronto se sintió lleno de aplomo -: estaba en el aeropuerto cuando se me acercó una chica pelirroja...

Y le contó todo: la súbita muerte del profesor, el gatito estrangulado, el inexplicable temor que manifestaban los ayudantes del doctor, los cuales no se apartaban de la caja verde traída de Asia. Le describió el sueño en que había corrido al lado de April Bell, convertida en loba blanca, y cómo, entre ambos, habían matado a Turco.

Cuando levantó la cabeza, sólo vio interés profesional y simpatía en la cara de Glenn.

- Y ayer por la noche, doctor, soñé otra vez. Pero entonces era un tigre prehistórico. Todo era extrañamente real. Conmigo venía la misma chica y me decía lo que tenía que hacer. Seguimos al coche de Rex Chittum por la montaña y le maté en la carretera del Monte Sardis.

El horror que le producían la extraña pesadilla y el terrible despertar se atenuó al efectuar el relato. Sin duda, la tranquilidad de Glenn resultaba contagiosa. Sin embargo, al final, su enronquecida voz volvió a temblar:

- Rex ha muerto exactamente como yo le maté en mi sueño - mientras hablaba, espiaba anhelante el rostro de Glenn -. Dígame, doctor, ¿cómo puede un sueño coincidir así con la realidad? ¿Cree usted realmente que yo maté anoche a Rex Chittum bajo el efecto de un hechizo? ¿O cree usted que estoy loco?

- Para esclarecer el asunto - dijo Archer Glenn -, nos va a hacer falta un poco más de tiempo. Le propongo que se quede usted en Glenhaven unos días. Así estará perfectamente atendido por nuestros médicos.

- ¡Pero bueno! - gritó Barbee -. ¿Es que realmente he hecho todas esas cosas que creo haber soñado? ¿O estoy loco?

Glenn no se movió. Le miró con sus grandes ojos serenos y se recostó en el respaldo de la butaca. Después dijo:

- Muchas veces, lo que sucede no es tan importante como la interpretación que consciente o inconscientemente damos a esos hechos. De todas formas, hay un dato que me parece significativo. Todos y cada uno de los incidentes que me ha contado, desde la

crisis de asma del doctor Mondrick al accidente de coche de Rex Chittum, hasta la misma muerte del perro de la señora Mondrick, tienen una explicación natural perfectamente lógica.

- Precisamente eso es lo que me vuelve loco - dijo Barbee, y miró al médico buscando una reacción personal detrás de su deliberada indiferencia -. Sí, eso es lo que me trae loco, porque es posible que todo sea resultado de coincidencias, pero ¿son realmente coincidencias...? ¿Cómo, por ejemplo, podía conocer yo la muerte de Rex Chittum antes de que me la comunicaran?

- De vez en cuando, señor Barbee, nuestro espíritu nos engaña, sobre todo, cuando intervienen fuerzas inconscientes. Tenemos tendencia a deformar los elementos cronológicos y a confundir los efectos y las causas, tomando los unos por las otras. Estos engaños no son necesariamente locura. Freud ha escrito una obra entera dedicada a la psicopatología de la vida cotidiana... Examinemos objetivamente su caso, señor Barbee, sin formular ningún diagnóstico a la ligera. Trabaja usted demasiado, me parece, en una profesión que, a mi juicio, no se ha hecho para usted. Usted mismo admite que bebe. Tiene que darse cuenta de que una vida así termina por hundir a cualquiera de una forma u otra.

Barbee dio un respingo:

- Entonces ¿usted cree que estoy loco?

- Que no, hombre. Yo no he dicho eso. Y observo que se toma usted las cosas demasiado a pecho, señor Barbee, cuando se trata de la salud mental. El espíritu no es una máquina, y los estados de conciencia no son necesariamente blanco o negro. En realidad, cierto grado de anomalía es enteramente normal. Sin ella, la existencia sería aburridísima, muy sosa... De modo que no saquemos conclusiones prematuras... Podemos suponer, por otra parte, que la señorita Bell no le es en absoluto indiferente. El mismo Freud define el amor como una locura normal.

- ¿Y qué quiere usted decir con esto?

- En cada uno de nosotros, señor Barbee, existen sentimientos inconscientes de miedo y culpabilidad. Aparecen en el curso de nuestra infancia y matizan toda nuestra vida. Estos sentimientos buscan su expresión y pueden llevar, finalmente, a aflorar de una manera que ni siquiera sospechamos. Incluso en el individuo más normal, en el más cuerdo, actúan estos móviles secretos. En su caso, ¿no cree usted posible que, en un momento en que sus habituales defensas conscientes se vieran debilitadas por una desafortunada combinación de agotamiento, emoción violenta y exceso de alcohol, estos sentimientos soterrados hayan terminado por emerger en sus sueños o incluso en alucinaciones?

Barbee negó con la cabeza. Se arrellanó en el sillón. Miró los amarillos y morados de la montaña que se alzaba al otro lado del río. Junto a las aguas sombrías se extendía un campo de maíz dorado, y las aspas plateadas de un molino de viento resplandecían al sol.

Se sentía irritado contra Glenn por la frialdad con que analizaba la cuestión. Odiaba aquel pequeño despacho y odiaba también la pequeña teoría de Glenn, demasiado simple para explicar las profundidades del alma. No quería por nada del mundo que todas sus vergüenzas y sus miedos privados quedasen registrados en los diagramas de Glenn. Deseaba ferozmente dejarse arrastrar por la absoluta libertad y el magnífico poder del sueño.

Glenn seguía hablando con su voz profunda:

- Tal vez se sienta usted culpable, inconscientemente, del grave trastorno mental que sufre actualmente la señora Mondrick...

- No, no lo creo. Eso es imposible.

- La misma violencia de su protesta apoya esta suposición... Como ya le he dicho, necesitaremos tiempo para reconstruir el mecanismo de sus principales complejos. Entre tanto, ya se advierte en usted una tendencia general.

- ¡Ah! ¿Y cuál es?

- ¿No se da usted cuenta de que sus estudios de antropología le han proporcionado cierto conocimiento de las creencias primitivas sobre magia, brujería y licantropía? Unos antecedentes de ese tipo justifican plenamente la insólita orientación que toman sus actividades imaginarias.

- ¡Ah! ¿Y cómo se explica usted que yo me eche la culpa de la enfermedad de la señora Mondrick?

- Dígame, ¿nunca ha deseado usted conscientemente la muerte del doctor Mondrick?

- ¡Claro que no!

- Piénselo de nuevo. ¿La ha deseado?

- No. ¿Por qué tendría que haberla deseado?

- ¿Nunca le ha ofendido él?

- Por supuesto que sí. Hace años, en la Universidad... El viejo Mondrick se puso en contra mía cuando yo estaba terminando la carrera. Nunca he sabido por qué. Pero me excluyó del equipo que estaba formando para la Fundación de Investigaciones Humanas. Y en cambio tomó a Sam Quain, a Rex Chittum y a Nick Spivak. Durante mucho tiempo le guardé rencor.

- Eso completa el cuadro - dijo Glenn -. Lo que ha debido suceder es que usted, inconscientemente, ha deseado vengarse de aquella antigua ofensa o injuria. Usted ha deseado su muerte y, a continuación, él se ha muerto. Esto explica, en virtud de los mecanismos acrónicos del inconsciente, que usted se sienta responsable de su muerte.

- No me convence - dijo Barbee -. Aquello sucedió hace doce años. Y, de todos modos, no tiene nada que ver con que yo sea responsable de la trágica enfermedad de la señora Mondrick, como usted dice.

- Mire, el inconsciente no sabe nada del tiempo. Además, ya está usted interpretando. Yo no he dicho que usted sea responsable de la enfermedad de la señora Mondrick. Me he limitado a sugerir que acaso usted se sienta culpable de que ella esté enferma. Lo que usted dice lo confirma.

- ¿Cómo?

- El trastorno de la señora Mondrick ha sido causado por la muerte brutal de su marido. Si inconscientemente usted se siente culpable de la muerte de éste, es lógico que se sienta igualmente responsable de la desintegración mental de su esposa.

- ¡No! ¡Eso no puedo soportarlo!

- Exacto - dijo Glenn -. No puede usted soportarlo conscientemente. Ésa es la razón de que los complejos de culpa se sitúen en un nivel inconsciente, donde, gracias a los recuerdos que conserva usted de las clases de antropología que le daba el propio doctor Mondrick, se revisten de formas aterradoras... No sirve de nada olvidar. Cada uno de nuestros errores exige un castigo. En el mecanismo de nuestro inconsciente hay una especie de justicia natural que, a veces, se convierte en una cruel parodia ciega, implacable, de esta misma justicia.

- ¿Qué justicia? No lo entiendo...

- No lo entiende usted precisamente porque no puede soportarlo. Pero no por eso cesa la actividad de sus proyectos inconscientes. No cabe duda de que usted se siente culpable por la locura de la señora Mondrick. Su sentimiento inconsciente de culpabilidad exige que ese crimen sea castigado. Me da la impresión de que usted, sencillamente, pretende manipular por vía inconsciente todos esos sueños y alucinaciones para sentirse inocente de la locura de la señora Mondrick, aunque sea a costa de su salud mental... ¿No percibe usted ahí la acción de una justicia ciega?

- No, doctor, no sigo su razonamiento. Y, aunque lo entendiera, no lo explicaría todo. ¿Qué me dice usted de mi sueño con el tigre prehistórico? ¿Y la muerte de Rex Chittum? Lo que yo sienta o deje de sentir con respecto a la señora Mondrick no tiene nada que ver con esto, y además, Rex fue siempre amigo mío.

- Y también enemigo. Él, Quain y Spivak fueron elegidos para la Fundación, usted me lo ha dicho, en tanto que fue usted rechazado. Fue un golpe duro, acuérdesese. Y seguro que sintió usted celos.

- Sí, pero no celos que me impulsaran al crimen.

- Conscientemente no. Sin embargo, el inconsciente no conoce la moral. Es totalmente egoísta, totalmente ciego. Para él no existen ni el tiempo ni las contradicciones. Usted sintió rencor contra su amigo Chittum y él ha muerto. También aquí, por lo tanto, tiene usted motivos para sentirse culpable de haberle deseado un daño.

- Es absolutamente convincente. Sin embargo, no olvide un pequeño detalle: yo tuve ese sueño antes de saber que Rex había muerto.

- Eso es lo que usted cree, Barbee, pero bajo el efecto de una acción violenta se suelen confundir los efectos y las causas. ¿No es posible que se inventara usted el sueño después de saber que Rex había muerto y que invirtiera la secuencia real de los hechos para convertir el efecto en causa y viceversa? A propósito, dígame: ¿sabía usted que los frenos del coche estaban en mal estado?

- Nora me dijo que había que arreglarlos.

- ¿Y no lo entiende? El inconsciente obedece a cualquier sugerencia y utiliza cualquier medio para expresarse. Cuando usted se acostó sabía perfectamente que Rex Chittum tenía alguna probabilidad de sufrir un accidente en el Monte Sardis.

- Probabilidad - repitió Barbee temblando -. Tal vez tenga razón, doctor.

- Usted sabe, Barbee, que yo no soy nada religioso. Rechazo lo sobrenatural y mi filosofía racionalista se fundamenta en la ciencia experimental. Pero sí creo en el infierno. En cada uno de nosotros existe un infierno: el que uno mismo se fabrica, con los demonios que uno crea para atormentarse hasta expiar sus pecados reales o imaginarios. Mi misión consiste en explorar estos infiernos personales, desenmascarar sus demonios y hacerles ver a ustedes su verdadero rostro. En general, señor Barbee, estos demonios resultan mucho menos terribles de lo que parecen. Los lobos y los tigres son sus demonios personales. Espero que ahora le parezcan menos terribles.

- No sé, doctor, esos sueños eran terriblemente vívidos... Es usted muy hábil y muy inteligente, pero la hipótesis de una alucinación no me basta. Sam Quain y Nick Spivak siguen custodiando celosamente un objeto misterioso que tienen en la caja verde. Han emprendido una encarnizada batalla contra... no sé qué. Son amigos míos, doctor. Quiero ayudarles y no servir de instrumento a sus enemigos.

- La misma violencia con que usted se expresa me confirma lo que le acabo de decir. Pero tampoco hay que dar demasiada importancia a mis opiniones de ahora, pues las he improvisado sobre la marcha. Al fin y al cabo no hemos hecho sino explorar someramente el problema. Bueno, además ya no nos queda tiempo. Si quiere ingresar en Glenhaven, mañana podremos charlar otro rato. Creo que será mejor que descanse un día o dos antes de hacerle los exámenes médicos habituales.

- Sí, me quedaré aquí unos días. Pero quiero hacerle una pregunta más. April me dijo que había venido a consultar con usted... ¿Tiene ella algún poder sobrenatural?

- Las reglas profesionales me prohíben hablar de mis enfermos. Pero si le satisface una respuesta general, le diré que he ayudado a mi padre a investigar todo tipo de fenómenos parapsicológicos, como se suelen llamar. Examinamos muchísimos casos y aún no me he encontrado uno solo en que no se apliquen las leyes ordinarias de la naturaleza. Las únicas bases científicas de la percepción extrasensorial y la telequinesia son estudios como el que se efectuó en la Universidad de Duke. Efectivamente, algunos de los trabajos publicados que pretenden demostrar la existencia de percepciones extrasensoriales y la

posibilidad de influir mentalmente en la probabilidad parecen bastante convincentes. Pero me temo, sin embargo, que el deseo de demostrar la existencia del alma haya cegado a los investigadores, haciéndoles cometer graves errores metodológicos, sobre todo experimentales y estadísticos. Para mí, el universo es estrictamente mecánico. Todos los fenómenos que se producen, desde el nacimiento de los soles hasta la tendencia humana de creer en dioses y diablos, ya existían en el primer superátomo, cuya energía cósmica explosiva les ha dado nacimiento. Algunos sabios distinguidos se han esforzado por encontrar lugar para el libre arbitrio y para la función creadora de una divinidad sobrenatural. Para ello han aprovechado ciertas insuficiencias aparentes del determinismo mecanicista, como, por ejemplo, el principio de indeterminación de Heisenberg. Pero sus intentos me parecen tan lastimosos como los de los brujos primitivos que pretendían hacer llover regando la tierra con unas gotas de agua. Todo lo sobrenatural, señor Barbee, es pura ilusión basada en una emoción subjetiva, en observaciones incorrectas o en una lógica defectuosa... ¿Se queda usted más tranquilo?

- ¡Sí, doctor!

Barbee apretó la musculosa mano del médico y, de nuevo, sintió esa curiosa impresión de que le reconocía, como si entre ellos existiera un poderoso vínculo olvidado hacía mucho tiempo. «Glenn - se dijo - va a ser un amigo fuerte y leal.»

- Gracias - dijo con fervor -. Eso es exactamente lo que quería escuchar.

CAPÍTULO XIV - Así ataca la serpiente

La señorita Graulitz le esperaba en la antesala. Vencido por la autoridad competente, Barbee telefoneó al despacho de Troy para decirle que tenía intención de quedarse unos días en Glenhaven para hacerse un chequeo completo.

- Claro que sí, Barbee - dijo Troy con una voz que parecía rebosar calor y simpatía -. Tómese todo el tiempo que haga falta. Está agotado de tanto trabajar y sé que Chittum era amigo suyo. Ya se las arreglará Grady. Tengo confianza en Archer Glenn. Si surge la menor dificultad en los gastos de su tratamiento, dígame que me telefonee, y no se preocupe por su puesto de trabajo...

Decididamente, Preston Troy no era ningún ogro. Tal vez Barbee le había juzgado un tanto severamente por culpa de la campaña Walraven y el desdichado encuentro habido en el apartamento de April Bell.

Obediente a las sugerencias de la señorita Graulitz, decidió no volver a Clarendon para recoger el cepillo de dientes y el pijama, ni siquiera para asistir al entierro de Rex Chittum. Siguió dócilmente a la enfermera a lo largo de un pasadizo cubierto que unía el edificio principal con el anexo.

Atravesaron la biblioteca, la sala de música, el salón de juegos y el comedor. Por el camino, la señorita Graulitz le fue presentando a muchas personas, aunque sin precisar si se trataba de médicos o de enfermos. Miraba por todas partes, temía volver a encontrarse con la señora Mondrick. Preguntó por ella.

- Está en el pabellón de los agitados - dijo la señorita Graulitz -. Es ese edificio que hay al otro lado del césped. Me han dicho que hoy está peor. Durante el paseo ha sucedido algo que la ha sacado de quicio. Tiene prohibidas las visitas y no podrá usted verla hasta que esté completamente restablecida.

Al final del recorrido, la señorita Graulitz le acomodó en una habitación individual del segundo piso del anexo y le dejó solo, diciéndole que llamara a la enfermera, señorita Ettig, cuando necesitara algo. La habitación era pequeña y agradable y tenía un cuarto de baño adjunto. Pero la puerta no se cerraba con llave.

Observó que las ventanas eran de cristal pero estaban protegidas por alambres de acero tensados en un marco también de acero, de tal manera que a través de ellos sólo

podía pasar una serpiente. Pero nada de esto serviría para mantenerle encerrado en caso de que volviera a soñar. Este pensamiento le hizo sonreír. ¡Ni siquiera habían tenido la astucia de emplear alambre de plata!

Así pues, esto era estar loco. Entró a lavarse en el diminuto cuarto de baño el sudor de la cara y las manos y observó que todo estaba dispuesto para que no hubiese ningún saliente ni ningún sitio donde pudiera uno colgar una cuerda para ahorcarse.

Se sentó pesadamente en la cama y empezó a desatarse los zapatos.

Bien mirado, no se sentía tan loco.

Pero ningún loco se daba cuenta de su estado.

No. Lo que le pasaba es que estaba confuso y totalmente agotado por la larga lucha que llevaba a cabo para dominar la situación. Y tenía que reconocer que la situación había terminado por vencerle. No le venía mal aprovechar la tregua que le ofrecían las circunstancias y reposar una temporada.

Precisamente Barbee se había planteado muchas veces preguntas angustiosas respecto a la locura. La angustia se debía a que su propio padre, del cual no se acordaba en absoluto, por otra parte, había muerto tras los muros de piedra de un manicomio estatal.

Siempre había considerado que el trastorno mental debía ser algo extraño y apasionante a la vez, donde se sucedían, en brusco contraste, momentos de atonía y de alegría salvaje. Pero pudiera ser que, después de todo, lo más frecuente fuera lo que le estaba sucediendo a él: un sentimiento de derrota, de apatía, un deseo de huir de problemas insolubles.

Debió quedarse dormido mientras efectuaba estas reflexiones. Sintió confusamente que una mano venía a arrancarle del sueño, sin duda para que desayunara. ¡Pero si eran las cuatro! ¡Se había despertado a las cuatro de la tarde! Mientras dormía le habían quitado los zapatos y tapado con una sábana. Oía a cerrado y le dolía la cabeza.

Le hubiera gustado beber algo. Debería haber introducido a escondidas una botella. A lo mejor estaba allí encerrado por causa del whisky, pero no por ello tenía menos ganas de beber. Por fin, decidió, sin mucha esperanza, llamar a la señorita Ettig. Se incorporó y pulsó el botón de la pera que colgaba al lado de la cama.

La enfermera era enjuta, curtida, y tenía las piernas arqueadas. Le recordó a una campeona de rodeo que había entrevistado una vez.

- Sí - le dijo con voz nasal -. Hoy puede tomar un vaso antes de cenar, y después, dos como mucho.

Le llevó una abundante ración de whisky de la mejor calidad y un vaso de soda.

- Gracias - dijo, pero seguía desconfiando del doctor Glenn, de su suficiencia y aplomo y de la excesiva cortesía del personal.

- ¡Por las serpientes! - brindó.

- ¿Por qué serpientes? - preguntó la señorita Ettig quitándole el vaso vacío de las manos.

- Pues por las serpientes que uno ve cuando bebe.

- ¡Ah, bueno! - dijo la enfermera con toda naturalidad.

Y dejó a Barbee tumbado boca arriba, intentando acordarse de lo que le había explicado el médico. Quizá, después de todo, este fanático materialista estuviera en lo cierto. Quizá los hombres-tigre fueran alucinaciones.

Sí, pero no podía olvidar lo que él mismo había vivido y sentido con tanto verismo. Recordaba la caminata sobre la crujiente escarcha en aquella noche llena de perfumes, la montaña que tan claramente había contemplado en sus más mínimos detalles con los ojos del poderoso tigre prehistórico. No podía olvidar la calidez del cuerpo de la chica cuando cabalgaba sobre él. El salvaje poderío de sus movimientos, el chorro caliente y dulzón de la sangre de Rex. A pesar de los convincentes argumentos del doctor, Barbee nunca había sentido, en estado de vigilia, nada tan real como aquel sueño.

El alcohol le había relajado y tenía sueño.

«Cuando llegue la noche - se dijo -, una serpiente podría deslizarse fácilmente a través de esa ridícula barrera de cristal y acero.»

En el momento de dormirse, decidió transformarse en una serpiente enorme y bella e ir a buscar a April Bell. En caso de que encontrara a su jefe en la cama con ella... ¡Mejor! Una boa de diez metros no tendría ni para empezar con un hombre bajito y gordo como Preston Troy.

En esto, el radiador hizo un ruido y Barbee se tiró de la cama lanzando maldiciones. ¡Ya está: otra vez pensando en cosas horribles! Estaba en Glenhaven para curarse de tales pesadillas. Seguía doliéndole la cabeza, pero no le volverían a dar whisky hasta la hora de cenar. Se lavó la cara con agua fría y decidió bajar.

A Barbee siempre le habían interesado los asilos. Se le ocurrió que debería aprovecharse de las circunstancias y tomar notas para escribir un gran artículo sobre el tema. Pero a medida que avanzaba la tarde, se fue dando cuenta de que lo más notable de Glenhaven era su absoluta carencia de cosas notables. Aquello era el país de nunca jamás, poblado de almas tímidas que huían del mundo real exterior y hasta de su propio mundo interior.

En la sala de música, mientras Barbee escuchaba por la radio la noticia de un accidente de coche, una preciosa joven dejó caer la labor de punto que estaba haciendo y se fue de la sala llorando. Luego jugó una partida de ajedrez con un individuo que, cada vez que Barbee le daba jaque a la reina, derribaba el tablero y se deshacía en interminables excusas por su torpeza.

En la cena, el doctor Dilthey y el doctor Dorn hicieron ímprobos esfuerzos por mantener una conversación animada, pero no lo consiguieron. Barbee suspiró de alivio viendo que se acercaba el momento de acostarse. Volvió a su habitación, llamó a la enfermera y pidió whisky. Se tomó dos vasos seguidos. De noche, la señorita Ettig era reemplazada por una morena vivaracha, llamada Jedwick, quien, además, le proporcionó un novelón histórico que él no había solicitado. La señorita Jedwick parecía no ir a terminar nunca de dar vueltas por la habitación y de prepararle la cama, el pijama, las zapatillas, la bata y el vaso de agua. Era, evidentemente, lo que hacía para ponerle de buen humor. Pero él se sintió mejor cuando la vio desaparecer. El alcohol le había dado sueño, aunque sólo eran las ocho y había dormido la mayor parte del día. Se estaba desnudando cuando, a lo lejos, oyó un ladrido que le sobresaltó.

Luego empezaron a ladrar los perros de los alrededores. Se acercó a la ventana y escuchó de nuevo la llamada.

En la orilla del río le esperaba la loba blanca.

Barbee inspeccionó la verja. No tenía nada de plata. Glenn no creía en esas cosas. No debería ser difícil tomar la forma de una serpiente lo bastante poderosa como para acompañar a April Bell. Se oyó otra llamada que le dejó sin respiración. Pero se dirigió hacia la cama blanca y quirúrgica, preso de un pavor mortal. Si era correcto el razonamiento científico del doctor Glenn, él debería alimentar un odio inconsciente, hecho de celos y envidia, contra Sam Quain y Nick Spivak. Por otra parte, dentro de la lógica insensata del sueño, no cabía duda de que April Bell seguía decidida a destruir a ambos, a causa del arma desconocida que guardaban en la caja de madera.

Tardó en acostarse. Se lavó los dientes con su nuevo cepillo hasta hacerse sangre en las encías. Se duchó con parsimonia y se cortó las uñas cuidadosamente. Luego se puso un pijama que le quedaba demasiado grande y una bata roja que llevaba el nombre de Glenhaven en la espalda. Se sentó en la única silla de la habitación y estuvo leyendo durante una hora la novela que le había llevado la señorita Jedwick. Todos los personajes de la novela eran tan vulgares y aburridos como la gente que había encontrado allí. La loba seguía aullando, pero a él le horrorizaba reunirse con ella. Pensó cerrar la ventana para aislarse de los ruidos y los ladridos de los perros, pero se puso a pasear

nerviosamente por la habitación. De pronto, oyó un sonido leve que le hizo temblar: una voz de mujer, apagada, pero muy cercana... Era una voz que él conocía muy bien; la de Rowena Mondrick. Cerró la ventana de golpe. Se acostó y se puso a leer. Hizo esfuerzos por no escuchar a Rowena, que lloraba en el pabellón de los agitados, ni a la loba blanca que le llamaba desde la orilla del río. Quiso interesarse en la novela para no dormirse, pero las palabras carecían de sentido. El libro se le caía de las manos y apagó la luz.

Sólo que no tenía manos. Abandonó la forma macilenta y vacía que respiraba lentamente en la cama. Con su cuerpo largo y estrecho cruzó la alfombra y levantó hacia la ventana la cabeza triangular y chata.

El cristal desapareció enseguida.

La rejilla de acero tardó un poco más. No había nada de plata. Riéndose en silencio de la filosofía de Glenn, se deslizó al exterior. Aterrizó en el césped y reptó hasta los árboles sombríos de la ribera.

La loba blanca salió a recibirle de un bosquecillo de sauces. Él, con su lengua negra y larguísima, palpó el hocico helado de la loba, y las brillantes escamas de su cuerpo ondularon en él en el éxtasis de aquel beso.

- ¿De modo que esto es lo que te ocurre cuando te invitan a demasiados daikiris? - ella se rió, con la lengua colgante - No me tortures más, ¿no sabes que me he vuelto loco?

- Sí, lo sé, y lo siento mucho, Barbee. ¿Te has extraviado, verdad? A veces pasa. Los primeros vislumbres del despertar son difíciles, dolorosos, hasta que aprende uno a manejarse

- Vámonos. Rowena Mondrick está ahí detrás, aullando, y yo no puedo soportarla. Quiero dejar todo esto, olvidarlo todo...

- No. Esta noche no - dijo ella -. Nos divertiremos cuando podamos, Barbee. Pero esta noche tenemos trabajo. Aún viven tres de nuestros mayores enemigos: Sam Quain, Nick Spivak y la viuda ciega. A ella hemos conseguido traerla a un sitio donde no puede hacernos daño, sólo gritar. Pero tus viejos amigos, Spivak y Quain, siguen trabajando día y noche. Y están aprendiendo. Se están preparando para utilizar el arma que tienen en la caja de madera. Tenemos que detenerlos esta noche.

- Pero ¿es imprescindible matarlos? - protestó débilmente Barbee -. Por favor, piensa en la pequeña Pat y en la pobre Nora...

- ¿Todavía estamos con la pobre Nora? Tus viejos amigos tienen que morir. ¡Tienen que morir para que se salve el Hijo de la Noche!

Barbee no volvió a abrir la boca.

Cuando, como entonces, despertaba de la larga pesadilla de la vida, la escala de valores no era igual que antes. Enlazó el cuerpo de la loba blanca y apretó hasta hacerle daño.

- No te preocupes por Nora - dijo -. Pero si alguna vez un dinosaurio te sorprende en la cama con Preston Troy, la cosa puede ponerse fea.

La soltó y ella sacudió su pelaje.

- No me toques, asquerosa serpiente rastrera...

Él volvió a saltar sobre ella:

- ¡Dime qué representa Troy para ti!

- ¿Te gustaría saberlo, eh? - sus dientes brillaron en la noche -. Ven. Tenemos cosas que hacer.

El cuerpo de Barbee onduló hacia ella, en fácil y poderoso oleaje. El roce de las escamas produjo un ligero susurro entre las hojas caídas. Avanzó junto a su compañera con la cabeza levantada al mismo nivel que la suya. El universo nocturno había vuelto a transformarse. Esta noche no tenía el infalible olfato del lobo, ni la aguda vista del tigre prehistórico, pero oía el imperceptible fluir del río, el paso levísimo de las ratas de campo, los ruidos minúsculos de hombres y animales dormidos en las granjas que dejaban atrás. Conforme se acercaban a Clarendon, el espacio sonoro se fue convirtiendo en un terrible

estruendo de motores, de ruedas, de pitidos de coches, de aparatos funcionando, de gente gritando, llorando, hablando.

En el cruce de Cedar Street dejaron la carretera nacional y se internaron en los sombríos terrenos de la Fundación. Había luz en el piso noveno de la torre gris donde Spivak y Quain presentaban batalla al Hijo de la Noche. En el ambiente flotaba un hedor conocido y terrible. Entraron en el vestíbulo central, que estaba mal iluminado. El hedor era más intenso, pero Barbee esperaba que la serpiente lo resistiera mejor que el lobo gris. En una mesita instalada detrás del mostrador de recepción, junto a los ascensores, jugaban a las cartas dos sujetos de mirada dura y aire decidido. La camiseta de la Universidad les sentaba como un tiro. Cuando se acercaron la loba y la serpiente, uno de ellos tiró las cartas y se tocó la pistola de reglamento que llevaba en el costado.

- Perdona - le dijo a su compañero -, pero no me estoy fijando en el juego... Te digo que este asunto de la Fundación empieza a ponerme nervioso. Sí, era tentador, veinte dólares al día sólo por impedir que la gente entrara en el laboratorio. Pero ahora no me gusta nada.

- ¿Por qué, Charlie?

- Escucha, Jug - replicó el otro -: todos los perros de la ciudad se han puesto a ladrar. Yo no entiendo lo que pasa aquí. Esta gente de la Fundación tiene miedo de algo. Si piensas un poco, ha habido algo raro en la muerte del viejo Mondrick, y también en la manera en que se mató Chittum. Parece como si Quain y Spivak supieran que son los siguientes de la lista. Yo no sé qué rayos tendrán escondido en la maldita caja de madera, pero ni por cuarenta millones de dólares iría a verlo.

El llamado Jug miró hacia la entrada del vestíbulo, sin ver a la loba que avanzaba contoneándose ni a la serpiente que se deslizaba quedamente sobre el linóleo. Sin saber por qué echó también mano a su arma. Después dijo:

- ¡Por todos los diablos, Charlie! Lo que a ti te pasa es que piensas demasiado, y no conviene pensar en un trabajo especial como éste. Es legal y no es difícil. Y veinte dólares son veinte dólares.

En ese momento, la mirada de Jug atravesó a la loba y a la serpiente.

- Pero también a mí me gustaría saber... Yo no me fío de esas historias de maldiciones por haber desenterrado no sé qué. Lo que me gustaría saber es lo que han desenterrado. Han encontrado algo. Eso seguro.

- Pues, mira, yo ni lo sé ni me importa - dijo Charlie -. Nada.

- A lo mejor piensas que están locos... Y puede que lo estén. A lo mejor es que han pasado demasiado tiempo en el desierto. Puede ser, pero no lo creo.

- Entonces, ¿tú qué es lo que crees?

- Pues que han encontrado algo que vale lo bastante como para contratar policías que lo vigilen - acarició la culata del revólver -. Y yo no digo lo que tú. A mí si me gustaría ver lo que hay dentro de la caja. Quizá Spivak y Quain crean que lo de dentro de la caja vale más que la vida de algunas personas.

- Dame cartas, Jug, y olvídate de la caja. La Fundación es una organización científica respetable y veinte dólares son veinte dólares. Nosotros no sabemos lo que pasa ahí arriba, ni nos pagan por saberlo.

En cualquier caso, no vio a la loba blanca atravesar el pasillo por delante de sus narices, ni a la enorme serpiente deslizarse a continuación. Ambos animales se detuvieron ante la puerta cerrada con candado que cortaba el paso de la escalera y la atravesaron sin abrirla. Abajo, los guardianes barajaban las cartas...

La serpiente siguió a la loba escalera arriba hasta el octavo piso. A medida que ascendían aumentaba el hedor denso, dulzón, extraño y horrible. La loba retrocedía, se apartaba, se tambaleaba, sólo de respirarlo, pero la serpiente continuaba su camino ondulante. Atravesaron una puerta más e hizo a la loba una seña con su cabeza triangular para que la siguiera. Llegaron al piso noveno.

La primera habitación era un laboratorio lleno de mesas y aparatos. El humo blanco de los reactivos se mezclaba con el olor mortal de una pizca de polvo gris que se secaba encima de un cuadrado de papel de filtro. La habitación estaba en silencio, exceptuando un grifo que goteaba.

- Ya ves, Barbee, tus queridos amigos están intentando analizar este veneno antiguo para matarnos.

La habitación siguiente era un museo de esqueletos articulados que sonreían, blancos, en sus soportes de acero. Inquieta, la enorme serpiente reconoció los huesos elegantes del hombre moderno y de los monos actuales y la reconstrucción en escayola de esqueletos simiescos de las épocas musteriense, chelense y prechelense. Pero, y los otros... ¿Y aquellas otras osamentas de dientes demasiado afilados y cráneo excesivamente alargado y liso? Se alejó de allí.

- ¿Lo ves? - le dijo la loba blanca -. Buscan indicios. Miden, experimentan para mejor utilizar el veneno contra nosotros.

La otra habitación estaba silenciosa y oscura. En las paredes había mapas en colores que representaban continentes de ahora o de antes... Barbee reconoció, en una vitrina cerrada con llave, los diarios y cuadernos de anotaciones del doctor Mondrick.

De repente, la loba se detuvo, erizada, ante un fragmento de tapiz medieval muy deteriorado. En él se distinguía, sin embargo, a un gigantesco lobo gris rompiendo tres cadenas que le sujetaban para saltar sobre un personaje tuerto y barbudo. Barbee levantó la cabeza y miró el tapiz: el gigantesco lobo era Fenrir, demonio de la mitología escandinava. Recordó que el viejo Mondrick había estudiado esta leyenda comparándola con la de los griegos. Hijo del malvado Loki y de una gigante, el lobo había crecido hasta que los dioses, temerosos, lo encadenaron. Rompió una cadena, dos cadenas, pero la tercera, que era mágica, le había retenido hasta el terrible día de Ragnarok, en que se liberó de ella para destruir a Odín, rey de los dioses, representado como un anciano al que le faltaba un ojo.

La loba enseñó los dientes al tapiz, retrocediendo.

- ¿Qué pasa? - preguntó Barbee -. ¿Dónde está el peligro?

- ¡Aquí! - dijo la loba -. En este tapiz y en la fábula que representa, y en todos esos mitos de guerras y cruces entre hombres, dioses y gigantes de las nieves. La mayoría de la gente se cree que son cuentos de hadas. Pero el viejo Mondrick sabía demasiado. Y nosotros le dejamos vivir mucho tiempo. Hemos de atacar ahora, antes de que los demás vuelvan a descubrir todo lo que sabían Mondrick y su mujer y lo utilicen para haremos caer en una trampa. Vamos, Barbee. Al otro lado están tus viejos y queridos amigos.

Atravesaron el vestíbulo. No se toparon con ninguna barrera de plata. La enorme serpiente seguía a la loba esbelta y ágil. Juntos atravesaron la puerta cerrada de una pequeña habitación que hacía esquina. Barbee se paró en seco, sobresaltado, al ver a Sam Quain y Nick Spivak.

- Eres muy impresionable - le dijo ella -. Me parece que hemos llegado a tiempo. Estos imbéciles se han debido equivocar sobre la verdadera identidad del Hijo de la Noche y tu amiga, la viuda negra, aún no ha conseguido comunicarles lo que sabe. Por eso no han colocado barreras ni obstáculos de plata para impedirnos pasar. Creo que ahora podremos acabar con la vida de estos monstruos humanos para salvar al Hijo de la Noche.

No, a Barbee aquellos humanos no le parecían tan monstruosos. Nick Spivak escribía afanosamente. Su pecho flaco y hundido parecía desprovisto de vida. Levantó la vista y Barbee vio, tras los gruesos cristales de las gafas, sus ojos inyectados en sangre, extraviados, febriles. Tenía la tez grisácea y la expresión ansiosa. Parecía alucinado. A mamá Spivak se le habría partido el corazón si le hubiera visto. Sam Quain dormía en un catre de campaña junto a la pared. Se le veía agotado. Aun durmiendo, tenía sujeta con la mano una de las asas de cuero del cofre reforzado de metal.

El cofre estaba cerrado con llave, cerrojo y candado. Barbee hizo un esfuerzo mental por averiguar qué contenía. Y notó el forro interior de plata. Retrocedió husmeando el fuerte olor dulzón que se filtraba de la caja. A su lado se había agazapado la loba blanca, enferma y asustada.

- Vigila a tu viejo amigo Spivak - le dijo -. Es nuestra presa de hoy.

Nick sé volvió, alerta. Sus terribles ojos enrojecidos estaban fijos en Barbee y, sin embargo, no parecían ver ni a la loba ni a la serpiente. Un estremecimiento, sin duda de frío, sacudió sus frágiles hombros y volvió a su trabajo. Barbee se acercó a la mesa y se irguió por detrás de Spivak, para observar por encima del hombro lo que estaba haciendo. Spivak manipulaba un extraño trozo de hueso amarillento por los años. Inmediatamente después, contempló asustado cómo tomaba otro objeto de la mesa. Una desagradable parálisis se apoderó de la serpiente.

Era un objeto de escayola, que reproducía una piedra en forma de disco y grabada. El olor era cada vez más insoportable.

La loba blanca seguía inmóvil y asustada.

- Es un molde de la piedra - dijo -; no cabe duda. Y la propia piedra debe estar guardada en la caja. En ella está grabado el secreto que destruyó a nuestra raza. La piedra está protegida por esa terrible emanación y no podemos apoderarnos de ella esta noche. Pero sí impediremos que tu sabio amigo descifre la inscripción.

Barbee se enderezó como una columna negra para mirar otra vez lo que hacía Nick Spivak. En un papel amarillo había copiado a mano todas las inscripciones del disco y sin duda se esforzaba por descifrarlas.

- Tienes mucho poder esta noche, Barbee. Intuyo una gran probabilidad de que muera Spivak. Veo un encadenamiento de relaciones bastante próximo y aprovechable. ¡Vamos, mátales! ¡Mátale ahora que es posible...!

- No quiero hacerle daño, vamos a ver a Sam.

- Bueno, tal vez sea una buena oportunidad para desembarazarte de Sam... Así no se interpondrá entre Nora y tú. Lo peligroso es que está demasiado cerca de la caja y ahora mismo no veo la ocasión propicia para su muerte. No. Tiene que ser Spivak... Tienes que interrumpirle antes de que descifre la inscripción.

Dolorosamente, Barbee avanzó a través del olor dulzón y paralizante que flotaba en torno al molde de escayola y del escritorio y deslizó sus pesados anillos hacia el frágil hombrecillo. Todo había cambiado. Ya no era su amigo, sino un enemigo del Hijo de la Noche.

Se imaginó el terrible dolor de los padres de Spivak cuando recibieran la noticia. Pero el obeso sastrecillo y su corpulenta esposa, que tenían una tiendecita en Flatbush Avenue, eran como personajes de un sueño lejano y muerto. Tenían para él tan poca importancia ahora como el viejo Ben Chittum. en su humilde kiosko de periódicos. Lo que verdaderamente contaba en estos momentos era su propio poder desencadenado y la esperada venida del Hijo de la Noche. Y el salvaje amor de la loba de ojos verdes.

Nervioso, Nick Spivak consultaba sus amarillentos papeles. Los apartó y se inclinó para mirar con lupa al yeso, como buscando algún error en la reproducción del texto. Sacudió la cabeza, encendió un cigarrillo, lo apagó y lanzó una mirada inquieta al catre donde dormía Sam Quain.

- ¡Dios mío! - murmuró -. Si estoy temblando - apartó el yeso y volvió a coger los papeles -. Si lograra descifrar por lo menos este signo. Los que hicieron este disco consiguieron ahuyentar y derrotar a estos demonios. Gracias a su descubrimiento podríamos conseguirlo una vez más... Vamos a comprobar si este signo alfa significa realmente unidad...

Ya no pudo decir más. Barbee había introducido la chata cabeza entre el escritorio y el rostro de Spivak. Rodeó el cuerpo de éste con tres de sus anillos y, contrayéndose, esperó anhelante a que se manifestara el encadenamiento de las probabilidades.

La cara de Nick se crispó de horror. Tras los cristales de las gafas, sus ojos enrojecidos parecieron salirse de las órbitas. Abrió la boca para gritar, pero Barbie le propinó con la cabeza un golpe de ariete que le dejó paralizado. El aire huía, exprimido de sus pulmones. Agitó los brazos intentando levantarse. Los anillos de la serpiente se apretaron aún más y el pecho del hombrecillo se hundía y estrechaba cada vez más. En un frenético esfuerzo de agonía, cogió el disco de yeso y golpeó débilmente con él a la serpiente. El frío contacto del yeso hizo que Barbie se sintiera enfermo, y el pegajoso olor que exhalaba le obligó a aflojar el abrazo de sus anillos.

- ¡Y no es más que el molde! - tuvo tiempo de pensar -. ¡Cómo será el original!

- ¡Aprieta más, Barbie! ¡Mátale ahora que puedes! - susurró la loba blanca.

Pero Nick Spivak debía estar ya muerto. El yeso se le escapó de las manos y cayó al suelo, haciéndose mil pedazos. Barbie recuperó fuerza y apretó más. Los huesos crujieron y la sangre salpicó los papeles de la mesa.

- ¡Aprisa! - dijo April -. Se está despertando Quain.

Y se lanzó hacia la ventana. Barbie acudió para ayudarla a atravesar el vidrio, la madera y el acero. Pero la loba negó con la cabeza.

- No, Barbie, así no. Tenemos que levantar la persiana. No hay contraventana y creo que tu viejo amigo Spivak solía andar en sueños cuando estaba muy cansado. Hoy estaba muy cansado. Seguramente habrá sufrido una crisis de sonambulismo. Es el encadenamiento que encontré para ayudarte a matarle.

Torpemente y sin apenas fuerzas, intentó maniobrar la cerradura de la ventana y Barbie procuró ayudarla, oscilando sobre el caliente cuerpo de Spivak. Finalmente, la ventana se abrió con gran estrépito. Sam Quain lo oyó entre sueños. Se removió en el catre y dijo:

- ¿Qué pasa, Nick? - pero no se levantó.

La loba blanca dijo:

- Ahora no puede despertarse; se rompería el encadenamiento.

El aire fresco que penetraba por la abierta ventana disipó el siniestro olor dulzón y la loba volvió a respirar normalmente y se sacudió el pelaje. Barbie se sintió revivir. Reptó hasta la ventana, llevando la destrozada carga aún palpitante, que dejó una estela de gotas de sangre sobre el suelo.

- Tírale ahora que aún dura el encadenamiento.

No era fácil mover un cuerpo, aunque pesara tan poco como el de Spivak, estando enroscado y todavía aturdido por el veneno de la piedra. Pero el aire fresco del exterior dio nuevas fuerzas a Barbie. Apoyó la cabeza en la ventana y agarró el extremo del escritorio con la cola, levantando el cuerpo destrozado hasta el marco de la ventana.

- Apresúrate - dijo April Bell -; tenemos que salir de aquí antes que despierte Quain, y todavía tengo que escribir una cosa.

Saltó ágilmente a la mesa y tomó el lápiz del muerto entre sus patas.

Barbie se preguntaba qué estaría escribiendo, cuando Sam Quain empezó a gruñir en su catre. Desesperadamente, la serpiente empujó el aplastado cuerpo, que cayó al vacío. En el esfuerzo, Barbie resbaló en un charco de sangre y cayó al mismo tiempo que el cadáver. La loba debió verle caer, pues dijo con voz angustiada:

- Vete, Barbie, antes de que Quain se despierte.

Mientras caía desde lo alto de aquellos nueve pisos, Barbie tuvo tiempo de desatar sus anillos del amasijo de sangre palpitante que había sido Nick Spivak. Lo empujó lejos de sí en la caída y buscó frenéticamente el odiado despojo que había dejado en su cama de Glenhaven.

Oyó el ruido del cuerpo estrellándose contra el cemento de la Fundación, el ruido de los huesos al romperse tenía algo de definitivo. Aún tuvo tiempo de comprobar que el último aliento de vida había abandonado aquel cuerpo retorcido y roto que yacía en un charco de

sangre. Su oído finísimo pudo captar incluso la conversación del policía Charlie en el interior del edificio:

- ¡Al diablo, Jug! ¡Deja ya de pensar! ¿Te lo digo otra vez? Mira, el asunto de Mondrick y Chittum es cosa del juez, y a mí no me importa. Ni tampoco me importa lo que hay o no hay en el interior de esa caja. Veinte dólares por noche son veinte dólares...

Y Barbee se estrelló...

Pero no en la acera de cemento, junto a Nick Spivak. Mientras caía se había reunido con su cuerpo y la metamorfosis le resultaba ya menos penosa. Cayó, pues, junto a su cama, en su habitación de Glenhaven, y se puso torpemente en pie.

No era más que un bípedo de lo más común, y medio dormido. Tenía frío y le dolía la cabeza por el golpe que se acababa de dar en el suelo. Quería beber algo, sentía retortijones en el estómago. Sin duda alguna, el doctor Glenn le diría al día siguiente que, simplemente, se había caído de la cama y que la pesadilla había nacido, sencillamente, de un deseo inconsciente de explicar la caída.

CAPÍTULO XV - En el bando humano

La bárbara alegría del sueño se disipó completamente y Barbee se sintió invadido por el horror. Estaba persuadido de que Nick Spivak había muerto realmente y de que yacía destrozado en el camino de cemento que conducía a la Fundación.

Encendió la luz y miró el reloj. Eran las dos y cuarto. Buscó la ropa que había dejado en la silla. La enfermera había debido llevársela. Sólo encontró la bata roja y las zapatillas de fieltro. Temblando, empapado en sudor, se las puso y apretó el timbre para llamar a la enfermera. La señora Hellar tenía una hermosa mata de pelo rubio pálido y una anatomía de luchadora:

- ¿Qué desea, señor Barbee? Suponía que estaría durmiendo.

- Tengo que ver a Glenn - respondió rápidamente.

Ella sonrió amablemente.

- Claro, señor Barbee, pero ¿por qué no se vuelve a acostar mientras que...?

- No es momento para exhibir su técnica para calmar locos. Puede que lo sea y puede que no. Espero que eso sea todo lo que me ocurre. Pero, loco o no, tengo que hablar con Glenn. ¿Dónde duerme...? Tenga cuidado. Se lo advierto. Estoy completamente seguro de que usted sabe manejar a los locos perfectamente, pero creo que mi caso es diferente - la enfermera se había quedado impresionada y Barbee hizo todo lo posible por parecer peligroso -. Estoy seguro de que va usted a echar a correr en cuanto me transforme en una enorme rata negra.

La enfermera palideció y retrocedió tres pasos:

- Lo único que le pido - dijo Barbee - es hablar con Glenn ahora mismo durante cinco minutos. Si molesto, que me lo ponga en cuenta.

- Supongo que tendrá usted algo importante que decirle, porque si no... De todas formas, no seré yo quien le impida hablar con él. Voy a indicarle dónde vive.

- ¡Estupendo!

Se levantó - pues se había puesto a cuatro patas - y la señorita Hellar esperó a que él empezara a andar para ir ella detrás. Debía creer que era realmente capaz de transformarse en rata. Desde la puerta trasera le señaló la casa de Glenn, que estaba completamente a oscuras. La enfermera pareció aliviada cuando se separaron.

Antes de llegar a la casa de Glenn se iluminó una de las ventanas. La enfermera debía haber telefoneado. El psiquiatra abrió personalmente la puerta antes de que Barbee llamara. Glenn parecía más adormilado que nunca.

- ¿Qué sucede, señor Barbee?

- Me ha pasado otra vez - dijo Barbee -. He tenido otro sueño... Pero sé muy bien que es algo más que un simple sueño. Esta vez yo era una serpiente y he matado a Nick Spivak. Quiero que llame usted a la policía. Encontrarán su cadáver en la acera, al pie de la torre de la Fundación. En el piso noveno hay una ventana abierta. Yo mismo le he asesinado.

El psiquiatra parpadeó sus somnolientos ojos castaños y se pasó la mano por la rizada cabellera.

- ¿No quiere llamar a la policía? - insistió Barbee.

- No, no podemos hacer eso.

- ¡Pero Nick ha muerto y era amigo mío!

- Calma, señor Barbee... Si allí no hubiera tal cadáver habríamos molestado a la policía sin motivo. Y si lo hubiera, nos resultaría muy difícil explicarles cómo sabía usted que se había producido esa muerte. Yo soy un riguroso materialista, pero la policía está compuesta de materialistas prácticos.

- O sea ¿que usted cree, realmente, que lo he matado?

- No, señor, en absoluto. Me ha dicho la señorita Hellar que hace apenas unos minutos usted dormía a pierna suelta en su habitación. Sin embargo, entreveo una posibilidad que me permitirá explicarle su sueño.

- ¿Ah, sí? ¿Cuál?

- Fíjese bien. Usted procuraba esclarecer el misterio que rodea la conducta de su viejo amigo Quain y de su compañero de trabajo en el mundo real... Conscientemente no ha llegado usted a ninguna conclusión satisfactoria... Sin embargo, recuerde que el inconsciente es mucho más ingenioso de lo que normalmente se supone... Inconscientemente, señor Barbee, usted ha debido sospechar que esta noche tirarían a Nick Spivak por la ventana en cuestión... Y a poco que su suposición coincida con la realidad, la policía va a descubrir el cadáver y la ventana abierta. Ya se imaginará usted el panorama.

- ¡Absurdo! Estaba a solas con Sam.

- Es lo que yo quería decirle. Conscientemente usted rechaza la idea de que Sam Quain sea un asesino, y la rechaza incluso con un énfasis muy significativo, porque permitiría suponer que; inconscientemente, usted quiere que Sam Quain sea condenado a muerte por asesinato, por ejemplo.

- ¡Imposible! ¡No puedo admitir eso! ¡Qué cosa más diabólica! ¡Es una locura...! Ya le he dicho, doctor, que Sam y Nora Quain son mis más antiguos y mejores amigos. ¡Ya se lo dije, caramba!

- Él y ella, ¿verdad?

- ¡Cállese ya, no me gustan esas insinuaciones!

- Era una simple sugerencia, señor Barbee... Sin embargo, la violencia con que acaba de reaccionar me indica bastante claramente que he tocado un punto sensible. De todas formas, no sirve para nada seguir hablando ahora. Olvidemos todos estos problemas por esta noche y vuelva a la cama.

- Muy bien, doctor, y perdone que le haya molestado... Pero se equivoca de parte a parte en lo que respecta a Nora Quain. Yo, de quien estoy enamorado es de April Bell.

Glenn cerró la puerta con una sonrisa sardónica. Y Barbee, a través de la brillante noche escarchada, bajo las estrellas, llegó al conjunto de edificios oscuros, donde solamente se veían una o dos ventanas iluminadas. Era extraño caminar entre sombras y formas indeterminadas, percibiendo el mundo con los sentidos humanos incapaces de captar sonidos reveladores y los perfumes del sueño.

Los perros del vecindario estaban callados. ¡Qué extraño! Le pareció oír un grito de Rowena Mondrick en el pabellón de los agitados. Pero debió haberse equivocado. Se iluminaron otras ventanas, quién sabe por qué motivos. Llegó al anexo. Glenn era un imbécil o algo peor. Un psiquiatra honesto - Barbee estaba persuadido de ello - nunca

diría cosas así. Sin embargo, se veía obligado a admitir que, en tiempos, había estado enamorado de Nora, antes de que se casara con Sam. Durante el viaje de éste, acaso también hubiera ido a verla con excesiva frecuencia. ¡Pero de ahí a las conclusiones que sacaba Glenn! Entre Nora y él nunca había habido nada que Sam no hubiera podido saber. Barbee no tenía ninguna razón para odiar a Sam.

Con respecto a lo de avisar a la policía, decidió que Glenn tenía razón. Si lo hacía, sería catalogado o de asesino o de loco. Y, sin embargo, tenía que liberarse de la certeza de que Nick Spivak yacía muerto al pie de aquella ventana... Había que hacer algo, pues, como había sugerido Glenn, Sam Quain podía ser acusado de su muerte.

Subió al segundo piso y la señorita Hellar le autorizó de mala gana a usar el teléfono. Llamó a Nora Quain, que respondió al instante, como si hubiera estado esperando una llamada. Su voz parecía asustada.

- ¿Qué sucede, Will?

- ¿Sam tiene teléfono en la Fundación?

- Sí.

- Pues llámale, por favor. ¡Enseguida! ¡Despiértale! Dile que busque a Nick Spivak.

- ¿Por qué, Will?

- Tengo la impresión de que le ha ocurrido algo a Nick y creo que Sam está en peligro. Sí, en grave peligro, porque...

- ¿Y tú cómo lo sabes, Will?

- Rutinas del oficio, Nora. He recibido una información. Sí, es confidencial... ¿De modo que ya estabas enterada?

- Acaba de llamarme Sam. Estaba como loco, Will, completamente horrorizado.

- ¿Y qué era? ¿Qué ha pasado? ¿Y Nick?

- Se ha caído por la ventana... Por la del laboratorio especial, desde el último piso de la Fundación. Dice Sam que se ha matado.

- Sí, eso me ha dicho mi informador. Pero ahora, por favor, avisa a Sam. Sé que está en peligro.

- Pero ¿por qué va a estar en peligro? Sam cree que Nick se durmió y tuvo una crisis de sonambulismo. Ya sabes que le sucedía a veces. Pero Sam no es sonámbulo... ¿Qué es lo que le puede pasar a Sam según tú?

- Sam y Nick estaban solos en la habitación de la torre... Allí tienen algo muy importante dentro de la caja que se han traído del desierto de Gobi. Dos de los hombres que conocían el secreto han muerto ya. Y ahora, las muertes de Mondrick y de Rex Chittum van a parecer sospechosas, pues a ellas se acaba de añadir la de Nick.

- ¡No! - gritó Nora -. ¡No, Will, eso no!

- Pero ¿qué quieres que yo le haga? Así es cómo van a ver las cosas. Conozco muy bien a la policía. Van a pensar que Sam ha matado a Nick a causa de lo que hay en la caja. Se les va a ocurrir esa idea y van a querer averiguar lo que tienen escondido en el cofre. Y no creo que Sam quiera decírselo. Entonces...

- Pero, Will, tú sabes que Sam no ha hecho eso. Es incapaz de hacerlo... Mira, Will... Gracias. Voy a intentar telefonar a Sam inmediatamente, pero te aseguro que él no lo ha hecho.

Colgó.

«Basta por esta noche», se dijo Barbee cuando llegó a su habitación. Esperaba que la loba blanca - o sus propios miedos inconscientes, si es que ella los simbolizaba - le dejaría terminar en paz lo poco que quedaba de la noche.

Pero no logró dormirse. Oía ruidos. Le recordaban el de los huesos de Nick Spivak quebrándose bajo sus anillos de boa. Llamó a la enfermera y le pidió un somnífero. Pero aún no se había dormido cuando escuchó el susurro de la loba blanca.

- Will Barbee, ¿me oyes, Barbee?

- Te oigo, April. Hasta mañana, querida mía.

- ¡No, no! Barbee, tienes que transformarte de nuevo. Nos quedan cosas que hacer.
- No. Ahora no... Hemos asesinado a Nick y a Sam Quain le acusan de haberle matado. Basta por esta noche, ¿no?

- Sí, ha estado muy bien, pero no basta.

- A mí sí me basta. Ya no quiero soñar más esta noche. Y sé que no me entiendes.

- ¿Y tú a mí? Tú sí me entiendes, ¿verdad? Vamos ahora, no puedes equivocarte, Will, porque ya no se trata de sueños. Sé que te transformas más fácilmente cuando estás dormido, pero eso es porque cuando estás despierto predomina en ti lo que tienes de humano. Ahora, por favor, relájate y haz un esfuerzo por escucharme.

- No te escucho, no quiero soñar.

- ¡Que no es un sueño! En la Universidad de Duke, se ha comprobado la existencia de percepciones extrasensoriales como ésta. Y más que descubrirían si trabajasen con más sujetos de nuestra sangre. Sé que me entiendes perfectamente. Yo no me invento nada.

- No quiero oírte.

- Barbee, tienes que oírme... Tienes que transformarte. Tienes que venir conmigo aquí donde yo estoy. ¡Enseguida! Y tienes que tomar la forma más terrible que puedas, ya que vamos a luchar contra un enemigo mucho más peligroso que el pobrecito Spivak.

- ¿Qué enemigo?

- Tu amiga, la viuda ciega. Se supone que a estas horas se halla a buen recaudo en la academia cómica de Glenn, donde su locura no puede molestar a nadie. Pero se ha escapado, Barbee, y está intentando prevenir a Sam Quain.

Barbee sintió como un estremecimiento helado que le recorrió el espinazo. Esta sensación le recordó lo que había sentido cuando la loba blanca la acariciaba el lomo a contrapelo. Pero ahora no era un animal sino un ser humano. Sentía el roce de las sábanas frescas contra su lampiña piel de hombre. Oía los ruidos del hospital amortiguados por su oído romo de hombre vulgar. Oía la respiración de los pacientes, cada uno en su habitación. Oía el taconeo lejano de una enfermera. Sonó un teléfono impaciente por los corredores vacíos. Todo ello era humano y él era un hombre corriente que, además, estaba ya casi absolutamente despierto.

- ¿Y de qué va a prevenir a Sam? ¿Ella qué sabe?

- Ella sabe quién es el Hijo de la Noche.

- ¿Ese a quien tanto temen? ¿El conspirador, asesino, agente secreto o lo que sea de quien iba a hablar Mondrick cuando murió?

- El Mesías que esperamos - dijo el susurro.

- ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

- ¡Vamos, Barbee! ¿De veras no sabes cómo se llama? - le pareció que April iba a echarse a reír.

- Sí, creo adivinar quién es. Debe ser tu querido amigo Troy...

- ¡No, Barbee, no! El Hijo de la Noche no es el señor Troy. Tienes que demostrar que eres digno de saber quién es. Esta misma noche podrías hacerlo. Hay que matar a Rowena Mondrick.

- No puedes obligarme a eso, ¿entiendes? Me da igual estar soñando o despierto. Además, no creo que se haya escapado. La he oído gritar hace un rato. Está encerrada con los agitados y rodeada de enfermeras que no le quitan ojo. No se puede escapar.

- Pues se ha ido... Y está buscando a Sam para prevenirle.

- No lo va a conseguir nunca. ¡Es una pobre vieja loca!

- ¡Pero si no está loca! Por lo menos, no más loca que tantos otros que encierran porque saben demasiado. Las clínicas psiquiátricas, Barbee, son prisiones muy cómodas para encerrar a tales enemigos. Pero tu viudita negra es un enemigo mucho más peligroso que lo que yo suponía. Es de nuestra sangre y tiene algunos poderes que no poseen los humanos.

- ¡Pero es vieja y además está ciega!

- No ve con los ojos porque se los hemos arrancado, pero ha desarrollado otra clase de visión tan aguda que ha podido descubrir quién es el Hijo de la Noche. Además, colaboró con el viejo Mondrick y sabe demasiadas cosas.

- No, no puedo...

- Vamos, Barbee... Toma la forma más terrible que puedas, con garras para atraparla y colmillos para desgarrarle la garganta. Hay que matarla.

- No puedo. Yo ya no juego más a este juego, señorita Bell. No quiero seguir siendo instrumento de vuestras diabólicas conjuras. Se acabó la matanza de mis amigos. No quiero volver a verte.

- En serio, Barb...

Cesó el terrible susurro. Barbee se puso a pasear a grandes zancadas por la habitación y se detuvo a escuchar un ruido muy próximo: un gorgoteo, un gruñido, un gemido y otra vez un gorgoteo, un gruñido, un gemido... Era el viejecito de barba blanca que roncaba. Después se oyó una voz de hombre, mucho más aguda, que gritaba algo en el piso inferior.

Entreabrió la puerta. Otros hombres gritaban. Pero, ¿dónde? También se oían voces excitadas de mujer. Cerraron de golpe la portezuela de un coche. El motor arrancó y luego rugió. Las ruedas chirriaron al girar en dirección a la carretera nacional.

Era verdad que Rowena Mondrick se había evadido. Tuvo la fría y paralizante certeza de que era así. Lo sabía sin acertar por qué. ¿Cómo? El suave doctor Glenn le explicaría que su perturbado inconsciente había interpretado en tal sentido los ruidos ocasionados por su búsqueda y persecución y que los había transformado en una voz de loba blanca que se comunicaba con él a través del espacio.

Se puso las zapatillas de fieltro y la bata roja. Se guardó las llaves y el carnet en el bolsillo. ¿Qué era la realidad? ¿Qué era la ilusión? ¿Cómo definir el peligro que corría Rowena? No se atrevía a creer en la realidad de aquella conversación mantenida en susurros. Pero, al menos por esta vez, él no actuaría al servicio del Hijo de la Noche.

Antes de salir, se volvió sobresaltado para mirar atrás; gracias a Dios, la cama de su habitación quedaba vacía. Aliviado por no dejar ningún despojo humano de sí mismo, avanzó con toda precaución a lo largo del pasillo. No había nadie. Llegó a la escalera trasera. Se detuvo. Escuchó la metálica voz del doctor Bunzel, furioso:

- ¿Qué?

- Sí, doctor - respondió una voz desolada de mujer.

- ¿Y cómo se justifica usted, enfermera?

- De ninguna manera, señor.

- ¿Pero cómo diablos se ha podido escapar?

- No sé, señor.

- Será mejor aclararlo. Estaba encerrada y usted estaba encargada de vigilarla constantemente. Tenía órdenes muy particulares al respecto. Usted sabía que quería escaparse... ¿Es que ha atravesado la pared?

- Creo que sí, doctor.

- ¡Qué dice usted!

- Quiero decir, doctor, que no sé cómo ha podido fugarse.

- Cuénteme lo que ha sucedido.

- ¡Pobre señora Mondrick...! Estaba excitadísima. Debía encontrarse muy mal y a cosa de las doce se puso a chillar. Quería que yo fuese a ver al señor Quain.

- ¿Y entonces qué pasó?

- Entonces los perros empezaron a ladrar. Serían las doce aproximadamente y la pobre señora se puso a gritar sin parar... El doctor Glenn había ordenado que le pusiéramos una inyección en caso de necesidad. Consideré que había llegado el momento y fui a preparársela. Cuando volví ya se había marchado.

- ¿Y por qué no nos ha informado antes?

- Porque estuve registrando toda la sala, doctor.
- Mire, he organizado una persecución sistemática. La señora Mondrick está muy trastornada y tengo miedo de lo que pueda hacer.
- Si, doctor, estaba muy agitada.
- Haga correr la voz de que no alarmen a los demás enfermos. Y ni una sola palabra fuera de la clínica, ¿entendido? Sería una triste publicidad. Hay que encontrar a esa mujer.

Las voces se alejaron y Barbee no oyó lo que le contestaba la enfermera. Bajó las escaleras en silencio, espionando los corredores iluminados, y salió por la puerta trasera.

Ahora sabía qué hacer y le animaba una fría resolución. Rowena Mondrick se había escapado realmente como le había dicho la loba. Pero esta vez él no galoparía con la hueste infernal. No quería acorralar y dar caza a la pobre anciana. Había vencido a la llamada del mal. ¿Dónde estaba ahora su inconsciente enfermo?

De todas formas, él estaba bien despierto y con su verdadera forma humana. Sabía el peligro que corría Rowena. Tenía que vérselas con los astutos asesinos que ya habían matado a su marido mediante el gatito negro, a Rex Chittum en el Monte Sardis y a Nick Spivack arrojándole desde lo alto de la torre de la Fundación. Pero esta vez él no sería ningún instrumento dócil en manos de April Bell y de sus desconocidos cómplices los Brujos...

Y acaso no fueran sino crímenes vulgares...

Aún desconocía las reglas de aquel extraño juego, lo que allí se ventilaba, y quiénes eran los jugadores. Ahora era un peón que se había rebelado y tenía la intención de jugar hasta el fin, pero en el bando humano.

CAPÍTULO XVI - La forma más terrible

Jadeante en la noche helada, tiritando bajo la roja bata de algodón, Barbee encontró su coche donde lo había dejado, tras el edificio principal de Glenhaven. Tomó las llaves y puso en marcha el motor, haciendo el menor ruido posible. De repente, se encendió un proyector y, en el mismo momento en que iba a dar marcha atrás sobre la grava, un robusto celador de arrugado uniforme blanco salió corriendo y le gritó que se detuviera.

Pero Barbee no se detuvo. Dejó que el coche siguiera su marcha. Giró el volante para no atropellar al mozo del asilo y derrapó ruidosamente al torcer hacia la carretera nacional. A menudo, miraba angustiado por el retrovisor y redujo la velocidad al máximo que se atrevió. Dio incluso media vuelta y tomó la carretera nueva, paralela al río, para mejor observar la persecución de la anciana ciega.

Le daba miedo conducir tan despacio y, sin embargo, tendría que encontrarla antes que los guardianes de Glenhaven la fueran acorralando hacia el pabellón de los agitados. O antes de que la matara una mano desconocida surgida del país de las pesadillas.

Con ojos fatigados escudriñó la noche, manteniendo siempre la velocidad del vehículo. A lo lejos, se veían los faroles de la carretera del Oeste, pero en la que bordeaba el río no se veía ningún vehículo. Vio los ojos fosforescentes de un animal que no llegó a identificar, pero eso fue todo. Llegó hasta el puente que cruzaba la Ensenada de los Gamos, a unos tres kilómetros de Glenhaven, precisamente donde había estado a punto de matarse cuando iba a ver a Rowena por primera vez después de la muerte del profesor. Pero no era posible que, ciega y sin guía, hubiera llegado tan lejos. Seguramente, era más ciega de lo que suponía la loba blanca.

En aquel momento la vio, precisamente al lado del puente, alta, angulosa y desgarrada, caminando febrilmente. Apenas se la veía, pues iba vestida de negro. Dio un brusco frenazo, horrorizado, pues había estado a punto de atropellarla, pero afortunadamente se detuvo a tiempo.

La anciana estaba salvada. Respiró aliviado, mientras avanzaba lentamente detrás de ella. Todavía pendía sobre ella un peligro monstruoso y era el momento de acudir en su ayuda. Aún podía desbaratar los proyectos del misterioso Hijo de la Noche. Iba a detener el coche a unos diez metros detrás de ella cuando, por el retrovisor, distinguió unos faros que tomaban la carretera nacional. Pero supuso que aún tendría tiempo.

La recogería en su coche y la conduciría directamente a la Fundación, donde la dejaría al cuidado de Sam Quain. Esta decisión le reafirmó, le dio nuevas esperanzas y disipó las sombras del terror.

Estaba seguro de que bastaría un gesto de esta índole para acallar las absurdas sospechas de Rowena y de Sam. Más aún, Rowena había sido la íntima colaboradora de Mondrick hasta hacía poco y acaso tuviera realmente algo que decir a Sam Quain. Tal vez, pudiera incluso aclararle a Barbee lo que le estaba pasando, y aun identificar al Hijo de la Noche.

La mujer descarnada y negra debió escuchar el chirrido del frenazo, pues emprendió la huida ante el abanico luminoso de los faros. Tropezó con el estribo del puente y cayó de rodillas. Se estaba levantando cuando Barbee abrió la portezuela y la llamó:

- Rowena, espere. La voy a ayudar... Suba a mi coche. La llevaré con Sam Quain.

La mujer se volvió hacia él, rígida e indecisa:

- Gracias, señor. Pero ¿quién es usted?

- Estoy dispuesto a hacer por usted lo que sea, Rowena. Soy Will Barbee.

Debió reconocer la voz, pues antes de que él hubiera pronunciado su nombre lanzó un grito de terror irracional. Retrocedió, volvió a tropezar y echó a correr por el puente.

Barbee tomó el volante y permaneció un instante sorprendido y sin saber qué hacer. En el espejo retrovisor cada vez se veían más próximos los faros que llegaban. Sólo disponía de algunos segundos más, y sabía que sin su ayuda, Rowena nunca llegaría hasta Sam Quain. Cambió de velocidad, pisó el acelerador... y quedó consternado.

Ante él estaba la loba blanca.

Sabía muy bien que el hermoso animal no debería encontrarse allí, pues tenía la certeza de que ahora no estaba soñando. Se sabía perfectamente despierto. Delante de sí, sus delgadas manos velludas, indudablemente, manos de hombre. Sin embargo, la loba blanca era más real que las sombras negras y las formas fugitivas que le rodeaban, y mucho más fácil de distinguir.

Había surgido de la penumbra con un salto ágil y gracioso y ahora se mantenía en medio de la calzada. La luz jugaba en su claro pelaje y hacía brillar sus verdes pupilas. Seguramente que la luz le hacía daño pero no por ello dejaba de sonreír, mirándole con la lengua colgando.

Pisó el freno con toda su alma, pero ya no era posible parar el coche. Tampoco tuvo tiempo de preguntarse si la loba era real o sólo un fantasma absurdo de su delirium tremens. Se le echó encima y, automáticamente, por reflejo, giró para evitarla.

El guardabarros fue a estrellarse contra el pretil del puente. El volante salió disparado hacia atrás y le golpeó el pecho con gran fuerza. Debió darse un buen cabezazo contra el parabrisas. Después oyó el chirriar de ruedas, ruido de metal, tintineo de cristales rotos y todo quedó en silencio bajo la noche helada.

El golpe le había producido un chichón en la frente y debía haberle dejado aturdido durante unos segundos... El coche había quedado atravesado en el puente. El motor se había detenido, pero el faro de la derecha aún seguía alumbrando. Olía a goma quemada y a gasolina. Estaba despierto, sí, despierto, y había desaparecido la alucinación de que había sido objeto.

- ¡Buen trabajo, Barbee! - dijo la loba blanca en ese preciso momento -. Sin embargo, nunca hubiera creído que ésta era tu forma más terrible...

Sí, allí estaba, fuera de la zona iluminada por el faro, inclinada sobre una forma oscura.

- ¿Qué? - el horror le ahogaba -. ¿Qué?

La loba blanca saltó ligera por encima de la forma inmóvil del suelo, trotó hasta el coche. En sus grandes ojos se leía una alegría triunfal. Le sonrió lamiéndose las manchas rojas que tenía en la piel y las garras.

- Buen trabajo, Barbee. Presentí el encadenamiento cuando te llamé hace un rato. Imagínate la escena: una ciega caminando por la carretera y demasiado angustiada para fijarse en el ruido de los coches. Además, vestida de negro y de noche. Existía una gran probabilidad de muerte, casi una certeza. Nosotros no hemos hecho más que aprovechar hábilmente esta probabilidad. Supongo que la forma que has tomado era la más terrible para ella. Si no, no te habría reconocido. Con el golpe se le rompió el hilo del collar y perdió las perlas de plata. No creo que ahora revele a Sam Quain el verdadero nombre del Hijo de la Noche.

De pronto, la loba blanca irguió las finas orejas a fin de escuchar mejor.

- Cuidado, Barbee, ya llegan. Son los estúpidos empleados de Glenhaven... Será mejor marcharse. ¡Vámonos! Y deja a la viuda negra donde está.

- ¡Está muerta! - exclamó Barbee -. ¿Pero qué me has hecho hacer?

- Ni más ni menos que cumplir con tu deber. No olvides que estamos en guerra contra la humanidad y contra sus aliados híbridos, como tu viuda negra, que intentan servirse del poder que les da nuestra sangre para combatir a nuestra especie. Te has convencido, Barbee; ahora sé que estás con nosotros de todo corazón... ¡Vamos, en marcha, antes que te encuentren a ti!

Y se perdió en la noche.

Barbee se quedó inmóvil, embobado, jadeante. Pero los faros del coche que se acercaba se volvieron a reflejar en el retrovisor. Tenía que reaccionar. Salió del coche y se inclinó sobre la forma inanimada. La sangre aún caliente le manchó las manos. Los negros ropajes de la viuda habían sido desgarrados por los dientes de la loba. De repente, Barbee se sintió enfermo, con náuseas. El cadáver le pesaba demasiado en los brazos. Volvió a depositarlo delicadamente en el pavimento. No podía hacer otra cosa. El otro coche se estaba acercando ya al puente.

- ¡Arranca, Barbee! - oyó la voz de la loba en el viento -. Esos estúpidos de Glenhaven no entienden nada de la manipulación mental de la probabilidad. Será mejor que no te encuentren junto al cadáver de la viuda... ¡Vamos! Ven a verme a las Arms of Troy. ¡Brindaremos a la salud del Hijo de la Noche!

Quizá sólo era el miedo quien le susurraba estas palabras al oído, o, tal vez, su inconsciente se expresaba por medio de aquellos símbolos, o, acaso, fuera algo mucho más espantoso. Pero no tenía tiempo de reflexionar sobre tan siniestros enigmas, ya que los faros del coche que le perseguía se le echaban encima.

Rowena Mondrick yacía muerta bajo las ruedas de su coche... Tenía las manos literalmente embadurnadas de sangre. Las enfermeras de Glenhaven jurarían que le tenía un miedo terrible. Y él no podía declarar ante un jurado que quien había matado a Rowena Mondrick había sido una loba blanca.

Tuvo un acceso de pánico. Cegado por los faros, saltó al coche y lo puso en marcha. El motor rugió pero, al pretender dar marcha atrás, las ruedas no respondieron. Volvió a apearse: el guardabarros doblado impedía el movimiento de la rueda izquierda.

Enloquecido de pavor, se subió al parachoques y tiró del guardabarros con todas sus fuerzas. Las manos mojadas se le escurrían. Se las secó y volvió a tirar hasta que el metal cedió. El otro coche frenó a su lado.

- Vaya, señor Barbee - era la voz del doctor Bunzel -, veo que ha sufrido un pequeño accidente.

La rueda podía girar y volvió a sentarse al volante.

- No tan de prisa, señor Barbee. Mientras esté internado en Glenhaven tiene usted derecho a toda clase de atenciones, pero debería saber que no puede usted salir así, en plena noche, sin autorización del doctor Glenn. Me parece que tiene que...

No oyó el resto. Dio marcha atrás y aceleró. Se oyó un ruido de metal y cristales rotos. Del choque se apagaron los faros del otro coche.

- ¡Deténgase, Barbee, deténgase!

Pero Barbee no se detuvo. Sintió que las ruedas patinaban sobre una sustancia resbaladiza y estuvo a punto de chocar contra el otro pretil del puente. Por fin enderezó el vehículo y partió. Ya no vio faros detrás de él. El doctor Bunzel tardaría por lo menos media hora hasta llegar a Glenhaven y telefonar. Barbee estaba seguro de que, al amanecer, la policía buscaría a un loco del volante, con bata roja de la clínica psiquiátrica conduciendo un descapotable manchado de sangre.

A la luz de su único faro, la loba blanca no se veía por ningún sitio...

Se la imaginó sonriendo entre las sombras. Sus ojos verdes le obsesionaban. Recordaba claramente que le había citado en su apartamento para brindar por el Hijo de la Noche. Sentía un terror lívido que le impulsaba hacia April Bell. Tal vez hoy pudiera verdaderamente ayudarle. No hacía mucho que le había invitado a café. Redujo la velocidad para torcer por la calle donde ella habitaba cuando, en su imaginación, la exótica sonrisa de la preciosa pelirroja se trocó en una mueca sanguinaria de lobo. Se estremeció y siguió en línea recta.

No sabía dónde ir. Su cerebro estaba como enmohecido y se negaba a funcionar. Dio la vuelta, salió de la carretera del río y tomó una calle adyacente y vacía. Paró en un estacionamiento invadido por la hierba. El sol apuntaba por el este y el viento frío le pegaba al pecho la bata de algodón.

El amanecer no le hacía ningún daño, pero revelaba su guardabarros abollado y la policía no pasaría por alto un indicio tan evidente.

Volvió a arrancar, tiritando, y tomó de nuevo la carretera del río, desviándose luego por las calles más vacías del distrito de la Universidad. En cierto momento, vio unos faros por el retrovisor, pero no se atrevió a acelerar ni a tomar otra calle. Sollozó de alivio cuando el otro coche se paró y se apagaron sus faros.

Esta vez detuvo el coche junto a una serrería, a unos ochocientos metros del campus. Cogió una llave inglesa, desatornilló el tapón del radiador y sacó una cantidad suficiente de agua caliente, mezclada con anticongelante, para lavarse la sangre seca que aún tenía en las manos. Dejó allí el coche y se dirigió con paso vacilante al bungalow de los Quain.

Vio venir a un vendedor de periódicos en bicicleta, y estuvo a punto de huir. Pero se armó de valor, tomó aliento, buscó una moneda en el bolsillo y se dirigió hacia él haciendo todo lo posible por parecer un vecino madrugador y somnoliento.

- ¿La Estrella, señor?

- Sí, y quédese con la vuelta.

El vendedor le dio el periódico, tiró otro delante de la puerta cerrada de la casa de enfrente y se marchó pedaleando. Pero Barbee observó que el otro se había fijado muy significativamente en la bata del hospital y las zapatillas de fieltro. Sin darse la vuelta, para no mostrar la fatídica inscripción de Glenhaven en la espalda, abrió el periódico y se puso a leerlo fingiendo naturalidad. Pero otra vez se volvió a quedar sin aliento, como si le hubieran dado un mazazo:

LA MALDICIÓN PREHISTÓRICA (O QUIZÁS UN VULGAR ASESINO) COBRA UNA TERCERA VÍCTIMA

Nicholas Spivak, de treinta y un años, antropólogo de la Fundación de Investigaciones Humanas, ha sido descubierto sin vida esta mañana, al pie de la ventana abierta del piso noveno de la Fundación, sita en la Ciudad Universitaria de Clarendon. El cuerpo fue descubierto por los guardias especiales contratados por la Fundación tras haber fallecido súbitamente otros dos científicos del mencionado Centro.

¿Se ha abatido realmente una maldición prehistórica sobre los miembros de la expedición recientemente enviada a Asia para efectuar excavaciones en ciertas tumbas? Los miembros supervivientes de la expedición han denegado los rumores existentes según los cuales habrían traído alguna reliquia sensacional de la cuna de la Humanidad, convertida hoy en el desierto de Ala-Shan, pero la muerte de Spivak eleva a tres, en una semana, el número de víctimas.

Recuérdese que el doctor Mondrick, jefe de la expedición, cayó muerto al pie del avión, en el aeropuerto municipal, el pasado lunes. Rex Chittum, el miembro más joven de la citada expedición, falleció en accidente de coche en el Monte Sardis, la noche del jueves.

La policía busca a Samuel Quain, otro miembro de la Fundación, para interrogarle con respecto a las circunstancias que concurrieron en el trágico fin de Spivak. El jefe de policía, Oscar Shay, así como el sheriff T.E. Parker, afirman que su testimonio permitirá esclarecer la extraña coincidencia de estos fallecimientos.

Los señores Shay y Parker se han tomado a broma la hipótesis de una maldición prehistórica, dando a entender que la caja de madera pintada de verde, que trajeron los exploradores, contiene sin duda una explicación más prosaica de estos tres accidentes.

Parece ser que Quain se encontraba a solas con Spivak en la habitación de la torre desde cuya ventana, según han comprobado los señores Shay y Parker, se precipitó la víctima...

El periódico se le cayó de las manos. Recordó lo que había insinuado el doctor Glenn. ¡Qué diabólica sugerencia! Sam Quain no podía haber asesinado a nadie. ¡Era inconcebible!

Sin embargo, allí tenía que haber un asesino.

Contando a Rowena Mondrick, ya eran cuatro las víctimas. Eran muchas coincidencias. Bajo el contradictorio entramado de esos enigmas parecía advertirse la acción de un poderoso cerebro que trabajaba en las sombras para provocar falsos accidentes. El Hijo de la Noche... si es que tal nombre tenía algún sentido.

¿Pero quién era? No quería preguntárselo. Tiritaba bajo los primeros rayos del sol y apretó el paso por las calles tranquilas en dirección a la casa de Sam Quain. Procuraba ir dando la sensación, a los escasos transeúntes, de que pasearse en bata roja a esas horas era lo más natural del mundo.

El frío otoño olía a humo. El mundo, tal y como lo aceptaba en aquellos momentos, le parecía perfectamente normal y creíble. Pasó un camión de leche. Una mujer con pijama amarillo canario entreabrió una puerta y recogió el periódico. Un hombre con mono azul y cartera de mano, sin duda un obrero de la construcción que esperaba el autobús en la parada de la esquina, sonrió amablemente a Barbee.

El corazón le dio un vuelco cuando oyó elevarse el sonido de una sirena en la calma de la mañana. Un coche de la policía iba hacia él. Le temblaron las piernas y se le cortó la respiración. Con el alma en vilo, siguió andando con cara impasible. A cada momento esperaba ser interpelado por una voz helada. Pero el coche no se detuvo.

Se apresuró aún más. La policía debía haber dado la alarma por radio y transmitido la orden de detenerle. Por fin, llegó a Pine Street, pero se paró en seco al ver ante la puerta de la blanca casita de Quain un enorme coche negro. ¿Sería la policía? ¡No! El coche negro llevaba el distintivo de la Fundación. En medio de su propia desgracia, había olvidado que también buscaban a Sam Quain. Debería estar esperando, al lado de su familia, que el peso de la ley cayera sobre él.

Barbee volvió a sentir esperanza. Ahora que los dos estaban embarcados en la misma nave, Sam Quain se dignaría hablar con él. Tal vez ahora, aliados, consiguieran romper la red en que ambos se hallaban aprisionados. Llamó a la puerta.

Nora abrió inmediatamente. Estaba pálida. En la cara se le notaba que había llorado mucho. No. Sam no estaba allí.

- ¡Will! ¡En qué estado vienes! Pasa a la cocina, voy a hacerte café.

- Gracias, Nora... ¿Sam no está? Tengo que hablarle.

- No. No está aquí.

- He visto el coche de la Fundación y creí que estaría aquí. No, no quisiera ser indiscreto. Sencillamente esperaba que Sam estuviera aquí... Yo también tengo problemas y creí que podríamos ayudarnos mutuamente. Por favor, ¿me das café?

Tembló al pasar por delante de la puerta del despacho de Sam, donde casi le había matado aquella cosa horrible que estaba oculta en el cofre verde. Sus narices humanas ya no captaban el mortal olor dulzón. Por otra parte, la caja ya no estaba allí. Se dio cuenta de que, poco a poco, Nora iba volviendo a confiar en él.

- Pat está durmiendo - dijo ella -. Creí que se iba a despertar cuando vino la policía. Han estado aquí más de dos horas seguidas... Pero no te preocupes, Will; no les he dicho lo de tu llamada.

- Gracias, Nora... No creo que tenga ninguna importancia. La policía me busca por algo mucho más grave.

Nora no le preguntó nada. Le invitó a sentarse con un gesto y le sirvió café caliente.

- Rowena Mondrick ha muerto.

- ¿Cómo? - exclamó Nora abriendo los ojos.

- Se escapó de Glenhaven y la han encontrado muerta en el puente de la Ensenada de los Gamos. La policía cree que he sido yo el que la ha atropellado, pero yo no he sido... ¡Yo sé que no he sido...!

- Hablas igual que Sam. Tenía tanto miedo, que no comprendía nada ni sabía qué hacer... Yo creo que detrás de todo esto se esconde algo horroroso, y que tú, al igual que Sam, no eres más que una víctima inocente. ¿Tú crees que puedes ayudarlo?

- Creo que los dos podemos ayudarnos el uno al otro, Nora.

Barbee se quedó con la cucharilla en el aire al escuchar otra sirena. Nora frunció el ceño y se levantó a escuchar si se despertaba Pat. Luego le sirvió más café. Por fin la sirena se alejó por otras calles.

- Te voy a hablar de Sam - comenzó Nora -. Necesita ayuda, necesita que alguien le ayude urgentemente.

- Yo haré todo lo que pueda. ¿Dónde está?

- En realidad, no lo sé... No ha confiado en mí; no me lo ha dicho. De verdad que es terrible. Tengo miedo de no volver a verle nunca más...

- ¿Puedes decirme qué es lo que ha ocurrido?

- Pues mira, le llamé inmediatamente después de hablar contigo. Le dije que le buscaba la policía para explicar la muerte de Nick... Cuando se lo dije, me contestó con una voz muy rara. Quería saber por qué estabas tú al tanto. ¿Cómo lo sabías tú, Will?

- Mis contactos habituales - dijo Will bajando los ojos -. No puedo darte los nombres de los informadores... ¿Y qué más ha dicho?

- Dijo que tenía que marcharse. Y que no me podía decir dónde. Le rogué que pasara antes por casa, pero no tenía tiempo. Le pregunté por qué no le contaba todo a la policía y me dijo que porque no le creerían. Dijo que sus enemigos le habían comprometido con tal habilidad... ¿Quiénes son los enemigos de Sam, Will?

Barbee se limitó a negar con la cabeza.

- Es una terrible conjura, Will, ¿lo sabes? La policía me ha enseñado algunas de las pruebas que tienen contra él, para hacerme hablar... Me han dicho que... ¡Pero yo no puedo creerlo!

- ¿Qué clase de pruebas, Nora?

- Existe un papel, un papel amarillo. Escrito por Nick. Es su letra, o una imitación muy bien hecha. Nick dice en el escrito que, al volver de Asia, se habían peleado por culpa del tesoro que traían en la caja. Sam quería apoderarse de él y trató de que Nick le ayudara a conseguirlo... Eso es lo que está escrito en el papel... También dice que Sam le dio al

doctor Mondrick una sobredosis de la medicina que tomaba para el corazón, pues quería impedir que el profesor pusiera el tesoro en el Museo de la Fundación. Que Sam preparó el coche para que Rex se matara en el Monte Sardis... Y, por último, que Nick tenía miedo de que Sam le matara porque conocía el secreto de los asesinatos. Y la policía cree que Sam es el culpable de todo. Creen firmemente que Nick escribió esa carta. Han encontrado una silla rota y manchas de sangre junto a la ventana del laboratorio. Están convencidos de que Sam mató a Nick y luego le tiró por la ventana. Pero tú sabes tan bien como yo que Nick era sonámbulo... ¿Te acuerdas?

Barbee afirmó con la cabeza.

- Me acuerdo perfectamente, y no creo que Nick haya escrito esa carta.

Debió escribirla la loba blanca cuando se subió a la mesa y cogió el lápiz entre las patas, mientras la serpiente arrastraba el cuerpo de Nick hacia la ventana. ¡Pero aquello era un locura!

- Entonces, ¿Sam no ha venido por aquí?

Nora movió la cabeza negativamente. Después se dio cuenta que, a través de la ventana, Barbee había estado viendo el coche de la Fundación aparcado frente a la puerta.

- El coche lo mandó traer Sam de la Fundación para reemplazar al nuestro, que había quedado destrozado. Fíjate, cuando se lo llevó Rex, me dijo Sam por teléfono que creía que el enemigo no reconocería nuestro coche. Pero mira si lo reconoció.

- ¿Y no sabes lo que ha hecho Sam?

- No. Sólo que se ha ido... No sé dónde. Ha dicho algo relacionado con que el doctor Mondrick, Rex y Nick le han dejado un terrible trabajo por hacer. No ha querido decirme en qué consistía. Le dije que se llevara este coche, pero me contestó que no tenía tiempo para pasar por casa y que cogería la furgoneta de la Fundación. No me ha dicho dónde iba... Will, Will ¿qué podemos hacer nosotros para ayudarlo?

- Lo primero que tenemos que hacer es encontrarle... Y me parece que sé dónde está... Creo que puedo encontrarlo. Teniendo en cuenta que él sabe que de aquí a las doce todos los agentes de cuatro estados le van a estar buscando, me parece que sé dónde habrá ido a refugiarse.

- ¿Dónde está?

- Bueno, es sólo una idea que tengo, Nora... Tal vez me equivoque, aunque no lo creo. Pero, aunque no me equivoque, es mejor que tú no lo sepas. Porque me imagino que la policía volverá por aquí buscándonos a Sam y a mí.

- La policía... ¿pero no te seguirán?

- ¡Claro que no, Nora...! Tomaré mis precauciones. Corro el mismo peligro que Sam. ¿Sabes qué vas a hacer, Nora? Me vas a dar varias cosas que pueden hacerme falta: ropa, botas, un saco de dormir, una sartén, provisiones, un rifle... ¿Tienes aquí el equipo que trajo Sam de la expedición?

- Sí.

- Además voy a necesitar el coche.

- Coge todo lo que necesites. Y déjame escribirle algo.

- Sí, pero date prisa. La policía va sobre mis pasos. No tengo la menor idea de lo que se esconde detrás de todo esto. Pero me parece que es todavía peor de lo que parece, y lo que parece no es nada agradable. Tenemos que ayudar a Sam, pero no sólo por él, sino porque Sam es nuestra única esperanza contra algo que es mucho peor de lo que todo el mundo se imagina.

- Lo sé, Will... Sam no quiso decírmelo ni siquiera después de aquella noche terrible en que alguien o algo asesinó al perrito de Pat. Yo le veía angustiadísimo. Desde que llegó el avión he notado claramente que algo no iba bien. Hay algo que nos acecha, invisible y lejos de nuestro alcance, tan horrible que no tiene nombre.

«Sí - pensaba Barbee -. Sí tiene nombre: El Hijo de la Noche.»

CAPÍTULO XVII - No completamente humano

Con el oído al acecho, Barbee pasó al cuarto de baño, donde cambió la bata por una chaqueta y un pantalón caqui. Los zapatos de Sam le estaban demasiado grandes y tuvo que ponerse primero dos pares de calcetines de lana. Mientras, Nora había preparado mantas, el saco de dormir, provisiones y útiles. Hizo con todo un enorme paquete y se puso a escribir a Sam.

- No digas a la policía que me has visto - le recomendó Barbee en tono duro -. No les digas nada... Ni siquiera sabemos si no están trabajando para los enemigos de Sam.

- No, no diré nada, pero ayúdale, Will. Hasta la vista.

- Hasta la vista.

En la calle no había nadie. Metió el fardo en la parte trasera del coche. Ella se retiró sin más palabras y Barbee le dijo adiós con la mano, sonriendo como si supiera que todo se iba a arreglar. Bajó lentamente por Pine Street. Volvió a oír otra sirena detrás de él, pero continuó lentamente y no hubo ningún contratiempo. Atravesó la ciudad. Enfiló hacia el oeste y luego torció hacia el norte por una carretera de tierra apisonada que partía rumbo a la montaña.

Mientras conducía pudo analizar la intuición que había tenido de que encontraría - y dónde - a Sam Quain. Quain era hombre de espacios abiertos y había soportado condiciones muy duras en cuatro continentes. Como esperaba que la policía hiciera un llamamiento para buscarle, había muchas posibilidades de que hubiera decidido echarse al monte. Ahora bien, Sam había pasado su infancia en una granja de estas montañas. Quain debía haber cargado con la caja, y la tal caja era muy pesada, de modo que no podría llegar muy lejos... Sin ayuda de nadie más, Sam no podría llevarla mucho tiempo. Por lo tanto, tenía que haber buscado un refugio bien disimulado, al que se pudiera llegar en coche.

Barbee sabía dónde.

Quizás hubiese algún error en su razonamiento, pero no importaba. Era una de esas intuiciones que nunca fallaban... Sabía muy bien dónde se había refugiado Sam.

Fue en la cocina de Nora donde había visto como en una imagen proyectada, el sitio donde estaba Sam. Recordó aquella navidad en que los tres, Rex, Sam y él, se habían dedicado a montar a caballo. Un día subieron por una senda que serpenteaba por la montaña hasta un aserradero abandonado, y desde allí Sam les había señalado, negra sobre el acantilado rojo de Laurel Canyon, la oscura entrada a una gruta india.

Barbee sabía que Sam se había escondido allí. La cueva estaba alejada de las carreteras principales y se podía llegar a ella en coche. Éste era fácil de ocultar allí, pues había espesura y ni siquiera con aviones lo podrían descubrir. También había madera, agua y cobijo, y se podía esconder la preciosa caja en la gruta, que era una fortaleza natural y segura. Sam estaba allí...

Hizo dos paradas de una hora: ni rastro de persecución. Sin embargo, en la hierba, se veían señales de ruedas que testimoniaban que Sam Quain había pasado por allí antes que él.

Llegó al Cañón del Oso al mediodía. Al entrar la mañana había subido la temperatura, pero luego el sol se había ocultado tras unas nubes pesadas y se levantó un viento del sur que anunciaba lluvia.

Bajo el acantilado que se alzaba por encima de Laurel Canyon, la furgoneta estaba tan sabiamente camuflada que Barbee casi chocó con ella. Dejó el coche a su lado, igualmente disimulado, y comenzó a subir con el fardo a la espalda.

Caminaba sin ocultarse a la vista del enemigo. Conocía a Sam Quain y sabía que acercarse a escondidas podía costarle la vida.

- ¡Sam! - gritó -. ¡Sam, soy Barbee! ¡Traigo provisiones!

El fugitivo salió, con gran alivio por su parte, de un chaparral cercano. Quain estaba bronceado y pálido a la vez. Parecía agotado. Pero su manaza empuñaba una pistola que daba miedo. También lo daba el sonido de su voz:

- Barbee, ¿qué diablos vienes a hacer aquí?

- Te traigo cosas que necesitas... No te preocupes, he escondido el coche y no me ha seguido nadie. Nora me ha dado una carta para ti.

Pero no consiguió apaciguar a Sam.

- Debería matarte, Barbee - le dijo con voz dura y extraña -. Hace tiempo que debería haberte matado. Debería haberlo hecho el doctor Mondrick, pero supongo que no eres del todo perverso. Tu llamada a Nora me ha salvado de la policía, y desde luego, necesito lo que me traes.

Barbee siguió trepando con las manos en alto, hasta que el revólver le obligó a detenerse.

- Sam, ¿es que no te vas a fiar de mi ahora...? Quiero ayudarte. Sólo quiero que me expliques qué pasa. Ayer ingresé en Glenhaven. Creí que me iba a volver loco. Tal vez ya lo esté... Pero me parece que aquí hay algo más...

- Sí, claro que hay algo más. Y mucho más también.

Pasaban nubes negras. El viento del sur que soplaba por Laurel Canyon se volvió de repente frío y húmedo.

Los truenos retumbaban allí arriba, en el farallón. Las primeras gotas, enormes, se estrellaron contra las rocas rojas y se deslizaron por el rostro de los hombres.

- Vamos, coge las cosas. Lee la carta de Nora y déjame ayudarte.

- Ven, resguárdate de la lluvia. No sé lo que tú sabrás de todo esto ni de qué eres culpable en estos asuntos de brujería. No sé hasta qué punto se puede uno fiar de ti. De todas formas no creo que, por contarte lo que yo sé, se agraven más las cosas.

Desde el exterior, la gruta resultaba invisible, excepto por las señales de humo que la delataban. Sam indicó el camino con la punta del arma. Esperó a que Barbee le adelantara, doblado bajo el peso del fardo. Fueron ascendiendo por unos escalones casi borrados que antaño habían sido tallados en una chimenea abierta por las torrenteras. Allí, un manco podría haber tenido en jaque a un batallón entero.

La gruta era una fisura horizontal labrada por el tiempo entre dos estratos de gres muy resistentes, y se abría justo encima de la escalera. El techo estaba negro de humo. ¿Desde hacía cuántos siglos? En el fondo más recóndito de la cueva, donde el techo se unía casi al suelo, Barbee vio la caja de madera cuyo contenido procedía de ciertos túmulos funerarios de Asia. Dejó caer su fardo sin quitar ojo del cofre.

- Espera - dijo Quain -, tengo que comer.

En cuanto recuperó la respiración, Barbee deshizo el paquete. Hizo café en un infiernillo, frió tocino y abrió una lata de judías blancas. Quain comió y bebió con avidez, utilizando una piedra plana como mesa. En todo momento se mantuvo entre Barbee y el cofre, con la pistola al alcance de la mano, mirando alternativamente a Barbee y al trozo del camino de Laurel Canyon que se divisaba desde allí.

Barbee esperaba impaciente, mientras Sam comía y la tormenta arreciaba. Las nubes bajaron a las cumbres. Cayó un rayo y el trueno repercutió en la estrecha garganta. El viento introducía en la gruta gotas heladas. El terrible aguacero iba a anegar todos los caminos. Por fin, Sam limpió el plato de aluminio y Barbee le rogó:

- ¡Venga, Sam, cuenta!

- ¿Quieres saber, verdad? - repuso Sam -. Lo que te voy a contar te va a dejar horrorizado. El mundo se te va a transformar en un cúmulo de horrores. Cuando lo sepas, sospecharás de todos tus amigos, si eres tan inocente como dices. Hasta puedes matarte.

- Quiero saberlo - dijo Barbee.

- Tú mismo vas a tu propia destrucción... ¿Te acuerdas de lo que estaba diciendo el doctor Mondrick el lunes por la noche cuando fue asesinado?

- ¿Así que el doctor Mondrick fue asesinado? ¿Y el arma del crimen fue un gatito negro estrangulado?

- ¿Cómo sabes tú eso?

- Yo vi al gato - explicó Barbee -, y otras muchas cosas que ocurrieron por el estilo. Cosas que no he comprendido y que casi hacen que me vuelva loco - muy a su pesar, dirigió la vista a la caja de madera que estaba detrás de Sam. El candado de combinación brillaba como si realmente estuviera forrado de plata -. Sí, me acuerdo de las últimas palabras del doctor Mondrick. Decía algo así como: Hace ya varios miles de años...

- Sí, desde que los hombres vivían de aquel modo. Era una época de pesadilla. Y la pesadilla aún se refleja en todas las mitologías y supersticiones de todos los países, así como en los sueños secretos de todos los hombres. Tienes que saber que aquellos lejanos antepasados eran perseguidos y acosados por otra especie más antigua, semihumana, que el doctor Mondrick llamó Homo lycanthropus.

- El hombre-lobo.

- El hombre-lobo - repitió Sam Quain -. El doctor Mondrick les dio ese nombre a causa de ciertas características óseas, craneales, dentales, que, por otra parte, se ven todos los días en la vida normal... El nombre que mejor les cuadraría sería el de hombres-brujo...

Por delante de la entrada de la cueva caía el agua como una cascada amarillenta. Quain dejó de hablar para acomodar su querida caja en un sitio que le pareciera más seguro.

- Esta especie rival no era simiesca. Ya sabes que la evolución no sigue un camino siempre ascendente. El hombre de Cro-Magnon era más bello que la mayoría de los ejemplares humanos de ahora. En nuestro árbol genealógico hay muchas ramas extrañas y estos brujos deben haber sido nuestros parientes más raros... Para alcanzar el verdadero comienzo de la tragedia de nuestra especie hay que remontarse mucho más lejos aún, hasta hace medio millón de años o más, cuando la primera de las dos grandes glaciaciones, en el pleistoceno. En esta primera edad glacial, cuando la temperatura se suavizó un tanto durante un período de cien mil años, nació el hombre-brujo.

- ¿Y habéis encontrado pruebas en Ala-Shan?

- Sí, en parte. Aunque la meseta del Gobi no estuvo nunca sometida a la glaciación, sus desiertos conocieron un período de humedad y fertilidad durante esta época, y nuestros antepasados neolíticos evolucionaron allí. Los hombres-brujo nacieron de un tronco distinto al de los homínidos y fueron sorprendidos por las glaciaciones en las tierras más altas que hay al sudeste, en los alrededores del Tíbet. El doctor Mondrick había descubierto restos de estos hombres-brujo en una gruta que exploró antes de la guerra en la cordillera de Nan-Shan. Lo que hemos encontrado en esta expedición completa lo que ya sabíamos, y constituye un capítulo realmente excepcional.

Barbee escuchaba, mirando la lluvia que caía como una cortina.

- Éste es un excelente ejemplo - decía Quain - de lo que Toynbee llama el desafío y la respuesta al desafío. Las hordas de hombres-brujo, o lo que iban a ser, fueron desafiadas por el hielo. Estaban cogidos en la trampa. Los glaciares aumentaban constantemente, siglo tras siglo. La caza se hacía cada vez más escasa y el invierno más cruel. Había que adaptarse o morir. Tenían que responder al desafío adaptándose. Y se adaptaron. Para ello crearon una nueva potencia mental.

- ¡Ah! - exclamó Barbee. Pero no dijo nada del encadenamiento libre de la probabilidad, ni del principio de indeterminación de Heisenberg, ni del control mental... No quería que Sam Quain le matara allí mismo con la pistola -. ¿Qué clase de poder mental?

- Es difícil saberlo con exactitud, los espíritus no dejan fósiles. El doctor Mondrick sostenía, sin embargo, que sí dejan huellas en el lenguaje, en los mitos y las supersticiones. Él se dedicó a estudiar esta memoria de la especie y obtuvo resultados de

las experiencias efectuadas en la Universidad de Duke... Estos nómadas, asediados por los hielos, sobrevivieron desarrollando sus dotes y así pudieron medrar a costa de sus parientes más afortunados del país del Gobi. Estas dotes debieron ser la telepatía, la clarividencia, la profecía... El doctor Mondrick estaba convencido de que, además, tenían otro don más siniestro... A este respecto existe un testimonio universal. La casi totalidad de los pueblos primitivos aún vive obsesionada por el miedo a una u otra variante del loup-garou. Es decir, temen a un ser análogo al humano, pero que puede tomar el aspecto del animal más temible de la región para devorar al hombre. Según el doctor Mondrick, estos hombres-brujo aprendieron a desprenderse del cuerpo. Lo dejaban invernando en las cavernas, mientras ellos recorrían las estepas heladas, en forma de lobos, osos o tigres, para cazar a su presa humana.

Barbee pensó que había hecho muy bien en no hablar de sus sueños.

-...Así - continuó Quain -, de esta manera diabólica, respondieron estos homínidos al desafío y vencieron a los hielos... Hacia el final de la Glaciación de Mindel, hace unos cuatrocientos mil años, según todos los indicios, estos hombres-brujo estuvieron a punto de invadir el mundo entero. En unos mil años, su terrible poder les había permitido sojuzgar a todas las demás variedades del género Homo - Barbee se acordó de los enormes mapamundis de la prehistoria que había visto en la Fundación, pero no se atrevió a preguntar qué significaban -. Sin embargo, el Homo lycanthropus no exterminó a las razas conquistadas, excepto en las Américas, y ésa fue su perdición en esta parte del mundo. En general, dejaban sobrevivir a las razas vencidas, para que les sirvieran de esclavos y alimento. Se aficionaron al sabor de la sangre humana y no podían pasar sin ella: la vida les era imposible sin este preciado alimento... Durante cientos de miles de años, durante casi todo el período interglaciar, estos hombres-brujo fueron cazadores de hombres, enemigos y crueles dueños de la Humanidad. Ellos fueron los terribles sacerdotes y los dioses maléficos que originaron las leyendas de ogros y demonios devoradores de hombres que existen en todo el mundo. Fue una increíble opresión, degradante, canibalesca. Si alguna vez te has preguntado por qué toda verdadera civilización humana ha tardado tanto en florecer, aquí tienes la respuesta. Que no es nada agradable, por cierto... Aquel monstruoso poder duró hasta que volvieron los fríos, durante las glaciaciones de Riss y Wurm, en el segundo período glacial. Sin embargo, los hombres-brujo nunca fueron demasiado numerosos. Ninguna especie depredadora puede ser más numerosa que aquellas de las que se alimenta. Es probable que también con el tiempo disminuyera su vigor. Sea como fuere, el caso es que hace unos cien mil años, el Homo sapiens se rebeló. Habían domesticado al perro, sin duda algunas tribus intrépidas que se retiraron junto con los hielos para escapar a la dominación de los hombres-brujo. El perro era un aliado fiel... En los túmulos funerarios de Ala-Shan hemos encontrado pruebas de esta extraña guerra. Parece ser que los verdaderos hombres aprendieron a llevar pepitas de plata aluvial para protegerse de los ataques de los hombres-brujo. Después se construyeron adornos y joyas de plata. El doctor Mondrick opinaba que la creencia de que una bala de plata puede matar a un hombre-lobo tiene base científica, pero no consiguió establecerla en forma metódica... Así, pues, nosotros hemos descifrado la historia de aquella rebelión y hemos traído objetos bastantes para demostrar nuestras hipótesis; abalorios, cuchillos y puntas de flechas hechos de plata. Pero la plata no era suficiente. Los brujos eran muy astutos. Y eran poderosos. Entonces, los hombres de Ala-Shan inventaron otra arma más eficaz, y nosotros la hemos descubierto enterrada en los túmulos funerarios junto con las osamentas de los brujos difuntos, sin duda para impedir que resucitaran... Y vencieron los hombres verdaderos. Pero no de repente, ni fácilmente. Los brujos se aferraron a su antigua dominación. Esta terrible lucha duró durante los períodos chelense y musteriense enteros. Según el doctor Mondrick, el Hombre de Neanderthal y el de Cro-Magnon perecieron bajo los ataques de los hombres-brujo. Sin embargo, el antepasado del Homo sapiens sobrevivió y continuó la guerra. Se fueron

extendiendo el uso del perro, de la plata y de esta otra arma. Pero antes de que aparecieran los primeros documentos escritos, la especie bruja había sido más o menos exterminada.

- ¿Más o menos?

- Sí, es difícil matar a un brujo. Parece que uno de sus últimos clanes fueron los primeros sacerdotes y los primeros reyes de Egipto. Como prueba ahí están los dioses animales o semianimales adorados por el pueblo y los demonios y la magia temidos por todos. Yo he visto excelentes retratos de Homo lycanthropus, con su típico cráneo alargado, en los muros de tumbas egipcias. Sin embargo, también este Clan terminó por ser vencido o absorbido hacia la época de Imhotep... Claro que la sangre de los vencedores había dejado de ser pura... Y éste es el terrible descubrimiento del doctor Mondrick: todos somos híbridos. No somos completamente humanos... Es difícil explicar esta terrible verdad. Las dos especies eran mortalmente enemigas; sin embargo, de una manera u otra, se produjeron cruces. La misa negra y el aquelarre son, por lo menos a juicio del doctor Mondrick, supervivencias de aquellas bestiales ceremonias en las que se obligó a participar a las hijas de los hombres. También existen indicios de estos cruces en las supersticiones medievales de incubos y súcubos y en todos los mitos y uniones entre dioses y mortales. Los hombres brujos debieron tener un temperamento muy fuerte. No se sabe. Pero los hechos están ahí. Sea como fuere, estas cosas han ocurrido.

De nuevo estalló un terrible trueno y sus ecos reverberaron en la oscura gruta. La voz cansada de Quain era como una melopea lenta y ronca:

- Del pasado nos llega un negro torrente de esta sangre monstruosa, que ahora circula por las venas del Homo sapiens. No somos del todo humanos. Esta extraña herencia reside en nuestro inconsciente y nos produce esos oscuros conflictos y esos deseos intolerables que descubrió e intentó explicar Freud. Actualmente, esa sangre está en ebullición, en efervescencia. ¡El doctor Mondrick ha descubierto que el Homo lycanthropus está a punto de conseguir la victoria final en esta horrorosa guerra de especies!

CAPÍTULO XVIII - Resurgimiento de la especie bruja

Barbee se levantó de su asiento mojado. Pensaba en multitud de cosas. En April Bell, en el Hijo de la Noche y en la loba blanca que reía lamiéndose la sangre de Rowena Mondrick. Sintió un escalofrío. La tempestad arreciaba, ululaba fuera. La tupida lluvia oscurecía la luz del día.

- Cuesta trabajo admitirlo - dijo Sam Quain -, pero no faltan testimonios que refuerzan esta teoría. En principio, la Biblia recomienda, y con mucha razón, la destrucción de las brujas.

Barbee se acordó del relato de April Bell, de sus luchas con el marido de su madre.

- Parece que el Jardín del Edén, en la Biblia - continuó Quain pese a su evidente fatiga -, no es más que un resumen de la trágica lucha entre las dos especies. La serpiente, salta a la vista, es el hombre-brujo; la maldición que con su astucia hizo caer sobre la mujer y toda su descendencia, evidentemente es la herencia de licantropía cuya huella todos llevamos. Pero las serpientes de hoy están cansadas de morder el polvo y se rebelan... ¡Sí! El linaje de los brujos deja tras él una larga estela de testimonios a lo largo de los siglos. En una gruta de Ariège, al sur de Francia, existe una pintura paleolítica que se remonta a la época de dominación efectiva de los brujos. En ella se ve a un brujo transformado en ciervo de diez cuernos: es una forma tan poco aterradora que sin duda se utilizaba para impresionar a hombres dóciles, fieles, a los que realmente no se pretendía aterrorizar porque estaban sometidos. En cambio, bajo el reinado de Ramsés III, los brujos quisieron recuperar el poder que habían perdido en Egipto. Conspiraron y

hubo que juzgar a ciertos funcionarios y algunas mujeres del harén del faraón por haber moldeado con cera de abeja una imagen del soberano y haber recitado encantamientos mágicos para perjudicarlo. Se conservan las actas del proceso. Los genes debían estar ya demasiado dispersos y el arte antiguo casi olvidado para que intentaran fortalecer su poder maléfico mediante sortilegios tan pueriles. Por otra parte, la mitología griega, según el doctor Mondrick, es, en realidad, el recuerdo mitificado de otro Clan licantrópico. El dios Júpiter, que raptaba a las hijas de los hombres, y engendraba en ellas semidioses y héroes, está claro que era un hombre-brujo que conservaba íntegros sus poderes y su potencia... Proteo, ese extraño viejo del Mar que era capaz de cambiar de forma a voluntad, es otro maestro de la licantropía, hijo de Neptuno.

»La misma historia se repite en los pueblos escandinavos y en la memoria mítica de otras muchas culturas. Fenrir nació de la unión contranatura de Loki y una gigante y llegó a ser el demonio de los nórdicos. Sigmund es otro híbrido obligado a cubrirse con una piel de lobo para metamorfosearse... - Barbee se acordó del abrigo de April -. Los brujos agrupados que la Inquisición consiguió hacer pasar a la clandestinidad en la Edad Media, no eran sino clanes supervivientes de híbridos licantrópicos que intentaban mantener las artes y ceremonias de sus tradiciones paganas. Sus divinidades tenían generalmente forma de animales y no eran más que metamorfosis de brujos. El famoso Gilles de Rais, juzgado por magia negra en el siglo XV, seguramente era un cuarterón de licántropo, demasiado débil y demasiado ignorante para escapar del verdugo. Juana de Arco, quemada por brujería en la misma época, era, sin ninguna duda, una mestiza de licántropo cuyo aspecto humano había terminado por dominar. En tiempos lejanos, los cazadores de brujos de los zulúes han continuado la tarea tan necesaria de la Inquisición. Incluso en la misma Europa, el monstruoso culto pagano nunca ha sido realmente exterminado. La vecchia religione es un vergonzoso caso de supervivencia que aún cuenta con sectarios entre los campesinos de Italia. No, Barbee, es imposible rechazar tantos testimonios. El doctor Mondrick ha reunido pruebas de todas clases. Los ingresados en prisiones y manicomios son víctimas, casi todos, de esta siniestra herencia. Unos han acabado en la cárcel por culpa de los impulsos criminales en que se manifiesta su patrimonio licantrópico; otros, en un sanatorio por la neurosis o la esquizofrenia resultantes del conflicto interior que se produce entre lo que tienen de humano y de brujo. Los grupos sanguíneos y el índice cefálico proporcionan datos de suma importancia. Casi todos los sujetos estudiados acusan rasgos heredados de licantropía. La exploración del inconsciente iniciada por Freud pone de manifiesto otras pruebas terribles, que el gran investigador no supo, por cierto, interpretar correctamente. También están las recientes experiencias de la parapsicología, aunque la mayoría de los investigadores no se huelan todavía la tostada. Mientras tanto, los brujos, naturalmente, hacen todo lo posible por minimizar y desacreditar estos sorprendentes descubrimientos... ¡Sí, las pruebas se amontonan en todos los países y en todas las épocas! El doctor Mondrick tenía encima de su mesa de trabajo, como recordatorio, una lucerna romana donde se veía a la loba amamantando a Rómulo y Remo. Solía decir que esta lámpara era un buen ejemplo de propaganda inteligente... En fin, sobre este tema se podrían escribir volúmenes enteros... ¡Y no digamos nada de las pruebas elocuentísimas que tenemos ahí...

- Lo que no veo claro - dijo Barbee - es si el Homo lycanthropus se ve realmente determinado...

- Vamos a ver, tú conoces las leyes de Mendel, las hemos estudiado con el doctor Mondrick... La herencia, como sabes, se transmite por los genes, que en el hombre son varios miles. Cada uno de estos genes determina, o contribuye a determinar, ciertas características que luego aparecen en el individuo. Estos genes pueden ser dominantes. Un gen dominante, por ejemplo, es el que da origen a los ojos negros. Los niños heredan de sus padres un doble juego de genes. La sexualidad, en realidad, no es más que un

procedimiento de redistribución de los genes, y las leyes de la probabilidad permiten asegurar que cada individuo es único.

- La probabilidad - murmuró Barbee como un eco.

- Recuerda que los genes pueden ser dominantes o recesivos. El gen dominante que da ojos negros, puede anular el efecto del gen recesivo que da ojos azules. Esto, realmente, es inofensivo, pero, en otros casos, puede resultar peligroso... Así, por ejemplo, existe un gen que determina sordomudez. Los portadores normales de sordomudez son personas que han heredado un gen recesivo de sordomudez al mismo tiempo que un gen dominante de oído normal. Estas personas oyen normalmente y no existe ninguna prueba o análisis que las diferencie de la población normal. Y, sin embargo, son portadores de sordomudez. En el caso de que dos de estos portadores se unieran, la redistribución de genes haría, en esquema, que, de cuatro hijos, uno fuera completamente normal y otros dos, aunque normales, portarían un gen recesivo de sordomudez, anulado por el gen dominante de oído normal. Sin embargo, el desgraciado cuarto hijo sería sordomudo de nacimiento, porque habrían coincidido los dos genes recesivos de sordomudez.

- ¿Y qué tiene que ver esto con los brujos?

- Es fundamental. La sangre humana o, para ser más exactos, el plasma germinal, sigue portando los estigmas del Homo lycanthropus. La especie bruja no ha sido extinguida, puesto que sus genes continúan existiendo y se transmiten de generación en generación, al mismo tiempo que los del Homo sapiens... Evidentemente, la cosa resulta un poco más complicada que lo de los sordomudos, y también mucho más siniestra. Según los resultados obtenidos por el doctor Mondrick, la licantropía se repite entre varios centenares de genes recesivos en lugar de estar ligada a uno solo. El profesor llegó a la conclusión de que, para que se manifieste un carácter como la percepción extrasensorial, es menester que se combinen varios centenares de genes de licántropo. Además, la mayor parte de estos genes son recesivos, no dominantes... Claro que también existen casos de regresión, atavismo o salto atrás, como dicen los biólogos, pero son raros. Rarísimos en realidad, si se dejase obrar espontáneamente a la naturaleza. Como ves, se trata de una cuestión estadística y las probabilidades son muy escasas. Pero todo ser humano es portador de esos genes, y la mayor parte de los atavismos que se producen resultan parciales e incompletos. De hecho, entre el Homo sapiens puro y el licántropo puro, existen miles de variaciones.

- ¿Cómo es eso?

- En la mayoría de los casos, el hecho de que se hereden caracteres de brujo en vez de humanos se debe al azar de las combinaciones de genes. Una regresión parcial, digamos de un dieciseisavo de sangre de brujo, puede dar origen a que el interesado posea algún poder, como, por ejemplo, percepción extrasensorial. En general, estos sujetos son médiums y suelen ser personas de humor muy variable, tensas, angustiadas, debido a los conflictos derivados de su naturaleza contradictoria. Ahí tienes a toda clase de fanáticos religiosos, espiritistas, esquizofrénicos y criminales psicópatas. Puede haber excepciones afortunadas y entonces sale un genio. Ya conoces el vigor de los híbridos... Los que nacen con una carga hereditaria más fuerte son, en general, mucho más conscientes de sus poderes especiales. En la Edad Media, mientras la Inquisición mantuvo viva la antigua tradición de la caza de brujas, se les denunciaba, y la mayoría de las veces, les quemaban vivos. Hoy en día, su suerte ha mejorado. Ahora son capaces de tomar conciencia de sus poderes y de desarrollarlos, e incluso de organizarse y conspirar para recuperar la supremacía perdida. También es probable que dediquen gran parte de sus actividades a cultivar el moderno escepticismo científico con respecto a todo lo sobrenatural. La misma palabra «sobrenatural», según el doctor Mondrick, no es más que un término propagandístico que en realidad significa sobrehumano o inhumano.

Barbee pensó que April Bell era un caso de regresión al tipo primitivo de atavismo. Es decir, una verdadera bruja. Y a él le había embrujado.

- En cada generación - decía Quain - nacen algunos individuos excepcionales que cuentan aproximadamente con una cuarta parte de genes de licántropo. Son los llamados cuarterones, pero en general, ni ellos mismos lo saben. Tienen percepciones muy agudas, y el vigor que es habitual en los híbridos. Pero, cuando ponen en práctica su poder ancestral, generalmente, lo hacen torpemente y mal. Lo que les caracteriza es el conflicto de las dos especies. En ellos el mal está mezclado con el bien y en lucha contra él... El doctor Mondrick ha pasado innumerables horas tratando de establecer una prueba definitiva que permitiera identificar los genes de licántropo. No lo consiguió. Aunque resulta fácil identificar los rasgos físicos como el cráneo alargado o el grupo sanguíneo. Desgraciadamente no existe ninguna correlación estrecha entre tales rasgos y las características mentales, que son mucho más peligrosas. Algunas de las pruebas que ensayó han proporcionado indicaciones útiles, pero ninguna de ellas ha resultado concluyente.

- Por eso a mí me... - dijo Barbee.

- No te preocupes - respondió Quain -. Lo único que demostraron las pruebas que te hicieron es que tienes una fuerte herencia licantrópica. Ésa es la razón de que el doctor Mondrick prescindiera de ti. No podía permitirse el lujo de correr ningún riesgo. Pero los resultados no son definitivos. ¡Y aunque lo fueran...! Existe una enorme cantidad de híbridos licantrópicos que son excelentes ciudadanos. El mismo doctor Mondrick me confió, después de efectuar múltiples exámenes, que su propia esposa tenía una fuerte proporción de sangre licantrópica.

- Rowena... Pero ¿y los pura sangre?

- Teóricamente no deberían existir. Es prácticamente imposible que coincidan exactamente todos esos cientos de parejas de genes recesivos. Incluso los que tienen tres cuartas partes de esa sangre no suelen aparecer más de una vez por generación. Y éstos tienen que ser demasiado inteligentes para levantar sospechas, especialmente en los Estados Unidos, donde, en teoría, manda el pueblo, pero donde el verdadero poder está en manos de las cadenas periodísticas, los bancos, las sociedades financieras y los grupos parlamentarios de presión... No deberían existir brujos pura sangre en nuestra época. Pero... yo creo que existe uno. El doctor Mondrick ha revelado ciertos indicios que permiten suponer la existencia de un jefe secreto de la especie bruja, que habría nacido con una gran carga hereditaria de licántropo. Es un demonio enmascarado que avanza inadvertido entre los hombres y conspira para restaurar el antiguo dominio de los brujos.

- Sí, me acuerdo - dijo Barbee, molesto -; recuerdo las palabras de Mondrick... Pero ¿cómo van a recuperar su dominio los brujos si los pura sangre sólo aparecen en rarísimas ocasiones?

- Es que hasta eso ha variado. Tal ha sido el último descubrimiento del doctor Mondrick, el que quería anunciar al mundo cuando le mataron. Se trata de que los individuos que poseen mayor herencia de licántropo, es decir, los que representan una regresión al tipo brujo primitivo, han empezado a reunirse en Clanes secretos. Se han cruzado entre ellos. Y esta eugenesia al revés ha trastornado todas las posibilidades estadísticas, aumentando enormemente el riesgo de que se produzca un atavismo total, una regresión absoluta al Homo lycanthropus original.

Barbee asintió. El control mental de la probabilidad podía haber desempeñado un papel importante mediante la manipulación de las combinaciones de genes en el nacimiento de un brujo pura sangre. Sin embargo, no se atrevió a hablar de ello. Quain continuó:

- La conjura debió comenzar hace varias generaciones. El doctor Mondrick creía que siempre ha habido cierto número de Clanes secretos cultivando y transmitiendo el recuerdo del poder perdido... Trabajaban en la clandestinidad, prudentes, desesperados. Como disponían de poderes tenebrosos; les fue posible conseguir lo que no ha podido

lograr el doctor Mondrick, es decir, detectar el atavismo brujo entre los humanos, incluso entre los que no eran conscientes de su naturaleza. Estos criptolicántropos captan de algún modo a los portadores de genes y les someten a las más modernas técnicas de selección, perfeccionadas todavía más por ellos mismos, para retener y reforzar los genes de brujos y excluir los genes humanos con objeto de que nazca el jefe todopoderoso que esperan, el monstruoso Mesías al que llaman Hijo de la Noche.

El Hijo de la Noche... Los febriles ojos de Sam Quain se clavaron en él, estudiándole con atención. Barbee tembló, acurrucado en la húmeda roca. Sus ojos inquietos volvieron a posarse en la caja, que ahora quedaba detrás de Sam. Tragó saliva y preguntó con voz apagada:

- ¿Se puede ver lo que hay dentro?

Quain echó mano al revólver.

- No, Barbee - dijo -...a lo mejor eres una buena persona, pero de momento no puedo confiar en ti, como tampoco confió el doctor Mondrick cuando supo el resultado de tus pruebas. Lo que te he confiado no tiene gran importancia ni puede producir ningún mal. He tenido la precaución de no contarte nada que no sepan ya los Clanes de brujos. Pero, ver lo que hay en la caja, no... Lo siento mucho, Will. Sin embargo, sí puedo decirte, en parte, lo que contiene. Hay armas y osamentas ennegrecidas y rotas de los hombres que perdieron la batalla. Hay un esqueleto entero de Homo lycanthropus exhumado de un túmulo funerario y el arma que colocaron a su lado para mantenerle en el sepulcro. Ésta es el arma con que se consiguió vencer a los brujos. Cuando los hombres aprendan de nuevo a servirse de ella, se podrá utilizar otra vez. Esto es todo lo que puedo decirte, Barbee.

- ¿Quién es el Hijo de la Noche, Quain?

- Puedes ser tú mismo, Barbee. Quiero decir, que lo puede ser cualquiera. Nosotros conocemos la apariencia física del Homo lycanthropus: huesos delicados, orejas puntiagudas, cráneo alargado, pero torneado, frente estrecha, dientes agudos. Pero no existe correlación exacta entre los rasgos físicos y los caracteres mentales. Eso sí lo ha demostrado el doctor Mondrick. Incluso podría suceder que el Hijo de la Noche no fuera totalmente pura sangre.

En los rasgos de Quain se leía horror:

- Esto explica - concluyó - que me haya venido aquí en vez de continuar la lucha ante los tribunales. Ya no puedo confiar en nadie. Y en la mayoría de los casos, son humanos, claro, pero ¿cómo saberlo? ¿Cómo distinguir a los monstruos? Nunca he llegado a estar completamente seguro de que Nick o Rex no fueran espías brujos. Y, es horrible decirlo, pero incluso he llegado a dudar de Nora...

Barbee, acurrucado para aguantar el viento húmedo que soplaba en ráfagas, hacía lo posible por no temblar. Hubiese querido preguntar cómo una bruja pelirroja podía embrujar a un hombre normal, y qué habría que hacer para liberarse de sus sortilegios. ¿Le servía ahora de algo la plata? ¿O un perro? ¿O el alma misteriosa de la caja? Apretó los dientes y negó con la cabeza. Si le hiciera alguna de estas preguntas lo más probable es que Sam Quain le matara.

- ¿Me dejas ayudarte, Sam? - preguntó -. Yo puedo hacerlo. Necesito ayudarte para conservar mi propio equilibrio ahora que me lo has explicado todo... ¿No podríamos nosotros identificar al Hijo de la Noche y denunciar a los licántropos?

- Eso pretendía el doctor Mondrick... ¡Sí, eso se hubiera podido conseguir! Pero se hubiera podido conseguir hace cuatrocientos años, porque después los Clanes consiguieron desacreditar a la Inquisición, que era su último enemigo. En nuestra época, los licántropos pueden demostrar en los laboratorios de las universidades que no son brujos. Los periodistas licántropos pueden ridiculizar cualquier acusación. Los brujos que hay en el gobierno pueden encerrar a cualquiera que suponga un obstáculo para sus planes...

- Y, entonces, ¿qué podemos hacer nosotros?

- Mira, Barbee, yo no puedo olvidar el resultado que dieron tus pruebas, y no me gusta tu aspecto, ni que hayas venido aquí. Perdona si te parezco demasiado duro, pero tengo que protegerme. Sin embargo, es verdad que necesito ayuda, ¡y cómo! Así pues, te voy a dar una oportunidad.

- Gracias, Sam. Dime qué debo hacer.

- Con una sola condición; a la primera sospecha te mato.

- Ya. Comprendo... Pero tú no creerás que yo soy un híbrido.

- Probablemente sí, Barbee. Los genes humanos pueden predominar en una proporción de mil contra uno, pero, en casi todos los hombres, se encuentra algún indicio de licantrópía. Que suele bastar para provocar conflictos inconscientes entre los instintos normales y la herencia extraña. Los psiquiatras nunca han tomado esto en consideración al elaborar sus teorías psicopatológicas... Los exámenes a que te sometió el doctor Mondrick indicaban que eres portador de más genes licantrópicos que la mayoría de los humanos. Y yo veo en ti que existe un conflicto... Sin embargo, no creo que tu parte humana haya capitulado ya...

- Gracias, Sam, yo haré lo que sea...

- El doctor Mondrick tenía un plan para coger al Clan brujo por sorpresa, que consistía en radiar un aviso al público en general y lograr un apoyo masivo de la población. Confiaba en despertar el interés de la opinión pública y de los dirigentes. Quería crear un equivalente moderno y científico de la Inquisición para combatir al Hijo de la Noche, pero los brujos le han asesinado, y también a Nick y a Rex... Ahora creo que conviene ensayar otro plan de campaña... Ya que ha fracasado la guerra pública, ahora hay que iniciar una guerra privada. Voy a reunir un pequeño grupo, un grupo secreto de hombres que actúen individualmente... Para esto no hay necesidad de identificar a los híbridos. Basta con encontrar a unos cuantos hombres que no pertenezcan a la banda tenebrosa. Y todo hombre brujo que conozcamos será liquidado... Entonces, tú, Barbee, quiero que regreses a Clarendon y te pongas en contacto con los primeros miembros de mi legión secreta... Yo tengo que quedarme aquí.

- ¿Con quiénes me pongo en contacto?

- Tenemos que reclutar a la gente con el mismo cuidado con que el Hijo de la Noche organiza sus Clanes de licántropos. Tienen que tener dinero, o influencia política, o formación científica. Nada de medias tintas. El trabajo va a ser muy duro, capaz de acabar con hombres muy fuertes. Y desde luego, más les valdrá no ser brujos.

- ¿Y a quiénes crees tú que podría hablar? ¿Qué te parece el doctor Archer Glenn? Es un científico totalmente materialista. Tiene dinero y es conocido.

- Es exactamente el tipo que hay que evitar - dijo Sam Quain dando un puñetazo en la piedra -. Es de los que se ríen de la brujería, tal vez porque él mismo sea brujo. No, Glenn nos encerraría en el pabellón de los agitados, como a la pobre señora Mondrick... Hay que buscar otro tipo de persona. El número uno de la lista es tu patrón, Barbee.

- ¿Preston Troy? - preguntó Barbee, estupefacto, pero aliviado por no tener que hablar de la señora Mondrick -. Es verdad, Troy tiene millones. E influencia política... Pero no es ningún santo que digamos. Es el mandamás de la camarilla del ayuntamiento. Él ha inspirado todos los sucios manejos de Walraven y es el que más se aprovecha de ellos. Su mujer le plantó hace veinte años y él mantiene a la mitad de las chicas guapas de Clarendon, una de las cuales, por cierto...

- No importa - dijo Sam Quain con una sonrisa -. Eso no cuenta. El doctor Mondrick solía decir que casi todos los santos eran licántropos en un veinte por ciento por lo menos, y que su santidad era una especie de sobrecompensación. Imagínate que abordas esta noche a Preston Troy...

Al principio, Barbee negó con la cabeza. La red policial por entre cuyas mallas se había escapado estaría ahora mejor preparada. A Preston Troy le encantaría detenerle. Le dedicaría un reportaje en exclusiva. Ya se imaginaba los titulares sensacionalistas:

LA ESTRELLA CONSIGUE DETENER AL CONDUCTOR ASESINO

- ¿Hay algo que no marcha bien?
- Nada en absoluto - dijo Barbee levantándose.

Era demasiado tarde para confesar que la policía le buscaba por el asesinato de la viuda de Mondrick. Esperaba, por lo menos, que Nora Quain no hubiese comunicado a la policía que él se había llevado el coche de la Fundación. Entonces tal vez pudiera llegar a Preston Troy. Tenía, pues, que regresar a Clarendon. Y, después de todo, quizá consiguiera ganar a este magnate de la industria, de espíritu brutalmente realista, para la causa - increíble, por otra parte - de Sam Quain. Disimuló sus miedos bajo una sonrisa. Tieso de frío, encorvado para no tropezar con el techo de la cueva, extendió la mano:

- ¡Tú y yo - dijo - contra el Hijo de la Noche! ¡Tú y yo solos!
- Ya encontraremos más. Ya verás como sí - contestó Quain, inquieto -. Porque, si no, esto va a ser un infierno. El infierno, mejor dicho, pues los relatos de hombres degradados y atormentados por los demonios, no son sino recuerdos colectivos de la época en que reinaron los hombres-lobo.

Cuando vio la mano tendida de Barbee, la rechazó con un movimiento de revólver:

- Lo siento, Barbee, pero primero tienes que pasar la prueba. ¡Vamos, márchate!

CAPÍTULO XIX - Noche en el Monte Sardis

Barbee se sintió desanimado. No le apetecía nada la perspectiva de abrirse paso por caminos inundados para, finalmente, exponerse al desprecio incrédulo de Preston Troy. También sabía que, en cuanto cayera la noche, volvería a ser torturado por voces insidiosas. Dejó a Sam Quain agazapado, pistola en mano, junto a su caja, triste campeón de la especie humana frente a sus despiadados cazadores.

La lluvia se convirtió en niebla helada. Desde lo alto del acantilado se seguía despeñando un torrente de agua amarillenta que luego se hundía por la estrecha chimenea que servía de escalera hasta la cueva. Por allí bajó Barbee a trompicones, tiritando, calado hasta los huesos, pero aliviado de alejarse de Sam Quain y de aquella caja maléfica.

Caía la tarde cuando llegó al coche de la Fundación. El camino estaba mejor de lo que había pensado. Tuvo que encender los faros antes de llegar a la carretera nacional, pero no se oyó ni un ruido ni un murmullo en la desolada noche... Tampoco se cruzó ninguna loba en su camino, ni bramaron tras él las sirenas de la policía. Cuando paró ante la residencia de Troy eran las ocho.

Barbee conocía la casa, pues ya había estado allí otras veces. Entró por una puerta lateral. Afortunadamente, el comedor estaba a oscuras. Subió al segundo piso y llamó a la puerta del antro privado del dueño de la casa. La voz metálica del editor preguntó quién diablos estaba allí.

- Jefe, soy Barbee. Tengo que verle enseguida. Yo no he atropellado a la señora Mondrick.

- ¿Entonces, no ha sido usted? - sonó incrédula la voz a través de la puerta -...Bueno, pues pase de una vez.

Era una habitación enorme, con trofeos de caza, un bar en un rincón y desnudos al óleo por las paredes. Olía a colillas de puro, a muebles de cuero y a importancia

financiera. Troy había afirmado una vez que allí se trabajaba más y se tomaban decisiones más graves que en el despacho del gobernador.

Lo primero que vio Barbee fue un chaquetón de piel blanca sobre el respaldo de una silla. Un destello verde captó su mirada: era el ojo del lobo de jade, que estaba clavado en el revés.

- ¿Qué se cuenta, Barbee? - preguntó Troy, en mangas de camisa, con un puro sin encender en la boca, y sentado tras una enorme mesa de caoba llena de papeles, ceniceros y vasos sucios -. Entonces ¿no ha sido usted el que ha atropellado a la señora Mondrick?

- No, jefe. Quieren comprometerme exactamente igual que a Sam Quain.

- ¿Quiéren? ¿Quiénes lo quieren?

- Oh, es una historia terrible y fantástica, jefe. Se la puedo contar si está dispuesto a escucharme.

- Al sheriff Parker y a la policía municipal les interesará mucho, y también a los médicos del asilo de Glenhaven.

- Yo no estoy loco - dijo Barbee -. Por favor, jefe, escúcheme primero.

- ¡Bueno! - dijo Troy con una cara de jugador de póker -. Espere - se levantó, fue al bar y preparó dos whiskies -. Ya puede empezar.

- Sí. Yo creía que verdaderamente estaba a punto de volverme loco hasta que hablé con Sam Quain. Ahora sé que me han hecho un sortilegio.

Vio que el rostro de su jefe se endurecía y procuró hablar despacio para explicar las cosas bien. Se esforzó en resultar lo más convincente posible y le habló del origen y la exterminación del Homo lycanthropus, así como del renacimiento de los brujos mediante la manipulación de los genes.

Mientras hablaba, no dejó de vigilar los ojos de Troy, espiando, con el corazón en vilo, sus menores reacciones. Pero ¿cómo saber? Los vasos dibujaban más redondeles en la mesa. El puro se había apagado, pero los ojos socarrones y atentos del jefe no dejaban traslucir nada. Tomó aliento y terminó su relato con un ruego:

- Tiene que creerme, jefe. ¡Créame!

- Entonces, ¿el doctor Mondrick y los demás miembros de la Fundación han sido asesinados por esos brujos...? ¿Y ustedes quieren que yo les ayude a combatir a ese Hijo de la Noche...? A lo mejor, después de todo, no está usted tan loco... A lo mejor, esos brujos quieren deshacerse de usted y de ese Sam Quain. Porque esas teorías de Mondrick explican muchas cosas. Como, por ejemplo, cuando uno detesta a una persona desde el primer momento o desconfía de ella porque huele su mala sangre.

- Entonces ¿me cree? ¿Me va a ayudar usted?

- Voy a informarme - dijo Troy -. Le acompañaré a la cueva, iremos a escuchar a Quain y a lo mejor nos deja mirar dentro de la caja. Si Quain resulta tan convincente como usted, Barbee, estoy dispuesto a luchar por ustedes hasta mi último céntimo y hasta mi propio suspiro.

- ¡Ah! ¡Gracias, jefe! Con su apoyo podremos vencer.

- ¡Los derrotaremos! Ha venido usted a ver al hombre que le hacía falta, Barbee. A mí nadie puede vencerme. Deme media hora para prepararme. Le diré a Rhodora que tengo que ir a retocar un apoyo político que me esta fallando y que vaya sola a la recepción de Walraven. Ahí tiene el cuarto de baño, por si quiere arreglarse un poco.

Barbee se asustó al mirarse al espejo. Estaba descarnado, agotado, barbudo, sucio, derrotado, algo así como Sam Quain, y aun observó una cosa muy distinta, algo que le recordó a los esqueletos de licántropos entrevistados hacía poco en la Fundación a través de los ojos de la enorme Boa constrictor. ¿No estaría el espejo deformado? En todo caso, él estaba seguro de no haberse parecido al que allí vio.

Pero, de repente, tuvo una idea, una idea menuda y desagradable. Apresuradamente, volvió a la habitación y, con mucho cuidado, levantó el receptor de la mesa: la voz de Troy decía:

- Parker, tengo a su hombre. Es el Barbee que se escapó de Glenhaven y atropelló a la mujer de Mondrick, ya sabe. Trabaja para mí, y ahora está aquí, en mi residencia de Hills of Troy. No cabe duda de que el tipo está para encerrarlo en el manicomio del Estado. Sí, me ha contado un cuento increíble. Puede venir inmediatamente a buscarlo.

- Claro que sí - respondió el sheriff -. Inmediatamente, señor Troy. Dentro de veinte minutos estaremos ahí.

- Tengan cuidado porque es peligroso, ¿sabe? Yo voy a procurar entretenerle en mi gabinete de trabajo, en el segundo piso.

- Perfecto, señor Troy.

- Otra cosa más, Parker. Dice Barbee que ha visto a Sam Quain, al que buscan ustedes por el asunto de la Fundación. Dice que Quain está escondido en una cueva que hay encima de Laurel Canyon. Barbee y Quain son viejos amigos, posiblemente sean cómplices, ¿no cree? Con un poco de persuasión, seguramente Barbee indicará el sitio.

- Gracias, señor Troy.

- No hay de qué, Parker. Ya sabe que La Estrella está siempre del lado de la ley y el orden. Lo único que le pido a cambio es que me permita ser el primero en ver lo que hay dentro de esa misteriosa caja verde. Pero, dése prisa, que no me gusta mucho el aspecto de Barbee.

- Perfecto, señor Troy.

Cuidadosamente, Barbee volvió a colocar el receptor. En la pared, los lascivos desnudos bailaban una danza fantástica y una bruma tenue parecía difuminar aún más el ambiente de la vasta estancia... ¡Qué espanto! Había traicionado a Sam Quain y quizá en beneficio del Hijo de la Noche, y lo peor es que él era el único culpable de esta monumental metedura de pata. Ciertamente era Quain quien le había enviado allí, pero él no se había atrevido a decirle que April Bell era una bruja y que Preston Troy era de sus íntimos. Grave error. Le había dado miedo informar a Quain y ahora era ya demasiado tarde.

Pero ¿era en realidad demasiado tarde?

Afinó el oído, se quitó los zapatos y salió de la habitación de puntillas. La puerta del dormitorio de Troy estaba entreabierta, al otro lado del rellano, y pudo ver al editor sacando una automática del cajón de una cómoda. Encima de la cómoda había un cuadro que representaba a una chica de cabellos rojos. La chica era April Bell. De repente sintió una furia salvaje y deseó convertirse de nuevo en una terrible boa. ¡Pero, qué horror! La sola idea de transformación le hizo temblar. ¡No quería volver a transformarse nunca más!

Sin hacer ruido, bajó corriendo a la planta baja y salió de la casa por donde había entrado. El embarrado vehículo de la Fundación le aguardaba donde lo había dejado y lo puso en marcha con el menor ruido posible. Hasta que llegó a la carretera nacional no encendió los faros.

Después enfiló hacia el este y pisó el acelerador. ¿Tendría tiempo para enmendar el error cometido? Si llegaba a la cueva antes que el sheriff y sus hombres, tal vez Sam Quain prestara oído a sus advertencias. Podrían cargar la caja en la furgoneta y escapar juntos. Ahora que Preston Troy estaba al corriente de las intenciones de Quain, había que huir de Clarendon, dado, sobre todo, que probablemente Troy era el Hijo de la Noche.

Era noche cerrada y ya no había relámpagos. Pero el viento sur soplaba cargado de gotas de agua. El limpiaparabrisas se movía cada vez más despacio a medida que aceleraba y la inundada carretera se veía con dificultad. Sintió miedo. Un solo patinazo supondría la perdición de Sam Quain.

Iba a disminuir la velocidad para tomar el camino de tierra que conducía a Laurel Canyon cuando supo que alguien le seguía. Por el retrovisor no se veía nada porque

estaba empañado, pero no había nadie, no se notaba ningún resplandor de faros. Sin embargo, su intuición no podía fallarle. En lugar de dar la vuelta, aceleró más aún.

Como si hubiera visto el resplandor de sus ojos verdes, supo que quien le seguía era April Bell, sin duda bajo la forma de loba blanca. Ella no había intervenido en su entrevista con Preston Troy, porque Troy era uno de los jefes de su Clan. Pero inmediatamente después se había puesto a seguirle para matar a Sam Quain.

El Hijo de la Noche había ganado.

Una helada desesperación se apoderó de él. Su mente obnubilada se negaba a comprender los detalles de esa sombría conspiración, pero sabía muy bien que los hombres brujos de la cofradía recién resucitada eran invencibles. No le era posible llegar otra vez a Sam Quain, ya que, hacerlo, sería permitir de nuevo a April Bell que le utilizara como asesino. Tampoco podía volver a Clarendon, pues le arrestaría la policía y le llevaría a una celda almohadillada del manicomio del Estado. El pánico le obligó a seguir en línea recta a toda velocidad.

Siguió hacia el este, hacia la montaña, simplemente porque no podía volver sobre sus pasos. Los faros proyectaban en la cortina de lluvia un resplandor blanco donde le pareció ver una alucinante procesión; la ciega viuda de Mondrick con la correa del perro en una mano y el cuchillo de plata en la otra, el viejo Chittum que no conseguía encender la pipa, la obesa señora Spivak llorando sobre el hombro del sastrecillo, Nora Quain despeinada y con los ojos hinchados del llanto, llevando de la mano a la pequeña Pat.

El velocímetro marcaba ciento veinte. Las escobillas del limpiaparabrisas se pararon al subir la primera pendiente de la montaña y la lluvia le cegó. El coche rugía dando bandazos y traqueteaba sobre el asfalto mojado, levantando abanicos de agua de los charcos de la carretera. De la niebla surgió de pronto un camión con las luces apagadas y Barbee estuvo a punto de estrellarse contra él.

El contador marcaba ciento treinta.

La loba blanca le seguía, le pisaba los talones, ágil como el pensamiento. Estaba seguro. Era como una concatenación de probabilidades cabalgando en el viento. Pisó el acelerador y miró al empañado espejo retrovisor. Nada. Nada. No veía nada. Pero notaba la malicia de los ojos verdes que le espiaban desde detrás.

La carretera seguía subiendo y la pendiente aumentaba, pero Barbee no aminoró la marcha. Exactamente en aquellas condiciones y en el mismo terreno el tigre prehistórico había perseguido a Rex Chittum. Volvía a ver las montañas, a pesar de la oscuridad, de la misma manera que las había visto con los ojos del tigre prehistórico, y sus pesadillas volvieron a obsesionarle.

De nuevo se convirtió en el lobo gris que rompía de una dentellada el espinazo del perrito de Pat Quain, en la serpiente gigante que se deslizaba en la torre para triturar a Nick Spivak y en el tigre cabalgado por una bruja desnuda, que subía por esta misma cuesta para desgarrar la garganta de Rex Chittum.

Oprimió un poco más aún el acelerador, intentando huir de sus terribles sueños. Hizo un esfuerzo por alejar de su mente a Sam Quain, que esperaba ayuda en aquella cueva inundada de agua, donde los hombres del sheriff Parker le iban a prender. Volvió a mirar por el retrovisor.

De repente, sintió subir en él una fiebre que le daba mucho más miedo que la loba blanca que presentía tras de sí. En el borde del retrovisor habían pegado un dibujo que representaba un pterosaurio - este reptil alado, perteneciente a un monstruoso pasado geológico, era el emblema de una compañía petrolífera y estaba impreso en una etiqueta donde se indicaba la fecha del último engrase del coche -. La imagen de este sauro volador empezó a obsesionar a Barbee.

Este gigantesco lagarto alado, se dijo, sí que le proporcionaría una metamorfosis satisfactoria. ¡Dientes, alas y garras! Con ellos podría destruir a sus enemigos y huir de

sus conflictos y tormentos en compañía de April Bell. Tenía que parar el coche... ¡Pero qué locura iba a hacer! Y siguió conduciendo con la energía de la desesperación.

El coche rugía en la carretera y aceleró aún más para escapar de sus tribulaciones. Pero la cortina de lluvia blanca bajo el resplandor de los faros le hacía sentirse en una prisión donde no podía hacer ningún movimiento. Se esforzaba por recuperar su sensatez, por palpar una realidad sólida a que aferrarse, por huir de tantos pensamientos febriles y tantas visiones de pesadilla.

¿Le habría apresado realmente April Bell en sus redes de magia negra? ¿O, simplemente, le había subyugado por los procedimientos normales de todas las mujeres? Las espantosas revelaciones de que huía ¿habían venido del lejano Ala-Shan en una caja verde... o simplemente de botellas compradas en el Mint Bar? ¿Estaba loco o era un asesino? ¿O las dos cosas a la vez? ¿O realmente era Sam Quain el asesino y el móvil de su crimen había sido un tesoro guardado en la caja? ¿Toda esta historia de la especie de los brujos no sería una ingeniosa invención de un antropólogo profesional convertido en criminal?

¿O todo era verdad y Preston Troy era el Hijo de la Noche? ¿Estaba loca la viuda de Mondrick? ¿Contra qué quería advertir a Sam Quain?

Barbee no quería pensar en nada y pisó aún más el acelerador.

Sam Quain le había hablado muy claro. Conocer la existencia del Homo lycanthropus significaba horror y locura. Ya no podría estar tranquilo nunca más. Los cazadores de las tinieblas nunca dejarían de perseguirle, sencillamente porque conocía sus secretos.

El coche había dejado atrás la última pendiente y ahora iniciaba a bandazos el descenso. Vio la luz amarilla del Monte Sardis. Se imaginó, como si la tuviera ante los ojos, la curva cerradísima donde el tigre de dientes de sable había aprovechado el vínculo de probabilidad para destrozar la garganta de Rex Chittum. Notaba ya como las ruedas mojadas derrapaban en la carretera. No necesitaba ninguna percepción sobrenatural para evaluar la absoluta probabilidad de su propia muerte, allí mismo, y, sin embargo, no hizo nada por frenar el coche lanzado a tumba abierta.

- ¡Vete al cuerno! - susurró a la loba blanca presentida tras de sí -. ¡Ya no me alcanzarás nunca!

Rió triunfalmente y se burló de su propia risa amarga y de los hombres de Parker y de la celda almohadillada del asilo. Miró hacia el retrovisor inútil y sombrío desafiando al Hijo de la Noche. ¡No! Los cazadores secretos no le atraparían ya. Aplastó cuanto pudo el pedal del acelerador. De entre la niebla surgió la curva mortal.

- ¡A la mierda, April! - notó que las ruedas patinaban sobre la carretera y no hizo nada por detener el vehículo -. Ya no podrás obligarme a transformarme en animal.

Derrapó, salió de la calzada envuelto en velos de agua. El volante giró solo entre sus manos y no intentó dominarlo. El coche rebotó contra una roca de la cuneta y cayó al abismo, dando vueltas por el aire. Barbee suspiró de alivio y esperó el último choque.

- Adiós - susurró a la loba blanca.

CAPÍTULO XX - El Hijo de la Noche

El dolor no fue tan intenso como Barbee había esperado. El silencio de aquella caída que no parecía terminar nunca, quedó roto cuando el coche se estrelló contra la cornisa granítica. Barbee sintió que su cuerpo era arrastrado, desgarrado, triturado. Durante un instante, el dolor fue insoportable, pero apenas se enteró del golpe final. Se hundió en las tinieblas.

Cuando recobró el sentido, todavía giraba por encima de él una de las ruedas delanteras del coche. El motor seguía funcionando con un ruido agónico. Cerca de él

goteaba algún líquido. Temió que se produjera un incendio y salió como pudo de la masa de metal destrozado. Tuvo un momento de felicidad al descubrir que no se había roto ningún hueso importante. Apenas si sangraba. A trompicones y tiritando bajo el frío glacial, trepó hacia la carretera y de pronto oyó otra vez el aullido de la loba blanca, justo encima de él.

Quiso huir de la llamada sobrenatural y triunfante, pero sus fuerzas le abandonaron y fue presa de temblores. Cayó sobre la grava mojada y no pudo volverse a levantar.

- ¡Hola, Barbee!

Estaba parada junto a la carretera, en el punto en que el coche había abandonado la calzada. Tenía clavados en él sus ojos verdes, y su voz era la de April Bell, llena de maliciosa ternura:

- ¿De manera que has intentado marcharte?

Él le arrojó un puñado de grava:

- ¡Déjame en paz - gimió -. ¿Es que ni siquiera me vas a dejar morir tranquilo?

Sin hacerle ningún caso la loba se acercó a él, saltando graciosamente de roca en roca... Sintió el agradable olor de su pelaje y como la loba le acariciaba el rostro con su lengua cálida.

- ¡Vete! - había conseguido sentarse e intentó rechazarla débilmente -. ¿Qué diablos quieres de mí?

- Sólo quiero ayudarte, Barbee. Si me necesitas... He venido detrás de ti, siguiendo un encadenamiento para ayudarte a que te liberaras. Sé que es muy doloroso. Ahora te vas a sentir perdido, pero dentro de un momento, empezarás a encontrarte mejor.

- Eso es lo que tú te crees - dijo con amargura.

Y se dejó caer hacia atrás, hasta quedar apoyado en la roca, pero sin perderla de vista. La loba alzó una zarpa y sus ojos verdes brillaron, divertidos. Incluso como loba resultaba tan bella, graciosa y esbelta como cuando mostraba su apariencia de joven pelirroja. Pero no por ello dejó de sentir un sobresalto. Intentó retroceder y le gritó roncamente:

- ¡Lárgate! ¿Es que ni siquiera puedes dejarme morir?

- ¡No, Barbee, ahora ya no morirás jamás!

- ¿Ah, no? ¿Y por qué?

- Porque... Bueno, ya te lo diré, pero ahora no. Presiento que se está formando un encadenamiento y tenemos que aprovecharlo. Tiene relación con tu amigo Sam Quain, pero él ya no puede nada contra ti. Así que... ahora vuelvo.

La loba le dio un beso frío que le dejó sorprendido y se fue galopando por la carretera, mientras él se quedaba allí tendido en la roca... ¿Acaso le estaba vedada hasta la muerte? No comprendía nada... Quizá April había hecho trampa con la probabilidad, para salvarle, así como antes la loba y el tigre la habían utilizado, en sentido contrario, para causar la muerte de Rex Chittum. Lo que sí sabía seguro era que no había conseguido matarse.

Y allí estaba, tendido en el suelo helado, tiritando bajo la lluvia pertinaz, demasiado agotado para pensar. Esperaba, lleno de presentimientos sombríos, pero ella no volvía. Al cabo de un rato se sintió mejor. Al poco oyó el chirrido de un camión cambiando de marcha y sintió cierta esperanza: al menos podría guarecerse de la lluvia y el frío. Le deslumbró el resplandor de los faros. Agitó los brazos y el conductor le gritó algo... Pero había reducido la velocidad a causa de la pendiente y Barbee aprovechó para subirse, en un supremo esfuerzo, a la parte trasera del camión. Se introdujo bajo el toldo. No había nadie. En la negra caverna que era el camión sólo había unas cuantas mantas militares que olían a húmedo y que sin duda habían servido para embalar muebles. Se envolvió en ellas y se acurrucó en el suelo. Contempló, embotado, el paso de la noche negra. Atrás fueron quedando las montañas y pronto rebasaron las primeras granjas aisladas. Después pasaron junto a un surtidor de gasolina y una gran estación de servicio. Se acercaban a Clarendon. Sabía que la policía estaba detrás de él. Y ahora poseía los datos

que le había proporcionado Troy y probablemente conocería hasta la ropa que llevaba puesta. Pero Barbee se sentía demasiado agotado para tomar ninguna decisión.

Estaba vencido. No le quedaba ningún sitio donde refugiarse. Hasta la muerte le había cerrado las puertas. Ya sólo sentía el deseo animal de huir de la lluvia y la confusa ansiedad que le producía el prometido retorno de la loba blanca.

Pero no vio brillar ninguna mirada verde en la sombra y sintió que en él renacía débilmente la esperanza. El camión dejó atrás los oscuros edificios de la Universidad y el semáforo de la esquina del campus y torció a la izquierda para tomar la carretera que bordeaba el río. Iban a pasar por delante de Glenhaven. Repentinamente, tomó una decisión: volvería junto al doctor Glenn.

No lo deseaba, rechazaba la falsa coartada de la locura y el duro refugio de una celda psiquiátrica, pero muy pronto volvería a llamarle la loba blanca. Necesitaba la armadura de escepticismo materialista que le proporcionaba Glenn. ¡Hecho! El camión aminoró la marcha en la curva que había al otro lado de Glenhaven, y Barbee saltó al asfalto reluciente de lluvia. Estaba tan débil que cayó de bruces. Se levantó penosamente tan embotado que ni siquiera notó que la lluvia le estaba empapando de nuevo.

Estaba extenuado, sí.

Quería un lugar seco donde poder dormir.

Lo demás, casi lo había olvidado.

Pero ladró un perro.

¿Y si volvía la loba blanca?

Mientras llegaba a los pilares cuadrados de la entrada de Glenhaven empezaron a ladrar más perros. Aún había luz en la residencia del médico. Echó una rápida mirada a su espalda: no, no le espiaba ninguna mirada verde. Hizo sonar la campana y la puerta se abrió, mostrando al doctor Glenn en toda su estatura. En su bronceado rostro no se leía ni rastro de sorpresa.

- ¡Hola, Barbee, ya sabía yo que regresaría!

- ¿Y la policía? ¿Están aquí?

- No se preocupe por eso de momento - contestó Glenn, sonriendo de modo tranquilizador -. Parece muy cansado. ¡Literalmente agotado! Relájese, que nuestro personal le ayudará a resolver sus problemas. Usted sabe que todo lo suyo nos atañe. Por esta noche bastará con telefonar a Parker para decirle que está usted aquí, y mañana ya estudiaremos sus problemas con la ley, ¿de acuerdo?

- Sí, pero tengo algo que decirle... Yo no he matado a la señora Mondrick. ¡Yo no he sido! Sé que hay manchas de sangre en mi guardabarros, pero ha sido un lobo blanco quien la ha matado. Yo he visto la sangre chorreando por su hocico.

- De acuerdo, señor Barbee. Mañana podremos hablar de todo esto. Haya sucedido lo que haya sucedido, tanto en la realidad como en su mente, le puedo asegurar que estoy verdaderamente interesado en su caso. Parece usted muy angustiado y yo quiero ayudarle, aunque tenga que echar mano de todos los recursos de la psiquiatría.

- Gracias. ¿Pero sigue usted creyendo que la he matado yo?

- Las pruebas parecen abrumadoras... Pero no intente escapar de nuevo. Me temo que esta noche va a tener usted que instalarse en una habitación diferente.

- ¿En el pabellón de los agitados...? Apuesto a que aún no sabe usted cómo consiguió escaparse Rowena Mondrick.

Glenn se encogió de hombros.

- Sí, en efecto, el doctor Bunzel continúa preocupado... Pero por esta noche no hay que plantearse más problemas. Lo que usted tiene que hacer es tomar una ducha bien caliente y, después, a la cama... Hay que dormir...

- ¿Dormir? Doctor, me da miedo dormirme. Estoy seguro de que va a venir a buscarme la loba blanca. Quiere convertirme en animal y obligarme a matar a Sam Quain. Usted no

puede verla, yo tampoco la veo en este momento, pero ningún muro puede detenerla. ¡Ahí está! ¿No oye como ladran los perros?

Glenn se limitó a afirmar con la cabeza, con una leve sonrisa.

- Esta loba blanca - continuó Barbee - es April Bell... - bajó la voz -. Ella fue la que mató al doctor Mondrick, y a mí me hizo ayudarla a matar a Nick Spivack y a Rex Chittum. Yo la he visto, estaba encima de la señora Mondrick y se lamía las fauces - a Barbee le castañeteaban los dientes -. Y va a volver enseguida, en cuanto me duerma, para obligarme a convertirme en una bestia e ir con ella a matar a Sam Quain.

Glenn, profesionalmente tranquilo, se encogió de hombros nuevamente.

- Está usted agotado - dijo -, sobreexcitado... Déjeme darle algo para que pueda dormir...

- No quiero tomar nada - gritó Barbee -. ¡Lo que a mí me pasa es algo mucho más grave que una simple locura! ¡Tiene que entenderlo! ¡Escuche lo que Sam Quain me ha contado esta tarde!

- Un poco de calma, señor Barbee.

- ¡Calma! ¡Escúcheme antes...! ¡Son los brujos, doctor! Mondrick los llama Homo lycanthropus. Evolucionaron en el primer período glacial y desde entonces están entre nosotros. Toda la mitología y todas las leyendas no son sino un recuerdo inconsciente y colectivo de su persecución del hombre.

- ¡Oh!

- ¡Y Mondrick ha descubierto que el hombre de hoy es un híbrido del hombre-lobo!

Barbee siguió relatando todo lo que sabía. En su momento se acordó de que Sam Quain había formulado la sospecha de que el mismo Glenn pudiera ser un brujo, pero la desechó inmediatamente. Entre ellos había vuelto a despertarse aquella curiosa impresión de confianza y simpatía. Glenn le escuchaba con agrado. Barbee sintió que lo único que deseaba era la competente ayuda de Glenn, el hombre de ciencia, el escéptico.

- Entonces, doctor, ¿qué opina usted de todo esto?

- Está usted enfermo, señor Barbee, no lo olvide. Por eso percibe la realidad deformada, a través del cristal de su angustia. Toda esa historia del Homo lycanthropus, en mi opinión, es una especie de metáfora torcida y deformada de la realidad.

Fuera, los perros continuaban ladrando.

- Cierto - continuó Glenn - que algunos pioneros de la parapsicología han interpretado sus descubrimientos como pruebas científicas de la existencia de un espíritu independiente del cuerpo, quien, en cierta medida, podría influir en la probabilidad de los acontecimientos, del mundo real y que, incluso, podría sobrevivir a la muerte física. Sí... De la misma manera, también es cierto que el hombre desciende de animales salvajes y que hemos heredado rasgos que no tienen ninguna utilidad en una sociedad civilizada. Efectivamente, el inconsciente, a veces, da la impresión de ser una caverna oscura llena de horrores. Estos mismos hechos horribles se encuentran expresados en el mito y la leyenda. E incluso, es verdad que en estos últimos tiempos se han dado varios casos de atavismo.

Barbee protestó violentamente:

- Pero todas estas explicaciones no impiden que sigan existiendo estos brujos. Y ahora precisamente están buscando un encadenamiento de probabilidades para desembarazarse de Sam Quain. ¡Piense en la pobre Nora y en la pobrecita Pat! No quiero asesinar a Sam. Sam es el único motivo de que, esta noche, no quiera yo dormir.

- Se lo ruego, señor Barbee, trate de comprender. Su miedo a dormirse no es sino miedo a los deseos inconscientes que se liberan en el sueño. Puede que esa bruja de sus sueños sea simplemente su amor culpable por Nora Quain y que sus ideas de asesinato se deriven de sus celos inconscientes y del odio que experimenta hacia su marido.

- ¡No! - exclamó Barbee.

- De momento, rechaza usted mis hipótesis. Pero tendrá que acostumbrarse a aceptarlas, a afrontarlas, a ser realista. Tal vez es la finalidad de nuestra terapéutica. La angustia que le atormenta no tiene nada de insólito ni de excepcional, se lo aseguro. Todo el mundo se expresa así...

- Todo el mundo es portador de sangre de brujo.

- Cierto, Señor Barbee. Ahora ha expresado usted una verdad fundamental. Estos conflictos existen en todos y cada uno de nosotros...

Se oyó un ruido de pasos, pero no era la loba blanca, sino la enfermera Graulitz, la del rostro caballuno, y la musculosa Hellar. Barbee se volvió indignado hacia el médico.

- Será mejor que las siga dócilmente, señor Barbee. Le van a ayudar a acostarse y a dormir.

- Me da miedo dormir. No quiero...

Intentó huir... pero las dos amazonas vestidas de blanco almidonado le cogieron por los brazos y tuvo que capitular extenuado. Le llevaron a su habitación del anexo. Le dieron una ducha caliente que le dejó más tranquilo. La cama, con sus sábanas immaculadas, le atraía, tentadora.

- Estaré vigilando el corredor y le pondré una inyección si no se duerme enseguida - dijo la señorita Hellar.

No hubo necesidad de inyección. El sueño se apoderó de él. Luchaba desesperadamente por no dormirse cuando algo le hizo mirar a la puerta de la habitación.

Silenciosamente, el panel inferior se estaba desintegrando. Por la abertura apareció la loba blanca. Se colocó en el centro de la habitación, mirándole divertida, con la roja lengua palpitante entre los blancos colmillos.

- Puedes esperar hasta que se haga de día - dijo Barbee -, pero no conseguirás hacerme cambiar de cuerpo, porque no me voy a dormir. ¡No hay nada que hacer!

- No tienes por qué dormirte - contestó la loba con la aterciopelada voz de April Bell -. Acabo de contarle a tu medio hermano lo que ha ocurrido en el Monte Sardis y está entusiasmado. Asegura que debes tener un poder terrible, pues ni siquiera las enfermeras se han dado cuenta de nada. Dice que ahora puedes transformarte a tu voluntad, sin ayuda del sueño, ya que ahora no te queda ninguna resistencia humana que vencer.

- ¿Pero qué dices? ¿De qué no se han dado cuenta las enfermeras? ¿Y quién es mi medio hermano?

- ¿No lo sabes? ¿No te ha dicho nada Archer? Es muy típico de él. Le gustaría que te pasaras aquí un año entero para recobrar tus poderes ancestrales, como hizo conmigo, ¡a cuarenta dólares la hora! Pero el Clan no puede esperar. ¡Yo te doy de alta ahora mismo! Tenemos cosas que hacer. Está pendiente el asunto de Sam Quain y tu sangre humana ha revelado cierta resistencia...

- No entiendo nada - dijo Barbee -. Ni siquiera sabía que tenía familia. Claro que nunca he conocido a mis padres. Mi madre murió cuando yo nací y mi padre fue ingresado en un asilo poco después. Me educó en el orfanato hasta que entré en la Universidad. Y entonces me hospedé en casa de la señora Mondrick.

- Todo eso son cuentos de hadas - dijo la loba blanca -. Existió, efectivamente, un Luther Barbee, pero a su mujer y a él les pagaron para que te adoptaran. Pero, por lo visto, enseguida descubrieron que eras un pequeño monstruo humano. Por eso hubo que matar a esa mujer. En cuanto al hombre, hubo que desembarazarse de él... Para que no hablara.

- Entonces, ¿qué? ¿Qué soy yo?

- ¡Tú y yo, Barbee, somos seres aparte! Hemos nacido entre los hombres, gracias a un arte especial y con fines particulares... Pero ni tú ni yo somos humanos.

- ¡Sí! Ya me ha puesto Sam al corriente. El Homo lycanthropus, del que todos tenemos indicios de sangre, y lo del renacimiento de la especie de los brujos mediante la manipulación de los genes.

- Quain sabe demasiadas cosas - observó la loba blanca -. La técnica de agrupar genes por control mental de probabilidades biológicas fue concebida y desarrollada aquí mismo en Glenhaven, y fue tu ilustre padre el que realizó esta gran obra hace ya más de treinta años.

- ¿Y quién era mi padre?

- El antiguo doctor Glenn... Por eso el doctor Archer Glenn es tu medio hermano. Es un poco mayor que tú, te lleva unos años y fue resultado de una experiencia genética un poquito menos conseguida que la tuya.

- ¿Y mi madre?

- La conoces... La escogió tu padre a causa de sus genes. Trabajaba en Glenhaven como enfermera. Tenía un gran atavismo genético, pero desgraciadamente no pudo superar la perniciosa influencia de su sangre humana. Tuvo el candor de creer que tu padre estaba enamorado de ella, y cuando supo la verdad no se lo perdonó. Se pasó al bando de los humanos. ¡Pero tú ya habías nacido!

- ¿No sería Rowena Mondrick?

- Por aquel entonces era la señorita Rowena Stalcup. Ignoraba sus facultades ancestrales hasta el momento en que tu padre las fomentó. Creo que era un poco mojigata y le horrorizaba la idea de tener un hijo sin estar casada, incluso cuando todavía creía que eras humano...

- ¡Y la he matado yo, su hijo!

- ¡Tonterías, Barbee! ¡No seas blando...! Además, fui yo quien la mató.

- Pero si era realmente mi madre... - empezó Barbee.

- Era enemiga nuestra... Simuló adhesión al Clan de tu padre. Después usó las artes que acababa de aprender para fugarse y entregar los secretos del Clan al viejo Mondrick. Esto fue lo primero que puso al doctor Mondrick sobre la pista. Después colaboró íntimamente con él hasta que uno de los nuestros le arrancó los ojos hace ya muchos años, en Nigeria, en el momento en que iba a apoderarse de uno de esos discos de piedra, cuya sustancia resulta para nosotros incluso mucho más destructora que la plata. Antiguamente, nuestros enemigos humanos enterraban esas piedras junto al cadáver de nuestros antepasados asesinados, para que permanecieran en la tumba. Pero ni siquiera la pérdida de la vista le sirvió de lección. Siguió ayudando al viejo Mondrick con todas sus fuerzas. Fue ella quien le dijo que te sometiera a diversas pruebas antes de contratarte para la Fundación.

- ¡Vaya! - dijo Barbee, súbitamente incómodo en el lecho -. Sin embargo, era tan buena y agradable conmigo, incluso después de la Fundación... Yo creía que sentía cariño hacia mí.

- Supongo que te quería - dijo la loba -. Después de todo, tenías rasgos profundamente humanos. Por esa misma razón, te dejamos en libertad. Tal vez confiaba en que terminarías por rebelarte contra tu Clan y pasarte, como ella, al enemigo. No conocía la fuerza de tu atavismo.

- ¡Cómo me hubiera gustado saberlo...!

- No te preocupes... Ya ha muerto, ¿no te acuerdas?, cuando quería avisar a Sam Quain.

- ¿Y qué es lo que quería decirle?

- El nombre del Hijo de la Noche... Pero se lo impedimos. Tú has desempeñado tu papel con mucha habilidad, pretendiendo ser su amigo, ayudándola, consolándola...

- ¡No, eso no es posible! - dijo Barbee -. ¿No querrás decir que...? No. Es imposible. No pretendas que...

- Sí, Barbee, tú eres de los nuestros. Tú eres el grande, el poderoso, el que hemos preparado para que nos guíe a la victoria. Tú eres aquel a quien llamamos el Hijo de la Noche.

CAPÍTULO XXI - Entre las sombras

Barbee negó con la cabeza.

- No es posible. No lo creo.

- Lo crearás cuando hayas comprobado tu poder - dijo ella con dulzura -. Nuestros dones atávicos se despiertan siempre muy lentamente. Tienen tendencia a permanecer ocultos, incluso insospechados, disimulados bajo la aportación humana dominante. Hasta que se produce el despertar, que puede ser natural o provocado por un experto como Archer Glenn, por ejemplo. De todos modos, tu padre se equivocó al comunicarle demasiado brutalmente a Rowena qué era ella. Y, claro, su lado humano se rebeló.

- ¡No! Yo no puedo ser vuestro Mesías tenebroso... Es una locura. De todas formas, no lo creo. ¡Ni siquiera creo que tú estés ahí! ¡No eres más que un fantasma salido de una botella de whisky! Vete de aquí ahora mismo, antes de que me ponga a gritar.

- Grita todo lo que quieras, Barbee... Mi ectoplasma no es tan poderoso como el tuyo, y la señorita Hellar no puede verme...

Barbee no gritó. Miró a la loba. Si no era más que una alucinación, si había sido engendrada por el delirium tremens, no era menos cierto que la ilusión resultaba notablemente vivaz, graciosa y llena de picardía.

- ¿Me seguiste después de que estuve con Preston Troy? - preguntó Barbee de repente -. Sé muy bien que estabas allí, aunque bajo otra forma, sin duda. Vi en una silla tu chaquetón blanco de piel y el alfiler de jade.

- ¿Y qué? Estaba allí esperándote, querido mío.

- He visto tu retrato en su dormitorio. Y a él le he visto entrar en tu apartamento con su propia llave. April... ¿Qué significa Troy para ti?

- ¿De manera que por eso huías esta noche, Barbee?

- Quizá sí...

- ¡Oh! ¡Qué tonto y qué celoso! Ya te he dicho que tú y yo somos seres especiales, Barbee, y que hemos venido al mundo para cumplir una misión determinada. Desde luego, sería terrible que no me amaras.

- ¿Quién es Preston Troy?

- Es mi padre... Todo lo que te conté de mi infancia y de la brutalidad del marido de mi madre, es cierto. Aquel ignorante, como te dije, no era mi padre, y él lo sabía... Mi madre había sido secretaria de Preston antes de casarse con el lechero... Después se veía con él cuando podía. El lechero lo sospechaba. Por eso se creyó tan pronto que yo era bruja y fue tan cruel conmigo. Nunca le gustó el color de mi pelo... Sin embargo, Preston siempre se mostró generoso. Claro, que no se casó con mamá. Tenía demasiadas secretarías. Pero nos mandaba a California regalos y dinero. Mamá me decía que provenían de una imaginaria tía Ágata, hasta que, por fin, lo supe todo. Después de la muerte de mamá, Preston hizo todo lo que pudo por mí... Pagó mi psicoanálisis en Glenhaven... ¿De manera que tenías celos, Barbee?

- Supongo que sí. De todas formas, estoy contento, no puedo evitarlo...

Se encendió la luz y apareció la señorita Hellar lanzando reproches.

- ¿Ve usted, señor Barbee? Sea razonable. Se va a resfriar si sigue ahí todo destapado. No puede tirarse hablando solo toda la noche. Eso es muy malo. Déjeme arroparle... Si no está en la cama cuando vuelva con la inyección...

- No estarás - dijo la loba blanca -, es hora de marcharse...

- ¿A dónde?

- A ocuparnos de tu amigo Sam Quain. Está huyendo de los hombres del sheriff. La inundación los ha detenido. Y él ha salido por un camino que ellos no conocen, va con la caja. Tiene en su poder la única arma que puede destruirnos, Barbee, y tenemos que

detenerle antes de que aprenda a valerse de ella. He encontrado un encadenamiento de probabilidades que podemos utilizar inmediatamente.

- No quiero perjudicar a Sam - dijo con los puños cerrados -. Ni aunque ahora mismo esté embrujado.

- ¿Embrujado? Pero si no lo estás, Barbee... - la loba frotaba suavemente su lomo contra la seda de la rodilla de Barbee -. ¿Es que no te das cuenta? Tú eres de los nuestros. Ahora eres completamente de los nuestros y para siempre. Tus últimos lazos con la humanidad se han roto esta noche en el Monte Sardis.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- ¿No notas aún tus poderes maravillosos? Cuando llegemos al Monte Sardis verás lo que quiero decir... ¡Vamos!

- Escucha, sigo sin creer que yo sea el Hijo de la Noche. Y no quiero hacer daño a Sam.

- Escucha tú: lo crearás cuando veas lo que te voy a enseñar.

- No. No es posible que yo sea tal monstruo.

- Serás nuestro jefe, Will - dijo ella dulcemente -, nuestro nuevo jefe en la larga guerra por reconquistar nuestro perdido imperio. Hasta que te suceda alguien más poderoso que tú. Tú y yo somos los más poderosos que hemos nacido desde hace generaciones, pero un niño que posea los genes de ambos... ¡Vamos, adelante!

Quiso resistirse, pero los dedos le resbalaron en la cama. Le invadió otra vez el deseo de transformarse en el pterosaurio del anuncio. Rápidamente, el deseo se convirtió en un ardor inextinguible. Sentía que su cuerpo fluía y se alargaba. Ahora, la metamorfosis se realizó sin esfuerzo, sin dolor, y le invadió una fuerza salvaje.

La loba blanca también se transformó. Se irguió sobre sus miembros posteriores y creció. Se rellenaron las curvas de su cuerpo blanco y cayó su pelaje. Y sacudió la resplandeciente cabellera roja sobre su espalda desnuda. Barbee atrajo a la grácil figura femenina con sus alas de cuero y con su boca de saurio besó los labios tiernos y frescos. Riéndose, la mujer le dio una fuerte palmada en las pétreas escamas de la cabeza.

- Antes tenemos una cita - dijo ella, escapándose de entre sus replegadas alas y montando de un salto en su grupa blindada.

Barbee echó una mirada a la ventana y la ventana se evaporó. Se deslizó por ella. La joven, a horcajadas sobre su espalda, se agachó al pasar. El gigantesco animal prehistórico permaneció un instante posado en el repecho de la ventana. Se volvió, con un ligero temblor de desagrado, pero vio con sorpresa que la blanca cama del hospital estaba vacía. Sin embargo, no se paró a dilucidar este misterio adicional. Era maravilloso sentirse libre otra vez; con la chica a sus espaldas.

- Pero, señor Barbee - decía la enfermera Hellar, horrorizada, en la habitación -. ¿Dónde está usted?

Desplegó las alas y se lanzó al vacío.

La noche aún estaba encapotada y el fuerte viento sur venía cargado con una llovizna glacial. Pero él batió las enormes alas y voló hacia el oeste. De pronto, allá abajo, ladró asustado el perro de una granja y Barbee se dejó caer hacia el suelo para reducirlo al silencio. Espantado, el perro transformó sus ladridos en sollozos. Barbee sentía sus alas repletas de inmensa fuerza gozosa. ¡Esto era vivir! Atrás quedaban todas las incertidumbres, conflictos y dolores. Era libre, al fin. Más al oeste divisó luces de colores y reflejos de linternas de mano en el flanco de la montaña. La caza del hombre. Desde que se había separado de Sam Quain la inundación había aumentado. El Cañón del Oso y el Laurel Canyon se habían convertido en torrentes de aguas espontáneas y piedras rodando, por lo que resultaban infranqueables. Los hombres de Parker habían quedado detenidos en la orilla.

- Nunca le cogerán - murmuró April Bell -. Vamos a tener que aprovechar este encadenamiento para que resbale en la roca. Es absolutamente necesario que sufra una caída mortal.

- No, yo no quiero hacer daño a Sam - dijo Barbee, testarudo.

- Yo creo que sí vas a querer cuando veas lo que ha ocurrido en el Monte Sardis.

Un extraño temor recorrió sus alas cuando, a regañadientes, puso rumbo a la montaña, siguiendo el hilo gris de la carretera. Cruzó el desfiladero y descendió hacia la curva peligrosa, con el ojo al acecho.

Había tres coches parados junto a la calzada, a la salida de la curva, y también una ambulancia negra. Varios automovilistas miraban horrorizados lo que había quedado de la furgoneta de la Fundación. Al lado, unos hombres vestidos de blanco levantaban un objeto, con gesto profesional, y lo depositaban en una camilla. Barbee divisó la carga que portaban y se estremeció en los aires.

- Es tu cuerpo - dijo la joven afectuosamente -. Tu poder ha aumentado tanto que ya no lo necesitabas. Cuando conducías por esta carretera, cuesta abajo, yo seguí el encadenamiento de probabilidades para ayudarte a que te liberaras.

Allá abajo, los hombres extendieron una manta sobre el objeto depositado en la camilla.

- Libre - suspiró Barbee -. ¿Quieres decir muerto?

- No - susurró April Bell -. Ahora no morirás nunca. A menos que no liquidemos a Sam Quain antes de que aprenda a manejar el arma. En los tiempos modernos, tú eres el primero entre nosotros que posee bastante poder para sobrevivir, pero, incluso así, tu atavismo humano te hacía desgraciado y débil. Ya era hora de que te separaras de tu cuerpo.

El pterosaurio se tambaleó en el aire, estupefacto.

- Lo siento, amor mío. Imagino que debe ser duro perder el cuerpo, aunque, en realidad, ya no te va a hacer falta nunca más. La verdad es que deberías estar contento, feliz y satisfecho.

- ¿Feliz y contento de estar muerto?

- Muerto no... ¡libre! Pronto te sentirás totalmente distinto. Ahora que han desaparecido las barreras humanas, se despertarán todos tus enormes poderes atávicos. Tú eres el único heredero del patrimonio de la especie, el guardián de los secretos que nuestros Clanes han conservado y transmitido a través de las sombrías edades en que el Hombre creyó habernos vencido... No tengas ningún miedo, amor mío - le acarició las escamas del cuello -. Sé muy bien que te sientes solo y perdido. Yo también me sentí así cuando supe por primera vez quién era. Pero no estarás solo mucho tiempo... Archer Glenn asegura que yo también soy lo bastante fuerte para sobrevivir... Claro que tendré que esperar a que nazca nuestro heredero. Será un hijo de sangre pura que dará nacimiento a la nueva especie... Pero después, también yo podré separarme y unirme a ti para siempre...

- ¡Vaya bonita pareja de fantasmas! - exclamó el pterosaurio.

- No te des tanta pena a ti mismo, Will Barbee - April estalló en risa, sacudió sus brillantes cabellos y le clavó los dedos en la piel escamosa -. Sí, Will, desde este momento eres un vampiro, de modo que más te vale que te vayas acostumbrando. Al que hay que tener lástima ahora no es a ti, sino a Sam Quain.

- No... No puedo creerlo...

- A mí se me ponía la carne de gallina cuando Archer Glenn empezó a enseñarme las viejas artes - susurró alegremente April Bell -. La idea de esconderme en la oscuridad, incluso quizá en la propia tumba, y esperar la noche para salir de caza, me parecía demasiado macabra. Pero ahora tengo la impresión de que va a ser un verdadero placer... Así es como antiguamente vivía nuestro pueblo - prosiguió la bruja blanca - antes de que el hombre aprendiera a combatirnos. Es la forma más natural de vivir, teniendo en

cuenta que nuestro ectoplasma posee poderes tan maravillosos. El ectoplasma puede sobrevivir casi indefinidamente, a menos que seas destruido por la luz del día, la plata o esas horribles piedras que el hombre solía enterrar junto a nosotros... Pero ya es hora de buscar a Quain. Noto que el encadenamiento se está formando.

Pesadamente, el reptil alado partió en dirección nordeste. A baja altura sobrevoló el lugar donde los hombres del sherif aguardaban ante las espumeantes aguas del Cañón del Oso.

- No te preocupes por ellos - dijo April Bell -, no tienen balas de plata. Y, además, no nos ven. Después de la horrible época de la Inquisición, los hombres ya no saben cómo luchar contra nosotros. Lo han olvidado. Ni siquiera entienden lo que les dicen los perros. El único peligro que queda es Sam Quain.

Remontó el torrente que descendía por Laurel Canyon. April Bell señaló con su hermoso brazo y Barbee distinguió a Sam Quain, tambaleándose bajo el peso de la caja verde que llevaba cargada a las espaldas. Había llegado a lo alto de una senda estrecha e insospechada que serpeaba vertiginosamente por encima del torrente.

- Espera, espera - susurró April Bell -. Esperemos para escoger el momento en que resbale y caiga. Ése es el encadenamiento que presiento.

Barbee planeó en círculo, sin prisa, sobre las crestas desgarradas. Sin poderlo evitar, admiraba a Sam Quain, valiente y peligroso enemigo que luchaba contra el cansancio en circunstancias de dificultad insuperable. ¡Qué magnífico esfuerzo! Hubiera vencido a cualquier otro adversario que no poseyera sus poderes. Por fin trepó el último tramo de peldaños desgastados que sin duda habían labrado los indios en tiempo inmemorial. Colocó primero la caja en lo alto del acantilado y luego se alzó a pulso hasta arriba. Allí quedó descansando unos instantes, mientras recuperaba el aliento y contemplaba sin emoción alguna a los hombres del sherif detenidos por el torrente. Después, con un esfuerzo supremo, volvió a cargarse la caja a la espalda.

- Ahora - gritó April Bell.

Sin ruido, con un solo movimiento de alas, Barbee se lanzó en picado. De repente, Sam Quain pareció notar el peligro.

Intentó echarse hacia atrás y alejarse del precipicio, pero perdió el equilibrio. Levantó la vista. Debió ver los ectoplasmas, pues sus labios se entreabrieron y Barbee creyó oírle pronunciar su nombre:

- Así pues, eres tú, Will Barbee...

Las garras del pterosaurio atraparon la caja reforzada de metal. El insidioso aroma de aquella mortal cosa antigua invadió el olfato de Barbee con su terrible dulzor. El simple contacto de la caja le dejó medio paralizado. Sintió un hormigueo en las patas y las alas se le pusieron rígidas, pero no cejó en su empeño.

Arrebatada de los crispados dedos de Sam Quain, la caja cayó de lo alto del acantilado. Barbee cayó junto con la caja, sin vida, hasta que la soltó. Para amortiguar la caída, desplegó las doloridas alas, sin perder de vista la caja que caía. Por fin, allá abajo, la caja se estrelló contra una roca y se rompió en mil pedazos de madera y fragmentos retorcidos de plata del revestimiento interior. Entre trozos de huesos ennegrecidos brillaba un disco de piedra con un resplandor violeta mucho más terrible que la propia luz del día.

El terrible resplandor le recordó la descripción de un accidente atómico que había costado la vida a un científico de los Álamos. ¿Era el uranio radiactivo más peligroso que la plata? Si esto era cierto, los brujos de servicio se ocuparían de que los hombres peligrosos, como Quain, no dispusieran nunca de dicho material.

El disco rebotó en una roca y siguió cayendo, junto con el esqueleto del licántropo y las armas de plata, hasta que se hundió en el caos de espuma, fango, rocas y aguas turbulentas de la inundación.

Revivieron las enormes alas de cuero y se alejó de la nauseabunda emanación que subía de aquel disco roto que desaparecía bajo las aguas. Debilitado aún y tembloroso, consiguió aterrizar torpemente en una roca. April Bell bajó a tierra.

- ¡Has estado magnífico! - su voz era una caricia de terciopelo -. La Piedra era nuestro único enemigo, el único peligro para nosotros. Eres el único del Clan que podía haber tocado la caja. La emanación de la Piedra hubiera paralizado a cualquiera, incluso antes de haberse acercado a ella.

Barbee tembló de placer al sentir los eléctricos dedos de April acariciándole el escamoso flanco agitado por la respiración.

- Ahora terminemos con Sam Quain, matémosle.

- ¿Qué daño puede hacernos ya? Esa caja era la única arma de Sam Quain y la única prueba que podía presentar. Ahora sólo es un fugitivo, perseguido por la policía y acusado de tres asesinatos. Sin la caja, todas sus historias de brujos serán simples locuras de esas que el doctor Glenn trata tan bien... Imagínate que consigue escapar de los hombres del sheriff. Imagínate que cuente su historia a alguien. O, lo que es más probable, que la escriba. Imagínate que un editor imprudente se atreva a publicarla en forma de novela. ¿Sería motivo para que se preocuparan los brujos?

- No creo. Sin duda, los brujos dedicados a la crítica de libros lo tratarían como un vulgar ensayo imaginativo o como simple literatura de evasión. ¿Y si la obra cayera en manos de un ilustre psiquiatra como el doctor Glenn? Me imagino su sonrisa. Es un caso interesante, diría. Excelente imagen de la realidad, añadiría otro de esos brujos distinguidos, tal como la ve una personalidad esquizoide en vías de desintegración. La autobiografía de una depresión nerviosa. Además, la leyenda del vampiro, desde hace miles de años, sirve de expresión popular a sentimientos inconscientes de agresión y culpa.

- ¿Quién se atreverá a creerlo?

El pterosaurio se encogió de alas.

- Olvidemos a Sam Quain, por el amor de Nora.

- ¿Ah, sí? ¿Otra vez Nora?

Fingiéndose indignada, April Bell se zafó de las alas membranosas que la acariciaban. Su cuerpo blanco se achicó, sus orejas se volvieron de punta y el cráneo se alargó. La cabellera roja se transformó en sedoso pelaje. Sólo siguieron iguales sus maliciosos ojos verdes, con expresión de pícaro desafío.

- Espérame, April, espérame.

Pero ella huía ya por la ladera cubierta de árboles oscuros, donde las alas de Barbee no podían seguirla. Pero ahora, las metamorfosis le resultaban fáciles. Dejó que el cuerpo de saurio se transformara en un gigantesco lobo gris. Olió el perfume cautivador de la loba blanca y la siguió entre las sombras.

FIN